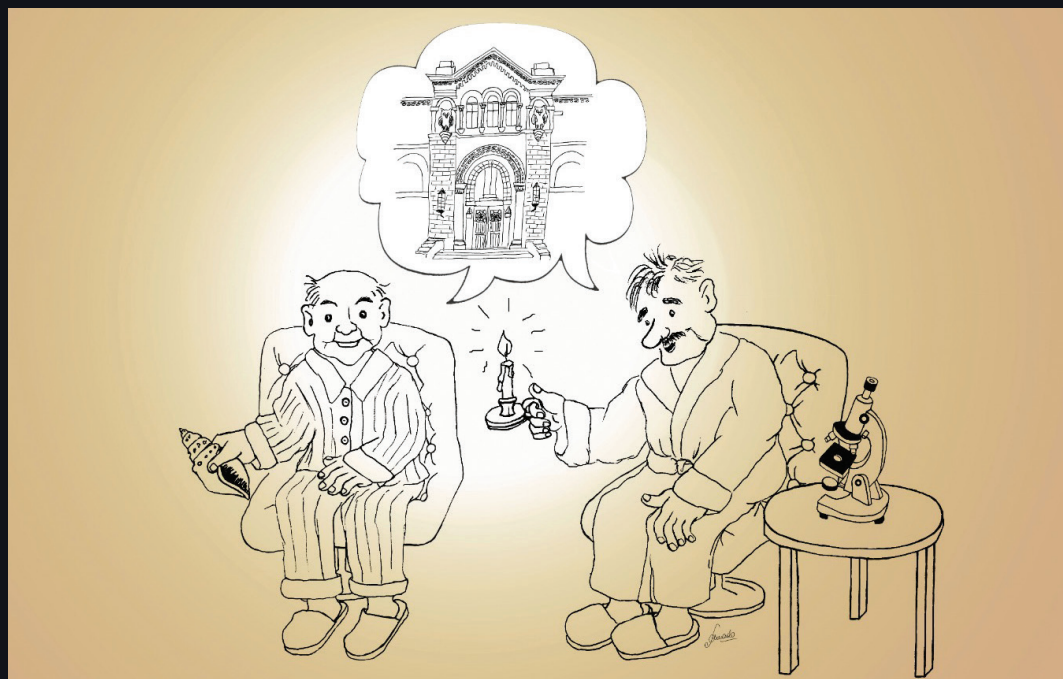




Juan José Parodiz y Enrique Balech

El Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia"... *en pantuflas*

Reedición con prólogo y comentarios de Alejandro Tablado y Manuel Quintana



M VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

El Museo Argentino de Ciencias Naturales
"Bernardino Rivadavia"... *en pantuflas*

Juan José Parodiz y Enrique Balech

El Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia"... *en pantuflas*

Reedición con prólogo y comentarios de
Alejandro Tablado y Manuel G. Quintana

Edición original de 1992

 **VAZQUEZ
MAZZINI
EDITORES**

AZARA
FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

Ilustración de tapa: caricatura de los autores, por Ana C. Mercado.

Fundación de Historia Natural Félix de Azara

Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas
Universidad Maimónides

Hidalgo 775 - 7° piso (1405BDB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Teléfonos: 011-4905-1100 (int. 1228)

E-mail: secretaria@fundacionazara.org.ar

Página web: www.fundacionazara.org.ar

Las opiniones vertidas en el presente libro son exclusiva responsabilidad de su autor y no reflejan opiniones institucionales de los editores o auspiciantes.

Reservados los derechos para todos los países. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este electrónico, químico, mecánico, electro-óptico, grabación, fotocopia, CD Rom, Internet o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de la editorial.

Primera Edición: 1992.

Segunda Edición: 2023

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre 2023, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

VAZQUEZ MAZZINI EDITORES

info@vmeditores.com.ar

www.vmeditores.com.ar

Parodiz, Juan José

El Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia... en pantuflas / Juan José Parodiz ; Enrique Balech ; comentarios de Alejandro Tablado ; Manuel G. Quintana. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación de Historia Natural Félix de Azara, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8989-37-2

1. Museos. 2. Historia de la Ciencia Argentina. I. Balech, Enrique. II. Tablado, Alejandro, com. III. Quintana, Manuel G., com. IV. Título.

CDD 060.982

Índice

REFERENCIAS AUTORES:

J.J.P.: Juan José Parodiz

E.B.: Enrique Balech

A.T.: Alejandro Tablado

M.G.Q.: Manuel G. Quintana

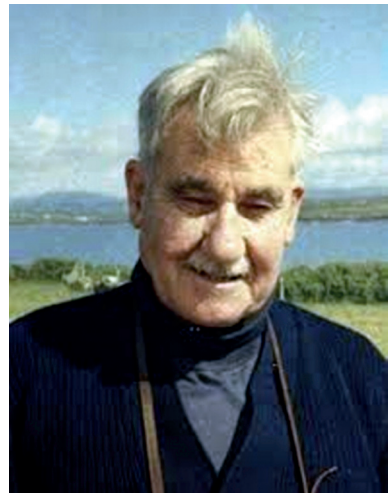
Prólogo	7
Datos y recuerdos de Balech (A.T.)	7
Datos y recuerdos de Parodiz (M.G.Q.)	9
Pautas seguidas en la edición del texto original	11
Introducción	15
I. El edificio de Bernardo de Irigoyen (J.J.P.)	19
Agregados por E.B.	33
A.1. Los secretarios Serié y Siciliano	33
A.2. Monseñor Juan Gustavo Franceschi.....	34
A.3. Burmeister y Ameghino.....	34
A.4. Fortunato Mendilharzu	35
A.5. Héctor Greslebin	35
A.6. Los directores de Pesca de la Nación, Marini y Sorzaburu	36
Aclaración sobre Groeber	39
II. La rebelión de la calle Perú del año treinta (J.J.P.).....	41
III. Los grupos familiares	47
Los Ameghino (J.J.P. y E.B.)	48
Los Pozzi (J.J.P. y E.B.)	49
Los Da Fonseca (J.J.P. y E.B.)	52
La dinastía Holmberg (E.B.)	53
Eduardo Ladislao Holmberg (J.J.P.)	54
Eduardo Ladislao Holmberg (E.B.)	56
Adolfo Dago Holmberg (E.B.)	57
Adolfo Dago Holmberg (J.J.P.)	60

IV. Las secciones y sus ocupantes	61
IV.1. El departamento de las Ciencias del Hombre.....	61
Antropología (J.J.P.)	61
Antropología (E.B.)	62
Numismática, Arqueología, Etnografía y Musicología (E.B.)	65
IV.2. El Departamento de Botánica (E.B.)	67
IV.3. El departamento de Zoología. Sección de Malacología e Invertebrados Marinos (J.J.P.)	74
Malacología e Invertebrados Marinos (E.B.)	79
Agregado a Capítulo IV.3	83
IV.4. El laboratorio de Protistología (E.B.)	83
IV.5. Entomología y Aracnología (J.J.P y E.B.)	91
La Sección Entomología con Riggi (E.B.)	93
IV.6. Ictiología (E.B.)	94
IV.7. Ornitología y Mastozoología (J.J.P y E.B.)	100
IV.8. El Departamento de Mineralogía y Geología (J.J.P.)	103
Croce y Riggi (E.B.).....	105
 V. Ocupaciones, visitantes y hechos varios (J.J.P y E.B.)	111
V.1. Dibujantes	111
V.2. Preparadores y coleccionistas	113
V.3. El cuerpo de maestranza	113
V.4. Ocupaciones varias.....	115
V.5. Fernando Lahille.....	116
V.6. Los ordenanzas de guardapolvo blanco y los doctoralistas	118
 VI. La Estación Hidrobiológica (E.H.) de Puerto Quequén (E.B.)	121
 VII. Dos direcciones infames (J.J.P y E.B.).....	135
VII.1. La dirección de Riggi.....	135
Mi renuncia (E.B.).....	141
Riggi, la Asociación Argentina de Ciencias Naturales y yo (J.J.P.).....	144
I. Riggi y la Asociación Argentina de Ciencias Naturales	144
II. Riggi y yo	145
El “duelo” Riggi-Bordas (E.B.).....	147
VII.2. La dirección-intervención de A.D. Holmberg (E.B.)	149
 Anexo I. Reseña breve de los personajes nombrados por los autores ..	153

Prólogo

Datos y recuerdos de Balech (Por A.T.)

Enrique Balech, el profesor Balech, fue un biólogo marino argentino que se recibió de Profesor en Ciencias Naturales, a los 25 años (1937), en el Instituto Superior del Profesorado Joaquín V. González. Había nacido el 17 de agosto de 1912 en un pequeño pueblo, Telén, de la provincia de La Pampa, muy lejos del mar. Falleció, muy cerca de ese mar al que dedicó su vida profesional, el 27 de agosto de 2007, en Necochea, provincia de Buenos Aires. Fue becado por el Gobierno francés (1951), la Fundación Guggenheim (USA, 1957-59) y el CONICET (1961). Fue Investigador Visitante del Departamento de Oceanografía de Texas A&M University (1946-1965). En el Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia (MACN) fue Jefe del Laboratorio de Protistología (1937-47), de la división de Biología Marina y de la Estación Hidrobiológica Puerto Quequén (EHPQ). Tuvo la oportunidad de desarrollar su carrera íntegramente en USA, pero prefirió regresar a Argentina, con su esposa Electra y continuar en la Argentina su fecunda tarea de investigación científica. Se radicó definitivamente en Necochea y estuvo prácticamente solo y a cargo de la EHPQ hasta su jubilación, luego permaneció como Director Honorario.



Sus investigaciones pasaron de las aguas dulces, en su juventud, al ambiente marino. Fue el pionero en el país del uso de los organismos planctónicos como indicadores oceanográficos. Gracias a ello, logró ubicar y describir, por primera vez, el límite sur de la corriente marina cálida de Brasil y su encuentro con la corriente fría de Malvinas. Describió cómo las masas de agua de ambas corrientes se mezclaban en amplias zonas del océano formando meandros y lóbulos en sus efímeros límites. Años más tarde, satélites y campañas oceanográficas de diferentes países confirmaron este descubrimiento.

Dentro de la variedad de tipos de organismos que habitan la comunidad del plancton marino, Balech se interesó primero por los Tintinoidea, protozoos ciliados que presentan una protección proteica rígida (caparazón o lorica) en forma de vaso o copa. Luego se enfocó en la sistemática y taxonomía de Dinoflagellata, protozoos flagelados responsables del fenómeno conocido como “marea roja”, de los cuales fue un referente a nivel mundial. Cuando ocurrieron los trágicos eventos del pesquero “Constanza” en Puerto Madryn, en 1985, fue el primero en reconocer que se trataba de una intoxicación por toxinas propias de dinoflagelados y alertó a las autoridades pertinentes, lo que permitió dirigir rápidamente las investigaciones en ese sentido. Los estudios posteriores revelaron que estaba en lo cierto y se establecieron controles permanentes para detectar la aparición de mareas rojas tóxicas en el mar argentino.

Pero Balech no fue solo un investigador brillante, fue también un excelente docente que transmitió sus conocimientos con pasión y humildad durante más de 20 años en el Colegio Nacional Normal de Necochea. Sus alumnos lo recuerdan con cariño, admiración y orgullo de haber sido sus discípulos.

Fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y Senador de la Academia Internacional de Ciencias de San Marino. Recibió el Premio Eduardo L. Holmberg y fue distinguido por su labor pionera en la Tercera Conferencia Internacional sobre dinoflagelados tóxicos, en 1985. La Sociedad Científica Argentina le otorgó el Premio en Zoología y la Fundación Konex lo distinguió por su trayectoria, en 1993. Publicó más de 100 trabajos científicos, libros y monografías.

Además, fue un destacado defensor de la lengua internacional esperanto, en la que escribió un diccionario especializado en biología.

El profesor Balech fue un científico y ser humano admirable: sencillo, humilde, directo, apasionado, sincero, positivo, amable, honesto, recto, sociable y tímidamente afectuoso. Recuerdo muy bien sus visitas al MACN desde Necochea, dos o tres veces por año, en la década de 1980. Era un placer conversar con él, escucharlo y aprovechar la oportunidad para sacarnos dudas de algún tema de biología marina, taxonomía o nomenclatura zoológica. Cuando co-

mencé a visitar regularmente la EHPQ, para hacer muestreos en la costa de Quequén, fue cuidadoso y nos fue tomando confianza de a poco, hasta que pudo comprobar que éramos un grupo de trabajo serio y laborioso. Si bien él ya no iba a trabajar a las instalaciones de la EHPQ, lo hacía en su casa (donde tenía su microscopio y su biblioteca personal), nos visitaba siempre que podía, generalmente solo. Su esposa, Electra, era obsesivamente cuidadosa de la limpieza y contacto con desconocidos, por lo que raramente salía de su casa y, las pocas veces que nos visitó, usó rigurosos guantes y una cofia que le cubría todo el cabello. Nada nos permite decir que no haya sido una buena esposa, pero muchos creemos que fue, inevitablemente, para el Prof. Balech, una atadura que limitó su natural sociabilidad. La pareja no tuvo hijos y no dudo de que él hubiese sido un excelente padre.

Datos y recuerdos de Parodiz (Por M.G.Q.)

Parodiz nació en Buenos Aires, el 21 de diciembre de 1911. Nunca conoció a su padre y su madre falleció cuando él tenía solo 8 años de edad por lo que fue criado por una tía materna. Ingresó al Museo a los 16 años (de “pinche”, como le gustaba decir), cuando aún funcionaba en la Manzana de las Luces y tenía un anexo en la calle Bernardo de Irigoyen. Hablamos del año 1927, el director era entonces Martín Doello-Jurado y el área de invertebrados estaba cargo de Alberto Carcelles. Ambos marcaron sus primeros pasos en la biología y su primera publicación fue en coautoría con el segundo. Se interesó por la fauna bentónica del mar argentino y se consagró profesionalmente al estudio de los moluscos: los marinos, al principio, los continentales poco después y tanto a los actuales como a los fósiles “aplicando conceptos ecológicos a los estudios taxonómicos”, según sus palabras. Más de un centenar de publicaciones, incluyendo libros, son su contribución escrita a la malacología. Inquieto, sociable, interesado en la ciencia y también en los rasgos humanos de quienes la practican, conversador y dotado de una memoria prodigiosa, Parodiz conoció en su juventud a celebridades “históricas” que trabajaban en el MACN o concurrían asiduamente, respiró muy hondo el aire de esos tiempos y atesoraba muchísimos recuerdos.



Sin tener una formación académica formal, en 1949, recibió una beca de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation para trabajar en el National Museum of Natural History (Smithsonian Institution en Washington, DC), en la Academy of Natural Science (Philadelphia) y en el Museum of Comparative Zoology (Harvard University). Causó allí muy buena impresión, al punto que, poco después, pudo presentarse para ocupar un puesto de curador vacante en el Carnegie Museum of Natural History, en Pittsburgh. Forzado por su mala relación con el Director del MACN de ese tiempo (Agustín Eduardo Riggi) aceptó ese puesto. Emigró definitivamente a los Estados Unidos en 1951 y, al poco tiempo, se casó con Esther Elizabeth Sell, de quien se había enamorado durante su estancia en Washington. Desde allí conservó y cultivó una cordial relación con los colegas rioplatenses y siempre se mostró dispuesto a ayudar a los malacólogos (bisoños y no tanto) que lo visitábamos, requeríamos su opinión y recibíamos sus envíos de publicaciones. Siempre actuó como un eficiente y autorizado nexo para los malacólogos norteamericanos interesados en la fauna de Sudamérica y, recíprocamente, para los sudamericanos interesados en visitar las colecciones de los museos norteamericanos.

A los pocos años de estar viviendo y trabajando en Pittsburg, le ofrecieron un puesto en el National Museum of Natural History, pero Parodiz declinó la propuesta de trabajar con un mejor salario y una colección más extensa. Había quedado marcado por la mala experiencia de que hechos políticos podían alterar la vida académica de instituciones estatales y se sentía más seguro y cómodo trabajando en una institución privada.

Aunque se jubiló a principios de los 80, concurrió regularmente al Carnegie como curador emérito hasta 2007, para continuar sus estudios. Su presencia en los grandes congresos de malacología -siempre acompañado por Esther, su simpatiquísima mujer- era una “fija” regocijante (en 40 años jamás faltó a los de Unitas, hasta el de Perth, 2004). En esas reuniones José impresionaba con su trabajo científico, pero también por su vitalidad, su entusiasmo y su sentido del humor. Bromeábamos con él acerca de su modo de hablar que era definitivamente “porteño”, pero con giros y expresiones ya en desuso, como congelado en el momento de su desarraigo, a pesar de que visitaba la Argentina con frecuencia. En la última visita de Parodiz a la Argentina (2001), el MACN le rindió un cálido homenaje y lo designó “investigador ilustre” de la casa. La American Malacological Society le realizó un reconocimiento póstumo (2008) al nombrarlo “un estimado colega, distinguido malacólogo y un amigo de cálido corazón”.

El 4 de septiembre de 2008 falleció a los 95 años en Allentown (Pennsylvania) y conservó hasta el final la lucidez y el buen humor que lo caracterizaban.

Pautas seguidas en la edición del texto original

Consideramos que no nos corresponde criticar o comentar las ideas vertidas en el texto original de Parodiz y Balech, pero es claro que desearon que sus recuerdos y experiencias de sus más de 40 años de trayectoria como científicos y ciudadanos argentinos no cayeran en el olvido. El texto es una mezcla de autobiografía e historia institucional del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia” desde principio del siglo XX hasta la década del 1960. Si bien podemos pensar que quisieron ser objetivos, en su relato de los hechos y caracterización de los personajes que describen, es muy claro que no lo logran por completo. Como todos, relatan sus vivencias no tal cual fueron, sino como ellos las recuerdan, con amores y odios que no intentan ocultar, todo lo contrario. Incluso, hay comentarios que hoy no serían admisibles o “correctos” pero que deben ponerse en el contexto de que fueron escritos hace más de 40 años por dos personas mayores que recibieron la rígida y sesgada educación de principios del siglo XX, pero con la firme decisión de contar “su” verdad sin filtros ni cuidados por agradar a los posibles lectores. Creemos que estaban convencidos de que su edad les permitía ser, hasta cierto punto, transgresores y, en general, no pretenden ni intentan justificar sus opiniones. Dada la imposibilidad de ser totalmente objetivos (como inevitablemente nos pasa a todos) sí creemos que fueron sinceros y trataron de ser coherentes con sus ideas, sentimientos, recuerdos y pensamientos.

El texto original ha sido respetado en todo momento. Hemos mantenido una tipografía similar a la de una máquina de escribir que fue la forma que tuvo en su edición original y que fue reproducida por fotoduplicación. Solo hemos corregido escasos errores de tipeo, completado ciertas abreviaturas innecesarias hoy, pero de uso frecuente cuando todo se escribía a máquina. Usamos algunas letras mayúsculas en algunas palabras para ser coherentes en todo el texto. La mayor transgresión al formato original es que hemos usado la versión cursiva de la letra para destacar cuando el texto cita lo dicho por otra persona y que los autores colocaban entre comillas. Sin embargo, mantuvimos el subrayado para los nombres científicos, que era lo establecido cuando se escribía con una máquina de escribir y era imposible un cambio de tipografía.

El texto original solo contenía tres ilustraciones o dibujos que eran simples esquemas de la ubicación del edificio que ocupaba el museo en la Manzana de las Luces, en la ciudad de Buenos Aires, y otras dos con el plano de la distribución de los ambientes de cada una de las plantas que poseía. Estos tres esquemas fueron redibujados y los textos respetan los contenidos de los originales. Incluimos a continuación, en este prólogo, un par de imágenes de

las fachadas de los edificios que ocupó el MACN durante el periodo relatado. Las mismas permiten apreciar la enorme magnitud del cambio que implicó, para la institución, la mudanza a Parque Centenario.



Edificio del museo en la Manzana de las Luces, Perú y Alsina (1857-1939).



Edificio anexo del museo en la calle Bernardo de Irigoyen 331, entre Belgrano y Moreno (1913-1939).



Edificio del museo en el Parque Centenario (1929-al presente).

Finalmente, hemos incluido, en todo el texto, muchas notas al pie para que el lector no tenga dificultades para entender o poner en contexto alguna palabra o hecho que dan por sobreentendido los autores. Por la misma razón, hay, al final, un Anexo con breves datos biográficos de casi todas las personas nombradas, algunas son bastante obvias y conocidas, otras no tanto, pero preferimos no asumir ningún grado de conocimiento del posible lector de la historia política, cultural o científica de la Argentina. Por otra parte, en los pocos casos en que consideramos pertinente agregar una palabra o nombre al texto original, con el fin de evitar dudas o confusiones, se la colocó entre corchetes y con una tipografía distinta al resto del texto.

Alejandro Tablado y Manuel G. Quintana[†]

División Invertebrados
Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia"

[†] 17/05/2022

Introducción

En 1989 J.J. Parodiz, residente en Estados Unidos desde hace varias décadas, hizo una de sus periódicas visitas al Museo Argentino de C. Naturales (MACN). Durante el almuerzo pasamos buenos momentos rememorando sucesos y personas del viejo Museo, tal como lo conocimos en nuestra juventud.

Aunque Parodiz me lleva menos de un año en edad, conoció esta institución por dentro varios años antes que yo porque ingresó a ella muy joven, adolescente aún, durante los primeros años de la dirección de Doello Jurado. Yo solía concurrir al MACN cuando cursaba el bachillerato, un poco antes del comienzo de la década del 30, como visitante de sus exhibiciones, y, sobre todo, a escuchar las frecuentes conferencias que se daban allí. Pero no empecé a trabajar en él hasta 1934, cuando fui "autorizado" primero y, poco más tarde ascendido a "adscripto honorario".

Por esas circunstancias Juan José supo, mucho antes que yo, de intimidades del Museo, por lo que, durante ese almuerzo, pude incrementar mis propios recuerdos con relatos de mi amigo.

Caímos entonces en la cuenta de que somos casi los últimos sobrevivientes del personal del Museo de los años treinta (o aún antes) y que conocíamos una historia paralela de la oficial de la institución, una "de portería" que linda con el chisme, lo que puede hacerla antipática y subalterna, pero que, asimismo, es parte de la historia; la que relata entretelones de la institución, la que muestra a los protagonistas, sobre todo a los científicos, en sus aspectos más humanos, con sus grandezas, que son las que recuerdan las historias oficiales, y sus flaquezas: vanidades, celos y recelos. En ese momento lamentamos que algunos, más viejos que nosotros, no hubiesen dejado registrados sus recuerdos. Decidimos entonces no cometer la misma omisión y recopilar los nuestros. Parodiz me fue enviando sus relatos y yo agregué los míos.

En realidad, no teníamos más propósito definido que salvar unos recuerdos, vicio de viejos, sin saber bien qué hacer con ellos. Pero al relatar algunos a jóvenes naturalistas, encontramos un

alto interés y hasta nos llegaron pedidos concretos: "*Esas historias no deben perderse; tienen que escribirse*".

Tuvimos, sin embargo, algunos pruritos, porque una dosis de mito es importante para colocar ideales sobre las debilidades humanas. Nos incita a emular a los grandes. Entonces, esa excesiva intimidad que presentamos, ¿no hace perder fuerzas al ideal? ¿No esconderá sus, a veces, grandes valores? Porque algunas de esas personas que pueden aparecer, por momentos, un poco ridículas o antipáticas, tuvieron sus grandezas. Pero la verdad es, que aún con ellas, fueron profundamente humanas. Aquellas las eximen de caer en la categoría que Leonardo de Vinci definió certeramente con muy pocas palabras: "Hombres que sólo dejaron de su paso por la vida letrinas llenas". Pues no, casi todos los que pintamos (con, por suerte, poquísimas excepciones) construyeron, a veces con gran esfuerzo y sacrificio, sólidas y fecundas bases al conocimiento de la naturaleza, lo que no les priva de haber también llenado letrinas.

Una advertencia. Estos relatos no son imparciales porque tienen todo el calor de la vida, todas las interferencias introducidas por las circunstancias, por las simpatías, antipatías y experiencias personales con los retratados. Pero procuramos contar las cosas tales como se nos presentaron u oímos. A veces sólo recogimos el testimonio de otras personas cuando nos pareció digno de fe. Nos referimos a algunos con cierto detalle pero de otros damos poco o ningún comentario, por no tener de ellos información buena o de interés.

Esta historia se refiere al Museo entre los primeros años de la dirección de Doello Jurado, es decir entre 1924 y la intervención de Dago Holmberg, a mediados de la década del 50. Abarca entonces unos 30 años, con ocasionales referencias a sucesos anteriores y a algunos posteriores.

Cuando el primero asumió la dirección del Museo de Historia Natural, como se llamaba entonces, las colecciones y actividades de la institución se repartían en dos locales. El más antiguo, en la manzana de las luces, en la esquina de Perú y Alsina, era parte de un edificio colonial que la Universidad de Buenos Aires cedió al Museo hacia 1855 o 56. Fue el local único del MACN por más de medio siglo, calificado por Leopoldo Lugones, quizás con excesiva severidad, como "cueva colonial". El paleontólogo norteamericano Simpson, que lo visitó en 1930, lo recordó con más cariño en su libro "*Attending Marvels in Patagonia*"¹ y dice de él que sus espesísimas paredes atenuaban todo ruido del exterior y le daban una paz monacal. Debe recordarse que había sido del Colegio de los Jesuitas. Su principal defecto era la falta de luz natural.

1 Simpson, G. G. 1934. *Attending marvels: a Patagonian Journal*. New York: MacMillan Pub. Co. 91 pp.

Sobre todo después de la gran actividad paleontológica de Burmeister, Ameghino y otros, se había hecho totalmente insuficiente y A. Gallardo, que había gestionado un nuevo edificio, ante la imposibilidad de concretar su construcción (eran años difíciles y en medio de la primera guerra mundial) aceptó como anexo provisorio un viejo edificio fiscal, frente a la plazoleta Monserrat, con salidas a las calles Bernardo de Irigoyen (entrada principal) y Lima.

Los grandes animales (mamíferos y vertebrados fósiles) quedaron en Perú y casi todo el resto pasó a ese edificio de Bernardo de Irigoyen. En él funcionaron la dirección, la secretaría, la biblioteca, la sección invertebrados y es a él al que nos referiremos casi exclusivamente al comienzo de nuestro relato. Perú era otro territorio y al amparo de su relativo aislamiento llegó a producirse allí un conato de revolución.

Como a veces tenemos que referirnos a situaciones personales, nos ha parecido mejor diferenciar nuestros relatos. El capítulo primero, titulado "El edificio de Bernardo de Irigoyen" fue escrito totalmente por Parodiz. Algunos breves comentarios míos, intercalados en su texto, están encerrados entre los signos ' '. Como apéndice, agrego otros más largos precedidos de un número que ayuda a su inserción en el texto. En los restantes capítulos la autoría se indica a continuación de los títulos por nuestras iniciales (J.J.P. o E.B.)

Por el tiempo de ingreso a la institución los datos de J.J.P. son los más anecdóticos, antiguos y entretenidos. Y por simples razones de residencia yo he podido aportar más datos biográficos formales, para los que he contado con la ayuda de algunas personas. Aunque temo olvidar algunos nombres, agradezco aquí a las siguientes personas (casi todos son profesionales pero omitimos sus títulos académicos) que nos hicieron llegar algunos datos: Víctor Angelescu, Esteban Boltovskoy, Rodolfo Casamiquela, J.A. Crawnwell, Francisco Gneri, J.A. Pastrana, Aurelio Pozzi (h), Elvira Siccardi.

Enrique Balech

I

El edificio de Bernardo de Irigoyen (Por J.J.P.)

El callejón de Aromas, que cortaba la manzana en la parte sur, era el de peor reputación en el barrio de Montserrat a principios del siglo. Frente a la plazoleta Montserrat, que dividía la calle Bernardo de Irigoyen en dos partes, estaba el edificio Staudt, compañía importadora alemana. Cuando el Graf Zeppelin hizo el último viaje a Buenos Aires, recuerdo haber visto, desde la azotea del Museo², ese edificio adornado con una enorme bandera con la cruz svástica. Ricardo Staudt era un magnate financiero que tenía estancias en varias provincias y a una de ellas, creo que cerca de la Laguna del Monte, fuimos con Doello Jurado a pasar un fin de semana; el motivo era que la señora de Staudt tenía una valiosa colección de moluscos, contenida en lujosos gabinetes. Después ellos donaron muchos al Museo y hasta pagaron a Migoya un viaje a Chile para que fuese allí a coleccionar. No sé cuál fue el destino final de esa colección³.

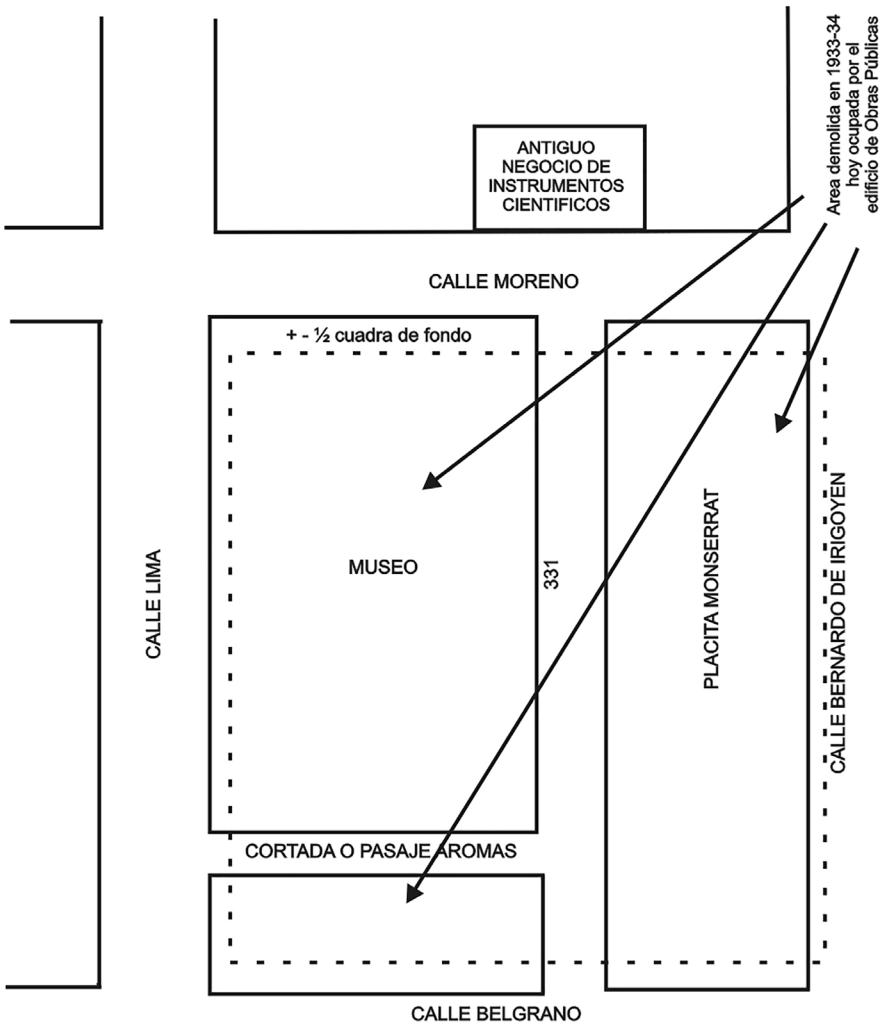
Lo más interesante de nuestro viaje a la estancia (debe haber sido en el último año de Bernardo de Irigoyen) fue ver, sobre una mesa de hierro forjado, en el gran hall (todos los muebles eran de estilo tradicional criollo-español) un retrato con marco

2 El 30 de junio de 1934 llegó a la Argentina, por primera y única vez, la aeronave dirigible alemana D-LZ 127 Graf Zeppelin.

3 Los materiales de la colección Staudt que tenían indicaciones de origen del mismo fueron mayormente incorporados a la Colección Nacional de Invertebrados. También se conservan 2 cajoneras de madera, seguramente construidas especialmente para contener dichos ejemplares, y una vitrina esquinero imponente de estilo chino, destinada a piezas de mayor tamaño.

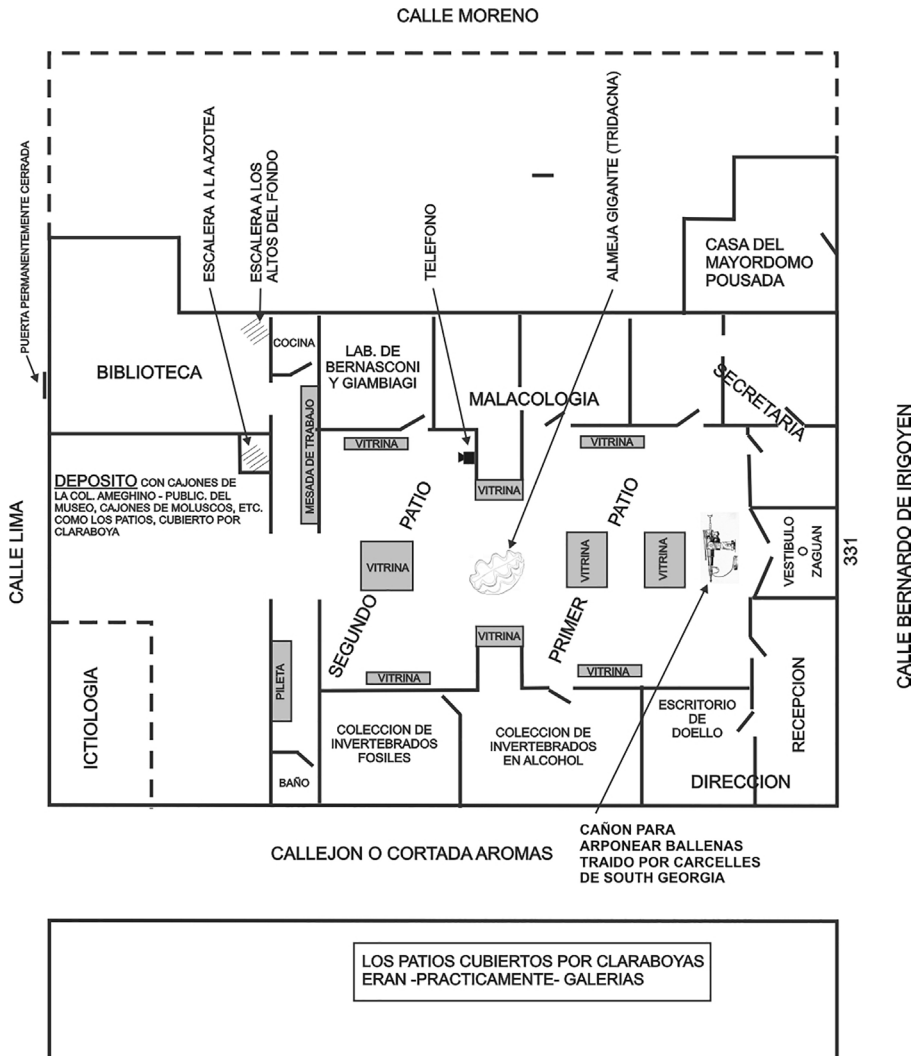
de plata, dedicado (en alemán, por supuesto) "al amigo Ricardo Staudt" firmado por Adolf Hitler.

Pero todo esto es de paso. Volvamos al caserón del Museo. Pasando entre las dos grandes puertas se entraba a un vestíbulo muy corto, separado del primer patio por otra puerta de dos hojas de cristal grabado con el nombre del Museo y el escudo. Entrando a la galería (que era un patio cubierto por claraboya) estaba, a la izquierda, el despacho del director; todo el mobiliaje que recuerdo es un escritorio y un par de sillas.

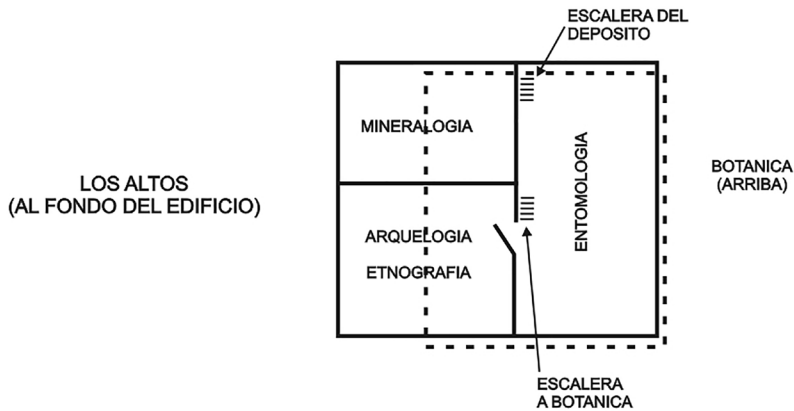
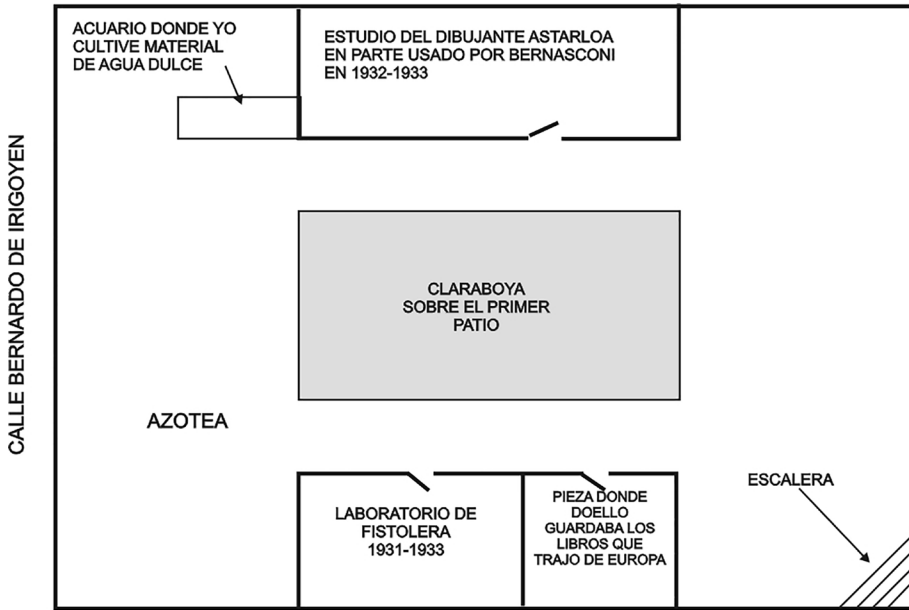


Ubicación del edificio del museo en la calle Bernardo de Irigoyen.

Doello tenía un timbre, que llamábamos chicharra, en el escritorio; uno o dos timbrazos eran para llamar a la secretaria; tres eran para Malacología y generalmente era yo quien respondía enseguida, porque a Doello no le gustaba que lo hiciesen esperar (eso era entre el año 1929-30, cuando yo tenía entre 18 y 19 años). Anexo al escritorio había un salón o recepción, que contenía varios muebles y una biblioteca; daba a la calle y tenía un gran ventanal con rejas, como era de estilo en las casas de tipo colonial.



Plano de la planta baja del edificio del museo en la calle Bernardo de Irigoyen.



Plano de la planta alta del edificio del museo en la calle Bernardo de Irigoyen.

A la derecha de la entrada estaba la oficina del secretario, Pedro Serié, quien tenía un carácter seco y reservado (ver anexo 1). Adyacente estaban las oficinas de Salvador Siciliano y de otros ayudantes de Secretaría: Lorenzo Parodi (hijo) quien ambicionaba trabajar como paleontólogo con Kraglievich (en la calle Perú), Agustín Péndola, hijo del antiguo secretario del Museo durante la

época de Berg y de F. Ameghino, y la oficina del contador Daniel Costa quien, años más tarde, se casó con la Dra. Pergolani.

Más adentro, en la galería, las piezas estaban ocupadas por la Sección de Malacología e Invertebrados Marinos. Era natural que el malacólogo Doello le diera la mejor ubicación en la casa, a ambos lados de la galería, continuando en el segundo patio y galería. Entre el primer y segundo patio había un pasaje con vitrinas.

Doello venía poco a la sección, la que estaba a cargo de Alberto Carcelles, quien tenía su oficina al final de la primera galería, a la derecha y que se comunicaba con las otras piezas donde estaban las colecciones. El personal de la sección se completaba con J. Migoya, yo, que llegué de "pinche" en 1927, y el ordenanza Cupo, que se incorporó un poco más tarde.

Doello tenía la virtud de hacerse sentir bastante poco; aunque tenía mucha confianza en Carcelles (y le dejaba manejar todo) no buscaba su conversación y se comunicaba con él por mi intermedio, previo los timbrazos. Muchas veces yo tenía que pasar a Carcelles una orden que Doello no quería dársela personalmente y, cuando podía, Carcelles se hacía el burro. Al principio, siendo yo muy joven, la situación se me hacía embarazosa, pero no tardé mucho en darme cuenta de que Doello lo hacía por pura chacota y se divertía a costa de Carcelles. Más de una vez, cuando Doello daba esas "órdenes" (que la mayoría de las veces eran sin importancia) le descubrí una mueca, como una disimulada sonrisa de Gioconda.

Esto fue así por muchos años, tanto en Bernardo de Irigoyen como en el Parque Centenario⁴. En retrospectiva, me parece que, aunque Doello tenía afecto por Carcelles, no lo creía muy lúcido, pero le dejaba hacer lo que fuera práctico. En los últimos años la ausencia de Doello en la sección ya era tradicional; me llamaba por teléfono (a veces pasaba una o dos semanas sin venir al Museo) o enviaba mensajes por el chofer Emilio Corral: "*Dígale a Carcelles que haga esto o aquello*". Yo se lo participaba a Carcelles sabiendo cual iba a ser la reacción: "*El director llamó para decir que usted haga tal cosa*". Carcelles: "*Que se vaya al c...*"⁵ Es claro que Doello nunca repetía la orden, pues no era consistente sino en las cosas que le interesaban personalmente y se contradecía. Pero cuando el asunto era serio se expresaba en forma inequívoca.

Durante la época de Bernardo de Irigoyen venían a la sección visitantes de la guardia vieja, entre ellos algunos muy distin-

4 Sitio donde se construyó, en la década del 30, el actual edificio que alberga al MACN. El nombre correcto del parque es "del Centenario" ya que se construyó como parte de las conmemoraciones que hizo el gobierno nacional por el centenario de la Revolución de Mayo de 1810. La costumbre ha eliminado la preposición "del".

5 Seguramente indican pero no escriben la palabra "carajo". El uso de este término, muy utilizado por los argentinos, es considerado por muchos una falta de educación pero en realidad hace referencia al inestable apoyo al que debían subir los vigías en el palo mayor de los buques a vela. Por lo tanto la expresión hace referencia a un lugar complicado, peligroso o relativamente lejano.

guidos como monseñor Gustavo Franceschi, el gran intelectual de la iglesia. Franceschi era un malacólogo aficionado bastante serio que colectaba en la región de Mar del Plata y contribuyó con mucho material al Museo (aún recuerdo un cajón lleno con miles de *Thracia rushi*); publicó una nueva subespecie de nudibranquio. Le gustaba contar anécdotas y aprendí mucho con él. Una vez estábamos en el fondo enfrascando ejemplares y yo luchaba por abrir una botella de formol; frustrado dije "*Ni el diablo saca esta tapa*". Franceschi me tocó el hombro y me corrigió: "*El diablo sí la saca*". Tenía muchas cosas así y era interesante escucharlo. Yo lo veía marcar con exactitud en el mapa, usando las coordenadas geográficas, los dragados que había hecho cuando salía al mar.

Franceschi se interesaba también por moluscos terrestres y por un tiempo mantuvo, en nuestra sección, un terrario a la temperatura apropiada para criar el caracol grande que se encuentra de Córdoba al norte (su nombre genérico actual es *Megalobulimus*). Cuando nació el primer caracolito del terrario lo nombró con mi diminutivo, Josecito. Josecito debe estar todavía en la colección del Museo.

De repente, entre 1932 y 1933, Franceschi desapareció. No vino más ni se volvió a oír de él en el Museo y sus actividades científicas se interrumpieron. Se presumió que la Curia le había tirado de las orejas, pero la verdadera causa del alejamiento fue un misterio. Doello nunca lo volvió a nombrar y no sé por qué se habrá ido. Sus charlas por radio eran muy discutidas y una vez lo oí comentar sobre el absurdo de las ideas de Ameghino sobre "Los tres infinitos". (A2)

También por aquella época comenzó a concurrir a la sección Egidio Feruglio, que consultaba las colecciones de fósiles y con quien, años más tarde, tuve una relación más estrecha. Creo que fue el mejor geólogo estratígrafo que tuvo el país. Fue de regreso a Italia pero, desilusionado con Mussolini, volvió a la Argentina para YPF⁶, cuando ya estábamos en el Parque Centenario; yo describí varias especies del Terciario que él había descubierto en Patagonia.

Lo conocí en Parque Centenario. Era uno de los dos italianos altos y delgados que aparecían entonces por el Museo (el otro era Frenguelli). Recuerdo los cajones con hermosos fósiles de plantas que había traído del sur. Era un hombre amable; tenía buen dominio del alemán y, aprovechando las dos circunstancias, una vez le pedí una pequeña traducción de ese idioma, lo que hizo inmediatamente y con total soltura.

Del punto de vista histórico el visitante más interesante era el viejo Agustín Péndola. Lo veía llegar dos veces por semana;

6 Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Empresa del estado argentino que extrae y refina petróleo y comercializa sus derivados (naftas y aceites entre otros).

iba a la biblioteca donde tomaba datos para una historia del Museo que él conocía desde los tiempos de Burmeister. Pero murió (cerca de los 90) antes de terminarla. No sé qué habrá pasado con el manuscrito, lo que es una lástima, porque así se perdió una historia narrada por un verdadero testigo del irascible carácter del alemán y del no menos terco de [Florentino] Ameghino. Péndola era entonces un hombre físicamente achicado por la edad; mezclo su recuerdo con las fotos de Marcel Proust en sus últimos días.

Por lo que él decía -también lo oí de otros- Ameghino tenía un carácter que no aguantaba pulgas y se enfurecía cuando lo contradecían. No es extraño que en su juventud haya chocado tan violentamente con Burmeister quien lo llamó "jovenzuelo insolente" (A3).

Volvamos al antiguo recinto. En el segundo patio estaba la pieza donde Deidamia Giambiagi estudiaba isópodos, y Bernasconi los equinodermos. Giambiagi era una mujer de trato muy amable pero no concurría al Museo con la frecuencia de Bernasconi y falleció prematuramente.

'Ambas eran de corta estatura, de aproximadamente la misma altura y trabajaban sin sueldo en el Museo. Deidamia se casó con un señor Calabresse, cuando ambos eran ya bastante maduros'.

Con Bernasconi mi amistad se fue desarrollando muy despacio porque la diferencia en edad (yo era casi 15 años más joven) era al principio muy obvia, pero después se fue nivelando en forma simpática. Bernasconi había pasado casi un año en Suiza y cuando regresó, en 1930, empecé a ayudarlo en la preparación y rotulación de ejemplares, y más tarde, en Quequén, cuando ella experimentaba con la fecundación artificial del erizo *Arbacia*⁷, nos turnábamos en la observación; el desarrollo de las larvas tenía que seguirse las 24 horas en el microscopio; ella observaba de día y yo de noche, haciendo los dibujos a lápiz. Por esa colaboración, cuando ella hizo el segundo viaje a Suiza, me trajo un lindo reloj de regalo.

Cuando Bernasconi fue a Quequén (esto es cronológicamente un adelanto pero es para mantener el hilo de lo que iba diciendo) se alojó en una pensión de Necochea con el padre (era la época en que se desarrollaba la segunda guerra mundial y los barcos no venían a la Argentina a cargar la cosechas y miles, sino millones de bolsas de grano estaban acumuladas en las playas porque los silos estaban repletos). El padre ya había caído en la chochera y un día se le ocurrió ir al circo. Irene, a quien no le atraían esas cosas, me pidió que lo acompañara porque no lo quería dejar ir solo, especialmente cuando el viejo se había echado una amiga en la playa de Quequén, una Cleopatra cuya visible intención era

7 *Arbacia dufresnii* (Blainville, 1825) es una especie de erizo de mar frecuente en aguas submareales de la costa argentina.

sacarle la plata. Irene quería que lo protegiese de esa "buscona" (sus palabras). Ladino como el viejo era, y siempre despotricando contra los sindicatos (quizás por haber tenido en sus negocios una mala experiencia con ellos) era sin embargo muy fácil de engatusar y la vampiresa olió que él tenía plata. Él se había enriquecido como uno de los pioneros de la industria de la calefacción en la Argentina, y fue quien instaló el sistema en el hotel Llao-Llao, en el [Parque Nacional] Nahuel Huapi.

Irene, muy agradecida por mi "colaboración", y él, aunque no le gustó que lo acompañara, se las tuvo que aguantar. Pero también lo tuve que aguantar a él pues no hacía más que repetir la historia de la matrona doña María J. Harilaos de Olmos (que el Papa⁸ había nombrado condesa pontificia por sus servicios durante el Congreso Eucarístico⁹) y que él había conocido cuando ella era una cantante en Córdoba con liviana virtud. Irene siempre cambiaba la conversación cuando el padre se ponía a hablar de esas cosas. Nunca me enteré de lo que pudo haber pasado en aquel conocimiento.

Volvamos a la época del 30. El personal de la sección aumentó con la llegada del Prof. Augusto Fistolera Mallié. Debió ser a fines del 1930 o principios del 31, después de la revolución¹⁰, porque fue Uriburu quien lo dejó cesante a Fistolera de su cargo de rector del Colegio Nacional de Pilar. Ignoro las causas porque Fistolera nunca manifestó inclinaciones políticas y tampoco pienso en irregularidades en la administración del colegio porque Fistolera siempre me pareció una persona muy correcta y se tomaba todo muy en serio hasta exagerar la nota. Quizá fue una víctima inocente, como tantos otros, de esos levantamientos militares (se recordará que hasta Alfredo Palacios fue arrestado por el hijo de Leopoldo Lugones, a la sazón jefe de la policía de Uriburu. Cuando después se le preguntó a Palacios si Lugones lo había torturado, respondió: "Sí, me hizo leer los versos de su padre"). Que Uriburu era fascista él mismo lo declaró y lo primero que hizo fue hacerlo fusilar al anarquista Di Giovanni.

Con la perspectiva de ingresar al museo (Doello se movilizó enseguida para ayudar a su ex-discípulo) Fistolera alquiló una casa en Chacarita y vendió su auto para reajustar su economía. El puesto que Doello le consiguió era, como todos los del Museo, con un sueldo bastante modesto. Desde entonces Fistolera se con-

8 Pio XI.

9 1934.

10 El golpe de estado ocurrido en la Argentina el 6 de septiembre de 1930 derrocó al presidente constitucional Hipólito Yrigoyen. Fue protagonizado por un grupo de militares encabezado por el Gral. José Félix Uriburu, quien se apoderó del gobierno y se constituyó en presidente de facto.

sagró al estudio de los *Paramecium*¹¹ y sacó cientos de fotos que él mismo revelaba, de la conjugación.

Cuando nos mudamos al Parque Centenario yo compartía con él el cuarto oscuro para revelar las fotos que tomaba con placas "Illford" (entonces esas placas costaban \$1,20 la docena). Las fotos deben estar todavía en el archivo y Carcelles utilizó muchas de ellas en sus trabajos¹².

En Bernardo de Irigoyen, Fistolera se instaló al principio en una pieza que había en la azotea; allí, solo, casi aislado del resto de la sección, él no participaba de nuestras actividades generales. Antes de su llegada esa pieza era un depósito de todos los libros, folletos y souvenirs que Doello había traído de Europa. Como Doello vivía de pensionista en el hotel D'Arc, en la Avenida de Mayo, no tenía lugar para esas cosas que eran una acumulación digna del "Old Curiosity Shop" de Dickens. Había libros de literatura francesa de una época entonces casi reciente: Saint Beuve (autor favorito de Doello), los hermanos Goncourt, Paul Borget, Valery y otros de esa generación. Dudo de que Doello hubiese leído todo eso pero en una entrevista que le hicieron para un diario, a la pregunta de cuál era su autor favorito, contestó: Saint Beuve. Es cierto que Saint Beuve fue el crítico más célebre del siglo pasado, pero siempre me pareció falso, adulator incondicional de Victor Hugo, porque le arrastraba el ala a su mujer.

Había también, entre otras cosas, un montón de postales de Europa, especialmente del museo Carnavalet de Paris, donde se conservan muchos recuerdos de la Revolución Francesa; muchas revistas, programas de teatros y todas esas cosas que la gente trae como recuerdos de un largo viaje. No sé adónde fue a parar todo eso. Doello se lo llevó a su departamento cuando se instaló en la Diagonal Norte y no sé si todavía lo tenía en el de la calle Ayacucho, donde murió.

¿Cómo me enteré de todo esto? Porque antes de mudar el "stock" para hacerle lugar a Fistolera, Doello me ordenó que separara todos los libros y otras publicaciones referentes a malacología para incorporarlas a la sección y que le hiciera una lista más o menos temática de todo lo demás. Innecesario decir que me distraje bastante con un montón de revistas francesas que no eran, ciertamente, científicas y así fui balbuceando un poco de francés. Me extrañó que no hubiese nada de Proust quien, cuando Doello hizo el viaje, ya estaba a punto de morir. En ese trabajo, hecho tan a gusto, me pasé casi tres meses. El único que pudo saber qué pasó con ese almacén de antigüedades era Tito Haedo, pero él también ya desapareció.

11 *Paramecium* es un género tipo de un grupo de protistas ciliados de forma ovalada muy comunes en charcos y estanques.

12 Actualmente se conservan en la División Invertebrados del MACN.

'Tito Haedo era un simpático jorobadito, sobrino de Doello, muy lúcido, que se destacaba por sus habilidades manuales. Por un tiempo se dedicó a la fotografía científica y revelaba sus fotos en el cuarto oscuro del laboratorio de Protistología, que creó Fistolera y al que se refirió Parodiz. Tito era entrerriano, como su tío, pero su familia vivió algunos años en Necochea, donde él hizo sus estudios secundarios'.

Al otro lado de la azotea, separado de la primera galería por la claraboya, y frente al laboratorio de Fistolera, había otro cuarto similar donde Bernasconi instaló su gabinete en los dos o tres últimos años de Bernardo de Irigoyen. Así ella se había aislado también, como le gustaba estar. Quizás por estas razones de vecindad, Bernasconi y Fistolera mantenían más relación entre sí que con el jefe de la sección, Carcelles.

Algo antes, ese recinto había sido ocupado por el artista dibujante del Museo, Ismael Astarloa. Él fue quien más tarde pintó el retrato (póstumo) de Juan B. Ambrosetti, que en un tiempo estuvo en el hall del Museo, junto al busto de Bernardino Rivadavia. No recuerdo si, en alguna época, Ambrosetti perteneció al Museo (más apropiado hubiese sido el Etnográfico de la calle Moreno¹³). Lo que sé es que la hija de Eduardo Holmberg, Avelina (el mismo nombre de mi madre) era su viuda. La conocí bastante como contaré más adelante.

Al lado del cuarto de Bernasconi había un acuario grande donde yo cultivaba *Ampullaria*¹⁴ y almejas de agua dulce. Bajando de la azotea, al pie de la escalera que daba al depósito grande del fondo, estaba la entrada de la biblioteca, cuyo encargado era Ubaldo Gemignani. Tenía como ayudante a Fortunato Mendilharzu (A4); completaban el personal Mario Parodiz (un primo de mi edad que falleció en 1932) y Alfredo Jasse. Jasse también era joven y tenía típica cara de "turco", tanto que, cuando trajo una foto de su primer hijo, Enrique Palavecino, quien tenía un humor salvaje, le dijo "sólo le falta la lata de dulce de batata colgada al cuello". Palavecino, de quien diré algo más adelante, también se divertía a costa de Vega y de Imbelloni.

Las estanterías metálicas de la Biblioteca eran las mismas que todavía existen en Parque Centenario (quizás hayan agregado algunas). Hay que reconocer que en esa época la biblioteca estaba bien organizada, con el fichero al día, lo mismo que las revistas y las publicaciones extranjeras, una condición que Doello insistía mucho en mantener por medio del canje. Entonces no había que pagar, como ahora, tantas suscripciones y el canje era más fácil. Hoy hasta tenemos que pagar por la publicación de nuestros

13 El Museo Etnográfico ubicado en Moreno 350 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, lleva por nombre el de Juan B. Ambrosetti.

14 Género de caracoles prosobranquios de agua dulce, típico de ambientes fluviales y lacustres del centro y norte argentinos.

trabajos y luego nos apestan con pedidos de separados porque las bibliotecas no son completas.

Pero antes que la Biblioteca operase en forma sencilla y eficaz, Doello tuvo que afrontar una crisis (mejor sería decir un escándalo) en esa sección, que venía de antes de su dirección, por lo que ordenó la clausura definitiva de la entrada por la calle Lima. Sucedió que Agustín Péndola, el hijo del ex-secretario junto con el padre de Siciliano, quien también trabajaba allí (creo que como ordenanza) habían utilizado, por un tiempo, la puerta trasera del edificio para sacar volúmenes de los Anales que pronto comenzaron a aparecer en cantidad en librerías de segunda mano (todavía con las páginas sin cortar). Doello expulsó, o hizo renunciar al viejo Siciliano y Péndola, aunque no dejado cesante, fue suspendido y, finalmente, pasó a Secretaría a trabajar bajo el ojo vigilante de Pedro Serié.

El affaire biblioteca ocurrió, por supuesto, años antes que yo entrase al Museo, pero la historia fue muy conocida; yo estaba enterado aun antes de mi ingreso al Museo porque Siciliano (el ayudante de Serié que luego fue secretario) estaba casado con una prima mía.

Junto a la entrada de la biblioteca había otra escalera que daba a la parte alta de la casa, que estaba atrás y a un costado de la azotea (no se comunicaban) y a la derecha del depósito del fondo. Se subía primero a Entomología y de allí, por algunos peldaños más, a una serie de cuartos donde estaban Botánica, Mineralogía, Arqueología, etc. Después de tantos años, su topografía me resulta un poco confusa porque yo casi no iba por esos altos, pero lo que recuerdo es que las conexiones entre esos gabinetes eran complicadas, que Botánica tenía varios recintos y estaba más aislada y que Mineralogía tenía un solo cuarto (creo que el stock de piedras estaba abajo, en el depósito).

En Entomología el personaje principal había sido, hasta entonces, el "hermano" Juan Brethes, quien fue un "prêtre" belga ("frère Julián") a quien apenas conocí porque cuando ingresé al Museo ya estaba cerca de los últimos ritos. En su especialidad Brethes era bastante conocido y respetado, a pesar de tener como enemigo a nadie menos que al teutón Eduardo Ladislao Holmberg.

En el mismo piso estaba la sección Arqueología la que, al principio, tenía una sola persona, el encargado Héctor Greslebin, arquitecto que, creo, se ocupaba especialmente de arqueología peruana (por lo menos recuerdo que algunos de sus trabajos eran sobre eso). Él bajaba a menudo al segundo patio para usar el teléfono y hablaba a gritos, especialmente con la esposa, así que, sin querer, nos enterábamos de sus intimidades familiares. No recuerdo si se jubiló o murió, pero lo cierto es que desapareció de escena hacia 1930 y en su lugar quedaron otros que se ocuparon de diferentes divisiones; en Etnografía estaba Enrique Palavecino (creo que empezó cuando todavía estaba Gres-

lebin). Otro joven iniciado en arqueología era Santiago Gateo, muy nervioso pero de carácter chato (como Croce) y a quien sus compañeros de sección trataban con indiferencia, pero en su conversación se mostraba inteligente. (A5)

En Musicología y Folklore estaba Carlos Vega (quien más tarde fue más conocido) y añadía a sus conocimientos la cualidad de poeta; había escrito un libro titulado "Agua" (alusión a la sequedad de algunas regiones del Norte). Para festejar esa publicación, sus compañeros le enviaron de regalo (idea del malicioso Palavecino) una palangana. Recuerdo que en una reunión de *Physis*¹⁵ (esto fue años más tarde) Vega presentó una comunicación sobre los varios tipos de flauta (la de Pan, etc.) y al mostrar uno de esos flautones (su nombre se me escapa) que se usan en el N.O. argentino y en Bolivia, Frenguelli, presente en la reunión, no pudo frenar su peculiar genio y saltó "Ah, eso ya sé qué es: la gran flauta".

Pero el astro de la sección era el incomparable *dottore* José Imbelloni quien, según él mismo dijo, había estudiado en la Sorbonne de París (por cierto se graduó en la universidad de Padua).

Al lado de Arqueología estaba la sección de Mineralogía-Geología, a la que se llegaba por un pasaje y algunos escalones. En otro tiempo el encargado había sido Raúl Scalabrini a quien, por razones de edad, nunca conocí, pero sí a su sucesor, el catalán Enrique de Carles quien, cuando ingresé, ya era bastante viejo. No tengo la menor idea de lo que hacía, aunque él siempre decía que era el continuador de la obra de Scalabrini.

Su ayudante era Romeo Croce; no sé cuándo ingresó al museo y sólo lo conocí mejor cuando fuimos al Parque Centenario. Si la colección de minerales estaba bien cuidada es cosa de la que no tengo la menor idea, pero en la época de Bernardo de Irigoyen era una de las secciones menos activa, aunque tenía varios geólogos adscriptos, como Carlos Groeber, pero los trabajos de esas personas se hacían fuera del Museo. Groeber era un buen geólogo pero creó mucha confusión en la estratigrafía de la base del Terciario con su "Neuqueniano" con una mezcla de fósiles cronológica y ecológicamente incompatibles, que hasta yo tuve que corregir.

No quiero adelantar aquí lo que pasó en esa sección cuando Riggi vino como director, que merece capítulo aparte por las barbaridades que hizo.

Para llegar a Botánica, que estaba como aislada del resto de la casa, había que subir otra escalera. Era un lugar amplio y bien ordenado. Eso, así como la quietud del aislamiento, concor-

15 Revista científica publicada por la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales. (1912-2004). En esa época los trabajos que iban a ser publicados eran presentados previamente en reuniones científicas periódicas y publicados en la sección "Comunicaciones" de la revista.

daban con la personalidad del jefe, Alberto Castellanos, quien estaba establecido allí como en un santuario. El ayudante técnico era entonces Secundino da Fonseca, quien tenía a su cargo el cuidado del herbario, de tratar las plantas con bicloruro, etc. El ordenanza de la sección era Grancelli, quien fue permanente allí.

Botánica fue la única sección del museo donde no pasó nada criticable. Después comenzó a concurrir una estudiante muy taciturna, Carlota Donterberg que, aunque continuó allí hasta en los tiempos de la jefatura de Román Pérez Moreau y después, pasó por la institución como una sombra.

Alguna vez, aunque rara, había visitantes en Botánica, como los ingenieros agrónomos Lorenzo Parodi y Arturo Burkart.

¿Qué nos queda del viejo edificio? Tenemos que volver a la planta baja para llegar a Ictiología. Estaba al fondo, en el galpón, separada por un tabique. Antes de entrar a ella había que pasar entre grandes barriles que contenían los peces grandes en formol (en uno de esos barriles estaba también el calamar gigante, *Architheutis*¹⁶, que Carcelles había traído de Sud Georgia). El encargado, bien conocido por todos, era Aurelio Pozzi, personalidad opuesta a la de Castellanos, corpulento y bullicioso quien, viviendo en La Plata, hacía el viaje cotidiano, ida y vuelta, entre ambas ciudades.

El primer ayudante de Aurelio Pozzi fue Alberto Nani (quien había empezado unos meses antes en nuestra sección). Para la época cuando nos mudamos al Parque Centenario, ya había ingresado Elvira Siccardi. Pocos años después, se agregó Francisco S. Gneri; ambos fueron alumnos de Doello en el Instituto del Profesorado.

El visitante más asiduo de la sección Ictiología (alrededor de 1930) era el Dr. Tomas Marini, jefe de la división de Pesca del Ministerio de Agricultura y Ganadería. Aunque las relaciones parecían normales, en realidad Aurelio siempre se intraquilizaba con Marini, que era una persona de muchas triquiñuelas. Marini era muy activo en el partido radical; cuando en la revolución del 30 varios radicales que estaban a punto de ser detenidos fueron a su casa a pedir protección, él les cerró las puertas para no comprometerse (esto lo supe de Pozzi pero no sé cuánto hay de cierto en el episodio). Eventualmente, Marini se acomodó con los herederos de Uriburu (gobierno de Justo), y llegó a dominar la Dirección de Pesca. Pero cuando todo cambió otra vez (para peor) con el cuartelazo de 1944, Marini fue reemplazado por Sorzaburu. Marini, furioso, aguantó con deseos de venganza, sobre todo porque él había creído que la Dirección de Pesca le pertenecía,

16 El calamar gigante expuesto actualmente en las salas del MACN fue donado por el Instituto Nacional de Investigaciones Pesqueras por solicitud del Dr. Norberto Bellisio, Jefe de la División Ictiología, a fines del siglo XX.

después de haber inaugurado una exhibición de Pesca en Mar del Plata. Además se había sentido exaltado al regresar de Estados Unidos donde había estado estudiando en La Jolla, California, con el reputado ictiólogo norteamericano Hubbs. Como resultado de sus estudios allí Marini publicó una nueva especie de merluza argentina: *M. hubbsi*¹⁷.

De entrada, Sorzaburu intentó emprender el cultivo y explotación de la ostra indígena, *Ostrea puelchana*¹⁸. En varias oportunidades dragó miles de ostras del Golfo San Matías y las transplantó a Mar del Plata, ignorando que el ciclo evolutivo de la ostra requiere, en sus primeras etapas, la afluencia de alguna corriente de agua dulce que reduzca la salinidad en el yacimiento. No hay en Mar del Plata tales afluencias de agua dulce, de modo que los intentos estaban destinados al fracaso. Además, la gente de la Dirección de Pesca había confundido groseramente las especies, llamando *Ostrea spreta*¹⁹ a la ostra comestible (la *O. spreta*, chica, es inservible) por lo que las informaciones que sacaban de la bibliografía eran inaplicables}. A raíz de eso Sorzaburu vino al Museo y me pidió que le prepare un fichero completo de toda la bibliografía concerniente a las ostras argentinas y a la ostricultura. Me ofreció 700 pesos, que era una buena suma hace 45 años y me entregó un adelanto de 100. En aquel tiempo yo había publicado un trabajo en los Anales del Museo: "Ostras actuales y pleistocénicas, etc."²⁰. Ahora tengo que reconocer que yo también cometí errores de nomenclatura, aunque del punto de vista paleontológico estaba bien.

Debí hacerle caso a Doello quien me aconsejó que no me metiera con los de Pesca, pero me dejé convencer por Sorzaburu. Me llevó casi un año completar ese trabajo de 2.000 fichas con "cross referentes" y cuando se lo llevé a Sorzaburu (él me prometió enviarme el saldo de \$ 600 a fin de mes), intervino la mala suerte, porque a raíz de cambios políticos cayó Sorzaburu y volvió Marini como director de Pesca. Cuando le reclamé a Marini el pago, me dijo que en la Dirección de Pesca no había tal fichero, que seguramente se lo había llevado Sorzaburu. Este, por su parte, me dijo que era una mentira de Marini y que el fichero había quedado en Pesca. No sé si el culpable fue Marini o Sorzaburu, ni lo que pasó con el fichero porque el asunto del cultivo de las ostras continuó como antes. La cuestión fue que nunca cobré. Cuando Doello se enteró me dijo "Ha visto, ha visto, no le dije que no

17 *Merluccius hubbsi* Marini, 1933.

18 *Ostrea puelchana* d'Orbigny, 1842.

19 Esta especie se la considera actualmente sinónima de *Ostrea equestris* Say, 1834.

20 Parodiz, J.J. 1948. Sobre *Ostrea* actuales y pleistocénicas de Argentina y su ecología. Comunicaciones del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia". Serie Ciencias Zoológicas, 6: 1-20 + 3 láminas.

se metiese". Así que, además, me tuve que aguantar el sermón bien merecido (A.6).

Por otra parte a Doello no le gustaba que uno se metiera mucho con moluscos marinos que él consideraba como su especialidad por derechos adquiridos, pues fue fundador, en 1914, de la sección Malacología e Invertebrados Marinos.

Un día me dice: "*Allí hay un grupo interesante para ocuparse: ¿Por qué no estudia vermes?*". Por un corto tiempo me puse a identificar o, por lo menos, intenté, los poliquetos, porque de los oligoquetos se estaba ocupando el zoólogo uruguayo Cordero, pero cuando recibí un ejemplar de *Bulimulus* del Eoceno (yo estaba convencido de que la familia Bulimulidae había tenido su origen en Patagonia, lo que resultó exacto sólo en parte) que me había traído el geólogo de YPF, Dr. Suero, a quien yo había pedido que lo buscara porque tenía que encontrarse algún fósil antiguo de ese género, volví a mis moluscos, pero con especial interés en los terrestres y fluviales.

Agregados por E.B.

A.1. Los secretarios Serié y Siciliano

Pedro Serié no era un simple secretario administrativo, como lo fueron sus sucesores. Era un buen zoólogo, herpetólogo (creo que fue el primer especialista en reptiles que tuvo el Museo) pero también publicó sobre otros tópicos, en especial sobre aves. Lo conocí poco aunque teníamos cierta relación de familias; en el Buenos Aires de principios de siglo había, al parecer, bastante relación entre las familias de origen francés y, quizás por eso, las nuestras se conocían. Serié dictaba, creo, francés en colegios secundarios. Por las razones antedichas lo fui a saludar cuando empecé a frecuentar el Museo. Aunque me recibió amablemente, me pareció muy circunspecto, parco en palabras. En esos años ya estaba por retirarse y lo sucedió, como secretario, Siciliano.

Salvador Siciliano era un hombre amable que sonreía con facilidad y que, por lo tanto, contrastaba bastante con Serié. En sus últimos años le apareció un cáncer facial que él pretendía combatir con "el hongo japonés", de moda en esa época. El hongo formaba una masa gelatinosa que se mantenía en té azucarado. Recuerdo que en un viaje que hicimos juntos a Quequén, en tren, él llevaba su panacea. Su alejamiento de la secretaría fue bastante temprano, sin duda motivado por su enfermedad.

A.2. Monseñor Juan Gustavo Franceschi

Era un prelado intelectual, combativo, a veces mordaz y de lenguaje muy libre. A pesar de que no era inmune al mareo, le gustaba navegar; había completado un curso de navegación y le atraía la biología marina.

Oí contar en la Armada que participó en un crucero en un barco de nuestra marina de guerra e insistió en hacer guardias como un oficial más. Ya en la primera comida se dio cuenta de que su presencia imponía un freno en las conversaciones habituales e inmediatamente rompió el hielo con bromas y cuentos de un tono bastante subido.

Su receta contra el mareo era fajarse fuertemente; no tengo idea de cuán eficaz es ese original método.

Su situación económica le permitió comprarse un yate con el que hizo sus propias campañas de recolección de material. A veces invitaba a amigos y amigas a bordo y, según se dijo, las autoridades eclesiásticas le obligaron a terminar esas actividades por los chismes que corrían.

También tuvo un periódico propio y en mal día se le ocurrió atacar en él a Lisandro de la Torre. Eligió mal su presa pues de la Torre era un polemista formidable. Así se inició un largo debate (la parte del político santafesino se publicó más tarde como libro) en el que, escrito va y escrito viene, monseñor iba quedando cada vez peor parado. También se dijo que la curia le obligó a terminar esa polémica.

En una comida, al concejal socialista Giménez se le ocurrió hacerle unas bromas a raíz de un escándalo en un colegio religioso. Franceschi, sin inmutarse, lo dejó mudo y colorado con una réplica hiriente e inesperada en un sacerdote.

A.3. Burmeister y Ameghino

No es de extrañar ese antagonismo entre Germán Burmeister y Florentino Ameghino. Paleontólogos los dos, pero alemán prusiano uno, formado en las sólidas universidades alemanas; italo-argentino el otro, autodidacta, contando con el único título de maestro primario y bastante más joven. Tenían en común un carácter hosco; el choque era inevitable.

Es conocida la historia del serio incidente de Burmeister con un ordenanza gallego, sólo que la que leí dice que el director reprendió muy duramente al ordenanza. La que yo conocía, que al parecer se fue transmitiendo oralmente en el Museo desde aquella época, dice que no se trató de una reprimenda sino que el Dr. Germán utilizó un método que no fue muy raro en el ejército prusiano, donde a veces un oficial abofeteaba a un subalterno. Según esa versión, Burmeister aplicó una sonora bofetada al galaico.

Pero un ordenanza gallego no es un buen disciplinado soldado alemán. Hirviendo de rabia, el ordenanza juró venganza hasta por sus más lejanos antepasados ("Que al hijo de mi madre nadie le hace esto") acordándose, de paso, de los antepasados femeninos del germano y, cuando ya de noche, el director abandonaba su despacho en el piso alto, el gallego surgió de las sombras y le aplicó tremendo garrotazo. El descalabrado director salió rodando por la escalera y quedó tendido en la planta baja. Fue hospitalizado y tuvo que intervenir el propio presidente de la república, Sarmiento, para lograr que no abandonase el país.

A.4. Fortunato Mendilharzu

Se consideraba un literato de tierra adentro y, en verdad, por lo menos en los años de Parque Centenario, no hacía nada en la biblioteca. Contaba, a quien quería escucharlo, cuentos y leyendas criollas. Con frecuencia hablaba del "uturuncu" (el tigre) por lo que se le había puesto el apodo del uturuncu. Admirador de caudillos del interior (creo que era también rosista) se adhirió a Perón cuando este moderno caudillo apareció en escena. Al comienzo del gobierno de Perón, fue ubicado en un cargo de cierta importancia en el Ministerio de Instrucción Pública y allí tramó, por pedido de Riggi, la maquinación contra Doello que terminaría volteando a este y ensuciando su reputación.

A.5. Héctor Greslebin

Además de arquitecto era arqueólogo, etnógrafo e historiador. En su interés por esas ciencias y, sobre todo, por las manufacturas humanas más o menos antiguas, indudablemente influyó su padre, Emilio Greslebin, a su vez hijo de un inmigrante francés.

Emilio Greslebin tenía fuerte inclinación por las antigüedades, especialmente por las monedas y medallas, así como por la arqueología. Cuando se hizo una situación económica holgada, viajó a Europa, visitó museos que atesoran lo que a él más le interesaba y compró piezas que satisfacían su pasión. Así reunió una importante colección numismática. Pero no fue simple comprador pues también buscó y obtuvo personalmente piezas arqueológicas en la provincia de Buenos Aires.

No sé si esas colecciones pasaron al MACN ni si tuvo trato con Boman; presumo que sí. Pero lo cierto es que contagió su pasión a su hijo Héctor quien, además de ejercer la cátedra en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires (dictaba arqueología, prehistoria y protohistoria), concurría al Museo para formarse científicamente con Eric Boman (creo que en carácter honorario). Cuando Boman falleció, en 1924, Greslebin, entonces cuarentón, se hizo cargo de la colección de Arqueología y Etnografía, de la que se retiró seis años más tarde.

Su campo de acción fue algo más amplio de lo que dice Parodiz. Si bien se dedicó preferentemente a las culturas indígenas del N.O. (especialmente diaguita) exploró y estudió yacimientos de Gualeguaychú y de Patagonia.

A.6. Los directores de Pesca de la Nación, Marini y Sorzaburu

Conocí a Marini en Quequén, en 1938 o 39, cuando visitó la Estación Hidrobiológica. Muchos años después nos fuimos encontrando esporádicamente pero sólo recuerdo nuestros encuentros en Mar del Plata, creo que ambos en 1963. Marini era, una vez más, director General de Pesca de la Nación. El primero de esos encuentros fue en una reunión de CARPAS (Comisión Asesora Regional de Pesca para el Atlántico Sudoccidental) para la que fui invitado por FAO y por recomendación de la Comisión Oceanográfica Intergubernamental. En la Argentina nadie me invitó ni comunicó de esta reunión. Aclaro esto no como queja, porque no soy investigador pesquero, sino por lo que se verá más adelante.

La delegación argentina estaba presidida por Marini. Asistí sólo un par de días y, en la sesión matutina del segundo, se produjo algo inexplicable para mí. Vimos que, para esa sesión, la delegación argentina estaba presidida por un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores llegado apresuradamente en avión.

No sé cómo se enteraron de que los uruguayos iban a presentar una moción que, por alguna oscura razón, molestaba a nuestra cancillería. Cuando los colegas orientales²¹ la presentaron, lo que en definitiva dijeron era que "Estos países veían con preocupación el accionar de flotillas extranjeras en nuestro mar". Yo participaba de esa preocupación y, como lo único objetable de la declaración era su inocuidad, la apoyé. Ante mi sorpresa, el presidente "ad hoc" de nuestra delegación se opuso sin explicaciones. Al votarse, el único argentino que apoyó la propuesta fui yo. Los uruguayos quedaron azorados.

Marini carraspeó, se levantó como para ir al baño y al pasar detrás de mí, me tocó el hombro y me pidió salir con él. Una vez afuera, me dijo que no debía apoyar la moción. Como insistí en mi actitud mientras no explicase los motivos de la oposición, Marini extrajo de un bolsillo un largo sobre y me dijo que contenía instrucciones precisas de la cancillería y que ningún miembro de la delegación argentina podía apoyar la propuesta uruguaya. Le contesté que, primero, esa era la primera noticia que tenía de estar integrando la delegación de mi país, que concurrí por invitación directa de un organismo internacional, FAO, que esa no era una reunión política sino científica y que, por lo

21 Gentilicio utilizado con frecuencia en Argentina para denominar a los ciudadanos de la República Oriental del Uruguay.

tanto, seguía en mis trece mientras no me dieran explicaciones de esa índole.

En esos momentos se levantó la sesión. Los uruguayos me agradecieron el apoyo (mientras Marini se escabullía); les dije que me reservaran un lugar en su país si las cosas se me ponían (una vez más) feas. Pero no pasó luego nada.

Unos meses más tarde, se produjo nuestro último encuentro, al celebrarse el Primer Congreso de Promoción Pesquera de la Pcia. de Buenos Aires. Yo llevaba la representación del Museo, designado por Birabén.

Muy poco antes, el canciller, Zavala Ortiz, había declarado solemnemente la soberanía argentina sobre todo nuestro mar (que seguía sin definirse). Presumo, pues no encuentro otra explicación, que lo que quería el ministro al oponerse a la propuesta uruguaya, era aparecer como el primero en establecer el control de la pesca sobre lo que ahora se llama Zona Económica Exclusiva. Si fue así lo que hizo en la reunión de CARPAS fue una mezcla de puerilidad y baja maniobra política.

Al comenzar ese congreso, me abordó Marini, muy satisfecho, y me dijo: "Seguramente leyó la declaración del canciller, concordante con su punto de vista. Es su oportunidad de resarcirse de ese mal momento en la reunión de CARPAS. ¿Por qué no redacta una propuesta adecuada, siguiendo esa línea, y la presenta a este congreso?"

Le dije que me extrañaba ese pedido después de haberme amenazado con severas penas y que, desde luego no presentaría nada; que la presentara él que conocía mejor el pensamiento del ministro. Alegó que tendría más fuerza si fuese una presentación independiente, no de un funcionario. No nos pusimos de acuerdo.

A Sorzaburu no sé cómo lo conocí pero fue, si mal no recuerdo, a comienzos de la década del 50. Yo había salido del Museo y él era, una vez más, Director de Pesca de la Nación. Es curiosa esa larga competencia, esa interminable pulseada entre Marini y Sorzaburu por esa Dirección. Cuando se instalaba un gobierno radical se entronizaba Marini (sin embargo, cuando lo conocí, dominaban, como dice Parodiz, los herederos de Uriburu). En los "entre actos" del radicalismo lo hacía Sorzaburu quien tenía las riendas de Pesca en los años 50; 10 años más tarde las tendría Marini.

Pero volvamos a ese periodo de Sorzaburu. Yo tenía por entonces un manuscrito bastante voluminoso sobre la distribución de la fauna marina argentina y sus causas, que había sido prácticamente terminado en 1942; en el capítulo que podríamos llamar central, exponía mi teoría sobre las corrientes marinas frente a nuestras costas. Ese manuscrito estuvo en la congeladora por muchos años. Durante los primeros, la causa principal fue Carcelles que, cuando supo lo que estaba preparando, quiso hacer el capítulo sobre la distribución de los moluscos, pero nunca

lo hacía. Sabiendo cuán trabajador era, me resultaba evidente que algo lo frenaba. Después me di cuenta de que en ese asunto competían en él dos sentimientos opuestos. Por un lado, él ya estaba en plena lucha subterránea de independencia de Doello (la cantidad de trabajos publicados por Carcelles en esa época, sobre moluscos marinos, muestran que no había tanta tiranía de Doello) y se estaba haciendo agresivo contra su mentor. El trabajo que yo preparaba echaba por tierra la un tanto imprecisa teoría de Doello (totalmente equivocada) sobre la corriente de Brasil circulando al oeste de la de Malvinas. Por lo tanto, ser coautor de ese trabajo deleitaba a Carcelles. Pero, en realidad, a pesar de su muy pregonada independencia, temía el choque frontal. Tironeado por esos sentimientos fue frenando, por varios años, mi trabajo. Cuando Riggi se apoderó del Museo y, sobre todo, Carcelles, convertido en Riggista, se puso contra mí, la colaboración terminó.

Entonces, mi manuscrito, ya sin coautor, empezó larguísima espera y peregrinaje. Yo ya no tenía institución. Fue entonces cuando Sorzaburu se interesó por mi trabajo y me lo pidió para publicarlo en Pesca. Año tras año, me decía "*Déjelo que casi seguro podré publicarlo este año*". Finalmente lo saqué de allí desde donde fue al Servicio de Hidrografía Naval, con el mismo resultado. Entonces, como el trabajo se estaba desactualizando, lo archivé definitivamente. Pero, para salvar algo, años antes, en 1949, ya había publicado en *Physis* un resumen del capítulo sobre las corrientes²².

Vuelvo a Sorzaburu con una pequeña anécdota que no lo pinta a él sino a la total inoperancia que pueden alcanzar algunos representantes del gobierno argentino en el exterior, sobre todo a comienzos de los 50.

En 1951 me otorgaron una beca para Francia. Cuando Sorzaburu lo supo, me dijo que no se explicaba la razón por la que no podía obtener una información pedida a nuestra embajada en París. Se trataba de lo siguiente: se había enterado de que existía en Francia un organismo encargado de promover el consumo de pescado y él quería saber cómo trabajaba. Por lo tanto me pidió que le averiguara qué pasaba con su solicitud.

Apenas llegado a París me trasladé a la embajada, donde fui atendido por el agregado cultural. Me dijo que había recibido el pedido y, dejándome estupefacto, agregó "*¡Pero cómo en Buenos Aires pretenden que les consiga esos datos y ni siquiera me dan la dirección!*" Cuando me recobré le dije: "*¡Pero, señor, en Buenos Aires no tienen la guía telefónica de París pero aquí usted la tiene; allí no tienen el nombre exacto del organismo y aquí usted la puede conseguir fácilmente en el Service des Pêches Maritimes (cuya dirección yo llevaba y le di) o, en último*

22 Balech E. 1949. Estudio crítico de las corrientes marinas del litoral argentino. *Physis*, 20 (57): 150-164

caso, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia le dará todos los datos".

Al día siguiente, me fui al Servicio de Pesca donde no sólo conseguí unas publicaciones que quería sino que el funcionario que me atendió, al saber del deseo de Sorzaburu, telefoneó al director del organismo que interesaba a Sorzaburu y me dijo luego que ese señor había reservado la mañana subsiguiente para atenderme. Abreviando, fui allí donde el funcionario me atendió con gran deferencia y luego, munido de afiches, folletos, documentos diversos y hasta un libro de recetas de cocina para pescados y mariscos, le llevé todo al agregado cultural de nuestra embajada. Todo solucionado en tiempo mínimo por un becario desconocido y recién llegado.

Bueno, todo solucionado es lo que creí. Poco tiempo después, me trasladé a la costa mediterránea para trabajar, de acuerdo con mi plan, en laboratorios de biología marina. Seis meses después, en camino a los laboratorios del N.O., pasé por París llevando el reclamo de Sorzaburu, que seguía sin recibir nada y me encontré con que todo el papelerío que había llevado seguía en la embajada ¡Me dijeron que no habían tenido tiempo de preparar el envío...!

Aclaración sobre Groeber

Alguien, después de leer el borrador del primer capítulo, se mostró disconforme con lo dicho sobre Groeber "porque era un excelente geólogo". Pues esa es nuestra opinión. Precisamente se dijo que "era un buen geólogo" (Podríamos haber dicho excelente, pues esa es nuestra opinión, aunque no somos geólogos). Lo que se dice es tan sólo que introdujo confusión con la estratigrafía de la base del Terciario, lo que no contradice su condición de excelente geólogo. Aun el científico más descollante puede cometer un error, más en este caso en que el tema no era de su estricta especialidad (fauna de invertebrados fósiles). Es indudable que Groeber fue un geólogo muy respetable que ejerció gran influencia en el desarrollo de la geología argentina. Dejamos así aclarada nuestra opinión.

II

La rebelión de la calle Perú del año treinta (Por J.J.P.)

Esta rebelión no fue repentina sino que estuvo incubándose largo tiempo. Su estallido se vio favorecido por la revolución del Gral. Uriburu, con su secuela de persecuciones y cesantías.

El cerebro de esta rebelión, alojada en la revolución nacional que depuso al presidente constitucional Hipólito Yrigoyen, fue el Ing. Lucas Kraglievich. Probablemente desde la misma asunción de Doello-Jurado, Kraglievich fue desarrollando una campaña persistente e insidiosa contra aquel.

Kraglievich era considerado el sucesor de [Florentino] Ameghino y pontífice de la paleontología rioplatense. Antes del nombramiento de Doello él esperaba ser el director del Museo²³. Por eso, cuando se produjo esa designación en el cargo que él consideraba que le pertenecía, su frustración y la de algunos que le rodeaban, fue grande. El hecho consumado, es decir, el nombramiento de su rival, no mató sus aspiraciones, más bien las exacerbó. Así fue como, en el relativo aislamiento del local de la calle Perú, se fue desarrollando un rencor autoalimentado, y se concretaron acusaciones falsas y hasta absurdas para conseguir la separación de Doello-Jurado.

Esta campaña se ligó con algo totalmente ajeno a la dirección del Museo. El campo paleonto-antropológico estaba dividido en relación con la estratigrafía, desde la gran polémica en la Asociación Argentina de Ciencias Naturales en el año 1929, que

23 Más de una biografía de Lucas Kraglievich (que pueden hallarse hoy en Internet) indican que estuvo a cargo o dirigió el Museo Nacional a partir de 1921. Para ese año el Director interino del Museo era Carlos Ameghino, por resolución Ministerial del 11 de agosto de 1919.

había durado tres largas y encarnizadas reuniones. La contienda fue entre el grupo ultra ameghinista -aquellos que se consideraban los legítimos herederos de Ameghino- con Kraglievich a la cabeza, contra los moderados pero irreductibles, como el tenaz Joaquín Frenguelli. Ese debate quedó sin solución hasta muchos años más tarde.

Doello era también "ameghinista" sincero pero no fanático. Además, aunque se ocupaba de paleontología de invertebrados, era ante todo, un biólogo. Su designación después del viaje a Europa que incrementó su prestigio, permitió que las actividades científicas de la institución fueran más balanceadas. Su propósito fue dar a todas las disciplinas las mismas oportunidades, lo que estuvo especialmente reflejado en la Memoria del Museo de 1924. Las secciones fueron aumentando su personal en la medida que lo permitía el magro presupuesto.

La reacción de los paleontólogos tradicionales fue creciendo y, después de la revolución del 30, estalló en una intensa campaña periodística y en gestiones políticas, así como en un manifiesto que firmaron Kraglievich, el paleontólogo amateur Carlos Rusconi (quien después fue director del museo de Mendoza) Lorenzo Parodi, hijo del que había sido coleccionista de Ameghino en Miramar, y otros simpatizantes que no pertenecían al Museo. En el Museo también firmaron, aunque con reticencias, el ornitólogo Roberto Dabbene y el mineralólogo Enrique de Carles. Fuera del Museo tenían aliados como el director del Museo Etnográfico²⁴. Ese grupo consideraba que el fomento de otras actividades científicas era una traición a la historia del Museo que, casi desde el principio, pero sobre todo después de Burmeister y de los Ameghino, fue prestigioso y conocido mundialmente por sus colecciones e investigaciones paleontológicas. Se alegaba que las publicaciones del Museo no aparecían con la regularidad deseada y que los autores con producción ininterrumpida, Kraglievich especialmente, debían recurrir a órganos ajenos a la institución para hacer conocer sus investigaciones. A Doello mismo se le reprochaba no haber publicado bastante en su especialidad, como si no tuviese capacidad científica. Llegaron hasta la ridiculez de denigrar a otras personas, como a Pedro Serié, por ocuparse de cosas "repugnantes" como reptiles.

Los conspiradores utilizaban a los ordenanzas para distribuir manifiestos y mensajes, con promesas de ascensos.

Doello-Jurado se defendía con notas "especiales" en los diarios, particularmente en "La Fronda"²⁵ que, en esos días de alboroto patrioter, tenía mucha influencia. Aunque la intriga se

24 Juan B. Ambrosetti.

25 Periódico nacionalista que apareció en Argentina el 1º de octubre de 1919. El diario evolucionó cada vez más hacia posturas de la extrema derecha y apoyó al golpe de estado del 6 de septiembre de 1930 que, encabezado por el general José Félix Uriburu, derrocó al gobierno de Hipólito Yrigoyen.

desarrollaba en la casa de la calle Perú, Doello estaba generalmente prevenido de lo que se tramaba; es posible, aunque no hay evidencia, de que el mayordomo de ese local, Luis Chillida, quien no estaba confabulado, haya cumplido una misión de fidelidad.

La conspiración falló, aun dentro de un régimen gubernamental que no se medía en el uso de la guadaña, más que nada por la exageración y lo absurdo de las acusaciones. Por su parte, Doello tuvo el apoyo de personas de influencia, como Antonio Sagarna, que resultó ministro de Instrucción Pública, y del general Justo, hombre de la revolución y, poco después, candidato a presidente de la República y, a la postre, presidente; ambos eran coprovincianos y condiscípulos de Doello-Jurado. También tenía el apoyo de una persona de gran prestigio tradicional como el Dr. Ángel Gallardo quien, además, era uno de los que favorecieron su nombramiento.

Terminada la crisis, Kraglievich tuvo que exiliarse en el Uruguay, donde "paleontólogos" amigos hasta formaron una sociedad en su favor. Dabbene y de Carles fueron perdonados por Doello a causa de sus edades y porque se sabía que habían sido presionados. Carlos Rusconi, quien colectaba moluscos pleistocénicos en las excavaciones del subterráneo Lacroze²⁶ y venía al Museo para comparación de ese material con las colecciones del MACN fue notificado por Carcelles que era "persona non grata"; yo estaba presente cuando él dijo "Muchas gracias Carcelles", se fue y no lo vimos más. Lo curioso es que 25 años después, cuando yo estaba en el Carnegie Museum²⁷ y él era director del museo de Mendoza y describía dinosaurios, me escribió y me envió algunos de sus trabajos...

Habiendo eliminado la oposición y ya en aprontes de trasladar todo lo del barrio de Montserrat a la parte ya construida en el parque Centenario, Doello inauguró una nueva era que fue la más fructífera en actividades científicas de toda índole, que duró 15 años.

De la frustrada rebelión, los que salieron triunfantes en mayor grado (aparte de Doello-Jurado, por supuesto) fueron: el paleontólogo Alejandro Bordas, el jefe de Mastozoología, José Yepes, que parecía estar en todas partes y el arqueólogo Eduardo Casanova.

En paleontología comenzó una era de reemplazo de la de Kraglievich. Alejandro Bordas, nuevo jefe de paleontología, reorganizó por completo la sección, con la ayuda de la Dra. Noemí Cattoi. Paleontología pronto salió de Perú y se instaló donde

26 Se refiere a la actual línea C de la red de subterráneos de la ciudad de Buenos Aires, que en su primera etapa, unió las estaciones Leandro N. Alem y Federico Lacroze, siguiendo la traza de la Av. Corrientes.

27 Ver "Datos y recuerdos de Parodiz" en el Prólogo y más adelante en el capítulo VII la sección "Riggi y yo".

ahora está, en el subsuelo del cuerpo central del nuevo edificio. Ellos ordenaron lo de la colección Ameghino que todavía quedaba guardado en grandes cajones.

Además, a Bordas, en esos momentos le vino como anillo al dedo la expedición Scarritt del Dr. Gaylord Simpson, que aclaró errores y terminó con la estratigrafía de Kraglievich. En esa época Simpson no había aún alcanzado la cumbre en paleontología, pero ya era un especialista de mucho prestigio, y en su colaboración Bordas aumentó el suyo; él y Alberto Da Fonseca viajaron con "Sinson" (como decía Bordas) a Patagonia. Simpson dejó en el Museo unos gastrópodos terrestres del Eoceno para que Doello los estudiara, pero este nunca se hizo tiempo y, finalmente, los estudié y publiqué en 1946.

'En su relato del viaje a Patagonia²⁸ el norteamericano cuenta su experiencia personal con la revolución de Uriburu y sus corridas por la avenida de Mayo, relato donde no dejó de meter algún pintoresquismo desubicado como cuando pone en boca de la gente sonoros "Olé" !!'

Con la presidencia del Gral. Justo, Doello encontró apoyo en los ministros, lo que posibilitó que el personal (oficial, supernumerario o voluntario) aumentara considerablemente y se inauguraron nuevas salas de exposición. En la calle Perú, quedaban aún parte de las colecciones (como ornitología) y se inauguró la "Sala Ameghino", una reconstrucción del despacho de Florentino, con su mesa de trabajo, silla, etc.

A pesar de todo el progreso que Doello trajo al Museo, el gran problema seguía siendo el presupuesto. Para casos de emergencia no había plata. En el año 1940 me embarqué en el buque oceanográfico "Bahía Blanca" para un viaje de rastreo a lo largo de la costa de Patagonia y los canales fueguinos, que duró dos meses. A bordo de un buque de la Armada no esperaba tener gastos pero, de cualquier manera, alguna suma de dinero era necesaria; en esos momentos el administrador H. Gavio, no pudo rascar un centavo y Doello tuvo que darme cien pesos de su bolsillo.

Uno de los cargos que siguieron haciéndose al director, después de la rebelión y hasta el fin de su gestión al frente del Museo, fue precisamente que, para tener personal, creaba pequeños puestos con retribuciones mezquinas, que había una cantidad de supernumerarios sin designación oficial e, incluso, que llegó a desdoblarse un salario de cierta importancia para reemplazarlo por dos sueldos pequeños. Pero nunca fue fácil conseguir dinero para el Museo, considerado una institución de lujo que no da dividendos económicos de importancia. Pero aun así, durante la dirección de Doello-Jurado no había dificultad para conseguir pasajes para todos los que tenían que moverse dentro del país, para estudios y para coleccionar, y casi siempre todos recibían

28 Ver nota al pie Nro. 1.

viáticos que, aunque exiguos, solían bastar para los no exigentes. Además, las secciones recibían el material necesario para su trabajo.

Los reproches que se hacían a Doello por esa falta de dinero eran a veces muy fuertes pero hoy, después de experimentado el pauperismo que vivió el Museo después del fogonazo del dinero fácil de los primeros años de la dirección de Riggi, esos reproches hacen sonreír.

III

Los grupos familiares

Desde la época de los Ameghino en el museo siempre hubo grupos familiares. Tenemos casos de hermanos: los Ameghino, los da Fonseca, la tercera generación de los Pozzi, los Serié y los Gemignani. Más frecuente aun es la de miembros de dos o tres generaciones en línea directa. Hubo tres generaciones de Pozzi, comenzando por el italiano Antonio, seguido por su hijo Santiago y concluyendo con los hermanos Antonio y Aurelio. De dos generaciones continuas son los Pédola, los Zotta, los Siciliano, los Chillida, los Soria. De generaciones discontinuas son los Holmberg y los Gallardo (por parte de madre el actual director del Museo, José María Gallardo, tiene en el Museo un antecesor más antiguo, ingresado a la institución en la primera mitad del siglo pasado).

Hay también parentescos no tan directos. Tío-sobrino como los De Carlo, los López, Doello-Jurado y Martínez Fontes-Haedo, primos como los Parodiz, marido-mujer como López-Abella y Menéndez-Hassel. El caso Costa-Pergolani es distinto porque contrajeron matrimonio cuando ambos eran ya personal bastante antiguo del Museo.

Otro caso es el de familiares que concurren o concurrieron al Museo sin cobrar sueldo, para colaborar. Mientras Birabén fue director, su señora, I. Hylton Scott, con frecuencia hacía sus estudios (que normalmente realizaba en La Plata) en el MACN. La hermana de J. Viana, jefe de Entomología, hizo una meritoria tarea como ordenadora y conservadora de lepidópteros. La señora de Balech hizo, durante casi 30 años, tareas en la Estación Hidrobiológica, sobre todo la formación, ordenamiento y fichaje de su biblioteca.

Desde luego, en el cuerpo de maestranza, el nombramiento de más de uno de la misma familia es caso bastante frecuente. Pero ningún grupo familiar fue tan numeroso como el de Berrondo, ordenanza y chofer, que ingresó en la época de Riggi.

Los Ameghino (J.J.P. y E.B.)

Florentino Ameghino siempre sostuvo haber nacido en Luján pero luego se comprobó que nació en Italia y que llegó poco después a La Argentina. Radicada la familia en Luján, pronto Florentino empezó a interesarse por la naturaleza de los alrededores y, sobre todo, por algunos fósiles que iba desenterrando. Pero tuvo que esperar 12 años la llegada de su hermano menor, Carlos. Por lo tanto ninguno de los dos tuvo en la familia un compañero de juegos, pues cuando Carlos llegó a la edad de las correrías infantiles, su hermano mayor era ya un mozalbete casi completamente dedicado a sus exploraciones y que, en vez de acompañarlo en los juegos, empezó a entrenarlo para convertirlo en su colaborador y peoncito.

Como era tradición en las viejas familias europeas el hermano mayor suplantaba al padre y, en su ausencia, ejercía su autoridad. En este caso esto se vio favorecido por la gran diferencia de edad y por la no menor diferencia de caracteres: fuerte el del mayor, sumiso el del menor. Florentino ejerció su mayorazgo en una forma casi tiránica y vitalicia.

Florentino era un hombre de gabinete, un trabajador fanático que amaba la soledad en su tarea; no le gustaba tener otros con él. Si exceptuamos sus tempranas exploraciones en Luján, el único trabajo de campo que hizo fue en Monte Hermoso, S.E. de la Pcia. de Buenos Aires.

Para alimentar sus investigaciones y sus ideas paleontológicas precisaba un colaborador dedicado y sumiso al que pudiese hacerle recorrer continuamente la Patagonia, pasando penurias durante largos años. Lo halló en su hermano Carlos.

Un día Carlos le comunicó a Florentino sus planes de casamiento y este estalló furioso y le dijo que eso era imposible ("Donde quedarían nuestras investigaciones..."). En suma, le prohibió casarse. Así que Carlos tuvo que seguir soltero hasta después del fallecimiento de su hermano. Sólo entonces y después de tantos años, desposó a una dama de apellido Salas. Ya acostumbrado a ser dominado, cayó entonces bajo la férula de su cuñado.

Ya estaba viejo, gastado por tantos años de sacrificio en Patagonia y, quizás queriendo recuperar sus años de juventud, de los que no había disfrutado, se hizo injertar las glándulas de Voronof, que estaban de moda en esa época (eso es lo que se decía pero no lo aseguramos). Sea por el tratamiento o simplemente por chochera, el resultado fue que se infantilizó y en una reunión del Museo (ya estábamos en Parque Centenario) se portó como un idiota. La verdad es que en Patagonia no tuvo vida normal.

En uno de los viajes que hacía de La Plata a Buenos Aires, con Antonio Pozzi, le contó a este, con desesperación y lágrima-

mas, que había adquirido el hábito patológico de comer cosas repugnantes, vicio del que no podía desprenderse.

Pero sin Carlos la obra de Florentino no hubiese alcanzado los niveles a los que llegó. Además el menor publicó no pocos trabajos propios y de valía. Por eso es muy injusto el semi olvido en que se lo tiene; cuando se menciona a Ameghino (hasta se da su nombre a entidades deportivas) siempre se evoca a Florentino. Para el gran público, Carlos no existió. Hay tres poblaciones en nuestro país que se llaman Ameghino, todas en honor de Florentino, incluso la que está en Chubut que, creemos, Florentino nunca exploró; el "patagónico" era Carlos.

Pobre Carlos, siempre sacrificado y dominado, víctima de las circunstancias, relegado en el recuerdo y la fama y que, sin embargo, itanto hizo por la paleontología argentina! Por este modestísimo medio le rendimos muy sentido homenaje.

Los Pozzi (J.J.P. y E.B.)

Los Pozzi constituyeron uno de los linajes más antiguos del Museo, por lo que es muy lamentable no haberles pedido más datos y recuerdos a los de la tercera y última generación en el MACN; con la desaparición de Antonio y Aurelio, se perdieron detalles y anécdotas que eran seguramente, de altísimo interés histórico.

Sin embargo rescatamos algo de los que nos contó don Antonio Pozzi y dispusimos de algunos datos que el químico Aurelio Pozzi(h) nos hizo llegar desde La Plata, donde reside, como lo hicieron su abuelo, su padre y su tío. Agradecemos al Sr. Pozzi la gran deferencia de hacernos llegar ese material. Lamentablemente su padre no dejó anécdotas escritas y poquísimas o ninguna oral. Pero gracias a él nos enteramos de la destacadísima actuación que le cupo a don Santiago (padre de Antonio y Aurelio) que permitió un extraordinario enriquecimiento de las colecciones de los museos de Buenos Aires y de La Plata, y un gran adelanto en el conocimiento de la Patagonia, todo hecho a costa de un sacrificio inusual. Como el recuerdo de esta actividad no debe perderse, agregamos algunos datos resumidos sobre la actuación de don Santiago.

El primero de estos Pozzi exploradores en La Argentina fue don Antonio (abuelo de nuestro conocido y amigo del mismo nombre). Lo hizo venir de Italia (donde había adquirido cierta fama como taxidermista del Marqués Turati, de Milán) el propio Burmeister. Llegó a Buenos Aires en 1866, con su mujer, dos hijas y un hijo de 17 años: Santiago.

Sabemos muy poco de la actuación del primer Antonio, pero mucho más de su hijo Santiago. Como Burmeister vio enseguida las excepcionales condiciones del muchacho lo incorporó al MACN como ayudante preparador y coleccionista de aves. Casi inmediatamente

Santiago comenzó su larga serie de exploraciones y recolecciones, primero por la costa Atlántica de la Pcia. de Buenos Aires; poco después por nuestra Mesopotamia, hasta el Paraguay, mostrándose siempre como trabajador incansable y habilísimo.

Santiago trabajó para el MACN muchos años, divididos en dos etapas. La primera, de casi 20 años, terminó en 1884, cuando fue captado por la institución recién fundada en La Plata. Francisco Moreno lo designó "oficial primero" y lo encontró tan útil que lo calificó de su brazo derecho. Tanto trabajó Pozzi que los visitantes extranjeros quedaban sorprendidos de que el museo de La Plata pudiese presentar, en tan poco tiempo, material tan valioso, abundante y bien preparado.

Cuando se empezaron a conocer los grandes descubrimientos de fósiles de Patagonia hechos por Carlos Ameghino, Moreno, entusiasmado, organizó, desde 1888 expediciones encabezadas por Santiago. Pozzi y sus acompañantes (entre ellos Onelli, quien más tarde, sería muy conocido como director del Jardín Zoológico de Buenos Aires y, sobre todo, como organizador de una búsqueda de un plesiosaurio vivo en el Nahuel Huapi, iniciativa que dio mucha tela a todos los humoristas argentinos). Este grupito trabajó en el sur un año, sin caminos, con poco dinero, en largos recorridos a lomo de mulas o de caballos y volvió con una impresionante colección de 100 cajones de animales actuales y fósiles, piezas arqueológicas y restos indígenas.

Aunque los expedicionarios retornaron en estado físico muy deteriorado, Pozzi no se arredró y volvió una y otra vez a Patagonia. En cada uno de sus viajes coleccionó y preparó mucho material y en 1897 se hizo acompañar por su hijo Antonio, nuestro conocido, a la sazón un chico de 13 años que empezaba así su carrera. Moreno, en reconocimiento, dedicó a Pozzi una especie de *Scelidotherium*: *S. pozzi*²⁹.

Santiago Pozzi se jubiló en el Museo de La Plata en 1902, pero inmediatamente fue de nuevo llamado al MACN por Florentino Ameghino. En Buenos Aires trabajó por 24 años más, hasta su retiro definitivo en 1926, ya durante la dirección de Doello-Jurado, quedando entonces su hijo Antonio como jefe de taxidermia.

El entonces jefe de ornitología del MACN, Roberto Dabbene, dijo que sus trabajos (los de Santiago) eran dignos de los mejores museos europeos.

Santiago Pozzi era no sólo un duro explorador, excepcional coleccionista y taxidermista, sino también un artista, apasionado por la música, fanático verdiano y músico él mismo, además de buen dibujante y pintor. Nos preguntamos qué se habrá hecho de su colección de dibujos y acuarelas realizados durante sus viajes. Sería imperioso reunirlos y depositarlos en un museo histórico.

Santiago murió en La Plata en 1929, a los 80 años.

²⁹ *Scelidotherium Pozzi* Moreno, 1888 = *Scelidotherium patrius* F. Ameghino, 1888.

Sus hijos Antonio y Aurelio eran dos hombres de buena estatura. Cuando los conocimos ambos eran calvos y rubicundos, pero mientras Antonio era delgado, Aurelio era corpulento. Ambos de voz fuerte pero el mayor solía darle a su palabra un tono enérgico, un tanto tajante. Aurelio, seis años menor, era más bullicioso y bonachón.

En Parque Centenario Antonio no trabajaba mucho pero, en verdad, después de la instalación del Museo allí, se le llevaba poco trabajo taxidérmico y había poco que hacer. Uno de nosotros (Balech) con cierta frecuencia iba con Dastugue a visitarlo y para oír algunas de sus viejas historias y sus comentarios actuales, un tanto mordaces a veces. Siempre nos atendía como a viejos amigos y así fue como nos enteramos de que había conocido los indios patagónicos y hasta convivido con ellos cuando era todavía un niño.

Una vez nos comentó de una discusión de antropólogos y arqueólogos acerca de una supuesta hacha simbólica, que llevarían los caciques como símbolo de autoridad. Antonio nos dijo con sorna "La interpretación es ridícula y sólo puede ser de personas que no conocen la idiosincrasia indígena. El cacique es simplemente el más pel..., el que tiene los mejores caballos y mujeres y, también, el más haragán: nunca se molestaría en llevar ningún estorbo simbólico. Esas piezas no son hachas sino palas (para enterrar a sus muertos) que, cuando se mudaban de asentamiento, dejaban tiradas porque no se cargaban con cosas inútiles." Desde luego no sabemos cuán correcta es esa interpretación pero, por lo menos, parece razonable. Tampoco sabemos si ésa es la pieza a la que se refirió Imbelloni en una conferencia sobre la "insignia lítica" que, según él, era de gran valor y que, por lo tanto, había que cuidar mucho, "que no desapareciera". Deodat, arqueólogo aficionado que había pasado algunos años en Patagonia, dijo entonces que eso era un bastón insignia, lo que causó mucha hilaridad porque como esa pieza era muy corta, uno se imaginaba al cacique muy encorvado para poder usar ese brevísimo bastón.

En parque Centenario Pozzi trabajaba en un anexo, situado detrás del Museo una especie de galpón cuyo extremo sur él ocupaba, muy cerca de Yepes.

Una vez Yepes se permitió hacer una crítica desagradable de Pozzi (Yepes, como Pérez Moreau, quería aparecer como intelectual cáustico). La crítica llegó a oídos de Antonio quien no era hombre de soportar la agresividad de nadie, por lo que se dirigió inmediatamente al mastozoólogo. Hubo una corta discusión que terminó cuando el crítico vio al criticado acercarse decididamente a él, con la calva enrojecida y los ojos chispeantes. Yepes huyó a la mayor velocidad seguido por Antonio; eran por cierto dos figuras muy disímiles: petizo y un tanto excedido de peso uno, alto y delgado su perseguidor. Yepes se refugió en

su laboratorio cerrando la puerta con llave. Don Antonio, con su voz más persuasiva, aparentemente calmado, lo instaba a salir "*Salga, doctor, que sólo quiero conversar con usted*". Desde adentro, bien parapetado y con voz que se le había agudizado, Yepes respondía con amenazas: "*Yo le voy a dar a usted*", pero sin aceptar la invitación.

No sabemos cuándo Antonio Pozzi se retiró del Museo, pero estaba cansado de los dos viajes cotidianos entre La Plata y Buenos Aires y, además, por esa época su mujer tuvo serios problemas de salud. Antonio murió al promediar el año 57, a los 78 de edad.

De Aurelio hablaremos cuando tratemos la Sección Ictiología.

Los Da Fonseca (J.J.P. y E.B.)

Los Fonseca, como solía llamárselos, eran tres hermanos de origen portugués, de modos muy delicados, de hablar suave y en sordina. El mayor, Joaquín, fue un eximio modelador: él fue quien preparó casi todos los calcos que el Museo expone. Sus trabajos eran excelentes, productos de una buena técnica y espíritu artístico. Sus calcos se diferencian de los pocos que se hicieron después porque en vez de hacer simples yesos, él trabajaba con arpilleras enyesadas, lo que es considerablemente más difícil pero también mucho mejor: los calcos resultantes son más livianos (lo que es importante en ejemplares grandes) y mucho más resistentes. Un ejemplo lo dieron roturas en dos calcos en la Estación Hidrobiológica: en el más viejo, hecho por Fonseca, el trozo quedó unido al cuerpo gracias a la tela; en el más moderno el pedazo roto se cayó estropeándose más.

Con poca ayuda Joaquín tenía que darse maña para trabajar con ejemplares muy grandes, de 200 o 300 kilos, para los que tenía que construir andamios y aparejos.

El segundo Da Fonseca, Secundino, el más gordito, era un hombre culto, maestro y buen lector, que llegó a ser inspector del Consejo Nacional de Educación y profesor de portugués. En el Museo fue, durante años, ayudante técnico de la Sección Botánica. A su cargo estaba el envenenamiento de las plantas del herbario con bicloruro de mercurio.

En cuanto al menor, Alberto, el más delgado y apagado de los tres, con los años fue derivado de una sección a otra. Estuvo bastante tiempo en Paleontología, de donde lo echó [Alejandro] Bordas por causa de algunas piezas que había hecho en yeso, de material por cierto no paleontológico. Trabajó en fotografía con Haedo y terminó recalando en Ictiología. En sus últimos años, viejo, consumido, cada vez más apagado, hacía muy poco más que preparar el té para todos los de la Sección, y hojear incansa-

blemente su colección de "Caras y Caretas"³⁰. Murió ahogado en su bañadera, probablemente a consecuencia de un desvanecimiento; ya tenía 80 años. Es otro de los testigos desaprovechados del viejo museo pues era entonces el más viejo de su personal y reservorio de cantidad de recuerdos y anécdotas.

Para terminar con esta familia diremos que Joaquín tuvo dos períodos de Museo. Después del primero se fue a Portugal, pero después del 30 Doello lo hizo venir; fue en ese segundo periodo cuando hizo los grandes calcos que hoy adornan el Museo.

La dinastía Holmberg (E.B.)

Holmberg es un gran nombre en La Argentina, donde su historia comienza con la llegada de su primer representante acompañando a San Martín, quien venía a ponerse al servicio de su patria naciente.

En verdad el apellido de ese linaje es Kailitz. Aunque Eduardo Kailitz, barón de Holmberg, nació en Austria en 1778, cursó estudios militares en Prusia y vino a este país con el título de teniente del ejército alemán y el nobiliario de una nueva nobleza prohijada por Napoleón. Por las características que distinguieron a ese Kailitz se ve que su carácter fue más modelado por Prusia que por su país natal. A este propósito recuerdo a un austríaco grandote que conocí en 1939 (iniciación de la segunda guerra mundial) muy antihitlerista, que se indignaba cuando se confundían los austríacos con los alemanes del norte. Decía: *"Nosotros somos alegres; nos gusta la música alegre y romántica; los prusianos sólo se enternecen con las marchas militares y son tan aferrados a la disciplina que siempre salen de sus casas a la misma hora, toman el mismo ómnibus, se sientan en el mismo asiento y todos los jueves engañan a su mujer..."*

Desde luego no sé si el barón de Holmberg engañaba a su mujer todos los jueves (en realidad era soltero entonces) pero sí que, incorporado al ejército de Belgrano, mostró tanta altanería y trató de imponer estrictos hábitos prusianos que produjo tanta molestia en jefes, oficiales y tropas que, para evitar la desintegración de su ejército, Belgrano lo tuvo que separar aunque lo mantuvo como consejero. El barón se casó con una prima hermana del general Alvear y así se originó la dinastía de la que su nieto Eduardo Ladislao (1852-1937) fue su estrella rutilante.

30 Semanario argentino (1898 y 1941) que se caracterizó por la sátira política, el humor y dio cuenta de los fenómenos políticos, sociales y culturales que atravesó el país, con un tratamiento gráfico particular en el que eran comunes las caricaturas y las fotografías.

Eduardo Ladislao Holmberg (J.J.P.)

La dictadura que Ameghino había ejercido en Paleontología era aplicada por Holmberg, especialmente en insectos, aunque en verdad no se dedicó de lleno a ellos: era implacable y no toleraba críticas. Brethes, en ocasión de publicar un par de especies nuevas, tuvo la audacia o la inocencia de contradecirlo. Holmberg, furioso, demandó una retractación que Brethes resistió. Holmberg exigió entonces que el Museo formase una especie de tribunal de honor para juzgar al díscolo (creo que el director del Museo era entonces Carlos Ameghino, quien se dejaba manejar por todos) y el mismo querellante formó parte de ese original tribunal. El resultado fue que Brethes, en lágrimas, fue obligado a pedir perdón al ofendido don Eduardo. Mientras tanto Brethes se había desquitado publicando un artículo que llamó "Por dos bichos".

Nunca conocí personalmente a Holmberg. No creo que en mi tiempo él haya ido nunca al Museo pues sus últimos 10 años los pasó en su casa, completamente senil. Fue en conversaciones con su hija que llegué a conocer el carácter del padre; la ocasión se presentó cuando él falleció.

Esto ocurrió en su vieja casa de la calle Cerrito, a dos cuadras del Colón³¹. Allí guardaba con mucho celo sus "tesoros" científicos, en una gran pieza que separaba los dos patios (que en casas de ese tipo se usaba como comedor).

Cuando al envejecer se dio cuenta de que la memoria le fallaba (efecto quizás de las tagarninas³² que fumaba sin cesar) tuvo pánico de que le fueran a robar sus cosas, así que clausuró ese salón, cerrando y sellando las puertas con lacre y papeles firmados, como si fuera orden judicial. Por 10 años esa pieza quedó clausurada y, cuando Holmberg murió, la hija pidió a Doello-Jurado que enviara una comisión del Museo para abrir la sala y recobrar una colección que se creía de gran valor (y que seguramente lo hubiese sido de ser cuidada). Doello, que nunca le tuvo confianza al viejo Holmberg, en vez de nombrar una comisión nos ordenó a Emilio Gemignani (jefe de Entomología) y a mí, que fuésemos a ver qué había. Así fuimos a "violar la tumba" con la esperanza de encontrar materiales de valor. Pero el resultado de ese largo encierro fue consternante: seguramente años antes una pelota había caído en la azotea y quedó tapando la canaleta de desagüe, así que cuando llovía, el agua se acumulaba y filtraba dentro de la famosa pieza.

Cuando abrimos las puertas nos rechazó un vaho sepulcral y vimos que todo estaba cubierto de moho. Dejamos el cuarto abierto hasta el día siguiente para que se ventilara. En la primera

31 La casa estaba en Cerrito 858 y el teatro Colón se ubica en Cerrito 628, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

32 Cigarros de escasa calidad.

inspección encontramos que el herbario que el naturalista había formado durante su viaje a Misiones, contenido en grandes cajas de zinc, se había reducido a un líquido negro en el fondo. De los insectos no quedaban más que apéndices sueltos y los dermestés³³ habían comido no sólo el resto sino también las etiquetas. Tras comprobar esto, Gemignani dio por terminada su misión allí. Pero yo seguí porque me intrigaba el misterio de lo que podía aun encontrar y, además, me encantaba escuchar a la hija de Holmberg (viuda de Ambrosetti) quien era muy amable y me contaba anécdotas del padre.

Se salvaron algunos esqueletos de aves y de mamíferos. También el de un bebé, que debió haber nacido muerto y que Holmberg habría conseguido en algún hospital. La señora de Ambrosetti me pidió que lo sacara sin demora (para evitar que se pensara que "algo" había pasado en la familia) así que lo llevé al Museo en una caja y con Cupo lo enterramos en el terreno del frente, cerca de donde, después, pusieron ese dinosaurio de cemento.

Lo que me interesaba encontrar eran los tipos de las especies de moluscos que Holmberg había descrito; muchos de esos resultaron sinónimos, pero tuve suerte con *Epiphragmophora argentina*, de Tucumán que, por la descripción, yo estaba convencido de que era buena especie, como resultó y pude confirmar³⁴. Ese es uno de los pocos tipos que se conservan del siglo pasado, porque los descritos por Doering en la Academia de Ciencias de Córdoba (que tuve la suerte de revisar en parte), después que fueron devueltos, a la Academia, desaparecieron durante una revuelta estudiantil (de la que hubo varias después del 30); los revoltosos destruyeron gran parte de las colecciones. Esa fue la explicación que me dieron en la Academia pero pudo ser también por desidia de los que las tenían a su cargo. Holmberg había descrito también varias especies de Vaginulidos³⁵ (babosas) del Delta del Paraná, que se hicieron polvo en los tubos que las contenían.

Holmberg fue un malacólogo "de raspón" y lo que supo lo había aprendido de Doering. Sus descripciones son muy curiosas y en los Apuntes de Historia Natural (una revista que publicaba él mismo y que duró poco) describió una *Vaginula* (ahora *Veronice-lla*) de la que dice que sólo había encontrado un ejemplar muer-

33 *Dermestes maculatus* es una especie de escarabajo que actualmente tiene una distribución mundial y que se alimenta de carroña y productos de animales secos. Es la especie que las universidades y los museos suelen utilizar para eliminar la carne de los huesos en la preparación de esqueletos de vertebrados.

34 *Epiphragmophora argentina* (Holmberg, 1909). Parodiz, J. J., 1957. Catalogue of Land Mollusca of Argentina. The Nautilus, 71 (1): 22-30.

35 Vaginulidae = Veronicellidae. Este último es el nombre aceptado por la ciencia para una familia de moluscos gasterópodos terrestres que carecen totalmente de concha.

to, pero más adelante, en las observaciones, escribe: "Cuando el animal camina..."³⁶.

En ese cuarto había muchas otras cosas que sería largo recordar. Entre ellas una colección de bastones, miles de cajas de fósforos (que usaba para coleccionar insectos) una cantidad de ejemplares de la revista francesa "Le Rire"³⁷, libros pornográficos, estatuas de Venus, de la Victoria de Samotracia, etc.

Lo más lamentable es que los libros clásicos de historia natural que tenía estaban completamente destruidos por la humedad. Otra peculiaridad eran los libros de apuntes que Holmberg había hecho él mismo, con hojas de papel de estraza, dobladas en 1/8 o 1/16, apiladas y cosidas en tal forma que los libros eran más altos que anchos, como un prisma; la escritura a lápiz se había hecho ilegible. Recuerdo que José Yepes una vez me mostró uno de esos libros de Holmberg (no sé de dónde lo sacó) que parecía un ladrillo parado.

Eduardo Ladislao Holmberg (E.B.)

Se había doctorado en medicina pero su pasión era el estudio de la naturaleza. Era una mente brillante y multifacética. Dominaba varios idiomas y, según el humor, versificaba en cualquiera de ellos (castellano, alemán, latín o inglés...). Fue traductor de literatura inglesa, crítico de arte, excelente flautista y se lo considera el iniciador de la literatura fantástica en el país. Amenísimo conversador y escritor (unas tías mías que lo tuvieron de profesor en la Escuela Normal, me contaron que entretenía muchísimo con sus anécdotas y sus grandes humoradas -su lado austriaco- pero que enseñaba muy poco; por eso, ya cerca del fin de curso, le expresaron su preocupación por los exámenes que se avecinaban y él les dijo, muy suelto de cuerpo: "No se preocupen que aquí el único que sabe soy yo").

Su libro "El joven coleccionista de Historia Natural de la República Argentina"³⁸ es bueno, ameno, con mucho humor, como lo es también su libro de Botánica. Pero, como dice Parodiz, su amenidad y atractivo de buen conversador cultísimo no alcanzaba a ocultar el fondo altanero y autoritario de su linaje. Publicó sobre botánica (tiene un estudio sobre amarilidáceas), peces,

36 E. L. Holmberg no publicó ninguna especie nueva del género *Vaginula* en la revista "Apuntes de Historia Natural" (12 números publicado a lo largo de 1909, si se aceptan como verdaderas las fechas de publicación impresas). Sin embargo, si publicó en "Vaginúlidas argentinas". *Physis*, 1 (4): 162-179. 1913) 4 especies nuevas, 2 de ellas sobre animales conservados en alcohol. En ninguna de las descripciones o comentarios se encuentra el texto aludido por Parodiz.

37 Semanario humorístico, editado en París (Francia), que tuvo gran éxito desde el octubre de 1894 hasta los años 50.

38 Publicado en 1905 con fines didácticos y divulgación de la ciencia.

insectos, arañas, mamíferos, aves (publicó un tratado titulado "Las aves argentinas" como parte de "La Fauna" del Censo de 1895) no desdeñando la mineralogía y la antropología. Según Alberto Castellanos fue el precursor de toda una corriente intelectual. Pero esa tremenda extensión de su obra, queriendo abarcar toda la naturaleza, conspiró contra la profundidad de sus estudios.

Como curiosidad extraigo de la introducción de "Las Aves Argentinas" esta discutible afirmación hecha precisamente por quien tanto se dispersó y que tan fuertes reacciones tenía cuando se lo contradecía: "Es lástima que el Dr. Burmeister, teniendo desde hace tiempo clasificada la rica colección de aves del Museo Público, y tratándose de una clase cuyo estudio tanto le agradaba, no las publicase en la "Description Physique" perdiendo (!) su tiempo con fósiles que sólo servían para provocarle discusiones y acritudes, y entiéndase que digo "perdiendo" porque él lo perdía".

Holmberg era un tanto desaliñado en el vestir, sempiterno fumador de cigarros y afecto a la bebida (si algún factor externo contribuyó a su decadencia mental creo que sería la bebida, no el tabaco). Pero sobre sus aspectos negativos se levantaba una mente que, en su plenitud, fue excepcionalmente brillante, quizás única en La Argentina y a la que podría calificarse de genial.

Adolfo Dago Holmberg (E.B.)

Los Holmberg (o Kailitz) posteriores quedaron muy lejos de tener ese brillo rutilante y trataron de reemplazarlo con la extravagancia. El principal representante de esa cuarta o quinta generación fue Adolfo Dago Holmberg. Como Eduardo Ladislao, estudió medicina pero su inclinación era la zoología y la oceanografía, siempre se adjudicó el título de iniciador de los estudios oceanográficos en La Argentina e incluso pretendió erigirse en única autoridad argentina en oceanografía, aunque nunca hizo investigación oceanográfica alguna.

Durante 20 años, hasta 1944, fue el director del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Por razones circunstanciales conocí el tenor de algunos de sus informes a la Municipalidad en los que pretendía cultivar un humorismo corrosivo. Recuerdo de una larga nota, por cierto en tono muy inapropiado para una nota oficial, en la que criticaba muy acremente al profesor de la escuela de avicultura que funcionaba en el Jardín. Comenzaba ridiculizando su físico: "*su largo cuello de pollo desplumado... etc.*" y luego relataba como - según él- se desarrollaban las clases: "*las gallinas, hm, tienen plumas, hm, hm, y ponen huevos...*" y seguía en ese estilo.

Le gustaba cultivar la fama de caballero galante, estar rodeado de damas, las reuniones sociales y aparecer como científico brillante, autor de frases ingeniosas y líder de la democracia. En una entrevista concedida a una revista porteña, contestó así la pregunta de cuál era su animal preferido: "la mujer".

Como sus antecesores era culto y buen conversador, pero también extremadamente arbitrario, envidioso, despótico y de una nulidad científica total. A pesar de esto y al amparo de su apellido y de sus múltiples y encumbradas relaciones, llegó a hacerse fama de distinguido zoólogo y de padre de la oceanografía nacional. Desde luego cultivaba esa fama cuidadosamente y por todos los medios.

Cuando la Armada Argentina invitó a tres naturalistas argentinos a recolectar fauna marina con el crucero ARA Patria, hacia 1913, embarcaron Doello-Jurado, Adolfo Holmberg y Marelli, quien más tarde sería director del Jardín Zoológico de La Plata. De los tres el único que publicó sobre material recogido en ese crucero y desarrolló una sostenida actividad en biología marina, fue el primero. Pero desde entonces las relaciones entre Doello-Jurado y Dago Holmberg fueron muy tirantes aunque superficialmente pareciesen normales. Pero Holmberg fue desarrollando un odio intenso, como todos sus odios, realmente patológico, contra su rival en biología marina.

Adolfo Dago se fue a Alemania por un tiempo para hacer, según dijo, estudios de oceanografía pero nunca supe cuánto y dónde estudió. Aprovechó el viaje para visitar la Oficina Hidrográfica Internacional, en Múnaco y consiguió convencerlos de que lo nombrasen su representante en la Argentina, lo que le permitió recibir las publicaciones que guardaba para sí. Creó un Instituto Oceanográfico³⁹ y consiguió que el Estado le comprara y mantuviese un barquito, y que el Servicio de Hidrografía Naval le prestase instrumental cuyo destino final nunca se conoció; simplemente desapareció. Con el barco sólo hizo placenteros paseos por el delta del Paraná en buena compañía...

A pesar de todo eso el "oceanógrafo" Adolfo Dago Holmberg no dejó la menor contribución a la oceanografía ni a la biología marina, aunque sí algunos proyectos difusos (por ejemplo de exploraciones del mar argentino con empleo de muchos barcos) cuando no francamente disparatados. Uno de ellos fue el de la construcción de un gran acuario marino en Mar del Plata, o más bien submarino, pues se perforaría la roca bajo el agua, haciendo una amplia y larga galería submarina con ventanales desde los cuales se podría observar la fauna marina.

En las últimas décadas, tratando de recuperar su prestigio (nadie lo conocía en los círculos especializados) se mostró en

³⁹ Este instituto no tiene relación con el Instituto Argentino de Oceanografía que se creara años más tarde (1964) en Bahía Blanca.

algunas reuniones de oceanografía y maniobró para ser designado miembro honorario del Comité Argentino de Oceanografía, lo que fracasó al no encontrarsele más antecedentes que los mencionados. Desde luego, no se consideró suficiente el de colaborador del Tesoro de la Juventud⁴⁰. Según él, la gran obra de su vida, un tratado general de biología, fue destruido, no se sabe cómo ni en qué circunstancias, por sus enemigos políticos, en venganza por su firme defensa de la democracia.

En el zoológico hizo fusilar una elefanta que, afirmaba, había enloquecido⁴¹. Hace unos años, al dirigirme al museo en taxi y al saber el conductor a donde iba me dijo: *"Ah, allí está la elefanta (me dio su nombre que no recuerdo; en verdad no estoy seguro si era un animal macho o hembra) que hizo matar ese canalla de Holmberg; el loco era él. Yo era el cuidador de ese pobre animal..."* Lo cuento como anécdota sin abrir juicio sobre la decisión de Holmberg.

A don Dago no lo conocí personalmente hasta que inesperadamente se presentó en mi casa, en Necochea, por el año 54. Cuando se enteró de que yo tenía un largo manuscrito sobre la distribución de la fauna marina y las corrientes marinas en la Argentina, insistió en que se lo diera para estudiarlo con tranquilidad. Por las referencias que tenía sobre él busqué un pretexto para eludir el pedido.

Cuando también supo que yo había sido "renunciado" en el Museo me dijo: *"No se preocupe. Le puedo decir que pronto la situación va a cambiar y cuando caiga Perón ocuparé un alto cargo y no me olvidaré de usted"*. Fue una tremenda indiscreción decir eso a un desconocido, por parte de quien sabía que se estaba gestando la Revolución Libertadora⁴²; él tenía hijos (por lo menos uno) en el ejército y era tío del oficial que más tarde sería muy conocido como el general Lanusse.

También me preguntó por unos sobrinos que tenía en Necochea y de quienes tenía opinión desfavorable.

De su actuación como interventor del MACN hablaremos más adelante. Pero sí diré que volvió a la celebridad a raíz del asesinato de su hija diplomática, que había denunciado muy serias irregularidades de militares y diplomáticos argentinos en Europa. Un día la diplomática desapareció y poco después su cadáver fue encontrado en el río. Durante sus funerales el padre no se

40 Enciclopedia para niños, editada en la Argentina por W. M. Jackson en la década del 20.

41 En 1922 ingresó al Zoológico de Buenos Aires un elefante macho de nombre Dahlia. Según las crónicas de la época, el 19 de mayo de 1943 a las 14 hs. el Director del Zoológico dio la orden a 10 policías de disparar a matar al elefante luego de varios episodios de furia y en medio de una crisis que hacía temer su escape rompiendo las rejas de su recinto. Su esqueleto se encuentra actualmente exhibido en la sala de osteología comparada de mamíferos en el MACN.

42 Es el nombre con el cual se conoce a la dictadura militar que gobernó la República Argentina tras haber derrocado por la fuerza de las armas al presidente constitucional Juan Domingo Perón el 23 de septiembre de 1955.

olvidó del gesto espectacular, lanzando un estentóreo "Viva la Patria". Adolfo Dago murió de edad avanzada.

Adolfo Dago Holmberg (J.J.P.)

En ocasión de una Exhibición Nacional de Pesca, en Mar del Plata, organizada por el Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación, cuando el jefe de Pesca era Marini, Doello-Jurado, Carcelles y yo fuimos para colaborar.

En esa época, Marini y Adolfo Dago mantenían un feudo en esa ciudad. Dago Holmberg había emprendido uno de sus proyectos delirantes, con la construcción de un monstruoso edificio para su Instituto Oceanográfico y Acuario en Cabo Corrientes. Holmberg perseguía dos fines: su glorificación y dejar en la sombra a Doello, anulando al mismo tiempo su Estación Hidrobiológica en Puerto Quequén⁴³. El proyecto estaba, cuando fuimos, en estado de abandono y sólo consistía en su estructura de cemento, pero ya Holmberg había hecho colocar en su interior varias esculturas alegóricas (Neptuno, etc.). Tenía de guardián un individuo conocido por el sobrenombre de Mediahora, a quien Holmberg debía muchos meses de sueldo. Cuando Mediahora perdió las últimas esperanzas de cobrar se vengó, antes de irse, rompiendo a martillazos todas las esculturas.

El episodio causó mucha gracia a Doello-Jurado.

43 Primera estación de biología marina de América del Sur. Funciona desde 1928 en un edificio de madera cedido por la Dirección de Puertos y Vías Navegables adyacente al puerto de Quequén. Enrique Balech desarrolló sus investigaciones sobre dinoflagelados allí durante más de 40 años.

IV

Las secciones y sus ocupantes

IV.1. El departamento de las Ciencias del Hombre

Antropología (J.J.P.)

José Imbelloni era un bulldog de feo pero simpático, corpulento y de piernas muy cortas por lo que, agregado a que era muy corto de vista, caminaba muy despacio. Sin embargo tenía gran arrastre con el elemento femenino y siempre estaba rodeado por las estudiantes de la Facultad de Filosofía, donde era profesor.

Era un tipo de italiano muy diferente del de Frenguelli. No era sarcástico; muy cumplido y elegante (siempre muy bien vestido). Por esa época había publicado un libro que hizo roncha: "La Esfinge Indiana". Era interesante escucharlo por su oratoria grandilocuente pero fina, tanto que Croce, quien también tenía algo de poetastro, le dedicó un poema burlesco, en un italiano macarrónico. No lo recuerdo todo pero si unas estrofas que eran más o menos así:

*Molti anni ha pasato
Fra i libri e la Natura
Bagnato in Scienza pura
E per Dio illuminato.
La fama di questo scienciato
Non rispeta nessuna frontiera
E il suo nome, facendo bandiera
Spaventa per tutto lo creato.*

Imbelloni no dejaba de darse cuenta de que los otros lo ridiculizaban, pero él gozaba tanto de su popularidad que no se

daba por aludido. Por mi parte, las veces que tuve oportunidad de escucharlo, me pareció un hombre de gran cultura que sabía lo que decía.

Antropología (E.B.)

José Imbelloni era, en la época de nuestro relato, el jefe de Antropología. En cuanto a su fealdad la calificación de Parodiz me parece excesiva; creo que no era tan feo y una foto suya de joven lo muestra como bastante buen mozo, luciendo un bigotito de galán de cine. Ejercía el cargo en el Museo desde 1931. Aunque era extremadamente miope, por coquetería no usaba anteojos. Por eso le resultaba difícil reconocer a las personas; para cerciorarse de quien era su interlocutor, por lo menos si no lo conocía bien, se acercaba tanto a él que, unido esto a su costumbre de ir con la nariz levantada, parecía que hacía el reconocimiento por el olfato. Parodiz me escribe "Una vez que estábamos muy cerca uno del otro, de pronto exclamó: "A este *muchacho lo conozco*".", pero en verdad tardó años en saber quién era yo".

Imbelloni vino a La Argentina hacia la primera década de este siglo, pero no como antropólogo sino como periodista. Su fuerte sentido épico y sus sueños de heroicidades le hicieron volver a su patria en guerra, en 1915, para combatir por ella. Seguramente se sentía muy ufano de vestir uniforme; creo que alcanzó el grado de capitán. Poco sabemos de su actuación militar pero parece que estuvo en la famosa retirada de Caporetto⁴⁴, cuando los austríacos, después de largos meses de guardar posiciones en Los Alpes, decidieron hacer una embestida que produjo un precipitado repliegue italiano.

Sobre Imbelloni se tejieron cantidad inusual de anécdotas y no sabemos cuáles eran veraces y cuáles fantasías. Respecto a esa retirada se dijo que nuestro antropólogo capitán estaba al mando de una unidad a la que se le ordenó retirarse por un paso de montaña riesgoso para no congestionar la ruta principal por donde se llevaban los pertrechos y tropas más importantes. Imbelloni, cuyo sentido de lo heroico no llegaba a tanto, se habría metido por esa ruta principal; por eso habría tenido que enfrentar un tribunal militar pero finalmente pudo salir relativamente indemne. Parodiz recuerda que él decía que no había espectáculo más grandioso que una batalla naval.

Terminada la guerra volvió a La Argentina. La situación general en la Italia de postguerra era muy dura y, además, según él, le atraían las mujeres argentinas.

44 Fuerte ofensiva austro-alemana contra el ejército italiano durante el transcurso de la Primera Guerra Mundial que se desarrolló entre el 24 de octubre y el 9 de noviembre de 1917 en la frontera noreste italiana y produjo una gran pérdida de vidas y materiales al ejército italiano, que debió repliegarse.

Actuó aquí en varias instituciones e ingresó al Museo cuando ya tenía 45 años.

Su costumbre de llevar la cara muy levantada y su físico le daban cierto aire mussoliniano⁴⁵. También, como el Duce⁴⁶, durante las conferencias con frecuencia se paraba en puntas de pie para parecer más alto.

Seguramente fue un gran antropólogo de cultura excepcional. Dejó una obra extensa y profunda. Además de muchos trabajos, algunos sobre los primitivos habitantes de las islas de Pascua, y muy especialmente sobre deformaciones craneanas practicadas por indígenas de nuestro continente, publicó varios libros y fundó y dirigió la revista Runa. Su castellano escrito era muy cuidadoso, de gran propiedad y elegancia.

Su gran adversario era Vignati, de La Plata. Los dos se hacían espiar y trataban de saber de antemano lo más posible de lo que el otro iba a decir en las reuniones de comunicaciones para ir preparados para rebatir o comentar al otro. Pero como polemista era siempre mesurado, conservando la línea.

Gran trabajador, le mortificaba que alguien publicase más que él. Una vez dijo de Enrique de Gandía: *"No sé cómo este hombre puede publicar tanto, más que yo...!"*

Una vez fui a consultarlo por una crítica venenosa que me hizo Pérez Moreau sobre mi uso del vocablo Pampa. Enseguida Imbelloni, para ilustrarme mejor, tomó un voluminoso diccionario Quechua-Alemán y me dio todos los detalles al respecto. Luego me preguntó dónde yo trabajaba en el Museo y, cuando le dije que en Protistología me dijo: *"Ah, usted está con Balech"*. Parece que me tenía algún aprecio porque una vez me hizo llegar unos huesos de un polémico color verde (otra discusión con Vignati?) para saber si el color se debía a microvegetales o a algún colorante mineral. Hice un estudio microscópico y la parte química asesorado por Croce. Como el resultado apoyaba su tesis (que no recuerdo cuál era) quedó muy contento. Además, como secretario de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales fui organizador de una reunión de comunicaciones en su honor.

En la Introducción dijimos que en los científicos suelen coexistir grandezas y vanidades, y hasta cosas risibles. A pocos se les puede aplicar tanto esta afirmación. Porque Imbelloni fue seguramente un grande en su especialidad y dejó un importante aporte a la cultura argentina. Pero había en él necesidad de ser admirado más como hombre que como científico. Creo que si le hubiese sido dado elegir entre ser Atila o Aristóteles, hubiese elegido el primer personaje.

45 Que recuerda o se parece a Mussolini.

46 Apelativo propagandístico mediante el cual el líder fascista Benito Mussolini se dio a conocer en la vida política italiana desde 1925 hasta 1945.

Tenía un fuerte sentido teatral y soñaba con ser héroe. Le gustaba (y pocas veces lo conseguía) despertar admiración por su valor y vida riesgosa. En un almuerzo de camaradería del personal del Museo, aprovechando un cortísimo silencio, dijo solemnemente *"Yo que estuve en más momentos de peligros que todos ustedes: 5 años de guerra y 45 minutos de terremoto"*. Alguien le recordó que la guerra había durado cuatro años (se le podría haber dicho que el terremoto fue de dos o tres minutos). Entonces Doello acotó, con una de sus sonrisas *"Seguramente el doctor tuvo uno más de estudios antropológicos en los campos de batalla"*. Y en la citada reunión de comunicaciones en su honor mostró una diapositiva sacada desde el avión, en la que se veía el mar abajo y a la derecha la costa y dijo solemnemente: *"Noten el peligro porque íbamos en un avión terrestre, no en hidroavión!"*

Este curioso afán ensombrecía, en cierta manera, su justa fama científica y lo hacía pasto de los chistes y de los chismes.

La reunión de comunicaciones que organizamos en su honor fue para salvar un error. Ocurrió que se había decidido homenajear a todos los socios que habían sido premiados el año anterior. El que se encargó de la organización olvidó a Imbelloni. Cuando la nueva Comisión Directiva de nuestra Asociación se dio cuenta de la equivocación decidimos salvarla con un homenaje mayor, en forma de una reunión de comunicaciones en su honor. Desde luego el dottore habló y comenzó diciendo, en tono modesto, que no iba a hablar de ese premio, ni de... y durante varios minutos detalló todas las distinciones recibidas en su vida "de las que no quería hablar".

Una anécdota, seguramente apócrifa, dice que cuando se presentó en la Rural un grupo de araucanos, exhibidos como si fuera más hacienda, Imbelloni fue con su infaltable corte de jóvenes admiradores, con predominio de admiradoras. El antropólogo se entusiasmó, científicamente hablando, con la mujer del cacique y luego de explicar los detalles antropológicos que distinguían su tipo de araucano puro, le habló en su lengua. La mujer siguió con su indiferente expresión, sin decir nada hasta que, ante el insistente interrogatorio, respondió *"Scuzi, Io non capisco"*. Seguramente éste es uno de los tantos inventos de Palavecino, pero se difundió bastante.

Desde 1937 o 38 su ayudante (principal) fue Adolfo Dembo, condiscípulo mío en el Instituto del Profesorado, donde se recibió en 1938. Desde su primera época de estudiante trató de publicar y de ser conocido como científico saltando etapas. Primero quiso destacarse como especialista en fisiología animal y para ello no se le ocurrió nada mejor que demostrar que el verdadero órgano propulsor de los peces era la aleta caudal, para cuyo propósito cortó aletas a unos pobres pececitos y luego llevó sus observaciones a la sección Ictiología del Museo donde, naturalmente, no fueron recibidas con el entusiasmo que él

esperaba y le fueron devueltas llenas de observaciones desfavorables; así terminó su primera especialización. Es curioso que, en su apresuramiento, no se hubiese dado cuenta de que estaba reinventando la pólvora con siglos de atraso.

Dejando entonces de lado la zoología pasó a antropología y allí trabajó mejor, pegándose a Imbelloni y especializándose en mutilaciones dentarias. En 1940 participó en una expedición al Chaco.

Como todos los de este departamento desapareció del Museo cuando Riggi se encaramó en la Dirección y liquidó el departamento⁴⁷. Dembo concentró entonces sus esfuerzos en la Facultad de Filosofía y Letras donde fue adjunto de Prehistoria y Arqueología Americana. Ejerció otra cátedra bastante extraña para quien no era ni anatomista ni frecuentador de las Bellas Artes: la de Anatomía Artística. Tuvo también veleidades de psicólogo y publicó sobre "Las simulaciones en la enseñanza". Pero su verdadero filón económico fue la autoría de textos de biología para colegios secundarios que fueron publicados por otro discípulo, librero que, con sus hermanos, se convirtió así en editor. Esa asociación resultó muy fructífera para ambos porque los textos fueron exitosos.

Curiosamente Dembo tenía cierta semejanza física con su maestro: más bien corpulento, tenía un andar un poco parecido, de pasitos cortos y también era miope aunque él no se privaba de los anteojos.

Murió bastante joven, víctima de una cardiopatía que, en los últimos años, le impedía el menor esfuerzo como el de atarse los cordones de los zapatos. A pesar de ese desmedido afán de notoriedad lo recuerdo como estudioso y, al parecer buena persona.

Numismática, Arqueología, Etnografía y Musicología (E.B.)

Conocí al agrimensor Aníbal Cardoso cuando ya era un hombre de unos 70 años. Era para nosotros el viejito Cardoso, un hombre tranquilo al que, por razones de especialidad y de edad casi no tratamos. Al promediar la última década del siglo pasado fue designado encargado de la colección numismática que era muy importante por el número de piezas y por el valor de algunas de ellas. Precisamente su gran obra fue el erudito catálogo de Numismática del MACN. Era un hombre muy informado en cuestiones históricas y a él se le deben contribuciones muy interesantes a la historia de esta parte del continente. Sus escritos sobre la historia colonial del país son muy amenos. Recuerdo espe-

⁴⁷ Diez años después de concluido el edificio en Parque Centenario y a pedido de la dirección, el Poder Ejecutivo Nacional dispone por decreto dictado el 10 de junio de 1947, la transferencia de las secciones: Arqueológica, Etnográfica y Antropológica al Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires.

cialmente unos artículos que publicó en "El Hornero" acerca de los relatos de los viajeros europeos sobre la fauna de estos lares, más llenos de fantasías, a veces febriles, que de verdades⁴⁸. Por supuesto Félix de Azara y algunos otros se salvaron de la crítica y del ridículo. Cardoso también publicó sobre el origen de las boleadoras y varios artículos polémicos sobre los primitivos caballos del Plata.

Murió en 1946, es decir, al iniciarse la época en que su biblioteca y sus colecciones fueron expulsadas del Museo. Parece, sin embargo, que Riggi tenía cierto aprecio por él porque envió una representación del Museo a su sepelio.

El jefe de Arqueología, Dr. Eduardo Casanova, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, era un hombre de prestigio labrado en la Universidad, en el Museo y en algunos colegios secundarios como el Central Buenos Aires. Fue también secretario de la Sección Yacimientos Arqueológicos y Paleontológicos del Ministerio de Educación.

Creo que dejó el Museo al comenzar Riggi su dirección y se trasladó al norte donde fue prestigioso director de un instituto o museo arqueológico, si mal no recuerdo en Tilcara⁴⁹, donde estuvo largos años, aunque ya en sus últimos años del MACN había empezado a perder la vista; terminó casi ciego. Se dirá algo más de él en El "duelo" Riggi-Bordas.

Del etnógrafo Enrique Palavecino, jefe de la respectiva sección del Museo, es poco lo que puedo decir. A pesar de su nombre italiano y de haber nacido en Buenos Aires, tenía aspecto bastante aindiado. Antes y después que en el Museo (no recuerdo cuantos años estuvo en nuestra institución) trabajó en el Norte, especialmente en Tucumán, pero sus principales estudios eran sobre los indígenas del Chaco.

Socarrón, de ironía venenosa, era un continuo fabulador sobre los demás del departamento, especialmente sobre Imbelloni (su presa favorita) y también sobre Carlos Vega, el encargado de Musicología.

Recuerdo especialmente una de las bromas de Palavecino a Imbelloni, cuando el antropólogo publicó su libro "Epístome de la Culturología"⁵⁰. Poco tiempo después Palavecino le mandó una carta, supuestamente de un agrario lector, cuyo nombre aparecía al pie de la misiva. En ella se criticaba acerbamente el libro que, según él, había comprado engañado por una crítica muy fa-

48 Cardoso, A. 1918-1919. La ornitología fantástica de los conquistadores. El Hornero, 1: 80-89, 153-160 y 248-255.

49 Casanova trabajó en el pucará de Tilcara para transformarlo en un museo de sitio. En 1948 la Legislatura de Jujuy otorga a la Universidad de Buenos Aires la custodia y administración de las tierras que ocupa el Pucará en Tilcara, Jujuy, y en 1968 se inauguró el Museo Arqueológico Regional que hoy se llama Museo Arqueológico y Antropológico "Dr. Eduardo Casanova".

50 Imbelloni, J. 1936. Epítome de culturología. José Anesi (Ed.), Buenos Aires. 320 pp + 8 láms.

vorable y falaz, seguramente pagada o de amigos del autor. Que el tal libro era un bodrio, de valor nulo y que, en definitiva, no sólo le habían hecho perder el tiempo sino que le habían estafado los \$7 que pagó por esa basura.

Imbelloni estalló, perdió su control como nunca y a gritos pidió que le mandaran un ordenanza para hacer un giro para devolverle a ese bárbaro, incapaz de apreciar una obra de alto vuelo, el importe mencionado. Pronto acudió el verdadero y secreto autor de la carta, con aire compungido, para hacerle llegar su simpatía y solidaridad y a comentar la ingratitud y la ignorancia de algunos lectores que así pagaban los esfuerzos de los verdaderos propagadores de cultura.

El giro no pudo hacerse porque el feroz crítico había olvidado escribir su dirección...

Sobre el musicólogo Carlos Vega ver el capítulo I.

IV.2. El Departamento de Botánica (E.B.)

Quizás el primer botánico especializado fue un alemán, cuyo nombre se me escapa en este momento, quien publicó bastante, pero el verdadero organizador del departamento fue el ingeniero de bosques, belga, Luciano Hauman Merck, llegado a la Argentina en 1904 y que, en sus 21 años de permanencia, realizó una obra extraordinaria, no sólo como investigador, sino también como organizador y docente. En este último aspecto su obra fue tan fructífera que puede decirse que casi todos los botánicos fanerogámicos que se formaron aquí en los últimos 80 años fueron discípulos de él o de sus discípulos. Uno de aquellos fue Alberto Castellanos que, aunque empezó estudios de ingeniería, pronto se desvió hacia la botánica, doctorándose en Buenos Aires en 1924. Recién doctorado heredó de su maestro la dirección del Departamento de Botánica del Museo.

No conocí a Hauman pero si recogí de él algún dato oral. Según oí era un trabajador casi feroz, de jornadas de 15 horas o más. Pero periódicamente este ritmo extenuante lo desmoronaba y le obligaba a tomarse largas vacaciones. Sería interesante averiguar si este método de trabajo es o no más productivo que jornadas más modestas pero sin largas interrupciones.

Cuando Alemania invadió Bélgica en la primera guerra mundial, Hauman, indignado, decidió borrar la segunda parte (Merck, muy germano) de su apellido y desde entonces se hizo llamar simplemente Hauman. Esa guerra no sólo le produjo el dolor de ver su patria invadida y el acortamiento de su apellido, sino que también le valió la enconada enemistad del muy alemán Hicken quien llegó a la ridiculez y a la bajeza de no incluir el nombre del belga, a la sazón incuestionablemente primer botánico del país, en la historia de la botánica argentina que le encargó la Sociedad Científica.

Traté con cierta asiduidad a su sucesor Castellanos. Conuerdo plenamente con Parodiz en la amplitud de conocimientos de Ciencias Naturales del cordobés. Agrego que, al parecer, frecuentaba la buena literatura francesa, le interesaba la filosofía, la sociología y la política (tenía simpatías por el socialismo). Oí que, cuando joven, practicó gimnasia en aparatos.

De voz profunda y hablar pausado con apenas un dejo de tonada cordobesa (algún alargamiento de las vocales), era un excelente expositor y amenísimo conversador aunque con frecuencia muy cáustico. Recuerdo que, en una de sus conferencias, al mostrar un cactus casi esférico dijo: "*éste, de perfil episcopal...*".

Aunque lo conocí antes del 30 (yo era un pertinaz asistente a sus conferencias) sólo lo traté en Parque Centenario. En ese edificio apenas musitaba un saludo al entrar, firmaba y enseguida subía a su sección sin conversar con nadie. A los aspirantes a botánicos los mantenía largo tiempo "pagando el derecho de piso" que consistía en trabajos manuales como conservación, etiquetaje y ubicación de herbarios y, sobre todo, haciendo fichas hora tras hora y día tras día. De este modo mantenía un nutrido fichero actualizado. Algunos se cansaban pronto de esa rutina y se iban; así quedaban sólo los más interesados en la especialidad.

Casi sorprendentemente en 1944 aceptó ir a Tucumán, sobre todo para tratar de acelerar la edición de la monumental obra "*Genera et species plantarum Argentinae*"⁵¹. En 1957 se fue a Brasil, donde murió.

Era "l'enfant terrible" del Museo y se creó fama de intratable. Por cierto que no la puedo corroborar pues durante los varios años que lo traté, si bien no muy asiduamente, siempre me recibió muy afablemente, diría que con aprecio. A veces me instigaba a seguir el doctorado, primero dejando el Instituto del Profesorado (que, venenosamente, llamaba "el prostituto") y luego, cuando yo ya estaba diplomado, me instaba a seguir, lo mismo, estudios en la Facultad.

Le molestaban mucho los "macaneadores" y los sensacionalistas y por eso solía ser muy rudo con los periodistas. En una ocasión uno de éstos fue a entrevistarle en el Museo. No sé cuál fue el motivo del enojo de Castellanos, pero lo cierto es que lo sacó a empellones de la sección; cuando el periodista llegó a la salida del Museo, demudado y temblando de ira, gritó: "Ese hombre será un sabio pero es un bruto".

Castellanos era un hipocondríaco. Tenía trastornos digestivos y hepáticos. Quizás su mal carácter derivaba de sus padecimientos (además creo que en su juventud pasó duros apremios económicos) pero, fuese así o no, su mal carácter y su humor corrosivo

51 *Genera et species plantarum Argentinae*: Se publicaron 5 tomos en un formato de gran tamaño con descripciones e ilustraciones (muchas a color) detalladas. La obra fue dirigida por Horacio R. Descote y publicada por la Universidad Nacional de Tucumán y el Instituto Miguel Lillo entre 1943 y 1956.

eran espontáneos. Se decía que era más espinoso que los cactus que estudiaba.

Su régimen alimenticio era frugal y alguna vez le oí decir que cuando se salía de campaña había que ser muy sobrio: nada de picante, poca sal, nada de tabaco y de alcohol y mucha papa hervida.

No sé cuánto sabía de lenguas indígenas pero no pocas veces criticaba apresuradas etimologías. Sostenía, por ejemplo, que era un disparate decir, como suele hacerse, que quebracho se llama así por su dureza "que quiebra hachas" e irónicamente preguntaba entonces si lapacho se llamará así por "lapar hachas". Añadía que acho significa árbol.

No sé cuándo Pérez Moreau se incorporó al Museo pero supongo que fue entre el 27 y el 30. Conocí a Román Pérez Moreau en los primeros años de la década del 30 o poco antes cuando era el principal ayudante de Castellanos. Era un hombre grandote que cultivaba cuidadosamente la altanería.

Comenzó estudiando Agronomía donde, se decía, tuvo tropiezos en el primer año que le hicieron dejar esa carrera para ingresar en la de Ciencias Naturales. No sé si por ese fracaso desarrolló gran fobia contra los agrónomos botánicos y finalmente se convirtió en uno de los "doctoralistas" más furibundos. Como taxióonomo su especialidad fueron las umbelíferas pero su contribución al conocimiento de esta familia no alcanzó las alturas esperables, en tantos años de especialización. Su territorio fitogeográfico fue el de los bosques andino-patagónicos.

Ignoro cuán estimado fue por Castellanos pero sí que, por todos los medios, trató de serlo, para lo que se hizo gran adulator de su jefe y trató de identificarse tanto con él que mereció el apodo de "el imitatus" con que se lo nombraba en el Museo. Se vistió como Castellanos, se consiguió un aludo sombrero negro como el que usaba éste (¿haría excursiones a Córdoba para componer su vestuario?), cultivó melena nucal, se dejó la barba, que muy pocos llevaban en esos años y cultivaba el fuerte genio y los exabruptos del cordobés; hasta comía lo mismo que él.

Un día el Museo fue sacudido por un hecho increíble. Castellanos, sin decir agua va (o barba va) apareció rasurado. Todos los que lo vieron pasar lo miraban boquiabiertos y pronto corrían a contar a los demás lo ocurrido. Después del sacudón, comenzaron las discusiones y las apuestas. Las primeras se referían a las posibles causas del cambio, pero no duraron mucho porque Castellanos dejó caer ante algunos y como al descuido, que el motivo era un tratamiento dental. Pero la discusión re-comenzó cuando el botánico, poco después, hizo estallar la segunda bomba: el agrío solterón se casaba y nada menos que con una egresada del "Prostituto". Entonces algunos maliciosos dudaron de la causa dental de la afeitada y afirmaron que era una concesión matrimonial.

Las apuestas eran sobre el tiempo que pasaría antes de que Pérez lo imitase. Desde luego nos referimos a la eliminación de la barba porque, para su desconsuelo, no podía imitarlo en cuestión matrimonial sin convertirse en bígamo. La afeitada de Pérez no tardó en producirse.

Cuando algún tiempo después de sus nupcias castellano volvió a la barba, o ésta a aquel, la intriga era qué haría su ayudante; no duró mucho pues la barba no tardó en repoblar el rostro de Pérez.

Todo lo que en Castellanos era auténtico: su mal genio, sus ironías, su vestir, su tonada y su aversión al periodismo sonaba inocultablemente a falso en Pérez. Mientras aquel sabía distinguir los blancos de sus dardos y era, cuando quería, de trato muy agradable y siempre interesante, nada de eso había en el imitatus; no tenía matices ni agudeza de juicio y si, con mucha frecuencia, metidas de pata descomunales.

Cuando durante un congreso de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales, que se efectuó en Mendoza, Castellanos comentó, en rueda de pocos, que se habían olvidado de hacer un homenaje para evocar (si mal no recuerdo) el centenario de la publicación del viaje de Darwin en el Beagle, Pérez promovió un incidente ridículo. Siempre presto a atacar a los demás, creyó que el momento era oportuno para desacreditar a los dirigentes de la Asociación. Castellanos, más prudente, averiguó primero y se enteró de que se había preparado una placa pero inconvenientes fortuitos, de último momento, impidieron que estuviese a tiempo. Y tampoco hubo tiempo de frenarlo a Pérez, quien se lanzó a hablar a gritos, del "vergonzoso" olvido y, desde luego, terminó en situación muy desairada. Eran cosas frecuentes en él pero nunca se corrigió.

En realidad Castellanos lo consideraba un buen peón de la Botánica pero creo que nunca se engañó con la talla intelectual (la física era inocultable) de su segundo y no apreciaba tanta adhesión. Siempre omitió el "Moreau", lo que hacía muy poca gracia a Pérez, como él lo llamaba.

En sus conferencias, Castellanos le hacía pasar sus diapositivas y no se privaba de reprenderlo en público: "A ver, Pérez, si pasa las fotos en orden correcto". "Qué le pasa, Pérez, no ve que esa foto está invertida...".

Cuando Castellanos, contratado en Brasil, dejó de ejercer la dirección del Departamento de Botánica, Pérez respiró hondo y se lanzó de lleno a ejercer el mando según su estilo, llegando al cenit cuando Riggi lo designó subdirector. Entonces manejaba la gente a gritos y amenazadoramente: tenía aterrorizadas a las empleadas más jóvenes.

Contaré algunos de mis choques con Pérez Moreau.

Por corto tiempo, antes de diplomarme, trabajé en el jardín Botánico de Buenos Aires, que era un Botánico sin botánicos. En él había un arbolito que nadie sabía qué era. Traté de clasifi-

carlo pero a lo único que llegué era que parecía ser una Rubiaceae⁵². Llevé entonces una ramita florífera para pedirle ayuda a Castellanos pero como él estaba de viaje me atendió Pérez; con la brusquedad de siempre me dijo que no se ocupaban de plantas no autóctonas⁵³. Le pedí entonces que, por lo menos, me dijese a qué familia pertenecía. Levantando la voz repitió: “No nos ocupamos de plantas alóctonas⁵⁴”.

Meses más tarde el encargado del Botánico me pidió que tratase de hacer clasificar una plantita que habían traído de Neuquén, bulbosa y que estaba reproduciéndose por bulbos. Como práctica hice primero el intento de clasificarla: fue fácil ver que era una Verbenácea. Luego llegué a la conclusión de que podría ser Priva laevis, al parecer la única Verbenácea bulbosa de la región. La llevé entonces al Museo y de nuevo tuve la mala suerte de que Castellanos estuviese otra vez de viaje. Como no me quedaba más remedio, lo vi a Pérez y le dije el origen, subrayando “ésta sí es autóctona” Me contestó que estaba muy ocupado y que tendría que dejarla para estudiarla bien. Me atreví a arriesgar opinión: “¿No será Priva?” Pérez me largó un rotundo “No, por lo menos no es Priva laevis”. Me justifiqué entonces diciendo que, como tenía entendido que ese género era, en la región, el único con bulbos, pensé en él. Entonces, con expresión de disgusto, me dijo: “Algunos confunden tumores patógenos con bulbos”. Molesto le dije que no sabía que los tumores se utilizaban para reproducir plantas, y me fui.

Pocos días después, tropecé, en la puerta de la biblioteca, con Castellanos, recién llegado. Yo llevaba una plantita seca entre las páginas de un cuaderno. Lo abrí rápidamente y se la mostré. Castellanos apenas le echó una ojeada, casi sin detenerse y me dijo: Priva laevis.

Un par de días más tarde se me acercó Pérez quien, por primera y única vez en su vida, se dirigió a mí con amabilidad y me dijo: “Ah, la planta que me dejó es Priva laevis”. Le contesté: “Gracias, ya me lo dijo el Dr. Castellanos”.

No sé si por este episodio, unido al hecho de que yo no era egresado de la universidad (lo que me ubicaba en un escalón inferior), siempre me tuvo gran ojeriza. Un día, con su inoportunidad característica, publicó una crítica muy doctoral, en Holmbergia⁵⁵, contra un artículo que yo había publicado en una

52 Rubiaceae: Familia de plantas angiospermas llamadas normalmente de la rubia, galio blanco, o familia del café. Se han descripto cerca de 600 géneros y más de 10.000 especies. De especies del género *Cinchona* se extrae el alcaloide quinina.

53 Autóctona: = nativa, que es propia del lugar que habita.

54 Alóctona = exótica, que no es nativa del lugar o del área en que se la encuentra y por lo tanto se la considera introducida voluntaria o involuntariamente por el hombre.

55 Holmbergia: Revista del Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales entre 1935 y 1961 de la Facultad de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales, Universidad de Buenos Aires.

revistita del colegio privado, el "G. Rawson"⁵⁶, donde yo trabajaba. En él explicaba, para los alumnos de primer año de ese colegio secundario, el significado de algunos términos fitogeográficos, con frecuencia mal utilizados, como estepa, pradera, etc.

No sé cómo esa revistita, de circulación interna de colegio privado, llegó a manos de Pérez, a quien le pareció buena oportunidad para hacer caer sobre mí una crítica demoledora. Pero, como solía ocurrirle, sus argumentos fueron inadecuados y hasta ridículos. Por ejemplo, me criticó que yo hubiese mencionado la vegetación de La Pampa. Y este Zeus moderno descargó sus rayos diciendo que yo no sabía que "pampa" era palabra quechua y que, por lo tanto, el nombre sólo podía ser utilizado para las mesetas, porque esos indígenas no conocían la llanura (¡¡al parecer ignoraba la extensión del quechua hasta el centro de nuestro país!!). Desde luego, aun si su argumento hubiese sido válido, en vez de disparatado, la palabra "pampa" se usa para nuestra llanura y, si me preguntan donde nací, tengo que decir, pese a la oposición de Pérez: en La Pampa.

Otra de sus críticas era por mi descripción de estepa. Decía yo que, con frecuencia, en la Argentina usábamos este término en forma demasiado amplia y que la verdadera estepa, la rusa, se caracterizaba por dos períodos de descanso de la vegetación "uno, en invierno, cuando estaba cubierta de nieve y el suelo se congelaba..." De nuevo tronó Pérez: "*Balech ignora que la estepa tiene un periodo níveo...*". Su gran innovación fue reemplazar "cubierto de nieve" por "níveo". Holmbergia no aceptó mi refutación.

Los tres botánicos fanerogámicos⁵⁷ más destacados del momento me expresaron su total conformidad con mi artículo y uno de ellos me escribió que Pérez estaba un poco atrasado en información y que, cuando lo viera, se lo iba a decir. De manera que don Román consiguió exactamente lo contrario de lo buscado. En cuanto al término Pampa, Imbelloni me ilustró sobre la vastedad de su uso, pues los quechuas designaban con esta palabra cualquier superficie plana, hasta el patio de una casa.

Una anécdota que pronto se difundió en el Museo fue el resultado de la admiración extrema de Pérez por el compositor popular Juan de Dios Filiberto. Un día se enteró de que alguien tenía amistad con el músico. Entonces lo acosó hasta conseguir que se lo presentaran. Pérez, muy emocionado, le dijo: "*Maestro, soy un gran admirador suyo...*, etc. etc." Filiberto le preguntó si era músico y Pérez, muy engolado, le informó: "*Soy doctor en botánica*". El compositor, que aparentemente no tenía gran cultura, le preguntó qué era eso y cuando Pérez le explicó que era el estudio de las plantas, el comentario de su admirado

56 El Instituto Guillermo Rawson fue fundado en 1932 y se encuentra en el barrio porteño de Caballito, Av. Rivadavia 4641, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

57 Hace referencia a que estudian las Fanerógamas o plantas con flor.

fue: "Oy, Dios, ¿ahora hay doctores de yuyitos?". Pérez salió muy humillado de esa reunión.

Pérez Moreau murió en 1975, a los 70 años, pero se había retirado mucho antes (con la Revolución Libertadora?) Y fue reemplazado por Roberto Capurro. Lo conocí como alumno del Instituto del Profesorado (estaba un año adelantado respecto a mí). Alto, delgado, muy engominado, usaba "quevedos"⁵⁸ y muy buena ropa. Fue un poco coleccionista de títulos pues ostentó tres: profesor en Ciencias Naturales, doctor en Medicina y doctor en Ciencias Naturales. Su tesis para el último versó sobre helechos. Pero parece que se agotó en obtener los tres títulos, pues nunca ejerció ni el profesorado secundario ni la medicina, creo que nunca más se ocupó de helechos y que no publicó nada sobre fanerógamas. Su primer viaje a Europa fue con tan mala suerte que lo único que vieron su mujer y él fue un hospital en Marsella donde ella fue internada para amputación de una pierna y de dedos de una mano, consecuencia de tratar de subir a un tren que emprendía la marcha.

Capurro murió bastante joven, repentinamente (creo que como sus hermanos).

Otro botánico del Museo fue Oscar Kühneman. De aproximadamente la misma edad del anterior, ingresó en la institución un poco antes. Su tesis doctoral fue sobre briófitas⁵⁹. Enviudó muy joven y pronto dejó el Museo para pasar a Obras Sanitarias donde se ocupó del control biológico del agua y, sobre todo, del estudio de las microalgas. Hacia fines de la década del 50 logró fundar un Centro de Biología Marina⁶⁰, financiado por el INTI. Fue director de ese Centro hasta que esa institución cerró, cuando el INTI le retiró su apoyo.

Desde luego el departamento de Botánica tuvo muchos visitantes asiduos, pero quiero citar especialmente al Dr. Manuel Barros, porque es un caso curioso en la historia de la botánica argentina. Barros era un médico de cultura exquisita. Bajo, robusto, de largos bigotes, fue el médico de mi familia. En mi adolescencia me "sacó del pozo" de una gravísima bronconeumonía. Era el típico médico de cabecera de esa época, que se daba tiempo para conversar con sus enfermos y se interesaba por mis estudios. También atendía a mi padre, hipertenso, y me causaba gracia oírlo explayarse sobre delicias culinarias (era un gourmet) después de haber recetado a su paciente un insulso régimen sin sal, etc. Tenía nutrida clientela particular y era médico

58 Modelo particular de gafas, en las cuales, los cristales se incluyen en una montura simple, normalmente metálica, que carece de patillas y se sostiene ajustándose en el tabique nasal.

59 Las Bryophytes son plantas verdes, no vasculares, derivados de las algas y fueron los primeros vegetales en colonizar el ambiente terrestre. Comúnmente se lo denomina musgos.

60 Centro de Investigación en Biología Marina - CIBIMA (1960-1984): Tuvo su sede central en dependencias del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) hasta principios de los 80, además de dos estaciones de estudio en Puerto Deseado (Santa Cruz) y Ushuaia (Tierra del Fuego).

del Hospital Francés; por eso no sé de dónde sacaba tiempo para sus realizaciones artísticas y sus investigaciones botánicas. No tengo tampoco la menor idea de cuándo y cómo se interesó por la botánica y se convirtió en la autoridad argentina en ciperáceas.

Excelente dibujante, no sólo ilustraba sus estudios con excelsos dibujos, sino que todavía encontraba tiempo para hacerlos para las publicaciones de gramíneas de Parodi. Murió de edad muy avanzada.

A principios de siglo el gobierno argentino creó un Instituto del Profesorado Secundario de alto nivel para reemplazar a los maestros, a los relativamente nuevos profesores normales (sin especialización) y a los numerosos "profesores" nombrados como tales pero sin conocimientos científicos ni pedagógicos. Para ese instituto se contrataron profesores alemanes que trajeron no sólo un excelente nivel de preparación sino también una rígida disciplina pedagógica que perduró por un tiempo después de sus alejamientos.

El jefe del Departamento de Ciencias Naturales era el botánico Dr. Hans Seckt, de destacada actuación docente, primero en el Instituto y luego en la Universidad de Córdoba. Entre sus obras docentes tenemos una excelente clave para determinación de las plantas de los alrededores de Buenos Aires, una guía para trabajos prácticos de fisiología vegetal, aun recomendable y un pequeño pero buen texto de botánica para nivel secundario. Hizo estudios sobre protistas y algunas algas de agua dulce.

Enterados de que aún vivía en Córdoba, mi mujer y yo, en viaje de luna de miel por esa provincia, al pasar por la capital tuvimos la audacia de comunicarnos con él por teléfono. Muy contento de comprobar que su recuerdo aun perduraba en el Instituto del Profesorado, nos invitó a tomar el té en su casa, donde fuimos recibidos por el matrimonio Seckt con exquisita cortesía. El té se sirvió en un estupendo jardín interior, lleno de magníficas plantas, entre ellas una de vainilla que recorría una de las paredes. Espléndido ambiente para un botánico.

El mismo nos contó que en Córdoba se lo llamaba el profesor loco, o el alemán loco, porque iba a la universidad en bicicleta y con un paquetito con la comida, cosas inauditas para un profesor universitario de esa época.

IV.3. El departamento de Zoología. Sección de Malacología e Invertebrados Marinos (J.J.P.)

Esta sección fue creada por Doello-Jurado en 1914 sobre la base de los materiales que él mismo había colectado durante las jornadas del crucero "Patria" A.R.A., que se agregó a lo poco que

ya había. Además consiguió que el Museo adquiriese la importante colección de moluscos fósiles de H. von Ihering. Durante los años previos a su nombramiento como director, organizó el trabajo de la Sección con sus extensos y completos ficheros, identificación y catalogación de los materiales y formación de una biblioteca malacológica que aumentó considerablemente durante su viaje a Europa en 1922; donó mucho material bibliográfico a la institución.

Además trabajó intensamente (tanto en el Museo como en la Universidad y en el Instituto del Profesorado⁶¹) para despertar interés por la hidrobiología, tema que él abordó en muchas conferencias (especialmente en el Instituto de Conferencias de La Prensa) y en artículos en diarios y revistas; casi siempre se trataba de Biología Marina.

Alentó a muchas personas jóvenes a estudiar distintos grupos de invertebrados marinos. Así fue como Irene Bernasconi se dedicó a Equinodermos, D. Giambiagi a Isópodos, A. Fistolera a protozoos ciliados, E. Balech y C.E. Dastugue a protistas varios, especialmente flagelados, etc. Buscó también la colaboración extranjera no sólo para el canje de material y publicaciones, sino también para tener una colección básica de los principales grupos de invertebrados acuáticos clasificados. Obtuvo la de E. Cordero, del Uruguay, para oligoquetos e hirudineos, del inglés Burton para las esponjas, además de la de otros especialistas de Inglaterra, Italia y Estados Unidos, países a los que mandó parte de las colecciones para su clasificación.

Tuvo un importante colaborador en A. Carcelles, quien había participado con Doello en la Primera Expedición de la Universidad de Buenos Aires a Tierra del Fuego en 1921. Finalmente, al tomar la dirección dejó a cargo de aquel la tarea de manejar las colecciones.

Doello-Jurado estableció asimismo relaciones con varias estaciones de biología marina y otras instituciones extranjeras. El Museo Británico de Historia Natural le sugirió muchas ideas que él incorporó a los planes del nuevo edificio.

Doello-Jurado fue uno de los principales impulsores de la creación de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales y en 1911 fue secretario de su Comisión fundadora. También fue uno de los fundadores de la Sociedad Ornitológica del Plata y colaboró asiduamente con ella; hasta publicó en El Hornero algunas contribuciones ornitológicas.

Esta rápida mirada sobre el Doello "pre director" demuestra que durante más de 15 años desarrolló una intensa labor científica, organizadora, orientadora, divulgadora y societaria.

En sus métodos de trabajo científico Doello-Jurado era metódico casi hasta el fastidio, por su inclinación a las exhaustivas referencias para no dejar ningún detalle suelto. Pertenecía a la

61 Hoy Instituto Nacional del Profesorado "Joaquín V. González".

malacología "clásica" que había aprendido con los especialistas franceses y desconfiaba de las grandes novedades de la taxionomía.

Pero la absorbente tarea de la dirección casi aniquiló al científico. Su gran tarea (y su monumento) fue el nuevo edificio del Museo, en el parque del Centenario. Se dio de lleno a ella para la que estuvo desarrollando una labor previa de "preparación de terreno" frecuentando los altos círculos, los políticos, etc.

Durante la segunda parte de su dirección, ya en el Parque del Centenario, Doello intentó volver a sus investigaciones. Varios de esos trabajos fueron sobre moluscos fósiles del Terciario y de otros hallados en sitios arqueológicos. En cuanto a los moluscos marinos vivientes, veía con celo que otros interviniesen en ese campo que consideraba como su propiedad. Por esa razón yo, que tenía ya dos o tres trabajos sobre bivalvos y gastrópodos marinos en *Physis*, evitando rivalizar con "el maestro" procuré un desvío; Doello mismo me había sugerido vermes en general y jocosamente había empezado a llamarme "el vermífugo"; pero mi interés se inclinó por los moluscos terrestres y fluviales sobre los que, desde la época de Doering, 70 años antes, nadie se ocupaba (excepto E.L. Holmberg, en un par de ocasiones y con resultados de poca consecuencia). Ese campo me ofreció la oportunidad de aplicar, por primera vez en el país, los conceptos ecológicos a los estudios taxionómicos.

Como miembro de la Sección, yo tenía también la obligación de participar en las campañas oceanográficas a bordo de buques de la Armada, que realicé en compañía de Aurelio Pozzi.

Alberto Carcelles, quien primero había trabajado en la Dirección de Minas y Geología, después de ingresar al Museo, fue elegido por Doello como su ayudante en la Sección y, al mismo tiempo era ayudante del Prof. J. Keidel en la cátedra de Geología, en la Facultad. Ocupado Doello por la Dirección, la sección quedó más y más a cargo de Carcelles, alternando desde 1925 con sus viajes a los mares antárticos a bordo de balleneros, cuyos relatos fueron apareciendo en *Physis*. Carcelles, después de pasar meses en "tareas balleneras" a bordo y, sobre todo, en la factoría de Sud Georgia⁶², y ya de regreso a Buenos Aires, durante meses siguió sintiendo olor a ballena a todo. Un escocés que hizo unas campañas balleneras a bordo de un buque factoría y que visitó esa base de Sud Georgia, escribió que ese era el sitio más inmundo del planeta.

Carcelles publicó más tarde una serie de trabajos malacológicos, entre ellos los catálogos que, en conjunto, abarcan toda la malacofauna desde el sur de Brasil hasta la región magallánica y Antártica. Pero cuando Doello bajaba a nuestra sección en el subsuelo para hacer malacología no era con Carcelles con quien

62 En la isla San Pedro, la mayor de las islas del archipiélago Georgias del Sur, se estableció el puerto y factoría ballenera de Grytviken que estuvo activo sin interrupción entre 1904 y 1965.

trataba directamente sino conmigo, para que yo le suministrase el material y las novedades bibliográficas.

Carcelles raramente visitaba otras secciones y le interesaba poco lo que pasaba en general (a menos que recibiese órdenes especiales como cuando, al principio de su dirección, Doello lo envió como interventor en la biblioteca, que se encontraba en escandalosa situación). Carcelles llegaba al Museo bien temprano, se metía en su despacho y se quedaba hasta tarde con una rutina monástica; no se interesaba mayormente en los aspectos biológicos-ecológicos pero era enciclopédico en lo referente a sistemática en la cual, en ese entonces, hace 50 años, estaba al día.

Después de 1945, y por el hecho de que Carcelles no asomaba la nariz fuera de la sección, Riggi lo toleró, o lo ignoró, excepto cuando quería utilizarlo para cosas cuya razonabilidad o justicia no le interesaban a Carcelles.

Por esas cosas, que yo no podía observar sino con disgusto, tuvimos algunos altercados, pero él nunca hizo nada que pudiera perjudicarme personalmente, aun sabiendo que yo era enemigo de Riggi. Por otra parte éste había reducido la autoridad que hasta entonces Carcelles tenía, y una nueva malacóloga, la Dra. Williamson, fue designada con una posición de más jerarquía en el elenco directivo. Williamson nunca se sintió cómoda en esa situación ni tampoco la usó en detrimento de sus compañeros que éramos Martínez Fontes y yo.

Cuando Doello-Jurado fundó la Estación Hidrobiológica de Puerto Quequén, Carcelles y Juan Serié lo acompañaron para la puesta en marcha de este nuevo establecimiento. El director designó a Carcelles jefe de la Estación Hidrobiológica; Carcelles tomó con entusiasmo su nuevo cargo y mejoró mucho el aspecto físico de la construcción. Se sintió entonces con derechos adquiridos y libertad en el manejo del establecimiento que dependió entonces más de la Sección Malacología que de la dirección del Museo.

Lo que pasó allí, durante la época de Riggi, Balech lo detalla en otro capítulo.

Como no fui testigo (pues dejé el Museo a fines de 1951) no sé cómo Carcelles sobrevivió al desbarajuste holmbergiano, pues Dago Holmberg era enemigo de todo lo que estuvo asociado con Doello. Eventualmente se jubiló y se fue a vivir a Córdoba, donde colectó gran cantidad de gastrópodos terrestres, que era lo que me interesaba, y me los enviaba al Museo Carnegie, en Pittsburgh. En esa nueva relación le conseguí un contrato para trabajar por ocho meses en mi sección, en ese museo, donde se ocupó de preparar otro catálogo de la malacofauna peruana. Sus relaciones con el museo de Buenos Aires habían quedado definitivamente terminadas; siguió coleccionando para mi colección hasta su deceso en Córdoba. Yo, que también había ido a colectar a Córdoba y La Rioja, publiqué algunos resultados del estudio de esas colecciones en el tomo de

los Anales del Museo en homenaje a la memoria de Doello-Jurado, durante la dirección de Birabén.

Irene Bernasconi, de quien ya hablamos, compartía su laboratorio con la Dra. Deidamia Giambiagi, quien fue la especialista en isópodos.

Del protozoólogo Augusto Fistolera Mallié ya se dijo algo en el primer capítulo y se volverá sobre él en "El laboratorio de Protistología". Hubo también, en los años de Bernardo de Irigoyen, dos adscriptas provenientes del Instituto del Profesorado: Clotilde Molle, a quien no conocí, y Cecilia Butler, quien comenzó el estudio de los Briozoos pero que pronto desapareció del Museo.

Ya en Parque Centenario concurría a la Sección un tal Saporiti, para trabajar en su tesis doctoral. Era amigo de Riggi aunque éste se complacía en tomarlo continuamente para la farra. Cuando Riggi lo veía venir le gritaba al ordenanza Cupo "*Che, Cupo, ¿cuál es el émulo del sapo?*" y Cupo, aleccionado por Riggi, contestaba: "*riti*".

Saporiti trabajó con la colección Ihering formada, en su mayoría, por tipos y paratipos; Riggi le había sugerido que hiciese su tesis doctoral sobre ostras de Patagonia. Ihering tenía todos los tipos y paratipos señalados por etiquetas pegadas. Saporiti decidió sacar fotos de esos especímenes y con total inconciencia, para que quedaran mejor las fotos, lavó todos los ejemplares, despegando y destruyendo las etiquetas. Para reincorporar los ejemplares a la colección tuve que pasar mucho tiempo comparando las descripciones originales con el material para identificar tipos y paratipos.

La tesis, que no aportaba ninguna novedad porque era una simple sinopsis de lo que ya se sabía, fue, sin embargo, aprobada. No sé cómo el flamante doctor Saporiti salió siendo nombrado director del Jardín Zoológico de Buenos Aires.

S. Williamson era alumna de Doello en la Facultad y también vino al Museo para hacer su tesis doctoral sobre bivalvos de la familia Veneridae⁶³ sobre la base de la colección Ihering. Yo, que había estado en contacto con el Dr. Frizzell, de California, que era el especialista en ese grupo, y con la Dra. Myra Keen, le pasé los datos.

Cuando Riggi se convirtió en director del Museo le dio a Williamson un puesto que era, administrativamente, superior al de todos nosotros. Pero Williamson era una excelente persona que se sentía incómoda con esa situación de privilegio que ella no había buscado. Por su cargo se enteraba de lo que pasaba "arriba" y nos traía las novedades. Fue buena amiga y una de las pocas que estaba en el secreto de que yo me iba a Estados Unidos.

63 Veneridae: Familia de bivalvos marinos generalmente llamados almejas de Venus. Se conocen unas 500 especies actuales, muchas de ellas comestibles y por lo tanto de interés comercial.

Malacología e Invertebrados Marinos (E.B.)

Es poco lo que tengo que agregar a lo que dijo Parodiz sobre la Sección. Los ayudantes de Carcelles fueron J. Migoya (el primero en incorporarse a la sección) y J.J. Parodiz. A diferencia de éste, aquel no dejó la menor contribución científica, a pesar de que Carcelles trató de interesarlo en el estudio de los crustáceos decápodos.

Irene Bernasconi, de quien ya se habló bastante en el capítulo I, estudió durante unos 60 años los equinodermos de los mares argentinos, constituyéndose en la primera especialista sudamericana. Fue mi profesora en el colegio nacional Bartolomé Mitre aunque la tuve poco tiempo, porque había pasado los primeros meses del año en uno de sus viajes. Había también sido profesora de un hermano mío.

Aunque menuda era fuerte y de excelente salud, buena caminadora a quien no le arredaban las cuestas arriba bastante empinadas. Cuando yo era alumno en tercer año en el Instituto del Profesorado, organizamos, con el cuarto año, una excursión al N.O. argentino. Bernasconi nos acompañó (no sé por qué pues creo que aún no era profesora en el Instituto). Una noche, en Salta, Irene desafió a nuestras jóvenes condiscípulas, a una carrera. Todas llegaron detrás de ella aunque Irene tuvo que conformarse con el 2° puesto, pues la ganadora fue Elvira Siccardi, a la sazón ayudante de vertebrados. Hasta la ancianidad nunca tomó una aspirina y, cuando ya octogenaria, tuvo que tomar una, le hizo casi el efecto de un anestésico.

Cumplió sus bodas de oro con la investigación en el Museo, pero la mayor parte fue sin sueldo; sólo lo tuvo cuando se creó el CONICET. Cuando cumplió los 80 de edad recibió una nota de ese organismo que decía: "Tengo el agrado de comunicarle (sic) que deja de pertenecer a la Carrera del Investigador". Seguramente Houssay, de haber vivido en esa época, por lo menos hubiese agregado unas palabras recordando su larga dedicación a los estudios zoológicos, pues don Bernardo le tenía mucho cariño y, además, otras ideas de lo que debían ser las relaciones entre el CONICET y los investigadores. Bernasconi murió de edad avanzada, a los 93 o 94 años.

Cecilia Butler, también de origen suizo y simpática fue, durante toda la vida de Irene, buena amiga suya. Dejó los estudios que había comenzado en el Museo para ocuparse de las cátedras secundarias. La conocí en el colegio Mitre, cuando fue mi profesora de Mineralogía y Geología. En realidad teníamos poca diferencia de edad pues ella era recién recibida.

Saporiti, a quien se refirió Parodiz, era muy original como naturalista, porque no le gustaba la naturaleza. Afirmaba que él había nacido para el asfalto y para la noche porteña. Lo que hizo con los tipos de Ihering fue un total desatino.

En lo que se refiere a su tesis diré que no asombra demasiado que se la haya aprobado. La tesis era, por entonces, un requisito que la Facultad tomaba con mucha ligereza. Recuerdo una que estaba formada sobre todo por opiniones ajenas que, en varios casos, ni siquiera se presentaban transcritas por el tesista, sino que se introducían por recortes pegados. Pero confieso que no sé si fue aprobada.

Hablaré ahora de los dos personajes principales de la sección: Doello-Jurado y Carcelles.

Martín Doello-Jurado era entrerriano, de Gualeguaychú. En la época de su nacimiento, Entre Ríos era, aún más que Buenos Aires y Córdoba "la docta", centro intelectual y cultural del país; la cultura fue muy fomentada por Urquiza. Por lo tanto Doello-Jurado nació en un buen medio para un hombre culto, y él ciertamente lo era.

Como se ve por el texto de Parodiz siempre lo mencionábamos como Doello, pero recuerdo que alguna vez corrigió a alguien diciendo que su nombre no era ni Doello ni Jurado, sino Doello-Jurado. Sus ojos, pequeños y algo achinados eran vivaces, escudriñadores. Imbelloni decía "A mí no me embroma, tiene sangre indígena; esos ojos son de indio".

Tenía buen conocimiento de latín y dominaba el francés (le gustaba leer obras en ese idioma). También conocía inglés y alemán, pero no sé cuánto. Evidentemente había leído clásicos de la zoología, incluso muy antiguos como Plinio; no se trataba de lecturas de simples citas. Su saber zoológico era amplísimo, tanto de invertebrados como de vertebrados, y le agregaba los de paleontología. Fue gran propulsor de la hidrobiología, pionero apasionado.

Nunca le oí hablar en voz muy alta ni reír sonoramente, aunque no retaceaba la sonrisa. Tenía don de mando sin evidenciarlo en exceso. Como interlocutor, era desconcertante y cuando saludaba tendía la mano sin apretar. Cuando hablaba con alguien tenía con frecuencia largos silencios, o murmuraba como para sí mismo, o se frotaba la nariz mientras meditaba una decisión.

Las veces que tuve que hablar con él por teléfono yo solía sentirme muy incómodo porque, después de haber relatado algunas cosas o dado un informe no me llegaba por el tubo sonido alguno y no sabía si la comunicación se había cortado o él no me había oído. Pero cuando quería era hábil y ameno conversador, con frecuencia irónico y hasta exhibía cierta socarronería de tierra adentro.

Creo que su principal defecto era querer controlar todo en detalle, hasta los manuscritos de los científicos del Museo, lo que, con frecuencia, producía grandes demoras. Pero su intervención de hombre experimentado, con buenos conocimientos no sólo de ciencias naturales sino también de preparación de trabajos, solía mejorar los manuscritos.

Recuerdo que cuando le presenté mi primer trabajo me criticó detalles de mis dibujos, de los que yo estaba bastante satisfecho. Pero luego tuve que reconocer que me los hizo mejorar.

La producción científica de Doello resultó muy inferior a la que su capacidad y conocimientos prometían, porque la tronchó la dirección del Museo. Desde que ocupó ese cargo se dedicó con ahínco a conseguir el edificio que el Museo merecía y que fue aspiración de A. Gallardo. Doello consiguió llevarlo a cabo pero para eso tuvo que dedicarle casi toda su energía y mucho de su tiempo

Inexperimentados y sin conocer mucho la situación los jóvenes criticábamos que no se dedicase más a la investigación y no dejase las reuniones y las comidas con legisladores, políticos y funcionarios encumbrados, en fin, todo lo que le quitaba tiempo y concentración. Hoy percibo claramente una finalidad tenazmente perseguida: la gran obra para su querida institución y, además, aprendí lo difícil que es salir, una vez que se entró, en la gran red de conferencias, obligaciones académicas, sociales y pedagógicas. Porque Doello-Jurado era, además de director que quería controlar todo, integrante de sociedades, académico, profesor en la Universidad y en el Instituto del Profesorado, miembro de muchas comisiones directivas, conferencista, etc.

Sus clases eran interesantes por el conocimiento que prodigaba con la autenticidad de un verdadero naturalista, pero algo desordenadas, no suficientemente preparadas.

Practicaba un humorismo suave. Recuerdo que en una visita que hicimos con él al Museo de La Plata, cuando vimos que a cierta distancia pasaba un jinete al galope, Doello sonrió y nos dijo: *"Allá va Cabrera en su Hippidium"*. Se trataba del famoso mastozoólogo y paleontólogo Ángel Cabrera y aguzamos la mirada para conocer a quien era entonces quizás la primera autoridad mundial en mastozoología. Esas ocurrencias no eran raras en él.

Con Carcelles formaba una dupla de solterones, a veces gruñones y cada uno con sus pequeñas manías. Pero intelectual y culturalmente Doello era muy superior.

Alberto Carcelles empezó muy de abajo. Fue ordenanza y Doello le enseñó y lo elevó a científico pero creo que siempre lo consideró, aunque con cierto afecto, intelectual y, sobre todo, culturalmente algo limitado.

Merece algunas acotaciones especiales de mi parte. Era muy miope. Recuerdo sus gruesos anteojos y que los sacaba para examinar sus moluscos, los que aproximaba muchísimo a sus ojos; su miopía le daba, como a otros con el mismo defecto, cierto aire distante, un poco despreciativo.

Su éxito (hizo un trabajo de indudable importancia) se debió, ante todo, a las siguientes virtudes personales: gran contracción al trabajo, fuerte ambición, disciplina y cuidado de los

detalles. Pequeñas cosas lo retratan como un disciplinado detallista: sus lápices, por ejemplo, siempre tenían punta perfecta, y dejaba todo lo que utilizaba bien ordenado y en su sitio. Creo que se le debe, además de un gran incremento de las colecciones malacológicas, también un excelente ordenamiento de las colecciones y catalogación de ellas. Todavía éstas conservan la pequeña y cuidadosa escritura de etiquetas y de números de identificación de su puño y letra. Pero además dejó estudios bastante considerables sobre moluscos marinos: desde su alejamiento no hubo en el museo otro aporte comparable.

Le gustaba la música española, especialmente los bailes de ese origen. Era apasionado admirador de la gran bailarina gitana Carmen Amaya. Decía que su baile era insuperable pero que había que admirarla a cierta distancia, a menos que no se tuviese olfato.

Doello lo designó encargado de la Sección Malacología e Invertebrados Marinos pero siempre se reservó su jefatura. Quizás por eso, y también sintiendo su falta de total confianza, se fue desarrollando en Carcelles cierta ojeriza contra su jefe y maestro, sobre todo cuando éste, demasiado absorbido por su función directiva concurría poco a la sección, como informa Parodiz. Así fue creciendo en él (a mi juicio injustamente) el sentimiento de ser explotado y menoscabado para lucimiento del director. Carcelles se fue sintiendo superior a su maestro quien, sin embargo, seguía siendo la autoridad nacional en malacología.

Cuando Riggi se apoderó (este es el término que corresponde) de la dirección del Museo, Carcelles se alineó en sus huestes pero supongo que su entusiasmo no duró mucho (aunque eso no lo sé porque yo ya había sido forzado a alejarme de la institución y había cortado relaciones con él).

Doello, que supo de esa traición, la sufrió con gran amargura como pude apreciarlo en una visita que le hice después de su separación.

Carcelles se equivocó de medio a medio con Riggi. Pensó que él mismo adquiriría mucha más importancia y que sería el cardinal Mazarini de la política institucional de Riggi (Carcelles lo había conocido cuando éste era estudiante). Pero Riggi a sus espaldas, siempre ridiculizaba a Carcelles (en verdad se mofaba de medio mundo) y, además, era un doctoralista; no tenía aprecio por los autodidactas. Una de las primeras medidas que tomó fue nombrar doctores como jefes de las secciones que estaban a cargo de no doctorados. En Malacología, como ya se dijo, designó a la Dra. Williamson, aunque ésta recién comenzaba y tenía mucho menos experiencia y conocimientos en la materia que Carcelles.

Fue triste ver el ensoberbecimiento y la euforia que repentinamente se apoderaron de Carcelles. No me explico cómo pudo equivocarse tanto.

Agregado a Capítulo IV.3⁶⁴

Al preparar el texto definitivo del capítulo 4º, parte 3, nos salteamos inexplicablemente, una referencia a una persona que estuvo en Malacología muchos años. Se trata de la Prof. Elena Martínez Fontes ("Lola"). Inteligente y con buen conocimiento general de invertebrados marinos, quedó a cargo de la sección, por antigüedad, cuando se fueron los malacólogos Carcelles, Parodiz y Williamson. En la sección su tarea principal fue de administradora y docente. La docencia fue su preocupación principal. Además de ser una excelente profesora secundaria y de integrar el cuerpo docente del Instituto del Profesorado tuvo a su cargo cursos de perfeccionamiento docente en biología, de la OEA, preparó un par de libros de biología con el mismo fin, ejerció la enseñanza en Venezuela y se ocupó de formar el cuerpo de maestros y profesores guías del Museo.

Para nosotros fue, ante todo, una excelente amiga. Durante mi alejamiento del Museo se encargó de copiar a mano, no sólo textos sino también figuras de trabajos que yo precisaba, o de buscarme datos. Sufrió una hemiplejía años antes de retirarse. Sus últimos años, pasados en un hogar geriátrico, sola, fueron muy penosos. (E.B.)

IV.4. El laboratorio de Protistología (E.B.)

La conjunción Doello-Fistolera creó este laboratorio. Como ya se dijo, la gran preocupación de Doello-Jurado era el desarrollo de la hidrobiología, la que él calificaba, con razón, de muy atrasada respecto de la biología terrestre.

J.M. de La Rúa había publicado en 1911 su tesis doctoral que fue el primer estudio de protozoos de la Argentina; más tarde dio a la imprenta algunas otras cortas notas protozoológicas. Su tesis es un trabajo interesante como pionero, que todavía es útil para principiantes, una primera orientación, pero que es un conjunto de observaciones de morfología general, sin detalles estructurales finos, por lo que ya estaba atrasada para lo exigible en su tiempo. Pocos saben que Doello pensó en una reimpresión y que se reimprimieron las láminas. Propuse, y Doello aceptó, actualizar -hasta donde era posible- los nombres y agregar notas aclaratorias. La mayoría de las láminas deben estar en algún depósito del Museo; el texto nunca se reimprimió, ni en la forma original ni en la modificada.

Al parecer ni de La Rúa ni los que publicaron después, en la década del 20, sobre protistas (H. Seckt sobre algunas protofitas y J. Frenquelli sobre organismos de cubiertas silíceas:

64 En el original este agregado se encontraba al final del capítulo V.

diatomeas y quistes de Crisomonádidos) hicieron tinciones ni trataron de determinar estructuras protoplasmáticas. Subrayo esto porque la creación del Laboratorio de Protistología en el Museo produjo un adelanto considerable.

Doello era consciente de que la Argentina estaba particularmente atrasada en el estudio de los protozoos (en sentido amplio) aun con respecto a países limítrofes: Brasil, Chile y Uruguay. En Uruguay el protozoólogo era el Dr. Ergasto Cordero, quien, además, tenía otros muchos intereses zoológicos. Cuando lo conocí, en algunas de sus visitas al museo "Bernardino Rivadavia" (tenía amistad con Doello) era el director del museo de Montevideo.

No sé si la iniciativa del estudio de protozoos por Fistolera fue de éste o de Doello; supongo que fue de Doello. Pero lo cierto es que ya en Bernardo de Irigoyen, Fistolera empezó, con su característica seriedad y sentido de la responsabilidad, el estudio de los protozoos, especialmente de ciliados. Pero se puede decir que el laboratorio de Protistología empezó a funcionar a pleno cuando se mudó a Parque Centenario. Dispuso allí de un amplio espacio en el subsuelo y fue bien equipado. Tenía un buen microscopio, aparato de dibujo a espejo, una cámara Makam para fotomicrografías, un cuarto para revelado de las placas (la iluminación para las fotografías se obtenía de una lámpara de arco que aún está en la sección Malacología) mesadas ex-profeso, un micrófotómetro Minot, estufa de inclusión e importante cantidad de drogas para preparar fijadores, colorantes y los líquidos para revelar y fijar las fotos, que se preparaban en el laboratorio (no se compraban listos como ahora) lo que permitía variarlos según los propósitos.

En suma, el laboratorio estaba muy bien equipado y, además, Doello hizo adquirir una bibliografía adecuada. Así el laboratorio contó con importantísimos periódicos, como el alemán "Archiv für Protistenkunde"⁶⁵ y, más tarde, a mi pedido, se agregó el francés "Annales de Protistologie", además de algunos libros y monografías. Para sus estudios de ciliados Fistolera disponía de un tratado entonces fundamental: el de Kahl sobre ciliados⁶⁶.

Daré ahora un retrato de su fundador, Augusto Fistolera Mallié, a quien apenas conocí en Bernardo de Irigoyen, pero nuestras relaciones crecieron mucho desde mediados de 1934. Dentro del Museo se lo conoció relativamente poco. Es el destino de

65 Los ejemplares de esta revista se encuentran actualmente, encuadrados con tapas duras, en la biblioteca de la División Invertebrados. Sin embargo, es de lamentar que a fines del siglo pasado fueron atacados por insectos que dañaron en parte los ejemplares.

66 Kahl, A. 1930-35. Die Tierwelt Deutschlands, G. Fisher, Jena. Urtiere oder Protozoa. I: Wimpertiere oder Ciliata (Infusoria), eine Bearbeitung der freilebenden und ectocommensalen infusorien der Erde, unter Ausschluss der marinen Tintinnidae. En Dalil, F., ed. 886 p.

los que, aunque trabajan mucho y bien, se comunican poco con el resto del personal y publican poco. Pero tuvo gran mérito y fue un pionero en Protozoología argentina, aunque dejó publicado un solo trabajo de importancia.

De mediana estatura, de mentón afilado y bigote fino, usaba gafas. Era nervioso, como delataba su habla un tanto atropellada. Aunque con Dastugue -de quien hablaré luego- establecimos bastante comunicación con él, no era de contar mucho sobre sí mismo, pero no podía ocultar su tirría contra los militares. Cuando se inauguró el edificio en Parque Centenario, acudió a la inauguración el general Justo, a la sazón presidente de la República. Los científicos del Museo estaban en fila para recibir los saludos del general, y se lo veía a Fistolera revolverse, el bigote moviéndose de continuo en gesto de fastidio, cada vez más nervioso con la aproximación del general.

Fistolera era minucioso y ordenado como Carcelles pero, aunque el laboratorio de Protistología funcionaba en la Sección cuya jefatura ejercía Carcelles, había poca comunicación entre ambos.

Fistolera fue en La Argentina el iniciador de los estudios citológicos de protozoos. Probaba fijadores y ensayaba tinciones diversas llegando a dominar bien algunas de ellas, sobre todo las de hematoxilinas férricas. Estudió cierta cantidad de ciliados, especialmente, y en detalle, el género Paramecium, en los que obtuvo excelentes diferenciaciones de micronúcleos, mitosis, etc.

En ocasión de una mortalidad masiva de peces en el Paraná inferior y Río de la Plata, atribuida al hongo Saprolegnia, el Museo fue consultado. Fistolera se encargó de ese estudio y descubrió que la micosis era consecuencia secundaria del previo deterioro cutáneo ocasionado por el ciliado Ichthyophthirius. Se lanzó encarnizadamente a su estudio, haciendo cortes de pústulas y del ciliado (posiblemente sea de esa época el micrótomo) trabajando sin pausa. El resultado fue un estudio muy completo y el descubrimiento de algunas estructuras celulares desconocidas hasta entonces. Cuando el trabajo estuvo listo para la imprenta apareció en el Archive für Protistenkunde uno casi idéntico. Aunque al suyo le quedó, creo, alguna pequeña novedad, Fistolera quedó muy descorazonado. Ese fue el único trabajo importante que publicó. Como era demasiado perfeccionista y siempre creía que todavía podía descubrirse algo más (lo que casi siempre ocurre) el resto de sus estudios, incluyendo sus largas observaciones sobre Paramecium, quedó inédito. Al parecer en el Museo no quedaron apuntes suyos, pero sí muchas fotomicrografías (que más tarde ordené y fiché) y preparaciones.

En 1937 aceptó el nombramiento de rector del Colegio Nacional de Trelew donde consiguió un telescopio que, por las noches,

usaba con tanto empeño como antes había utilizado el microscopio.

Yo figuraba como adscripto honorario del laboratorio de protistología y permanecí en tal categoría por tres años. Cuando Fistolera se fue, Doello me designó su sucesor y así me encontré "dueño" de un laboratorio bien equipado. Antes de irse Fistolera me recomendó para que yo, profesor recién horneado, tomara sus cátedras en un par de colegios adscriptos, privados (pagaban una miseria y se excluían de todo pago las vacaciones y los exámenes, pero eran un complemento para los siempre magros salarios del Museo).

Aunque al iniciar mis estudios en el profesorado, y aun antes, mis proyectos eran convertirme en mastozoólogo (ya había decidido la especialidad: quirópteros y había comenzado a fichar bibliografía y a caracterizar géneros) dos cosas me hicieron cambiar rumbo: la personalidad del mastozoólogo del museo, que no me resultaba muy atractiva y, sobre todo, el comienzo de la observación microscópica como alumno de Doello Jurado en el Instituto del Profesorado Secundario. Así fue como, impensadamente, me desplacé al otro extremo de la escala zoológica.

En relación con esto, citaré un nombre prácticamente desconocido en la historia del Museo: Carlos E. Dastugue. Era mi condiscípulo y gran amigo. Teníamos mucho en común, como el origen, el amor por el campo y la naturaleza y ambos gustábamos de la natación, con la diferencia de que él tenía el físico muy apropiado para ese deporte: longilíneo, alto y fuerte, pudo haberse destacado como nadador de haberse dedicado al deporte con más asiduidad (no sólo como discontinua actividad veraniega) y disciplina.

Iniciamos juntos los estudios protistológicos, especialmente de Euglénidos⁶⁷ y de otros fitoplancteres. Él solía traer muestras de la localidad de Moreno, donde vivía. Yo recolectaba casi todas las semanas en los bañados de Palermo (ya desaparecidos) y en Núñez.

Dastugue murió trágicamente en 1940.

Otro condiscípulo que concurría esporádicamente a Protistología era Félix A. Motti. En el profesorado lo admirábamos por varias razones: tenía mucha inclinación y habilidad para el trabajo manual y por eso era el que solucionaba problemas prácticos. Sobrino de un fuerte industrial e hijo de un ferretero, se crio entre herramientas, adquiriendo así el gusto y el dominio de su manejo (influencia de su padre). Además se destacaba por poseer un buen microscopio y una cámara Leica, regalos de

67 Hace referencia a los Euglenophyceae, protistas flagelados que habitan mayormente en agua dulce, en especial cuando ésta es rica en materia orgánica. Se alimentan por fotosíntesis (poseen cloplastos) o pueden asimilar materia orgánica si se encuentran en la oscuridad.

su tío millonario. ¡Impresionante para los que habíamos llegado sin conocimientos previos de microscopia y de fotografía!

Motti comenzó siendo un visitante ocasional para nosotros pero aun así, al principio, nos ayudó a adquirir una técnica microscópica y nos enseñó lo que supimos de fotografía.

Cuando me hice cargo de Protistología, éste era un laboratorio independiente, una categoría prevista por el reglamento de la institución. Doello me dijo entonces que yo debía presentar mis informes y pedidos directamente a la dirección. ¿Otra muestra, quizás, del concepto que tenía el director de su colaborador científico más inmediato, como hombre limitado? O quizás era, simplemente, que quería hacer más ágil la comunicación entre Protistología y él, sin mediación de quien no conocía nada de la materia.

Entre 1937 y fines del 40 hice ampliar el laboratorio, establecí un libro de registros de muestras, las que fueron etiquetadas (creí haber tenido una buena idea al poner etiquetas de distinto color a las de agua dulce y las marinas; gran equivocación pues en pocos años la luz las emparejó) se hicieron ficheros de fotos, los primeros estudios de infraciliatura de ciliados por impregnación argéntica, el primer estudio sudamericano de un protozoo libre en base a cortes seriados que, a pesar de lo rudimentario de la técnica, fue bastante satisfactorio.

Ese protozoo ciliado, de mucho interés teórico, fue el primer género nuevo descrito en la Argentina⁶⁸. Muchos años después, fue redescubierto en África y en la India, y el especialista franco-rumano Dragesco le dedicó una película. Aclaro que fue descrito como heterotrico⁶⁹ (y como tal, y confundido con otro género, estudiado por una dinamarquesa) hasta que Dragesco primero opinó que era un heterotrico aberrante y, más tarde, por excelentes estudios, demostró que se trata de un holotrico⁷⁰ no muy alejado de la familia Paramecidae. Hoy está alojado en una familia propia.

Empujé a Motti al estudio de los tecamebianos, de los que Dastuge y yo habíamos hecho una buena colección e hice adquirir por biblioteca algunas obras fundamentales para ese trabajo. Motti publicó una corta nota con una especie nueva de *Arcella*⁷¹.

68 Balech, E. 1941. *Neobursaridium gigas* n. gen. n. sp. de ciliado heterotrico. Physis (Buenos Aires), 19: 29-35.

69 Heterotrico: Clase de protistas del phylum Ciliophora. Tienen típicamente una zona adoral prominente con cilios largos que circundan la boca, aglutinados y formando membranelas, que usan en la locomoción y alimentación. En el resto del cuerpo los cilios son más cortos.

70 Holotrico: Clase de protistas del phylum Ciliophora. Presentan filiación uniforme en toda la superficie celular.

71 *Arcella irregularis* Motti, 1941. Motti, F. 1941. Géneros de tecamebianos de la Rep. Argentina y una especie nueva de *Arcella*. Physis, 19 (51): 87-92.

En suma, creo que en esos tres años y medio se hizo una tarea fructífera.

Al hacerme cargo de Protistología, Motti fue nombrado adscripto honorario. Para compensarlo, y contra ciertas obligaciones laborales, durante año y medio le entregué la tercera parte de mi sueldo. Lamentablemente mi "ayudante" no cumplió más que en los dos o tres primeros meses. Pronto raleó su asistencia y luego aparecía sólo una vez cada mes, cuando no en dos meses, para llevarse su dinerito y prometer un retorno al trabajo. Fue, quizás, el primer "ñoqui"⁷² del país (por cierto modesto y, de cualquier manera, no fue al estado al que le sacó el dinero).

Es una lástima porque pudo haber desarrollado una buena labor, aunque fuese como técnico, pues hoy no creo que hubiese sido nunca un buen investigador, por su inconstancia, su indisciplina total, incumplimiento de compromisos e irresponsabilidad, todo lo que lo hacía inadecuado, sobre todo para trabajar en equipo. En verdad lo que le gustaba era solucionar problemas técnicos. Años más tarde, en Quequén, fabricó una botella oceanográfica tipo Nansen, excelente obra artesanal en bronce pero de excesivo peso (y de excesivos pesos pues costó mucho más que comprar en el exterior una de casa especializada) y que nunca se utilizó. La mayor parte de sus trabajos quedaban sin terminar. Podría definírselo como una persona mucho más interesada por el microscopio que por la investigación microscópica, por la cámara más que por la fotografía y por proyectos más que por su realización.

Pero dejó algo interesante: el primer film sobre protozoos vivos realizado en la Argentina; cuando se retiró del Museo se lo llevó como si fuese de su propiedad.

El laboratorio tuvo sus visitantes. Una vez apareció un estudiante flaco, cetrino, de voz potente. No sé en verdad para qué vino pero recuerdo que me dijo que le interesaban los poliquetos⁷³. Me dejó su nombre: Rogelio López. Como es sabido terminó siendo el jefe de Ictiología del Museo.

Tuve otra visita extraña: una tarde un joven se introdujo de rondón en el laboratorio, sin pedir permiso ni saludar y empezó a dar vueltas examinando todo ante mi mirada sorprendida. Cuando le pregunté qué quería me dijo que sólo estaba mirando cómo era el laboratorio porque era estudiante de Ciencias Naturales y agregó que se llamaba Holmberg. Como vino se fue y nunca más supe de él.

72 Término aplicado a los empleados públicos que solo hacen acto de presencia en su trabajo una vez por mes para cobrar el sueldo, generalmente al finalizar el mismo, coincidiendo con el día 29 en el que una costumbre popular establece que deben comerse ñoquis.

73 Se refiere a la clase Polychaeta (Phylum Annelida) de la cual se conocen más de 9.000 especies, casi exclusivamente marinas.

La visita más interesante fue la de un señor con cara de bulldog, que entró muy decidido para decirme que había conversado con el director y que, por su indicación, venía a verme. Se presentó como el Dr. Bacigalupo, profesor titular de parasitología de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, y prácticamente me ordenó buscarle bibliografía sobre flagelados entozoos Polymastigina⁷⁴, porque había encontrado uno, de un género conocido (creo que mencionó Lophomonas) en el aparato respiratorio de un conscripto de Neuquén. Le dije que lo haría con gusto pero que precisaba algunos días. Cuando agregué que me parecía un hallazgo extraordinario porque esos protozoos son considerados como exclusivos de insectos (y ni siquiera de los más evolucionados, pues sólo se los encontró en intestinos de cucarachas y de termitas) le pareció que yo era digno de recibir algunos datos: entonces y como para "épater le bourgeois"⁷⁵ como dicen los franceses, me dio algunos detalles mencionando el axostilo⁷⁶ (que él decía "atoxilo") y algunas otras cosas. Me animé a adelantar alguna tímida duda sobre el género que él cortó con un seco "Usted búsqueme los datos".

Cuando volví, de acuerdo a lo convenido, le tenía preparada una cantidad de publicaciones. Enseguida noté un cambio bastante notable en él. Entró amable y me trató como a un casi colega: hasta pidió mi guía en la selva bibliográfica y terminó preguntándome porqué había dudado del género. Le di los detalles (que ahora no recuerdo) que me hicieron dudar. Aceptó la duda. Alentado agregué que habría que determinar ciertas estructuras celulares. Por unos segundos afloró de nuevo su orgullo pues, según dijo, nadie dominaba la técnica de la hematoxilina férrica como él (afirmación que hubiese erizado a muchos citólogos) y me explicó las dificultades operacionales que, por cierto, existían. Finalmente me invitó a concurrir al Hospital Militar, con el debido permiso de Doello, para colaborar en el estudio. Abreviando, fui varias veces. Al pobre conscripto se le ordenaba sacar esputos profundos (había sido internado por sospecha de tuberculosis, no confirmada) que luego estudiábamos.

Trabajé con Bacigalupo bastante tiempo, no recuerdo cuánto pero creo que, en total, esa colaboración (yo, ad-honorem) se extendió, entre una cosa y otra, por casi dos años. Mi única compensación fue una promesa de hacerme nombrar jefe de traba-

74 Polymastigina: Orden de pequeños protozoos flagelados mayormente parásitos.

75 Impresionar a los burgueses.

76 Axostilo: Organelo móvil que presentan algunos protozoos flagelados y es característico del género *Trichomonas*; está constituido de microtúbulos y su función es dirigir los movimientos del flagelo.

jos prácticos cuando se completara el piso que él tendría en el nuevo edificio de la Facultad⁷⁷, en la calle Paraguay.

Para tener una base comparativa propia, estuve un tiempo destripando cucarachas y estudiando sus protozoos. Una vez tuve la suerte de encontrar, en un tronco podrido de los bañados de Palermo, una termita de la que obtuve, previa dieta de papel de filtro, un espectacular flagelado hipermastigino⁷⁸ (casi seguro una especie nueva) pero, como no determiné el huésped, dato indispensable para publicar un trabajo, sólo presenté una comunicación en *Physis*⁷⁹. Es éste un campo de investigación digno de ser explorado en La Argentina.

Finalmente, aunque no se llegó al esclarecimiento total de algunas estructuras protoplasmáticas, como yo pretendía, llegamos a la conclusión de que estábamos ante un nuevo taxón. Bacigalupo no sabía ni como redactar un trabajo zoológico. Así que un día, en mi laboratorio, le dicté el trabajo y le bauticé su flagelado.

Un día me llamó Doello y muy serio me preguntó si había leído el trabajo de Bacigalupo⁸⁰. Quedé asombrado, pues hacía meses que no sabía nada de él y nunca me hizo saber nada de esa publicación; lo menos que podía esperar era el obsequio de un ejemplar. Doello estaba muy disgustado; me dijo que no había ni una palabra sobre mi colaboración, agregando: "*Por lo menos tenía el deber de citar la institución que le prestó colaboración. Se lo voy a decir cuando lo vea*". Le doy a Doello toda la razón: hay muchas instituciones y profesionales diversos que acuden al MACN para obtener ayuda, a veces muy importante y hasta fundamental para sus estudios, y, cuando la obtienen, "olvidan" mencionarla. Pero en realidad me alegra que no se hubiese concretado el proyecto de llevarme a Medicina. Yo no tenía vocación de parasitólogo.

Nunca más supe de Bacigalupo pero una vez leí una nota de un rival, Jorg, si mal no recuerdo, quien atacaba virulentamente ese trabajo, aseverando que Bacigalupo había confundido células del epitelio ciliado con flagelados. Puedo decir que la crítica era totalmente errónea (no sé si Bacigalupo le contestó) pues las estructuras determinadas eran muy distintas y esas células epiteliales no se dividen en su estado ciliado, ya diferenciado, y nosotros obtuvimos células en división.

77 Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Se hace referencia a la construcción del actual edificio en la calle Paraguay entre Junín y Ayacucho, que se fue habilitando en etapas desde 1944.

78 Hipermastigino: orden de protozoos flagelados con un solo núcleo y varios flagelos ordenados en filas longitudinales u oblicuas. Viven en el tubo digestivo de insectos xilófagos, principalmente termitas, cucarachas y carcomas.

79 No hay en la revista *Physis* (ver nota al pie 15) ninguna comunicación de un hipermastigino dada por Balech.

80 Los editores no hemos podido ubicar el artículo científico de Bacigalupo al que se hace referencia.

IV.5. Entomología y Aracnología

(J.J.P y E.B.)

Lamentablemente tenemos poca información sobre esta sección. Ya hablamos de Brethes y de E.L. Holmberg. En tiempos de Doello-Jurado, estaba a cargo de Emilio Gemignani, un hombre alto y delgado que, al parecer, padecía de callos plantares: caminaba con cierta dificultad, sobre todo cuando bajaba la escalera. Fue un entomólogo general no muy destacado y que dejó poco publicado.

En verdad por los años 20 y 30, el principal centro entomológico de la Capital Federal y de la Pcia. de Buenos Aires estaba en el Ministerio de Agricultura. También hicieron contribuciones importantes varios aficionados.

A principios del 30, si no recordamos mal, se incorporó a la Sección José Viana, entonces casi un chico y quien, años más tarde, con la dirección de Birabén, se convirtió en jefe de la sección hasta que se fue a trabajar a Salta, donde continúa. Antes de la jefatura de Viana la sección estuvo a cargo de A. Martínez, un destacado profesional especialista en coleópteros, a quien prácticamente no conocimos.

Creemos que de los entomólogos del Museo de esos tiempos, el más destacado fue un maestro, José De Carlo, aunque su natural modestia escondiera para el gran público, su valor. Esa modestia no le impidió ser muy activo en la Sociedad de Entomología. No tenemos la fecha de su ingreso al Museo pero debe haber sido hacia fines de la década del 20. Muy especializado, se dedicó incansablemente, durante más de medio siglo, al estudio de los hemípteros acuáticos, que suelen ser llamadas "chinchas de agua" (algunas de gran tamaño). Durante todo ese tiempo, coleccionó, preparó y estudió una impresionante cantidad de material. Esa colección, que constituye la más completa del continente, es el monumento a toda una vida de estudio. Bachmann dijo de él que el caudal de conocimientos que acumuló sobre esos insectos raramente se vio en un solo investigador de su generación. Publicó unos 60 trabajos; completó el último pocos meses antes de su muerte, acaecida en 1983, cuando tenía 87 años y dejó descriptos unos 120 taxones nuevos, entre familias, géneros y especies.

A la sección Entomología también se incorporó Aracnología, con dos especialistas que dejaron una excelente labor: Rita Schiapelli y Berta Gerschman (más tarde de Pikelin). Fueron inseparables: cursaron juntas en el Instituto del Profesorado, se especializaron juntas, publicaron como coautoras y se murieron con poca diferencia de tiempo. Rita Schiapelli era una mujer bastante grande, buena moza y de desahogada posición económica; no pocos se sentían muy atraídos por ella pero permaneció soltera. Gustaba de los deportes y practicaba equitación. Su

compañera, en verdad de carácter bastante distinto, sí se casó. Eran investigadoras serias y pertenecieron a la carrera del investigador del CONICET, pero en verdad sólo Rita tuvo nombramiento en el Museo. Años más tarde se incorporó a Aracnología otra excelente especialista, María Elena Galiano, también egresada del Instituto del Profesorado, con lo que el museo tuvo un destacado equipo de aracnólogas.

Por corto tiempo perteneció a la sección el sobrino de José De Carlo, Jorge De Carlo (maestro, profesor secundario y universitario y doctor) quien comenzó estudiando miriápodos, pero pronto pasó a histología, que fue su verdadera especialidad.

Entomología fue, desde luego, una de las secciones que tenía más visitantes. Uno destacadísimo fue C. Lizer y Trelles que unía a su condición de prestigioso entomólogo su cultura amplia y sus conocimientos lingüísticos. Lizer fue el primero, en la Argentina, en argumentar sobre la incorrección gramatical de la palabra "taxonomía". Podemos recordar también a los Breyer, Alberto y Adolfo, dos hermanos de sólida posición económica (dueños de la conocida casa de Música de ese nombre) entusiastas y buenos entomólogos aficionados. Otro aficionado entusiasta fue el joyero y relojero suizo Bourquin, quien hizo interesantes trabajos sobre la reproducción y la vida de mariposas, tema sobre el que publicó varios trabajos. Alguna vez hasta produjo cierto revuelo, cazando, en algún café o restaurante, algún lepidóptero motivo de su interés, trepando, ante el estupor de los demás, a sillas o al mostrador para conseguir su propósito.

También se dedicó a lepidópteros, pero a microlepidópteros, el Ing. Agr. J.A. Pastrana. No era un aficionado sino un profesional del Ministerio de Agricultura de la Nación. Sigue trabajando y concurre al Museo con asiduidad. Es el especialista en ese grupo de insectos. Otro visitante frecuente fue del Dr. José Liebermann quien durante décadas estudió acrididos⁸¹, insectos de gran importancia económica, en los que fue autoridad. Los mencionados son de la vieja generación de entomólogos del Museo o de frecuentes concurrentes a la Sección. Seguramente olvidamos a muchos.

81 Acrididos (Acrididae), conocidos popularmente como langostas, tucuras, saltamontes o chapulines, son una familia de insectos ortópteros pertenecientes a la superfamilia Acridoidea. Se trata de una familia distribuida mundialmente que cuenta con aproximadamente siete mil especies.

La Sección Entomología con Riggi (E.B.)

Cuando Riggi tomó la dirección del MACN nombró como jefe de la Sección Entomología al Dr. Eduardo Del Ponce y a Ricardo Orfila como secretario de la misma (más tarde fue jefe).

Conocí a Orfila cuando era muy joven, estudiante y empleado de una oficina municipal de la Capital Federal. Como en esa oficina se recibían informes del Jardín Zoológico debió haber adquirido cierto conocimiento de la mentalidad de Dago Holmberg.

Orfila era un hombre de frente alta, de mentón un poco borbónico, de labio inferior saliente que le daba cierto aspecto despectivo. Era, en la oficina municipal, el joven brillante, que sabía mucho de Ciencias Naturales, estudiante universitario de cierta cultura general y (lo cito como curiosidad) el campeón de dactilógrafos (90 palabras por minuto). Más tarde consiguió pasar al Jardín Zoológico, ubicación más ajustada a su vocación, pero debió haber previsto el choque con su difícil y despótico director. El encontrón no tardó en producirse y fue aún peor de lo presumible. Oí, pero sin tener detalles, que hubo una acusación de mal manejo de fondos, pero no sé cuál fue el acusador y el acusado.

Finalmente Orfila salió de allí y con la para él oportuna dirección de Riggi en el Museo, siguió progresando en su ubicación profesional.

Orfila mostraba cierta arrogancia, dejando entrever un sentido de superioridad y tenía algunas peculiaridades y actitudes de snob⁸². Por ej. si los científicos se reunían para consumir algo en una confitería y los gastos simplemente se dividían por el número de comensales, él hacía pedidos casi suntuosos, por ejemplo, cocktail con champagne, con el resultado de que él sólo gastaba más que todos los demás.

Tampoco se caracterizó por su excesiva honestidad. Una vez Pastrana propuso en Agricultura y comenzó el estudio de una plaga de las Araucarias misioneras, que destruía una alta proporción de semillas de esa conífera. Cuando Orfila se enteró, plagió un informe sobre ese asunto (de inocultable importancia económica). Pero el verdadero autor del trabajo se enteró a tiempo y consiguió un formal reclamo de su institución al Museo. Riggi, ante ese inconveniente, reaccionó violentamente (no por cierto porque los plagios le escandalizaran) y se desgañitó gritando porquerías, que acompañaba con algunos escupitajos al piso, que ponían el sello a su enojo.

Otra vez fue enviada al Museo una valiosa colección de insectos de las Galápagos, a nombre de Pastrana, quien se enteró mucho más tarde. Averiguando se descubrió que Orfila la había vendido al exterior.

82 Snob: persona que imita con afectación las maneras, opiniones, etc. de aquellos a quienes considera distinguidos (RAE).

IV.6. Ictiología (E.B.)

En nuestra época, el jefe de Ictiología era Aurelio Pozzi, de quien ya se dijo algo. Hizo un trabajo meritorio y, aunque se lo suele olvidar, fue el primero en dibujar una carta, que los años no modificaron mucho, de la distribución de la merluza argentina y de sus cambios estacionales. Pozzi era un ictiólogo, no un biólogo pesquero, especialidad que entró al país de las manos de Popovici y Angelescu. Por otra parte no tenía medios para hacer otra cosa que lo que hizo. Tuvo el tino de asociarse, en el trabajo, con Bordalé, quien tenía a su cargo el mercado de concentración de pescado de Buenos Aires. Bordalé era un vasco bonachón que se llevó muy bien con Pozzi. Este aportaba conocimientos ictiológicos y bibliográficos y Bordalé la experiencia y el abundante material que les permitió hacer el primer catálogo de peces marinos de la Argentina y señalar, con bastante exactitud, su distribución. Pero el primer ictiólogo (también entomólogo) del Museo, fue Carlos Berg.

Aurelio ingresó al Museo en 1912; no sabemos cuándo empezó a dedicarse a Ictiología y cuándo fue nombrado (al parecer por Doello-Jurado) jefe de la sección.

Su primer ayudante fue Alberto Nani. Algo más tarde se agregó Elvira Siccardi y luego (en 1937 o 38) Francisco S. Gneri.

Alberto Nani era profesor normal, no especializado. Su profesor de biología en el Normal fue Lahille; esa circunstancia lo orientó hacia la biología (como a Fesquet). Nani debe haber ingresado en el Museo en 1932 o 33, como ayudante en Malacología pero no duró mucho allí, y finalmente, pasó a trabajar con Pozzi. Sin embargo en los primeros tiempos tampoco allí estuvo muy cómodo. Por eso fue mantenido un poco al margen hasta la llegada de la profesora Elvira Siccardi. Esta, persona modesta y afable, logró armonizar a Nani con su jefe.

Nani, cuando chico, había sufrido la rotura del tabique nasal y eso le daba engañosa apariencia de hombre de lucha, de boxeador. Pero, por lo menos en su juventud, era muy aprensivo y temeroso, con muchas inhabilidades y limitaciones físicas. Fuertemente politizado, se empeñaba en largar sus opiniones en cualquier lugar y momento, pues carecía totalmente de sentido de la oportunidad y de la medida. Con frecuencia esgrimía argumentos tan pueriles que, cuando no irritaban, producían la burla. Escondía así su fuerte inseguridad y falta de confianza en sí mismo.

Empezó, como Siccardi y Gneri, estudiando peces de agua dulce. Su primera excursión en busca de material la hizo conmigo, en julio del año 1937, cuando fuimos a Santa Fe. Él quería estudiar mojarritas, un grupo muy polimórfico de muy difícil taxonomía. Resultó un compañero muy difícil, quejoso, temeroso y siempre preocupado por la posibilidad de que nos extraviásemos. Un día fuimos a la laguna Setúbal, pues Doello me había pedido que tra-

jese algunas esponjas de agua dulce. Cuando nos embarcamos en un bote que alquilamos, Nani, muy alarmado, me dijo que no sabía nadar. Me costó mucho convencerlo de que estábamos en aguas tan bajas que sólo podría ahogarse empuñándose mucho en hacerlo.

Un día conocí en casa de amigos de mi familia a un ex-intendente de la ciudad quien, cuando se enteró de que venía con un compañero a buscar organismos acuáticos, nos invitó a conocer la laguna Mar Chiquita, en Córdoba. Al día siguiente nos llevó con su auto. Al regresar nos alojó y pagó la comida en un hotel en Rafaela. El dueño era un español, viejo conocido de nuestro invitante; se hicieron pullas políticas y de pronto Nani, tomando muy en serio la discusión, se lanzó a refutar a nuestro acompañante, sin advertir el tono de broma. No pude hacerlo callar y los que se callaron, prudentemente, fueron los otros dos. Pasé muy mal momento y me prometí no volver a salir con Nani.

Nani era la persona más descuidada imaginable. Una vez retiró un libro de la biblioteca y al terminar la jornada señaló la página en la que había quedado... con una sardina. No es necesario decir cómo quedó el libro con una sardina prensada intercalada.

En el cincuenta y tantos Siccardi, Nani y Gneri dejaron el Museo para pasar a la Facultad. Allí, con Angelescu y Boschi, planearon la creación de un instituto interuniversitario de Biología Marina (IBM) en Mar del Plata, que se concretó hacia fines del 60 gracias al decidido apoyo del rector de la Universidad de Buenos Aires, Rissieri Frondizi. Con los años y por la presión económica el IBM se transformó en el INIDEP⁸³.

Cuando durante la presidencia de Onganía se produjo la intervención policial en las universidades, que fue particularmente violenta en Buenos Aires⁸⁴ (Gneri fue duramente golpeado) los tres ex-museístas renunciaron: Gneri y Nani se fueron del país. Gneri como experto de FAO a Colombia y Nani fue contratado como ictiólogo por la Universidad de Santiago de Chile, durante el gobierno de Allende. Cuando Pinochet tuvo éxito en la revolución, un chileno le pidió a Nani que le guardara unos papeles que eran dinamita pura. Nani, sin conocerlos, aceptó encantado por esa muestra de confianza. Los papeles fueron descubiertos y Nani pasó momentos difícilísimos. En esa época comenzaron sus problemas cardíacos.

De vuelta en la Argentina Nani trabajó algo en la Dirección de Pesca, hasta su retiro, pero siguió concurriendo por un tiempo al Museo. Murió repentinamente en su casa, estando solo con su esposa, pero como ésta padecía, desde hacía varios años,

83 INIDEP: Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo Pesquero, se creó en 1977 como organismo descentralizado dependiente del Ministerio de Agroindustria.

84 Este evento es recordado como "Noche de los bastones largos" y fue el desalojo por parte de la Dirección General de Orden Urbano de la Policía Federal Argentina, el 29 de julio de 1966, de cinco facultades de la Universidad de Buenos Aires (UBA) ocupadas por estudiantes, profesores y graduados, en oposición a la decisión del gobierno de facto de intervenir las universidades y anular el régimen de gobierno.

una grave enfermedad mental, ni se dio cuenta de la muerte de Alberto y pasaba junto al cadáver de su marido, tendido en el piso, sin enterarse de lo ocurrido.

A Nani, con sus complejos, cosas exasperantes y contradicciones, lo recuerdo, sin embargo, con afecto. Nos habíamos tratado por medio siglo y creo que era una persona buena. Fiel amigo, servicial, en general de buen talante, sabía aguantar, sin rencores, bromas, no siempre muy suaves. Como ictiólogo, era muy trabajador, estudioso, entusiasta y bastante aceptable. Aunque dejó pocos adelantos contribuyó a formar ictiólogos, pero siempre tuvo dificultades para coronar sus observaciones con conclusiones; le resultaba difícilísimo pasar a la etapa "resultados": por eso lo que dejó es desproporcionadamente poco para todo lo que trabajó. En realidad para producir tenía que tener quien lo obligara, hasta duramente, a escribir y a terminar sus estudios.

Poco diré de Siccardi y de Gneri. Los dos viven aunque retirados de la ictiología. Conocí a Siccardi en el Instituto Nacional del Profesorado, cuando yo cursaba los últimos años y ella era ayudante de vertebrados. En el museo comenzó trabajando en peces vivíparos y más tarde se especializó en elasmobranquios⁸⁵, llegando a ser la mejor conocedora de tiburones del país. Trató de hacer un trabajo con Motti, cuando éste estaba en Quequén, pero la modalidad de su colaborador, sus incumplimientos, sus demoras infinitas y su irse por las ramas (por ej. interrumpiendo el trabajo programado se pasó largos meses haciendo ensayos de curtido de la piel de tiburones) hizo que tuviese que prescindir de él. De cualquier manera Motti hizo no pocas observaciones y disecciones, sacó muchas fotografías y preparó dentaduras de selacios que están en exhibición en la Estación Hidrobiológica⁸⁶. Pero con Motti no se podía contar para trabajos en equipo.

El gran defecto de Siccardi era su poca inclinación por publicar; con sus conocimientos hoy podría presentar un buen ramillete de trabajos, pero siempre prefirió el anonimato y solía afirmar: "*Estudio porque me divierte*". Un día, sorpresivamente, Riggi le ofreció crear para ella la Sección Elasmobranquios.

El Prof. Francisco S. Gneri trabajó muchos años con Nani, hasta el punto de que no pocos jóvenes citan a Nani Gneri, como si fuesen una sola persona. Eran, sin embargo, muy distintos. Gneri, alto, robusto, es la seriedad y la responsabilidad personificadas. De preparación muy sólida y amplia, es tenaz, siempre confiable y cumplidor, además de prolijo. Su largo trato y amistad con Nani no le impidió tener, él también, arranques de exasperación por su socio. Además, aunque comenzaron juntos,

85 Subclase dentro de los peces cartilaginosos, comprende a los tiburones y las rayas entre otros.

86 Ver nota al pie 23 en capítulo 3.

se fue separando científicamente de él y llegó a convertirse en el gran biólogo pesquero argentino nativo. Hombre de hogar, lamentablemente debió dejar, hace algunos años, sus actividades científicas para dedicarse, con devoción, al cuidado de su esposa, enferma incurable.

Gneri participó en numerosos cruceros en La Argentina y en el exterior. Favorecido por su inmunidad al mareo, adquirió excepcional experiencia de mar.

Cuando Riggi tomó la dirección del Museo y lo sacó a Pozzi, en vez de dar la jefatura de ictiología a alguno de sus ayudantes de muchos años (por antigüedad le hubiese correspondido a Nani pero éste no era, evidentemente, adecuado para el cargo; como Siccardi siempre rechazó posiciones de mando y figuración el candidato lógico era Gneri) lo nombró a Rogelio López, desconocido en la especialidad, que tenía como único antecedente una modesta tesis sobre el riñón de peces.

Desde el principio, López se llevó muy mal con los veteranos y ejerció la jefatura casi con dureza, quizás para imponerse a los que tenían más antecedentes y conocimientos que él.

Mi trato con López ictiólogo data del primer crucero Merluza en 1954. En ese crucero, el primero verdaderamente oceanográfico que se hizo en el país, casi todos los científicos que se embarcaron en el ARA Madryn, eran del Museo. Las excepciones eran: Popovici, jefe científico, entonces en el Servicio de Hidrografía Naval, un técnico químico de ese Servicio, el Lic. L. Rossi del departamento de Biología de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de Buenos Aires, y yo, que por entonces no tenía institución y sólo podía llamarme ex-museísta.

Es oportuno decir aquí algo sobre Rossi. Era un joven biólogo inteligente y muy preparado. En ese crucero integraba mi equipo (plancton) e hizo el primer intento de determinación de la productividad primaria de nuestras aguas marinas por el método Harvey, es decir, por extracción de pigmentos totales del fitoplancton y comparación con patrones que Rossi, con su mujer, química, habían preparado cuidadosamente. Este método ya está totalmente descartado pero aún no existía el del ^{14}C ⁸⁷. Rossi trabajó con enorme voluntad, a pesar de ser muy propenso al mareo. Además el pobre Rossi se encontró con que no tenía cucheta y tenía que tirarse, en sus horas de descanso, en cualquier lugar que encontraba desocupado en ese momento. En verdad yo tampoco tenía cama y me la reemplazaron por un catre que, con los rolidos, corría de una pared a otra. Rossi, ni eso!

Creo que Rossi hubiese tenido un brillante porvenir como científico si no hubiese muerto muy joven. En esa época no sabíamos

87 Hace referencia al método para determinar la productividad primaria del plancton utilizando el isótopo radiactivo del carbono de peso atómico 14 (^{14}C) como marcador del carbono asimilado en la materia orgánica producida por el plancton.

que era propenso a crisis depresivas. Un año viajó como becario a Noruega, donde fue recibido con simpatía y causó muy buena impresión. Pero sin que nada lo hiciese prever, un día se suicidó tirándose a un lago helado, mientras su pobre mujer viajaba a Oslo, para reunirse con él.

Yo tenía prevención contra López por cosas que había oído de él y por la forma como entró al Museo. En el crucero mencionado, él era el jefe de Benthos y Necton. Fue entonces cuando empecé a conocerlo. Cuando embarcamos todos fuimos a ubicar el instrumental, ordenando el equipo; había que repartir espacios, asegurar los equipos para evitar roturas, etc., además de distribuir guardias y acordar el trabajo de cada uno de los integrantes de las cuatro comisiones o grupos de trabajo... Bueno, todos no. La excepción fue López que se fue derecho a buscar el mejor camarote y la mejor cucheta.

Durante el crucero cuidó que nunca una de sus estaciones se hiciese en las horas más inconvenientes o de las comidas (con el pretexto, por ej., de dificultad de maniobra o de profundidad) y siempre se la arregló para ubicarse en la mesa del comandante. Además, cuando se hacían sus estaciones, se adjudicó la tarea de dar instrucciones al puente de mando desde la cubierta de operaciones, por medio de un teléfono, pero nunca lo vi haciendo un esfuerzo con la rastra o la red, o agachándose para seleccionar material o envasarlos o etiquetarlos. En suma, en ese crucero no mejoró mi opinión sobre él.

López había gozado de una beca a Estados Unidos, que no parece haberle servido para aumentar sus conocimientos (salvo algo sobre construcción y mantenimiento de acuarios). Parodiz, en una visita que hizo a la institución donde López permaneció más tiempo, trató de averiguar qué impresión había dejado, pensando que no debió haber sido muy buena. Entonces me escribió: "Peor que eso, simplemente no dejó ninguna. Sólo una persona, después de mucho pensar, recordó: Ah, sí, un hombre cuya mujer pintaba pajaritos".

Pero sólo lo traté, y bastante asiduamente, cuando Birabén me hizo regresar al Museo. López no era entonces un jefe duro y mi opinión sobre él fue mejorando. En su último periodo produjo algunos trabajos, solo o en colaboración, no desdeñables, sobre pesquerías.

Tuvo una colaboradora de valor incalculable para él: su esposa, Claudina Abella, mujer bondadosa, inteligente, que le dio realce a sus publicaciones con sus óptimas ilustraciones. Además ayudó, aconsejó, cuidó a Rogelio y limó no pocas asperezas entre él y otras personas, pues ella era en general respetada y querida.

Cuando Birabén tomó la dirección del Museo, López insistió ante él para que restableciera los departamentos y que a él, López, le correspondía la jefatura del de Zoología. Cuando em-

pezó a notar la decadencia física de Birabén, sus ambiciones se exacerbaban: él debía sucederle en la dirección: se puso casi frenético y llegó a pronunciar palabras imprudentes en el Ministerio de Educación, las que, en vez de ayudarlo, se volvieron contra él.

Su gran enemigo fue siempre él mismo. Sus ambiciones devoradoras, sus ansias por los altos cargos y por adquirir gran renombre, no le dejaban tiempo ni tranquilidad para su labor científica; creo que si se hubiese dedicado más a ella hubiese terminado por conseguir parte de ese reconocimiento que perseguía.

Cuando la Sociedad Científica Argentina⁸⁸ pidió al Comité Argentino de Oceanografía⁸⁹ su colaboración para la segunda historia de la Ciencia Argentina, el Comité nos designó a López y a mí para escribir la parte de Oceanografía Biológica. Nos repartimos el trabajo: él haría la parte concerniente a vertebrados, pesquerías, algología (porque tenía en el Museo a la algóloga Pujals, quien enseguida le preparó todos los datos) y parasitología, también por tener a mano al parasitólogo Stadler. Todo el resto lo haría yo.

Nos habían dado un plazo y cuando ya se aproximaba su fin noté que su parte seguía sin ni comienzo. Lo instigué varias veces a poner mano a la obra y le remití una general que había preparado para que, de acuerdo con ella, él coordinase la suya. Después, tanto el contraalmirante Álvarez, coordinador general del tomo, como yo, le urgimos a que terminara la labor que, en verdad, nunca comenzó. Cuando recibió un verdadero ultimátum de Álvarez simplemente le remitió la parte mía que yo le había prestado, a la que puso su nombre con lápiz. El coordinador creyó que eso significaba la autoría y así fue a la imprenta. Aclaro esto no sólo porque esa parte fue impresa como redactada por López, sino por algo más importante y es que esto explica por qué falta todo lo que debía haber escrito López.

Parece también oportuno aclarar otra particularidad de ese tomo. Con extraño criterio el coordinador decidió eliminar todos los nombres (desde luego, yo nombraba a todos los que contribuyeron con estudios de la biología marina y de la oceanografía biológica) salvo los de personas muertas, retiradas o alejadas del país!!! Con lo que resultó una historia sin actores, casi una antihistoria.

88 SCA: Se creó el 28 de julio de 1972, solo 3 años después de los primeros egresados de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, con el propósito de fomentar el desarrollo de la ciencia en el país. Desde 1935 tiene su sede en Av. Santa Fe 1145 del Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

89 CADO: El CONICET en 1964 promovió la creación del Comité Nacional de Oceanografía formado por 16 instituciones científicas, que en 1973 tomó el nombre de Comité Argentino de Oceanografía. Fue disuelto en agosto de 1979.

IV.7. Ornitología y Mastozoología

(J.J.P. y E.B.)

I. Ornitología

Aunque en tiempos de Burmeister el mismo director estudió las aves y E.L. Holmberg también se ocupó de ellas y publicó el primer tratado de aves argentinas, no fue hasta el comienzo del siglo XX que el Museo tuvo un verdadero especialista, el Dr. R. Dabbene, que en las primeras décadas de este siglo fue el ornitólogo, por excelencia, del Museo y del país.

Roberto R. Dabbene, italiano nacido en Turín en 1864 y doctorado en Ciencias Naturales en Génova, llegó al país en 1887 pero tardó 13 años en incorporarse al Museo. En ese lapso ocupó distintos cargos, entre ellos el de profesor de Química General en Córdoba (!!). Después, ya en Buenos Aires, E.L. Holmberg lo incorporó al Jardín Zoológico donde permaneció 40 años, lo que significa que siguió en el Zoológico cuando ya trabajaba para el Museo, al que entró en 1900 como naturalista viajero, llamado por Berg. Tres años después se hizo cargo de los estudios ornitológicos en los que se destacó. Fue uno de los fundadores de la Sociedad Ornitológica del Plata⁹⁰, en cuya revista, "El Hornero", aparecieron varios de sus trabajos.

Gran y minucioso trabajador, en 1910 publicó su gran tratado de Ornitología Argentina⁹¹ que ocupa todo un volumen de los Anales del Museo y que se constituyó en la guía de todos los estudiosos de nuestras aves. Luego realizó monografías sobre los Lariformes⁹², las Tubinares⁹³, los pingüinos, Anátidos⁹⁴, Charadriiformes⁹⁵ y perdices. Considerado el conjunto de su obra, didáctica y bien ilustrada, se nota una clara preferencia por las aves acuáticas.

90 SOP: Se creó el 28 de julio de 1916 para reunir a los amantes de las aves y promover su conocimiento y conservación. Su primer presidente fue Roberto Dabbene. Hoy se denomina Aves Argentinas / Asociación Ornitológica del Plata y tiene su sede en Matheu 1248 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

91 Dabbene, R. 1910. Catálogo sistemático y descriptivo de las aves de la República Argentina. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, 311 pp, 14 láms. y 513 dibujos.

92 Nombre de Orden de Aves (hoy en desuso) que comprendía aves esencialmente marinas como gaviotas, gaviotines, golondrinas de mar y rayadores. Hoy la familia Laridae se encuentra dentro del Orden Charadriiformes.

93 Nombre antiguo dado a las aves del Orden Procellariiformes. Son aves marinas pelágicas como los petreles, albatros, pardelas, etc.

94 Anatidae es una familia de aves del Orden Anseriformes que comprende a los patos, gansos, ocas, cisnes, etc.

95 El Orden Charadriiformes lo integra un amplio y variado grupo de especies asociadas con ambientes acuáticos marinos o continentales como son las gaviotas, skúas, paloma antártica, chorlitos, teros, jacanas, ostreros, alcas, etc.

A raíz de un viaje a Tierra del Fuego también escribió sobre los indígenas de esa región.

Dabbene fue uno de los participantes, como otros de los que trabajaban en la calle Perú, de la revolución antidoellista⁹⁶, pero lo hizo con reticencias, presionado por Kraglievich. Quizás, conociendo esa circunstancia, Doello no lo molestó terminado ese episodio. Murió en 1938.

Como jefe de Ornitología le sucedió Angelito Zotta. Se lo designaba con el diminutivo para diferenciarlo del padre, Ángel Zotta, antiguo empleado del Museo. A. Zotta padre era un apacible coleccionista, naturalista viajero y preparador. Angelito era bastante distinto y solía tener un gesto despectivo (quizás era sólo el gesto) y era, o aparecía, como un tanto prepotente, quizás porque gozaba de la confianza de Doello y del administrador Gavio. Publicó una revisión de los Ciconiiformes⁹⁷ argentinos y compiló un catálogo de la avifauna argentina⁹⁸.

Angel R. Zotta (h) estudió en el Instituto del Profesorado pero curiosamente, no se inscribió en Ciencias Naturales, sino en Química. Creemos que se graduó.

En la sección también trabajaba la Dra. Pergolani, quien padecía de renga pronunciada. Era una mujer agradable, de grandes ojos y cabellos oscuros; su especialidad era los Pícidis (pájaros carpinteros). Se casó con el contador Costa, ya personas maduras ambos.

Algunas personas que trabajaban en el Museo, pero no en Ornitología, eran ornitólogos aficionados. Ya mencionamos a Castellanos. Debemos agregar a Doello-Jurado, a Serié (herpetólogo y secretario) a Héctor Gavio (Administrador-Habilitado) y quizás olvidamos alguno.

Entre los ornitólogos aficionados que no pertenecían al Museo pero concurrían a él podemos citar a Jorge Casares, un señor de buena posición económica y social, quien publicó sobre Anátidos. José Pereyra, un dentista muy de campo, tenía un gran conocimiento práctico de las aves (era notable como las identificaba con seguridad por sus cantos) gran observador, publicó bastante pero su ornitología "académica" era más floja y sus escritos a veces un tanto confusos.

El simpático "vasco" Juan Daguerre fue un coleccionista de vista excepcional para encontrar y elegir material de interés. Hombre muy sencillo, acostumbrado a convivir con la naturaleza, fue uno de los mejores coleccionistas que hemos conocido. En verdad colaboró y aportó a casi todas las especialidades, aunque ahora se lo recuerde poco.

96 Ver capítulo II "La rebelión de la calle Perú del año treinta".

97 Orden de Aves que actualmente se considera que solo debería incluir a la familia Ciconiidae (cigüeñas) pero que hasta hace poco incluía otras familias de aves (garzas, ibis, espátulas, etc.).

98 Zotta A.R. 1939-1943. Lista de las aves argentinas. Revista "El Hornero" 6 (1,2,3), 7(1,2,3) y 8 (1,2).

Secundino da Fonseca colaboró con Zotta en el estudio de los Ciconiiformes.

Ricardo Orfila, quien más tarde sería entomólogo del Museo, publicó un estudio sobre los psitácidos⁹⁹.

Como se ve, las aves atrajeron la atención de no pocos especialistas de otros grupos zoológicos, y hasta de otro reino. Sólo otros dos grupos zoológicos (insectos y moluscos) pueden competir con las aves en cuanto a la atracción ejercida sobre los aficionados.

II. Mastozoología

El mastozoólogo del Museo de esos años fue José Yepes, quien se retiró de la institución en 1943, pero siguió 10 años como profesor de Zoología General en la Facultad de Ciencias Naturales de Buenos Aires.

El "gallego" Yepes, como muchos lo llamaban, aunque español, no era gallego sino castellano, nacido en Valladolid en 1897. En su adolescencia emigró a la Argentina donde cursó la Escuela Normal, recibiendo de maestro, luego de profesor normal y, por último también hizo los estudios universitarios doctorándose en 1926 con una tesis sobre Edentados¹⁰⁰.

Bajo, de frente alta, locuaz, le gustaba practicar la mordacidad y competía en este aspecto con Pérez Moreau aunque con menos acritud y un poco más de gracia. Era excesivamente crítico y en alguna conferencia le oímos criticar a los naturalistas que, por ejemplo, afirmaban haber visto en una localidad, Ctenomys talarum¹⁰¹ "cuando seguramente lo que vieron era Ctenomys talarum talarum!" Ese afán de crítica, de encontrar el pelo en la sopa, llegaba a ser grotesco porque, primero, si él, sin material, podía afirmar que se trataba de tal subespecie, era porque la distinción subespecífica era superflua (por ej., por no haber posibilidad de encontrar en ese lugar otra subespecie) y, segundo, porque la falta de determinación subespecífica no quitaba validez al registro de la existencia o abundancia de una especie en determinado medio. Contrastando con el rigor que exigía a los demás recordamos que en un escrito afirmó la presencia, en un lugar, de una especie no verificada antes allí, porque había encontrado una cueva que debía pertenecerle!

99 Psittacidae es la familia de Aves que agrupa a loros, cotorras, guacamayos, papagayos y formas afines.

100 Los Xenarthra o Edentata son un Superorden de mamíferos placentarios exclusivamente americanos que incluye a los osos hormigueros, armadillos y perezosos.

101 Tuco-tuco de los talas, roedor que habita en el este de la provincia de Buenos Aires. La localidad tipo de la especie es Los Talas, Ensenada. Algunos especialistas reconocen la subespecie Ctenomys talarum antonii que correspondería a las poblaciones que habitan al sur del río Salado hasta Santa Clara.

Le gustaba emplear giros que él consideraba muy castizos y originales pero que, a veces, eran atentados gramaticales, como *"Habemos algunos que..."*

Consideraba a los arqueólogos como charlatanes y cuando se produjo la famosa discusión por la "insignia lítica", que mencionamos en otro lugar (ver "Los Pozzi") no dejó de expresar, muy a la ligera y con su consabida mordacidad, que *"Eso no servía más que para metérsela en el c..."*.

Esas críticas que desparramaba generosamente, le valió un altercado con el mayor de los Pozzi (que narramos en el capítulo de "Los grupos familiares") y que le costó un buen susto y una huida un tanto desairante para su dignidad. Pozzi le devolvía atenciones diciendo que era un roñoso y que en su casa la bañadera sólo se usaba para la cría de roedores. Aclaramos que, aunque su tesis y algunas publicaciones menores fueron sobre Edentados, su interés mayor se centraba en un orden mucho más complejo: el de los roedores.

En verdad Yepes se cobijaba un poco en la fama y trato con Ángel Cabrera que era entonces, además de un naturalista de vastísimos conocimientos, persona de gran cultura y excelso dibujante, la mayor autoridad mundial de esa época en mamíferos. Por lo menos esa es la opinión que le oímos, en el cincuenta y tantos, a un mastozoólogo norteamericano.

En la época de Yepes, Mastozoología no funcionaba en Parque del Centenario, en el edificio principal, sino en un galpón detrás del Museo. Empleados que también trabajaban allí, como el herrero Nasta, tenían que pasar por el despacho de Yepes para ir al servicio, lo que molestaba mucho al mastozoólogo quien llegó a protestar en Secretaría diciendo que no quería ser el controlador del funcionamiento de intestinos y vejigas ajenos.

Dejando de lado sus debilidades, Yepes hizo una buena labor como mastozoólogo y en organismos nacionales e internacionales protectores de la fauna.

Por un interés común, la fotografía, Yepes tuvo cierto trato amistoso con uno de nosotros. (J.J.P.)

IV.8. El Departamento de Mineralogía y Geología (J.J.P.)

En mi época estaba a cargo del catalán Enrique de Carles quien era, por entonces, bastante viejo y seguramente había disminuido mucho su actividad científica. Mi impresión es que había perdido toda ilusión personal y profesional y que se sentía un poco frustrado.

Era un hombre bueno, de humor y salero hispánico, que venía con frecuencia a nuestra sección y nos hacía reír con chascarillos españoles o con sus narraciones de una expedición a Bolivia (que hizo hacia 1917, organizada por Carlos Lizer y Luis Deletang, aunque creo que también hizo otras) y de sus aventuras con las bolivianas durante su estadía en Tarija¹⁰².

Al parecer había trasladado a su discípulo Romeo Croce sus propias ilusiones profesionales, pero tampoco su discípulo trascendió mucho. En verdad por un tiempo (no sé por cuanto pues ni conozco el año de su ingreso al Museo) no teníamos noticia de la existencia de Croce. Contribuía a este desconocimiento la ubicación de su sección, en los altos, adonde casi nunca íbamos.

Después, con los años, llegué a conocerlo. Me encontré con un hombre de aguda inteligencia pero que no parecía esforzarse en usarla, por lo que no cumplió las ilusiones de de Carles. Era tímido y un poquito feminoide pero no creo, sin embargo, que hubiese en él alguna aberración¹⁰³. En verdad tenía pánico a las enfermedades venéreas y, en un momento de confidencias, me dijo que "solucionaba su problema" manteniendo relaciones íntimas con una pariente mayor que él. Era tan cándido que me lo dijo como la cosa más natural del mundo. Otro temor que no lo abandonó nunca era el de ser sepultado vivo.

Muy imaginativo, creaba teorías y proyectos de todo tipo. Uno era el de la ciudad del futuro, de la que hizo varios croquis que me mostró y que tenían asombroso parecido con los proyectos posteriores de ciudades modernas. También inventó una lapicera fuente, hecha con un tubo de vidrio, que funcionaba bien. Pero lo más fantástico fue la teoría del encéfalotallo, que daría a las plantas la facultad de pensar. Discutiendo esto con toda seriedad con Aurelio Pozzi, al mismo tiempo se divertía con la furia de su interlocutor. Si Croce hubiese escrito novelas de ficción hubiese sido famoso. También sería más recordado si, ocupándose de cosas más concretas, hubiese publicado más sobre mineralogía. Creo que fue Croce quien preparó todas las notas para el artículo sobre la Geología de Las Malvinas que publicó Riggi¹⁰⁴.

102 Carles, E. de. 1888. Noticias sobre un viaje á Tarija (Bolivia), Boletín del Instituto Geográfico Argentino, 9 (2): 35-40.

103 Comportamiento que se aparta de lo que se considera normal. Debe tenerse en cuenta la educación y la edad de los autores, para quienes la homosexualidad era considerada, hasta "científicamente", algo anormal en el ser humano y que muchos médicos trataban como una enfermedad.

104 Riggi, J.C., 1951. Geología y geografía de las Islas Malvinas. Soberanía Argentina en el archipiélago de las Malvinas y en la Antártida. Universidad Nacional de La Plata, La Plata. 42 pp.

Croce y Riggi (E.B.)

Cuando me incorporé al Museo, Doello-Jurado había subdividido la Sección en dos: Mineralogía, cuyo jefe era Croce, y Geología, cuyo cacique era Riggi. Croce era en el Museo bien anterior, de modo que, teóricamente, debiese haber tenido mayor rango que Riggi, pero resultó todo lo contrario. De cualquier manera creo que esa división, simplemente interna, sólo respondía al deseo del director de no desairar a ninguno de los dos, pues ni había separación espacial de secciones y ambos compartían el laboratorio. En parque Centenario este "departamento" ocupaba parte de lo que hoy es Malacología e Invertebrados Marinos, desde la entrada hasta donde comienza el laboratorio de Equinodermos. El laboratorio propiamente dicho era el recinto posterior, es decir, donde hoy está Microplancton. Esta ubicación tiene cierta repercusión anecdótica.

Tuve ocasión de tratar mucho a los dos. No podría haberse encontrado dos personalidades más opuestas. Croce era más bien alto, calvo, de ojos pequeños, de la timidez más extrema que conocí en un hombre, bondadoso, de modos suavísimos, idealista, totalmente despreocupado por los beneficios personales que podría obtener de sus conocimientos. Era químico pero nunca se graduó pues, ya ocupado con la mineralogía, ni trató de dar los últimos exámenes.

El Dr. Agustín Eduardo Riggi era fortachón, de pelo abundante y totalmente blanco desde su segunda década de vida. Tenía ojos más bien grandes y grises. Su voz fuerte hacía resaltar la extremada grosería de su lenguaje, muy escatológico; incluso le gustaba escandalizar y tenía modos de patán, hacía alarde de donjuanismo y siempre estaba dispuesto a contar sus aventuras sexuales que, según él, habían comenzado casi en la niñez. Totalmente inescrupuloso puede decirse que era el paradigma de la amoralidad (en el sentido de carencia de normas morales o éticas) total. Para él simplemente la ética no existía.

Colocado ese par de personas a compartir sección, local y mando, no podía dudarse del resultado: Croce pasó a convertirse, más que en subordinado, en sirviente.

Cuando yo era estudiante se estudiaba Mineralogía y Geología para acceder al título en Ciencias Naturales, tanto en la Facultad como en el Instituto del Profesorado. Tuve la suerte de conseguir, en dos o tres oportunidades, muestras minerales del interior del país. Me entretenía tratar de aplicar los conocimientos que recibíamos en los cursos, en la determinación de las muestras y luego las iba llevando a Croce que me atendía con extrema amabilidad. No sólo me rectificaba o ratificaba sino que, con toda paciencia, me explicaba por qué era o no era lo que yo pensaba. Pronto noté que su delicadeza era tal que procuraba no herir el amor propio de un estudiante que, en verdad, ni se inclinaba por la mineralogía. Por eso nunca me desmentía

directamente, endulzando la corrección para no crearme complejos, supongo.

Así, si le preguntaba: "*Croce, ¿No es esto un gabro*¹⁰⁵?" y su respuesta era "*Parece, ¿no?*" yo ya sabía que me había equivocado. Croce agregaba "*Pero conviene mirar bien*". Lavaba el trozo de roca y luego, con una lupa, me mostraba detalles: "*¿Ve ese cristalito oscuro y brillante? Es una hornblenda*¹⁰⁶...etc. Por lo tanto es una diorita¹⁰⁷".

Parodiz ya mencionó las dos grandes fobias de Croce. Respecto a la de ser sepultado vivo puedo decir que cuando murió su madre, a quien él se había dedicado con unción, tuvo el cadáver en su casa más de lo usual, tratando de evitar el error y de detectar algún síntoma de vida. Y en sus últimos años le pidió al geólogo Rusthaler: "*Amigo Rusthaler, cuando muera y me estén velando, por favor, vaya con un alfiler y píncheme*". Por cierto, método muy inapropiado para distinguir una muerte real de una aparente.

La tercera obsesión de Croce, pero positiva, era la del desarrollo de la Patagonia. Era un fanático de esa región, un patagónico de alma. Decía que lo que precisaba la Patagonia para su desarrollo era contar con una fuente de energía eléctrica baratísima para elaboración de sus productos a precios competitivos, sobre todo para la obtención de sus minerales en rocas de bajo título. Sostenía que, por ejemplo, las arenas ferríferas serían productivas con energía de tal cualidad. Estudió entonces los vientos patagónicos, elaborando estadísticas y proyectó una cadena de molinos de viento generadores de electricidad y calculó los rendimientos obtenibles¹⁰⁸. Remitió el estudio al Boletín del Centro Naval donde el manuscrito estuvo un par de años porque el director del boletín no estaba muy convencido (desde luego, desconocía totalmente la materia). Fue la única vez que lo vi a Croce francamente enojado. Finalmente lo retiró y lo hizo publicar en la Revista Minera, en 1938¹⁰⁹. Como le solía ocurrir, nadie le llevó el apunte.

Curiosamente, hace pocos años apareció una propuesta que mereció no pocos elogios, hasta por radio (por ej. fue comentada

105 Roca ígnea plutónica de textura granular y colores oscuros compuesta principalmente de plagioclasa cálcica y piroxeno en proporciones de volumen similares.

106 Es el nombre informal con el que tradicionalmente se ha llamado a los anfíboles, que son un complejo y variado grupo de silicatos de color entre negro y verde-oscuro.

107 La diorita es una roca plutónica compuesta por dos tercios de feldespatos del grupo de las plagioclasas y un tercio de minerales oscuros, generalmente hornblenda, aunque pueden contener también biotita y a veces piroxeno.

108 Croce R. 1938. Las corrientes atmosféricas de la Patagonia y su posible utilización en la electrosiderurgia y otros fines industriales. (Informe preliminar). Museo Argentino de Ciencias Naturales. Buenos Aires. 9 pp.

109 Los Editores no hemos podido localizar el artículo al que hacen referencia.

con entusiasmo por Julio Lagos, a quien fui a entregarle personalmente copia Xérox¹¹⁰ de la parte principal del trabajo de Croce; no sé si luego se refirió a ese antecedente). Esa propuesta, tan elogiada, es tan parecida al proyecto Croce, hasta en los datos estadísticos, ubicación de los molinos, etc. que parece un calco del último, publicado medio siglo antes! Pero en el nuevo no hay mención de aquella publicación.

Creo que Croce fue el mejor conocedor de minerales de la Argentina. El Dr. R. Casamiquela, quien lo trató bastante en Patagonia desde 1949, y en Buenos Aires, tanto en el curso de Minería y más tarde en el Museo, comparte esta opinión y me escribe: "Como mineralogista era el más grande de su tiempo. Era capaz de distinguir a la lupa, que llevaba colgada del cuello, varios "cobres grises", minerales complejos que tienen todos, a primera vista, el mismo aspecto. Era increíble verlo clasificar así".

Creo que fue a iniciativa de Croce que se creó, en la Capital Federal, la Escuela de Minería. Pero fuese o no iniciativa suya, lo cierto es que él invirtió mucho tiempo enseñando, gratis, en esa escuela, y preparando para los estudiantes, a mano, apuntes "para sus estupendas clases" (R. Casamiquela). La misma opinión admirativa le oí a otro exalumno de esa institución, un prestigioso químico.

Croce exhibía muchas otras curiosidades. Por bastante tiempo se trasladaba en motocicleta (en años en que ese medio de transporte era inusual) y a veces hacía excursiones con ella. Tuvo un grave accidente en ese vehículo (creo que fue en la ciudad) que le produjo fractura de cráneo y tuvieron que reemplazarle una parte de la calota con metal. En Patagonia, donde aún algunos viejos pobladores lo recuerdan con admiración y cariño, se presentaba a veces, en broma, como "el gaucho Cruz", traduciendo su apellido italiano.

Creo que, como resumen de esta semblanza, conviene dejar aquí un párrafo que sobre don Romeo, me escribió R. Casamiquela: "Para mí fue el maestro por excelencia, un SABIO en el sentido total, lato, de la palabra, un hombre que mucho sabía y que, además, era honesto hasta la exageración, amén de humilde". Parodiz y yo tenemos mucha satisfacción en recordar a este hombre tan humilde y tan injustamente olvidado, tanto en vida como después de muerto.

Pasemos al otro personaje, Agustín Eduardo Riggi, doctorado en la Universidad de Buenos Aires; probablemente era un geólogo capaz. Empezó su experiencia profesional muy joven, a los 14 o 15 años, acompañando a su cuñado, el geólogo J.J. Najera, quien había adquirido prestigio. Ese parentesco le valió no sólo una muy temprana experiencia, sino también importantes conexiones.

110 Fotocopia. La primera fotocopiadora fue la Xérox 914 y el proceso de copiado en seco de un documento se llama xerografía, por ello fue de uso común hablar de copias Xérox al resultado de este proceso.

En 1923, antes de cumplir los 20, ingresó en la Dirección de Minas de la que salió cuatro años más tarde para servir en Viabilidad [Nacional]. Mientras trabajaba allí se doctoró, en 1932. También trabajó en el Instituto de Suelos y Agrotecnia, y muy pronto, en 1933, ingresó al Museo como jefe de Geología que, como dijimos, fue un cargo que Doello creó para él, sin saber que metía una víbora en su alforja. Poco después consiguió los cargos más importantes para su carrera: los de profesor del Colegio Militar y de la Escuela Superior Técnica de Guerra, que le valieron amistad con algunos oficiales, entre ellos quien sería decisivo en su vida: Juan Domingo Perón. Para completar sus conexiones con las Fuerzas Armadas se introdujo como asesor en la Armada. Su "estudio" sobre las Malvinas, que no es una investigación sino simple recopilación, apuntaba a su prestigio dentro de las fuerzas armadas.

En el Museo Riggi hacía trabajos técnicos para dueños de minas y otros; en realidad se los hacía, por lo menos en buena parte, Croce, pero Riggi los entregaba y cobraba. Creo que en el Museo hacía poco más que eso, lo que significa que su aporte para la institución era casi nulo.

Una vez contó que no quiso cobrar a "unos señores porque eran amigos". Entonces éstos, conociendo el paño, lo invitaron a una verdadera orgía en un cabaret que luego Riggi contó con lujos de detalles.

Era casado con una colega de Minas y Geología (quien lo llamaba "Palito") pero eso no era freno para sus juergas; frecuentaba los cabarets y luego contaba sus conquistas. Me dio la impresión de que en ese matrimonio cada uno iba por su lado.

A veces invitaba a un ordenanza pues le deleitaba hacerse llamar "doctor" (¡en ese ambiente!). Su invitado preferido era el ordenanza Libré. A veces también los llevaba, con cualquier pretexto, cuando iba a hacer una compra cara, seguro de que su acompañante iba a contar, admirado, lo que había gastado el doctor: "*¡Compró un par de zapatos de \$18!*" (en esa época se compraba un par de buenos zapatos por \$8 o 10). Estos pequeños detalles esbozan la psicología del personaje.

Su explotación continuada de su pobre compañero de tareas me exasperaba y alguna vez le pregunté a Croce por qué se lo permitía. Croce respondía con una sonrisa y a Riggi se dirigía con ironías demasiado sutiles para inmutar a éste.

Riggi solía recibir en el laboratorio a algunos personajes (dueños de empresas mineras o militares) y no lo presentaba a Croce o lo hacía de tal manera que daba la impresión de que era un subalterno sin importancia. Esto se acentuaba cuando le daba órdenes de este estilo: "*A ver, Croce, si les preparás unos mates a los señores*". Entre sus bromas se cuenta la de orinarle las muestras que Croce estaba limpiando, o cambiarle rótulos.

Un día en el que le llevé unas piedras a Croce, estaba Riggi, quien se apoderó de ellas y, sobradamente, las tiraba al aire mientras decía: esto es tal cosa. En un momento noté que Croce, que estaba en el otro extremo de la mesa, hacía un pequeño gesto de duda que Riggi también notó y entonces le tiró la muestra junto con la pregunta "¿Qué te parece?". Croce le echó un vistazo, se la devolvió y con apenas esbozada sonrisa dijo: "¿No le parece, doctor, que es tal otra?" Riggi dijo: "A ver che, pero claro, es eso". Una de las sutiles ironías de Croce en esas ocasiones era el tono de voz y ese acentuado "doctor".

En marzo del 40 Riggi se comunicó con mi mujer y le dijo que precisaba hablarme urgentemente. Cuando poco después llegué, desde el Museo, le hablé y me citó en la confitería de El Molino. Extrañado, fui. Riggi, quien ya estaba allí, me explicó que tenía que salir en campaña (por la que se le pagaba muy bien) y que quería que le hiciera la suplencia en el Colegio Militar. Asombrado, me negué al principio, diciéndole "Usted sabe que no soy geólogo. Mis conocimientos de la materia apenas son para los rudimentos que se enseñan en el secundario y ni siquiera sé qué es la geología militar". Me contestó: "No te preocupes, es la que enseñás en el bachillerato. El nombre de militar es para justificar su enseñanza en el colegio militar. Sólo tenés que decir al principio, algunas palabras sobre la importancia de la geología para los milicos como, por ejemplo, si no saben algo de la materia van a querer hacer una trinchera en un terreno con subsuelo basáltico y se van a romper el culo en el intento, y si la cavan donde hay un napa de agua casi superficial se lo van a mojar... y después seguí con lo que acostumbrás a enseñar". Finalmente me dejé convencer, sobre todo porque representaba, por un mes, un extra muy necesario para un recién casado. Para sellar el pacto ordenó media docena de merengues de chantilly y me dijo: "Tomá, lleváselos a tu señora con mis saludos".

En realidad la materia era como él decía, pero omito detalles de cómo me estafó. Sólo añado un par de datos sobre esta singular experiencia: primero que tuve que exigirle firmemente el pago que, con pretextos, fue demorando y, segundo que, cuando me llevó al colegio militar para presentarme, me sentí incómodo al caminar a su lado mientras el cantinero lo perseguía, infructuosamente, para cobrarle un deuda de \$10 que Riggi, que ni se mosqueaba, tenía con él desde hacía dos años.

Un día, en el Museo, oí cómo el Ing. Agr. R. Maniglia, hombre de carácter casi violento, que trabajaba en Entomología, le preguntó a Riggi si no había hablado aún a no sé qué coronel "por ese asunto" y que agregó "Si hacés lo que te pido, me olvido de lo que debés, podés metértelo en donde te guste..." Como se ve, a Riggi no le quitaba el sueño tener algunas deudas.

Con frecuencia Riggi se metía en otros laboratorios, por ej., en el mío, para hurtarme reactivos y drogas diversas que

él precisaba y que no se molestaba en pedir como correspondía. Si el encargado del laboratorio estaba, solía quedarse un rato contando sus aventuras eróticas o cuentos que, casi siempre, más que subidos de tono, eran francamente sucios.

Y aquí viene a cuento lo de la ubicación de su laboratorio porque cuando en él decía esas cosas, (por cierto no susurradas) Bernasconi, separada de él por tan sólo un delgado tabique, se enojaba, golpeaba el tabique y le gritaba: "*Recuerde que estoy aquí*". Bernasconi pasó muchos de esos momentos incómodos con su vecino¹¹¹.

Después de la memorable dirección de Riggi en el Museo, de la que contamos algo en otro capítulo y a la que la Revolución Libertadora dio fin, Riggi volvió al Museo cuando también regresó el peronismo al poder, en 1973. Aunque nuestro geólogo no apareció con cargo lo hizo con aire dominante, en tren de supervisor y no dejó de hacer oír sus lamentos por la desaparición "de todos los adelantos" que él había traído a la institución.

Quizás para procurar la corrección de esas faltas, un día subió al cuarto piso, a Geología, y le pidió a Ruhstaller, entonces jefe de la sección, una dactilógrafa para dictarle una carta al ministro. Cuando la empleada, bonita, llegó, Riggi comenzó así su dictado: "*Estimado señor Ministro... que lindos ojos tiene; ¿tiene novio?.. Bueno, ¿por dónde íbamos?. Ah, tengo el agrado de dirigirme a Vd... ¿No prefiere sentarse sobre mis rodillas...? ¿No le gustan los besitos...? ¿Por dónde íbamos?...*" Creo que esa importante comunicación nunca se expidió.

111 La Prof. Irene Bernasconi para esa época hacía más de 20 años que trabajaba "ad honorem" (la posición económica de su familia se lo permitía pero también ejercía como docente) en el MACN. Nunca se casó y todas las personas que la conocían se refirieron siempre a ella como la Señorita Bernasconi.

V

Ocupaciones, visitantes y hechos varios (Por J.J.P. y E.B.)

V.1. Dibujantes

En nuestro tiempo el principal dibujante fue Ismael Astarloa quien era, además, un buen pintor. En Bernardo de Irigoyen tuvo algunos roces con Doello-Jurado, por chismes que le llegaron a éste, por lo que, por unos meses, tuvo que cuidarse; pero Doello, aunque algunas veces se enojaba de verdad, solía olvidar pronto esas ofensas. Sin embargo nunca pareció apreciar mucho a Astarloa.

Astarloa fue, sin embargo, algo conocido como pintor por una exposición de cuadros del Norte argentino (Yaví, La Quiaca, etc.). Era un hombre bueno a quien la falta de reconocimiento y el tener que trabajar por un magro sueldo dibujando animales y plantas (por los que, probablemente, no sentía mucho interés) lo tenía amargado. Para quien trabajó más fue para Castellanos.

En Botánica también dibujaba Delia Cardama (sin parentesco con quien, más tarde, fue jefa de Museología). Cardama era tranquila, de hablar quedo (también era técnica en la cátedra de Histología del Instituto del Profesorado). Tenía amistad con Bernasconi¹¹².

En Malacología la principal dibujante fue, por años, la viuda de un funcionario alemán de rango, la Sra. von Bülow.

Los von Bülow constituyeron un linaje aristócrata alemán que tuvo la particularidad de dar muchas figuras destacadas de la diplomacia, los negocios de Estado y el arte. Entre los miembros más destacados de esta familia se puede citar a Hans, gran músico, excelso pianista, crítico de arte y director de orquesta, casi fanático de Wagner; en su tiempo se lo conocía como el

112 Ver nota al pie 10 en capítulo 1.

director wagneriano por excelencia. Otro von Bülow [Bernhard] fue la mano derecha del "canciller de hierro", Bismarck. Pero la derrota alemana en la primera guerra mundial y la subsiguiente república produjo la caída de la aristocracia y no pocos emigraron entonces. Es lo que hizo la señora a la que nos referimos.

La Sra. von Bülow era una dibujante exquisita pero estrañaria, casi grotesca, que venía al Museo emperifollada como si fuese a actuar en una ópera de Wagner. No dibujaba con plumín sino con un pincelito de muy pocas cerdas.

Era extravagante no sólo por su atuendo sino también por sus costumbres y su desenfado. En una época en que el fumar, por lo menos en público, parecía en Buenos Aires propio de mujeres de vida alegre o de vampiresas de melodramas, ella fumaba mientras dibujaba, parada y con un pie en una silla.

Pero casi siempre trabajaba en su casa. Una vez Parodiz le llevó unos ejemplares para dibujar y la encontró viviendo con un mono que ocupaba, encadenado, una habitación entera. Otra vez el emisario fue Nani quien volvió escandalizado porque, según dijo, ella le había hecho "algunos avances".

En la época de Riggi el dibujante de Entomología fue C. Wappers. De origen belga, era un hombre cultísimo, de muchas inquietudes intelectuales, emparentado, por casamiento, con los Braun Menéndez¹¹³. Balech tuvo cierta amistad con él porque ambos eran adeptos del idioma internacional Esperanto (por el que Wappers interesó a Orfila). Murió bastante joven y, a su muerte, su viuda donó a la Asociación Esperantista de Buenos Aires, una cantidad de escritos de Wappers en Esperanto. En esos escritos se mostraba como un eximio manejante de las posibilidades expresivas de ese idioma. Esos escritos fueron publicados como "Papeles de Wappers".

Wappers dominaba varios idiomas y se interesaba, además, por la microscopía y la restitución gráfica de las imágenes microscópicas, especialmente de cortes seriados.

También en esa época se incorporó al Museo Claudina Abella de López. Siempre peinaba su cabello oscuro muy tirante, formando dos trencitas que se reunían en un rodete nucal. Se casó con Rogelio López en la época cuando ambos trabajaban en el Jardín Zoológico de Buenos Aires. Creo que fue el jefe directo de ella quien, cuando se enteró del compromiso, le dijo: "*Pero Claudina, cómo se casa con ese pillo...*".

Claudina fue devota esposa que cuidaba de su marido con espíritu casi maternal. Aunque por un tiempo sus preferencias animalistas la llevaron a pintar aves, dejó una gran labor como ilus-

113 El apellido compuesto Braun Menéndez se creó cuando Josefina Menéndez Behety contrajo matrimonio con Mauricio Braun en 1895. Fueron propietarios de extensas estancias en la Patagonia y desarrollaron diferentes actividades comerciales, entre ellas crearon los supermercados "La Anónima", hoy presentes en todas las ciudades patagónicas.

tradadora de ictiología. Con sus dibujos podría hacerse un hermoso atlas de los peces argentinos más conocidos.

Al escribir esto aún Claudina vive pero afectada por una tremenda artrosis deformante.

V.2. Preparadores y coleccionistas

Ya mencionamos los principales: los Pozzi y los Da Fonseca. Angel Zotta, padre, era un hombre bajo, de bigote (blanco en los años de Parque Centenario) naturalista viajero que coleccionaba un poco de todo, especialmente aves e insectos. Concurría a menudo a Entomología y después que Dabbene se retiró estuvo interinamente a cargo de las colecciones de Ornitología, hasta que su hijo, Angelito, fue designado jefe de esa sección.

Venía con cierta frecuencia a Malacología y anticipábamos su llegada por el olor de su tagarnina. Era bonachón y bien dispuesto con todos. Nadie lo criticaba excepto Castellanos (habían hecho una campaña juntos). Entró al Museo muy joven y fue muy apegado al director Carlos Berg. Sin ser ilustrado dedicó su vida al Museo e hizo una buena labor para la institución.

Un coleccionista importante que coleccionó tanto material de tierra firme como marino costero fue Juan Daguerre. No conocemos cual fue su relación laboral con el Museo pero sí recordamos que hasta hizo alguna excursión con Carcelles. Gran observador, con "vista de lince" para descubrir lo interesante o inusual, escribió además algunas observaciones ornitológicas.

Al revés que en el caso de los Zotta, el hijo del mayordomo Chillida, era un joven humilde y muy simpático. No recordamos qué hacía en el Museo pero creemos que era coleccionista o conservador.

V.3. El cuerpo de maestranza

Durante la dirección de Doello-Jurado los mayordomos eran Ramón Pousada en Bernardo de Irigoyen y Chillida en Perú. Cuando el Museo se trasladó al Parque [Centenario], el mayordomo general era Ramón; si mal no recordamos Chillida se jubiló por entonces.

Ramón era un gallego parsimonioso que ejercía con calma pero en pleno su autoridad de comandante del cuerpo de ordenanzas. Vigilaba continuamente las actividades de los empleados bajo sus órdenes, mantenía la disciplina y las obligaciones de cada uno. Doello sabía que se podía confiar en él.

Le gustaba que las cosas se especificaran bien. Si le pedíamos simplemente una bombita eléctrica él contestaba: "No entiendo". "Cómo no entiende, una bombita, una lamparita para el laboratorio, para reemplazar la que se quemó". "No entiendo, ¿Cuántos

vativos...?". Cuando alguien traía material para donar al museo él, doctoralmente, dictaminaba: "*Si no tiene localidad ni fecha no tiene valor*".

No se le pasaban detalles: rincones sucios, telarañas, trabajos no cumplidos. Controlaba personalmente que todos dejaran, al retirarse, las luces apagadas y las canillas y las llaves del gas cerradas. La diferencia con mayordomos posteriores fue muy grande. Sí que se extrañó a don Ramón.

El mayordomo Chillida era delgado, de expresión un tanto avinagrada y, sobre todo, algo petulante. Por lo que se dijo en el capítulo II, dejaba traslucir que se sentía un poco el salvador del orden establecido en la calle Perú, el héroe de la "contra-revolución".

Otro mayordomo fue Emiliano Rivas, quien vivía en la parte de atrás del Museo, en el Parque [Centenario].

De los ordenanzas recordamos especialmente al de Invertebrados Marinos, Cupo, que estuvo muchos años. Bajo, fortachón, atento, siempre con buena voluntad para cualquier trabajo que se le pidiese. Ya retirado, gustaba venir a veces a visitar a la gente de la Sección.

Otro ordenanza de excelente carácter tenía el poco común nombre de Quiriquino: Quiriquino Sólido.

Pero también hubo de los otros, de aquellos que no pueden ser muy alabados. Herpetología tuvo un alcoholista que tomaba hasta el alcohol de los ejemplares de las colecciones. Durante un tiempo sacó alcohol de las latas de 20 litros destinadas a la conservación de ejemplares, pero también llegó a tomar -se dijo- de los frascos con ejemplares de serpientes, lagartos y batracios. Luego completaba el líquido con agua. Se lo descubrió al comenzar a descomponerse ejemplares de las colecciones¹¹⁴.

Un ordenanza de "los tiempos viejos", de la calle Perú, había encontrado una forma original de aportar un suplemento a su sueldo. En los días de visitas públicas examinaba las caras de los visitantes y, al parecer, con ciertas dotes de psicólogo y muchas de relator de aventuras, daba a sus candidatos tremebundas explicaciones que, por lo común, eran recompensadas. Por ejemplo, cuando los visitantes se quedaban admirando las fuertes uñas del megaterio, él se acercaba y les narraba, con mucha fuerza y autoridad, casi como de testigo presencial, cómo esos animales acechaban a los indios, escondidos en la copa de algún árbol y cuando el desprevenido salvaje pasaba bajo esas ramas: "*Zas, un zarpazo y el pobre indio era remontado para ser devorado allí mismo*"; o mostrando un Glyptodonte, explicaba como éste

114 Estos hechos se han transmitido, entre el personal del MACN, hasta la actualidad. Sin embargo, los editores creen que se trata de un mito institucional, que, como todo mito, se construyó exagerando algo cierto.

arremetía contra un grupo humano y coletazo a la derecha, otro a la izquierda, dejaba a varios tendidos y luego volvía para comerse a los que habían caído¹¹⁵. Los visitantes, muy impresionados, se felicitaban de no vivir en esas épocas tan bárbaras y salían contentos de tener que afrontar, tan sólo, el peligro del tránsito porteño.

V.4. Ocupaciones varias

A cargo de la imprenta estaba Frecha, hombre grandote y corcoto¹¹⁶. Cuando empezó la segunda guerra mundial solía hacer bromas sobre la falta de valor y de capacidad militar de los italianos. Un día Gatto lo oyó, se enfureció y lo desafió a pelear para ver si los italianos eran "tan blanditos". El desafío no fue aceptado.

Durante la presidencia del general Ramírez, a Frecha se le ocurrió que el Museo debía tener una bandera consagrada para la que hizo una colecta. Finalmente la bandera se compró, fue bendecida por el capellán del ejército y guardada en un gran cofre.

Estaba el carpintero Amadei quien hizo toda la tabicación que hay en Malacología¹¹⁷, totalmente planeada por Carcelles quien tuvo mano libre para las divisiones, pero Carcelles y Amadei discutieron bastante por detalles, sobre todo de pintura.

En la Biblioteca había una traductora, una anciana alemana muy tradicional. Vivía sola y murió en la miseria. No sabemos nada de los entretelones de su vida y de su historia. En su sepelio sólo estuvieron Parodiz y la Dra. Giambiagi. Ésta, que le tenía afecto, muy conmovida por esa soledad y esa despedida silenciosa, repetía: "*Sin una palabra, sin una palabra...*" Ciertamente fue un entierro semejante del de "Père Goriot" de Balzac¹¹⁸.

115 Cabe aclarar que tanto los Megatherios como los Glyptodontes eran especies de mamíferos estrictamente herbívoros.

116 Voz popular para hacer referencia a una persona altiva, impertinente, soberbia y agresiva.

117 Hoy División Invertebrados, ocupa todo el subsuelo del ala noreste del edificio y tiene una superficie de 405 m² (9x45 m). La tabicación, que hoy perdura y aloja la colección húmeda, fue realizada mediante estanterías con puertas batientes, todo de madera (posiblemente cedro), del piso hasta el techo y de columna a columna.

118 Papá Goriot (Le Père Goriot, en francés) es una novela del escritor francés Honoré de Balzac escrita en 1834. En ella se analiza la naturaleza de la familia, el matrimonio, la estratificación y la corrupción en la sociedad parisina de la época, a partir del drama vivido por personajes como papá Gorrito: un hombre que vive en la miseria y es rechazado por sus hijas luego de haber sacrificado todo por ellas.

V.5. Fernando Lahille

No podemos omitir en estos recuerdos a Fernando Lahille que, aunque nunca trabajó en el MACN venía con cierta frecuencia, sobre todo para consultas bibliográficas y para visitar a Serié, cuando éste aún estaba en nuestra institución, en Bernardo de Irigoyen.

Lo veíamos, en sus últimos años, como un distinguido anciano de contextura robusta y barba blanca bastante larga. Bajo sus cejas bien pobladas sus ojos tenían un brillo llamativo; era una de las miradas más penetrantes que recordamos.

Como profesor de la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta despertó inquietudes zoológicas en algunos de sus alumnos, como Fesquet y Nani.

Este francés, nacido en Rouen, llegó a la Argentina a fines del siglo pasado, a la edad de 32 años, con tres títulos superiores: doctor en Ciencias Naturales, doctor en Medicina y Licenciado en Física. Su tesis, de alta calidad, para optar al título de doctor en Ciencias Naturales, versó sobre ascidias¹¹⁹. Lahille fue una incorporación muy importante para la zoología argentina.

Vino contratado por el perito F.P. Moreno para el Museo de La Plata donde fue jefe de Zoología de 1893 hasta 1898, cuando pasó al cargo de Jefe de Caza y Pesca del flamante Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación. En su nuevo puesto creó laboratorios de zoología aplicada y presentó un proyecto de Ley de Pesca (todavía seguimos discutiendo la ley de Pesca); personalmente se ocupó sobre todo de Entomología Aplicada.

Recordamos que, una vez, estando él (ya jubilado, pues se retiró oficialmente en 1930) en la Biblioteca del Museo, llegaron unos técnicos norteamericanos especializados en la plaga de la langosta. Esos técnicos habían sido contratados (desde luego con pagos altísimos) por unos tres meses. Fue un doble disparate, de esos que nuestra administración pública suele cometer, esta vez para solucionar el serio problema de la langosta migratoria. Doble disparate porque contratar expertos para tan poco tiempo es un despropósito, porque ese es el tiempo mínimo que precisan para empezar a conocer un país bastante vasto que no conocían y el problema (distinto al norteamericano por la diferencia de especies). El segundo disparate es que nuestros entomólogos (con Lahille y, sobre todo, con Liebermann, quien se pasó la vida estudiando nues-

119 Nombre genérico para referirse a los Urochordata o Tunicata, subtipo de Cordados (Chordata). Organismos marinos individuales o coloniales. La notocorda (estructura que define a los Cordados) se encuentra en la fase larval (nadadora y planctónica) y desaparece en el adulto, generalmente fijado al fondo marino y filtrador de plancton. Nombre vulgar: papas de mar, piure (en Chile).

tras langostas) ya sabían prácticamente todo lo que había que saber para combatir la plaga, incluyendo que sus centros de invernada están fuera de nuestro territorio, lo que impedía aplicar las medidas más adecuadas para combatirla. En esa ocasión los norteamericanos apremiaban a Lahille con preguntas y así fueron pergeñando un informe científico que satisficiera a nuestras autoridades, simplemente en base al trabajo ya hecho aquí. En suma, dinero dilapidado.

Como otros naturalistas de esa época, Lahille tuvo que ocuparse de una cantidad de grupos zoológicos: de ictiología (recordemos sus estudios de pejerreyes y de los "peces de cara torcida"), sobre moluscos (por ej. de: los grandes caracoles marinos que entonces se agrupaban todos en el género *Voluta*¹²⁰) sobre insectos, sobre mamíferos, etc. pero, muy curiosamente, en este etc. no se incluyen las ascidias de nuestro mar; Doello le preparó la colección del Museo para que las estudiase pero, requerido por otras urgencias, nunca las examinó.

Fue el primero que planeó, aunque nunca concretó en forma estable, una estación de biología marina. En 1897 consiguió que el gobierno provincial crease esta "Estación Marítima" en Mar del Plata, en terreno donado para tal fin por Peralta Ramos, en Punta Mogotes. Allí se instaló una casilla desmontable en donde el naturalista francés trabajó un par de veranos y hasta consiguió la posesión efímera de dos pequeñas embarcaciones pero, inexplicablemente, todo se vino abajo. Quizás el pase de Lahille a la jefatura de Caza y Pesca del flamante Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación, en 1898, fue causa de esa frustración de la Estación Marplatense de Biología Marina. Por esa lamentable circunstancia la primera Estación de biología marina de Iberoamérica, firmemente establecida, tuvo que esperar hasta la creación de Doello-Jurado, en 1928 y en Quequén.

Lahille perdió sus apuntes y su biblioteca particular en el incendio de su casa. De ese golpe durísimo nunca se recuperó plenamente; ¡muy comprensible!

Murió en 1941, a los 79 años y dejó una producción impresa de valor muy dispar y muy inferior a la que correspondía a su talla intelectual, producto de la dispersión obligada.

120 Las especies sudamericanas que antiguamente se incluían en este género se encuentran en la actualidad clasificadas principalmente dentro de los géneros *Adelomelon* y *Odontocymbiola*.

V.6. Los ordenanzas de guardapolvo blanco y los doctoralistas

Hemos hablado ya del cuerpo de maestranza pero ahora nos referiremos a otro tipo de personal también llamado de ordenanzas: los ordenanzas de guardapolvo blanco. En la década del 30 y del 40 se desarrolló en el MACN una guerra, no por solapada, menos virulenta, enfrentando a los doctores en Ciencias Naturales con los que no lo eran.

La ofensiva doctoralista tuvo tres líderes: Castellanos, Pérez Moreau y Yepes. Se decía que el primero era el inspirador aunque fue el que menos se notó, quizás porque le molestaban más la incapacidad y el charlatanismo científico que la falta de título. Sea por eso, o por lo poco proclive a las conversaciones y discusiones, lo cierto es que no fue muy visible en esa guerra y era el más respetuoso con sus colegas no doctorados pero que él veía trabajar con responsabilidad. Algunos decían, empero, que esa relativa discreción, era simple disimulo y que actuaba por medio de Pérez Moreau.

José Yepes, jefe de mastozoología, locuaz, pretendía usar más la ironía para la que no tenía, en verdad, grandes condiciones. En realidad su tendencia era, como la de Riggi, de mofarse de medio mundo. A veces, por ejemplo, tenía expresiones muy burlonas para E.L. Holmberg. Sobre todo menospreciaba a los que él consideraba que no se habían doctorado simplemente por incapacidad y pereza. Probablemente se ponía a sí mismo como ejemplo de perseverancia y voluntad, ya que para doctorarse (ya maduro) tuvo que superar obstáculos de cierta magnitud.

Pero el que se destacó en esa guerra fue, de acuerdo a su temperamento, Pérez Moreau. Probablemente fue el que acuñó el mote de "ordenanzas de guardapolvo blanco" que largaba con un desprecio tremendo por los científicos no doctorados.

Pero la lucha entre diplomados y no diplomados existió antes y probablemente subsistirá por largo tiempo. Hasta puede preverse su agudización como consecuencia de la plétora de egresados universitarios en un país que se fue achicando.

El resultado es: muchos diplomados para disputar pocos cargos. No es éste el lugar para analizar este problema en el que subyace, además de cuestiones políticas y económicas graves, un error conceptual básico. Pero sí podemos decir que la más alta (y absurda) expresión del intento de defender la exclusividad de determinados títulos para hacer investigación en Ciencias Naturales apareció mucho más recientemente en forma de ley (N° 10.353) de la provincia de Buenos Aires, promulgada en 1985, que reserva todas las actividades relacionadas con

esas ciencias, a los diplomados argentinos¹²¹. Pero esta ley va más allá del título y le agrega un condimento geográfico de modo que, según ella, nadie que no sea residente y colegiado en esa provincia puede ejercer actividad alguna relacionada con la naturaleza (incluyendo conferencias, cursillos, divulgación científica y hasta arte). De modo que, respetando la ley, ningún naturalista de la Capital Federal puede hacer investigación, ni colaborar en ella aunque sea como ilustrador, ni publicar en parte alguna del territorio de la provincia. Los naturalistas de origen extranjero, aun nacionalizados, incluyendo los destacados que hemos mencionado a lo largo de esta historia o mencionaremos más adelante, ni los visitantes más destacados (por ejemplo el catalán Margalef, autoridad mundial en hidroecología¹²²) pueden dictar un cursillo o una conferencia en la Pcia. de Buenos Aires¹²³.

121 La ley aludida fue sancionada el 12 de noviembre y publicada el 12 de diciembre de 1985. Posteriormente fue modificada parcialmente por 3 leyes: 11.856, 12.008 y 13.325. Su texto actualizado puede consultarse en <https://intranet.hcdiputados-ba.gov.ar/refleg/sw10353.pdf>.

122 Es un término poco utilizado en el mundo científico pero indudablemente hace referencia a la ecología acuática, sin precisar si se trata de aguas marinas o continentales.

123 Balech era egresado del Instituto Nacional del Profesorado “Joaquín V. González” y estaba muy orgulloso de serlo ya que cuando él cursó sus estudios el nivel académico de las materias con contenido científico del Profesorado era similar al de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, cursándose además las materias pedagógicas. Si bien su trayectoria profesional en el ámbito científico fue muy superior a muchos “doctoralistas” (que los hubo y sigue habiendo) se sintió directamente agraviado por la ley provincial ya que consideraba que legalmente le impedía continuar trabajando (aunque estuviese jubilado) en ciencias naturales en Necochea (Pcia. de Buenos Aires).

VI

La Estación Hidrobiológica (E.H.) de Puerto Quequén (Por E.B.)

La historia de este establecimiento del Museo, otra creación de Doello-Jurado, fue narrada en detalle por E. Martínez Fontes¹²⁴. Pero se le pueden agregar datos anecdóticos. Y como estuve ligado a la E.H. por cuatro décadas, seré con ella un poco más detallista, sobre todo porque la lejanía de este laboratorio con respecto a su institución madre le confirió características especiales.

La E.H. fue algo así como el reino de Carcelles, quien en Quequén se sentía a sus anchas, casi dueño y señor y un poco pater familis.

Como es sabido Doello aprovechó la oportunidad de que la empresa holandesa que construyó el puerto, dejase abandonada la casa de madera (traída de Holanda) que usaba como administración. Doello solicitó y obtuvo la cesión de esa casa para instalar la primera estación de biología marina de Sudamérica. Versiones erróneas ampliamente difundidas pretenden que la primera habría sido creada por Lahille en Mar del Plata, que no existió nunca como establecimiento permanente; fue sólo un proyecto (ver Capítulo V.5). Otra versión que aún se mantiene en el exterior, afirma que el honor le cabe a la de Montemar (Chile) que es bastante más reciente pues se inauguró en 1945, mientras que la nuestra empezó a operar en 1928.

124 Martínez Fontes, E. 1963. La estación hidrobiológica de puerto Quequén, pasado, presente y futuro. Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia", Hidrobiología 1(1): 1-18.



Estación Hidrobiológica de Puerto Quequén (1930).

Cuando Doello fue, con Carcelles y Juan Serié, a tomar posesión de la casa, la encontró habitada por una familia formada por un calabrés, enviudado poco antes y sus cuatro hijos (dos varones y dos mujeres). El director aceptó que ese hombre, Francisco Leonardis, quedara allí con sus hijos (en caso contrario hubiese quedado en la calle); a cambio de ese alojamiento don Francisco, como lo llamábamos, haría de cuidador y se ocuparía de la limpieza.

Mi primera visita a Quequén fue al comenzar 1938. Fuimos con Motti a pasar, si no recuerdo mal, poco más de un mes. Cuando llegamos nos esperaba, en la estación de ferrocarril, Parodiz, que ya era veterano de Quequén, pues fue por primera vez allí sólo dos años después de la creación de la E.H.

Aunque hay detalles que ya no recuerdo puedo decir que fue una época muy grata para mí: era prácticamente en los comienzos de mi carrera, hacía 6 o 7 meses que había recibido mi nombramiento efectivo, no tenía conflictos, con Dastugue habíamos presentado nuestro primer trabajo, todo parecía deslizarse sobre buenos carriles y el país también parecía sólidamente asentado. Además fue casi mi primera experiencia marina. Por primera vez tuve buen contacto con la fauna marina, hice mis primeras observaciones de plancton marino vivo y teníamos la excitación de las casi cotidianas idas a la banquina de pescadores para ver qué traían las lanchas. Íbamos a buscar la "basura", como llamaban los pescadores a todo lo no comerciable en esa época, que era todo menos los pescados, los mejillones, los calamares, langostinos y camarones; ni las vieiras tenían casi salida por falta

de volumen de pesca y desconocimiento de los consumidores. Por primera vez observé bioluminiscencia marina por *Noctiluca*¹²⁵ y ctenóforos¹²⁶.

Además estaba el río Quequén, con sus cangrejales, las saltarinas lisas y las abundantísimas navajuelas (*Tagelus*¹²⁷) subfósiles y vivas; éstas se extraían de los hoyos del barro con un alambre.

Ese verano fue cuando se inauguró el museíto público de la E.H., en la que vivíamos. La comida la preparaba la hija mayor de don Francisco, quien seguía fiel a la tradición italiana del buen aceite de oliva y, con frecuencia, preparaba él mismo platos de pescado y mariscos. Sus chupines, palometa a la parrilla, los mejillones empanados y fritos, eran excelentes, dignos del mejor restaurante.

El Museo le pagaba una pequeña suma por cada persona que comía allí y por el lavado de la ropa. Carcelles presidía la mesa con aire de patriarca.

Los Leonardis eran parte de una nutrida colonia de calabreses, todos gente de mar; la mayor parte de los hombres eran pescadores. Además muchos de ellos eran parientes de don Francisco (en verdad todos esos calabreses parecían tener cierto grado de parentesco, lo que, por cierto, no significaba buena armonía). No extrañará entonces saber que casi todos los productos de mar que se consumían en la E.H. y los que se guardaban para estudio o exhibición, entraban gratis y en abundancia.

En esa época la pesca de camarones y langostinos era bastante notable (después esos crustáceos casi desaparecieron) y era fácil y barato comprarlos recién pescados, sobre todo los camarones. El truco era pedir "para carnada". Los pescadores, recién arribados al muelle, tomaban todo el camarón que abarcaban con ambas manos y lo daban por 20 centavos. Añado que entonces esas lanchas amarraban del lado de Quequén, a sólo 100 m o poco más, de la E.H.

A veces Doello-Jurado iba a Quequén. Francisco contaba que era muy considerado con ellos. Que solía levantarse muy temprano y que, sin ruido ni llamar a nadie, se calentaba el agua y se cebaba mate. A veces hacía algún ejercicio con clavas, la cabeza cubierta por un gorro de lana que había traído de Perú o de Bolivia, lo que le daba un aspecto bastante cómico.

125 Organismo unicelular marino que pertenece al amplio grupo de los Dinoflagelados, de los cuales Balech fue un referente a nivel mundial. Las Noctilucas tienen la propiedad de emitir luz, bioluminiscencia, gracias a un proceso químico de enzimas especializadas.

126 Tipo de organismos exclusivamente marinos, planctónicos o asociados al fondo (bentónicos), que presentan simetría birradial (dos ejes de simetría) y unas células especializadas para la captura de su alimento (zooplankton) denominadas coloblastos.

127 *Tagelus plebeius* (Lightfoot, 1786) es una especie de almeja (molusco bivalvo) que vive enterrado en fondos limosos en aguas salobres o marinas a poca profundidad. Se encuentran abundantes depósitos de valvas en sedimentos recientes (holoceno).

Un día llego un señor alto que le preguntó al casero (lo cuento como lo contaba él) si no estaba "il signore direttore" Don Francisco le dijo que había salido y si quería dejar algo dicho. El visitante le pidió: dígame que lo vino a ver "*Il dottore Frenquelli, direttore del Museo de La Plata*". Y enseguida agregó: "*Lei e anglese comme io, certo?*"¹²⁸. Don Francisco le dijo que era italiano de Calabria y Frenquelli, muy erguido (y, por la forma como lo contó el calabrés) con aire de abismal diferencia, le dijo: "*Io sono romano*" recalcando bien la última palabra.

La E.H. está implantada en terreno no propio, pues ese lote es de lo que se llamaba Inspección General de Puertos del Ministerio de Obras Públicas (MOP) de la Nación. Para todos era simplemente "El Ministerio". En verdad la E.H. vivió siempre a expensas del MOP y fue su parásito bien tolerado, todo facilitado por la excelente relación que existió siempre entre el Museo y su E.H. y el MOP. En los primeros años el jefe del puerto (en realidad de la inspección), el Ing. Erramuspe, era amigo de Doello. En 1929 ambos hicieron planos para un nuevo edificio del lado de Necochea.

Cuando me fui a vivir allí, en 1941, el jefe era coprovinciano de nuestro director, solterón como él, Ing. González Lelong.

Por entonces la Inspección de Puerto Quequén estaba en su apogeo y era cabecera de una amplia zona que comprendía Mar del Plata. González Lelong tenía bajo sus órdenes en Quequén a otros tres ingenieros y el MOP tenía un importante taller (hoy casi desierto). De modo que cuando precisábamos un arreglo simplemente se lo pedíamos. Si necesitábamos transporte de cargas también lo obteníamos allí; si necesitábamos un embalaje ellos nos lo hacían y nos proporcionaban algún personal llegado el caso de necesitarlo momentáneamente. Además el MOP nos suministraba el agua potable y la electricidad (que nunca pagamos hasta el día de hoy).

Personalmente mantuve desde el principio buenas relaciones con González Lelong (a pesar de su personalidad muy peculiar, como se verá más adelante) y amistad con los otros tres ingenieros, Bragante, Monti y Montu (una sobrina de éste se doctoró, años más tarde, en Ciencias Naturales). Cuando González Lelong se retiró, su segundo lo reemplazó y las cosas fueron aún más fáciles pues habíamos anudado con él excelente amistad.

Como ya se dijo, los largos silencios de Doello-Jurado tornaban a veces incómodo ser su interlocutor, pero eso era nada comparado con su coprovinciano, el ingeniero jefe. Una vez fui a pedirle permiso para embarcarme en las embarcaciones del MOP cuando éstas salían a operar afuera. Me miró con sus extraños ojos de gato, grandes y verdes, dio unas chupadas a su pipa y

¹²⁸ Esta frase en italiano significa "Usted es inglés como yo, ¿cierto?". No podemos saber si aquí hay un error o se trató de una fina ironía de Frenquelli, de todas maneras no es lo importante de la anécdota.

se quedó mudo. Como yo no sabía que había tocado un timbre que tenía bajo su escritorio me asombró su falta de respuesta hasta que apareció un empleado a quien ordenó: *"prepare una credencial para el profesor..."*

Un día invitó a Carcelles a acompañarlo en un viaje que haría en su gran auto a no recuerdo qué localidad. Carcelles nos dijo: *"Lo voy a embromar, le obligaré a hablar pues no voy a abrir la boca hasta que él lo haga"*. Resultado, ni a la ida ni a la vuelta intercambiaron más palabras que los saludos. Fueron varias horas de mudez...

Don Francisco era todo un personaje. Como muchos otros italianos, sobre todo del sur, nunca aprendió un castellano aceptable y hablaba en cocoliche¹²⁹, lo que hacía más gracioso su *"Io, argentino"* conque declinaba responsabilidades y opiniones. Otras veces su cautela se expresaba con refranes y fábulas abreviadas. Por ejemplo, si se discutían posibles culpas él escondía su opinión con *"Cuando empiecen a caminar se verá quien rengea"*, o *"Eh, signore, la culpa nació soltera e morirá soltera porque nadie la quiere"*.

Con frecuencia hablaba del terremoto de Mesina y Calabria¹³⁰ que él mismo sufrió, del interminable servicio militar italiano y del honor de haber llevado a horcajadas al rey para que no se mojaran los augustos pies al desembarcar.

Era un hombre dedicado a su familia y al trabajo, inteligente y bastante pícaro. Cuando tenía que decir algo un poco fuerte o emplear palabras no muy de salón, las precedía por *"Disculpe la frase, ma..."*.

Un año a una pareja de gorriones se le ocurrió anidar en el interior del porch de la E.H. Don Francisco, que se levantaba muy temprano, puso un gancho en el extremo de una caña y a la madrugada volteaba el nido. Cuando yo llegaba, al mediodía, ya el nido estaba reconstruido así que repetía la operación. Debo decir que fue un magnífico ejemplo de la obstinación de esos pájaros pues al cabo de un mes de porfía los gorriones pudieron pisar triunfo al declararnos vencidos. Don Francisco estaba furioso y me decía: *"Eh signore, e que non sólo sono molesto ma, disculpe la frase, anche sono cagone!"*

El trabajo oficial de nuestro cuidador era el de capitanear un barquito auxiliar del MOP, que tenía como tripulación a un trío internacional: capitán calabrés, maquinista gallego y marinero portugués. Para esas funciones el capitán se ponía una vieja gorra de oficial. Su jubilación de oficio le produjo gran depresión

129 Nombre popular que se dio a la jerga mezcla de dialectos italianos del sur de Italia y el español que hablaban muchos inmigrantes en Argentina durante la primera mitad del siglo XX.

130 El 28 de diciembre de 1908 se produjo un terremoto, que tuvo una intensidad de 7,1 en la escala de Mercalli, con epicentro en el estrecho de Mesina. Las ciudades de Reggio en Calabria y Mesina en Sicilia fueron completamente destruidas.

y pocos años después murió repentinamente en el laboratorio de la Estación Hidrobiológica.

Don Francisco tenía, desde luego, buen conocimiento del mar y de sus peces, pero, como sucedía con muchos pescadores, los designaba por semejanza con los que conocía del Mediterráneo. Era frecuente que cuando le preguntábamos el nombre de un pez nos contestara: "*E tale si quale il X* (por ej. "*Stocófisho*") *ma non e il vero X*". Los pescadores fueron creando nombres cuyo origen no sé. Así, por ej. no sé de dónde salió el nombre de escalandrún¹³¹ conque designan un selacio¹³². En algunos casos se adivina el origen. Por ej., la caballa¹³³ fue rebautizada magrú; probablemente sea de formación del francés "maquereau"¹³⁴, pronunciado primero como "macru". El escalandrún, como apareció al parecer desapareció, reemplazado por "bacota"¹³⁵. En cuanto al nombre de "tiburón de leznas" es un falso nombre vulgar, un nombre libresco creado por Lahille, que nadie usó¹³⁶.

De cualquier manera, contra la opinión de algunos naturalistas muy académicos, creo que los viejos pescadores (y aun los buenos aficionados a la pesca deportiva) son buena fuente de información biológica y que no hay que desechar como patrañas todo lo que dicen: sólo hay que controlar para separar el grano de la paja.

En nuestros primeros años en Quequén, casi todos los pescadores, sobre todo los patrones de lanchas, eran calabreses. Había en ese puerto un solo patrón y propietario de lancha criollo, de origen español, Luís Paleo. Era menos cerrado, menos dogmático que los calabreses y solía contarme cosas interesantes. Él fue el descubridor del banco de mejillones de Quequén que durante muchos años produjo el mejillón que llegaba a Buenos Aires como "mejillón de Mar del Plata"¹³⁷.

Con frecuencia pude admirar el coraje de esos pescadores y su adaptación al mar. A veces embarcábamos en esas lanchas

131 *Carcharias taurus* Rafinisque, 1810 es un tiburón de zonas costeras y de amplia distribución mundial. El nombre escalandrún sólo se utiliza en Argentina, en otros sitios se lo llama sarda, tiburón tigre de arena, toro o damisela, etc.

132 Término que agrupa a tiburones y rayas.

133 La caballa verdadera pertenece a la especie *Scomber scombrus* Linnaeus, 1758 que habita el Atlántico Norte y el Mediterráneo. La especie que se pesca en argentina es *Scomber japonicus* Houttuyn, 1872.

134 Nombre dado a la caballa en Francia.

135 El nombre escalandrún no ha desaparecido de la jerga empleada por los pescadores deportivos o profesionales y se emplea junto con el de bacota como sinónimo.

136 En realidad es un nombre usado con cierta frecuencia especialmente por paleontólogos para referirse a la especie *Carcharias taurus* u otras especies fósiles emparentadas.

137 Esta pesquería que explotaba bancos de mejillones situados a 40-60 m de profundidad tuvo su apogeo en las décadas del 60 y el 70. La extracción con rastras y redes de arrastre de fondo eran destructivas del recurso. En los 80 la explotación ya no era rentable y los barcos mejilloneros se convirtieron para la pesca variada de fondo.

pesqueras, especialmente en las mejilloneras; otras veces los pescadores nos traían material pedido pero eso implicaba bastante tiempo perdido en la banquina de pescadores a la espera de "nuestra lancha".

La relación con los pescadores no era sin embargo fácil. Eran personas de mentalidad estrecha, de costumbres fuertemente arraigadas y en los que la desconfianza era su característica más notable. La mayoría oscilaba entre cierto deseo de lucirse como colaboradores (solíamos publicar sus nombres en el diario local cuando donaban material de cierto interés) y de estar bien con las "autoridades" y esa tremenda desconfianza que los llevaba a pensar que los estudios que hacíamos resultarían en restricciones a sus actividades o en algún otro perjuicio para ellos. De cualquier manera la mayor parte de nuestro trabajo no hubiese sido posible sin la colaboración de esa gente.

La gradual incorporación de hombres de otras nacionalidades, sobre todo argentinos, el aumento de embarcaciones y sobre todo la aparición de una importante flotilla de barcos de más porte (pesqueros de altura) fue cambiando esas mentalidades.

Como ejemplo de ella diré que hace unos 40 años traté de convencer a uno de los más progresistas, de usar sonares detectores de peces. Lo ilustré y hasta averigüé precios de unos aparatos japoneses relativamente muy baratos, adecuados para aguas poco profundas como aquellas en las que operaban. Finalmente lo vi convencido de que el gasto pronto quedaría compensado. Repentinamente cambió y, cuando le pregunté por qué me dijo: *"No, lo pensé bien y no me conviene porque los demás van a seguirme y pescarán donde yo lo haga"*. Mi argumento de que podrían asociarse y utilizar un barco localizador: para varios pesqueros lo encontró irreductible. Para él era mejor que se perjudicasen todos a que se beneficiaran muchos.

Cuando me trasladé a Quequén-Necohea, en 1941, para residir allí, la segunda guerra mundial estaba en su apogeo. Los submarinos alcanzaban la máxima y aterradora eficacia. Ante esta situación muchos barcos quedaban en puertos. Los países del eje sabían que los suyos serían apresados o hundidos en cuanto salieran de sus refugios. Así fue como en nuestros puertos quedaron muchos barcos mercantes, por años. Esto representó también la inmovilización de nuestros productos agropecuarios.

Como dijo Parodiz, en los puertos cerealeros, como el de Quequén, los granos se fueron acumulando. Pronto se colmaron los silos tradicionales; se hicieron apresuradamente otros desmontables que corrieron la misma suerte, luego subterráneos que también se llenaron y finalmente se acumularon las bolsas de cereal sobre tarimas muy bajas y el conjunto se cubría con lonas. La E.H. quedó casi rodeada por esas pilas de cereal y el puerto se llenó de ratas y ratones.

Me resultaba interesante observar, al anochecer, el metódico patrullaje que hacían algunos lechuzones en busca de roedores.

Entraban por un extremo de cada uno de los corredores entre las pilas de cereal para salir por el otro e ingresar en el próximo.

La E.H. fue invadida por los roedores. Los venenos son eficaces por corto tiempo; las ratas pronto desconfían de los cebos que entonces tienen que ser cambiados a menudo. Además las ratas que quedaban muertas entre los tabiques daban olor nauseabundo.

Mientras hacía las observaciones microscópicas a veces yo tenía a mano, sobre la mesa, un rifle calibre 22. La quietud y el silencio de ese trabajo alentaban a esos molestos huéspedes, al anochecer o de noche, a salir de sus escondrijos. En ocasiones alguno llegaba hasta mis pies. Pero con frecuencia, cuando aparecía un roedor, casi siempre por el otro extremo del laboratorio, tomaba el rifle y tiraba. Así maté cierta cantidad pero la oleada de intrusos era continua. Aclaro que en esa época las balas eran baratas y ese tiro al blanco costaba poco.

Mi mujer y yo vivimos en la E.H. todo el año 1941 hasta el otoño del 42. De noche oíamos claramente el salto de las ratas que descendían entre los dos tabiques, de viga en viga. Por suerte en el dormitorio no había agujero por donde pudieran pasar. El ruido que hacían al perseguirse sobre el cielorraso de madera (había allí un altillo) era sorprendente y se creería debido a animales más grandes.

La Argentina, que tenía entonces como presidente a R. Castillo, aprovechó la oportunidad y compró los barcos, sobre todo italianos, detenidos en sus puertos. Fue buen negocio para las dos partes: nuestro país rompía su aislamiento marítimo con navíos comprados a precios de liquidación y las empresas navieras se deshacían de cargueros inoperables y que les costaban una fortuna por mantenimiento y pago de puertos.

Así nació la Flota Mercante del Estado. Conviene recordar esto porque el gobierno constitucional que sucedió al de Castillo —previa revolucioncita— se atribuyó con total desparpajo la creación de esa flota¹³⁸.

Cuando terminó la guerra todo un continente hambriento clamaba por alimento y pronto el puerto de Quequén quedó despejado. Se vendió todo en el negocio más fantástico que haya hecho gobierno alguno en cualquier época y país. Perón estatizó la exportación y todo el negocio de granos. De un plumazo se apropió de las instalaciones portuarias de las compañías privadas. Por decreto se fijó el precio del trigo al productor, de \$15 el quintal de grano ya depositado en puertos y sin que nadie los tocara más que para embarcarlos todo ese cereal pasó a las bodegas de los barcos, pero al precio de \$90: un negocio descomunal, sobre todo si se considera que se hacía sobre varias excelentes cosechas anuales acumuladas. Se vendió todo, hasta el cereal

138 Con seguridad hace referencia al gobierno del Presidente Juan Domingo Perón (4 de junio de 1946-21 de septiembre de 1955).

semipodrido que había llenado el puerto y alrededores de un fuerte olor a chiquero.

Ahora, en vez del asedio de ratas en el puerto, teníamos el del puerto por barcos que amarraban hasta en tercera andana, mientras, afuera hasta más de una docena esperaba la oportunidad para entrar.

En esos años de las vacas, más que gordas, obesas, Riggi se apoderó de la dirección del Museo, como se relatará más adelante, y sacó excelente tajada de la situación. Era cuando el presidente se vanagloriaba de que no se podía caminar en el Banco Central, impedidos por el oro acumulado. Por consiguiente los pedidos de instituciones como el Museo eran satisfechos sin objeciones.

Permanecí en la E.H. hasta los primeros meses de 1947. El año anterior Riggi había tomado la dirección del Museo y en el otoño del 47 fui "renunciado" como se relatará en el capítulo dedicado a esa dirección.

Pero tengo que volver a 1940-41 para explicar mis largas relaciones con la E.H. Hacia fines de 1940 Doello me llamó y me hizo un ofrecimiento inesperado. Me preguntó si no me gustaría ir a Necochea con cátedra oficial (sueño irrealizable en la capital sin cuña política) y a trabajar en la E.H. Me dijo que a él le agradaría que hubiese alguien permanente en Quequén, sobre todo cuando había conseguido que se hiciese una seria tarea de mantenimiento del viejo edificio de madera. Yo iría manteniendo mi cargo de encargado del Laboratorio de Protistología y tendría libertad y pasajes para viajar a la capital en cada oportunidad que se me presentase. En cuanto a las cátedras, el rector del Colegio Nacional de Necochea, recién designado, había acudido a él, por consejo del amigo común Ing. González Lelong, para buscar un profesor especializado en Ciencias Naturales para dictar esas materias en su propio reemplazo (comprobé que sus conocimientos de ellas eran mínimos) pues quería llevar su establecimiento a alto grado de eficiencia.

Como todo me resultaba muy conveniente acepté y poco después ya estaba en funciones. En verdad en ese momento mi proyecto era quedarme unos 5 años y luego volver a la Capital Federal. Me parecía difícil hacer una carrera científica tan aislado en Quequén. Con un nombramiento oficial en la docencia se hacía relativamente fácil conseguir, después de unos años, traslado a Buenos Aires.

En aquellos tiempos los alrededores de la E.H. no tenían iluminación y de noche eran una boca de lobo. Para peor para llegar a ella había que trepar una cuestita irregular y pedregosa (la escalera se hizo después) lo que alguna vez me costó soberano porrazo. También don Francisco, al regresar de noche, tuvo una caída de la que resultó con luxación del hombro.

El laboratorio se había construido cerrando una galería de piso de cemento orientada al sur. En invierno el trabajo allí era verdaderamente ingrato. Aclaro que ni los galpones ni el taller del MOP que hoy están al sur de nuestro instituto existían; tampoco los cercos vivos. Estas circunstancias, unidas al cierre defectuoso de esa galería, con tablones simples, permitían que, en la estación fría, entraran corrientes de aire gélido. La estufita que teníamos nos quemaba una pierna mientras la otra se congelaba. Además los temporales del sur sacudían y combaban los vidrios de los amplios ventanales creando intranquilidad. Finalmente un viento huracanado hizo añicos uno de ellos.

En compensación esa falta de protección nos deparaba, desde el laboratorio, una amplia vista al mar. A veces, cuando a lo lejos divisábamos las primeras lanchas pesqueras que regresaban, teníamos tiempo, apresurándonos, de llegar antes que ellas a la banquina de pescadores, en la margen derecha del río (la E.H. queda en la izquierda). En 1980 un gran temporal con inundaciones, voló el puente¹³⁹ del puerto, que no fue reconstruido, lo que ahora impide esas fáciles llegadas a la banquina.

El personaje más conspicuo de Quequén era un ex-escribano mayor de la Armada (omito su nombre) que frecuentaba esta localidad, donde tenía casa. No sólo por su alto cargo y su título universitario, sino también porque se decía que tenía fortuna, era casi reverenciado. Ocasionalmente aparecía por la E.H., Carcelles lo halagaba, esperando de él alguna obra para la E.H. (por ej. el cambio del techo deteriorado). Pero cada vez que se abordaba la posibilidad de una donación el escribano se escabullía.

También la Unión Vecinal de Quequén, esperó de él, durante muchos años (murió de edad avanzada) una gran obra o donación. Esta se produjo, al fin, poco antes de su muerte: donó su propio busto para ser expuesto, como el de un prócer, en el hall de esa asociación vecinal.

El hijo menor de don Francisco era un chico de genio endemoniado, el terror de las maestras que tenían que lidiar con él. De berrinches inmotivados, cuando se enfurecía era de temer. Una vez nos acompañó a Motti y a mí a hacer un recorrido por la costa pero se enojó por una nimiedad, se alejó y desde lejos nos tiraba piedras. Nunca conocí un tirador de piedras como él: las arrojaba a distancias increíbles y con excelente puntería. Pero peor la pasó el propio secretario del Museo, Siciliano, quien, junto con Migoya, fue acorralado en el laboratorio por el chico (tendría unos 10 años) bajo la amenaza de un rifle cargado; costó mucho sudor frío hacerle dejar el arma.

¹³⁹ El puente "Ignacio Ezcurra", proyectado e impulsado por Ing. González Lelong, se inauguró en 1972, fue operativo sólo por 8 años.

En 1942 hice venir a Motti, dejándole horas de cátedra que me hubiesen venido bien. Cometí el mismo error que Doello con Riggi. Motti en verdad trabajó poco en la E.H. La utilizó como vivienda, autorizado por Doello; se esperaban de él, en cambio, algunos trabajos pero, como siempre, su labor fue desordenada y difusa, dedicada más a trabajos manuales. Como era de hábitos noctámbulos los hacía sobre todo de noche, cuando no ahorrraba martillazos para desesperación del casero, que tenía que levantarse temprano.

Un tiempo después dejó la E.H. para emplearse primero como ayudante en el Museo Bromatológico de Necochea y, más tarde, como inspector de pesca.

Con Riggi de director, Motti me reemplazó y quedó 10 años como encargado de la E.H. Se dedicó entonces a peces haciendo un trabajo en colaboración con Siccardi (ver Ictiología) sacando muchas fotos de selacios, preparando dientes de tiburones para exhibición (siguen en exposición en la E.H.). Además construyó acuarios (su aporte más importante) que funcionaron bien algunos años hasta que la destrucción de las cañerías que llevaban agua de mar desde el puerto nos dejó sin ese elemento.

También durante el período Riggi-Motti se cerró la galería norte, lo que fue una gran solución para el trabajo. Se formó así un laboratorio mucho más confortable, con buen sol que en invierno aliviaba mucho el problema térmico, además de ser una ampliación necesaria.

Pero Riggi no apreciaba para nada la E.H. y quiso convertirla en una especie de colonia de vacaciones, sobre todo para personal subalterno, aunque él mismo fue a pasar allí algunas temporadas de holganza.

Aunque Riggi había venido una vez de visita, con su señora, en tiempos de Doello-Jurado, don Francisco prácticamente no lo conocía. Así que, cuando ya director, fue a pasar vacaciones a la E.H., dejó azorado al calabrés quien, años más tarde me contaba: *"¡Oh, mamma mia! ¡Qué diferencia con il signore Doello! ¿Questo e un direttore de museo?"*

Riggi llevaba consigo un perro. Lo ponía a la mesa y le decía: *"No seas mal educado; saludá al tío Francisco"*. Este, disgustado, preguntaba: *"Eh, signore, ¿ahora tengo sobrino perro?"* Una vez se le escapó el cuzco a la calle y Riggi, que estaba en calzoncillos, salió a perseguirlo, a los gritos: *"Vení para acá, desgraciado, hijo de P..."*. Don Francisco agregaba que *"mientras corría, se le caía el calzoncillo e, disculpe la frase, se le veía il culo..."* Añadía que le dio mucha vergüenza cuando, el día siguiente, algunos le preguntaron quién era ese loco y él tenía que confesar que era el señor director del Museo.

Desde el principio la vieja casa de madera fue considerada local provisorio¹⁴⁰ y primero Doello con Erramuspe, luego Carcelles y más tarde Birabén y yo mismo tratamos de hacer construir un edificio ad-hoc. Hasta la dirección de Birabén fueron sólo proyectos. Con Birabén pude trabajar firmemente para tratar de conseguir la construcción de ese edificio, sin el cual la E.H. apenas vegeta. Cuando Frondizi llegó a la presidencia un vecino de Necochea, padre de un alumno mío, resultó electo diputado nacional. Lo interesé por el proyecto y él, con otro diputado oriundo de Ayacucho, presentó el proyecto de ley y, finalmente, al cabo de dos años consiguieron su aprobación. Por fin tuvimos una ley que ordenaba la construcción de ese edificio. La suma que estipulaba para esa obra (para el que di las normas generales) era entonces importante: \$10.000.000 y debía alcanzar no sólo para ejecutarla sino también para el equipamiento fundamental.

Mi satisfacción no duró mucho porque, 1º, aunque teníamos la ley, el Estado nunca dio un peso para su cumplimiento; 2º, el Museo tenía un terreno para ese fin, junto a la base de la escollera Este, pero Riggi, con su característica desaprensión, lo había cedido para la construcción de un bar (en el que Riggi entonces era agasajado, comía y bebía gratis) y aunque la cesión era en préstamo, su recuperación hubiese costado un largo y costoso pleito; 3º, no podía yo imaginar la larguísima serie de trámites, discusiones, frustraciones y disgustos con muchos personajes locales, que fueron creando asperezas en el medio en el que, hasta entonces, me había desenvuelto en excelente armonía.

Aclaro que el asunto nuevo edificio estuvo sometido siempre a una estúpida rivalidad entre Quequén y Necochea, de manera que los de Quequén, cuando se hablaba de la construcción del lado de Necochea, al otro lado del río, se erizaban, y aunque nunca se movían en beneficio de nuestro establecimiento sí lo hacían para anular la construcción. Pero en verdad desde el comienzo Doello pensó en la construcción del lado de Necochea, por indiscutibles ventajas para la institución.

Perdido el primer terreno por Riggi, conseguimos otro un poco más alejado y amplio. Pero un día la Administración de Puertos, creyendo (!!) que les pertenecía construyó allí una playa para camiones. Ante nuestras protestas, la Administración, que reconoció su error, nos cedió uno del otro lado del puerto, cerca de la usina eléctrica de DEBA. Pero esta repartición pidió urgente reunión porque precisaban el lote para una ampliación. Nuevas gestiones, viajes a Buenos Aires y reunión con autoridades de

¹⁴⁰ La sede original, de madera, sigue en pie y ha sido restaurada y mantenida en relativo buen estado. Actualmente cuenta con técnicos e investigadores que trabajan en ella; sirviendo, como siempre, de apoyo a los investigadores del MACN que acuden a ella en forma temporaria. Además, su museo regional ha sido actualizado, sus exhibiciones mantenidas con regularidad y es visitada por grupos escolares de la región y por turistas durante el verano.

DEBA aunque sabíamos que la batalla estaba perdida porque entre una estación hidrobiológica (y eso ¿qué es?) y una usina eléctrica no cabía duda de por quién se inclinaría el gobierno. Pero aunque finalmente no se la registró debidamente, saqué la promesa de los representantes de DEBA de que, cuando se hiciera nuestro edificio, ellos nos iban a dar su asesoramiento para toda la parte eléctrica, mantenimiento y energía.

Después hubo tres intentos para reconquistar nuestra tierra. En uno de ellos fui a Lobería para entrevistar al intendente municipal. En otro estuve a punto de conseguir el mejor terreno posible, por ubicación, superficie, acceso, base de sustentación y calidad del agua de mar (punto muy importante) pero era del lado de Necochea... Los quequenenses se movilizaron una vez más y (durante un gobierno militar y por influencia de un brigadier) nos adjudicaron, sin consulta, un terreno del lado de Quequén, en la peor ubicación posible. Contra mi parecer Birabén tuvo la debilidad de aceptarlo y ahí empezó a levantarse (hace unos 16 años) el nuevo edificio¹⁴¹.

Interín la Unión Vecinal de Quequén, cuando parecía que el edificio se concretaría sobre la otra margen, mandó a Birabén una nota ofensiva, que hablaba de intereses creados, de que queríamos birlarles "su" estación hidrobiológica, de lo que habían trabajado para conseguir la ley (total mentira; ni siquiera sabían cuándo y cómo se tramitó esa ley e ignoraban que en realidad había dos: una nacional y otra provincial). Birabén me pasó la carta recabando mi opinión. Aconsejé dureza pero no sé cuál fue su respuesta. Pero poco tiempo después vinieron a verme algunos integrantes de esa Asociación a disculparse diciendo que no era eso lo que habían querido decir, etc., pero el daño en las relaciones ya estaba hecho.

Omito los detalles de las peripecias de esa construcción y sus prolegómenos llenos de grotescos pero aclaro que, sin esas intromisiones, la E.H. tendría, ya hace 15 o 20 años, su edificio. Un día hasta tuve que trasladarme con urgencia a La Plata, a entrevistar al ministro de Asuntos Agrarios y demostrarle el despropósito e inaceptabilidad de una cláusula que Ringuet hizo incluir en el contrato de cooperación Nación-Provincia, que ponía la E.H. bajo su dominio total.

Cuando la obra se inició empezaron a aparecer intentos de intromisión política y de nombramiento prematuro de personal sin los requisitos requeribles, o los que se atribuían el proyecto

141 Los fondos para iniciar la construcción provenían de un Fondo Permanente para la Construcción de Escuelas. Para la gestión se requería la existencia de una Asociación Cooperadora y se creó una ad-hoc con vecinos de Quequén. La demora en recibir los fondos comprometidos, la inflación crónica de nuestro país y la desidia o incapacidad de funcionarios y cooperativistas impidieron que la obra se concretara. La estructura de cemento y hormigón armado de la nueva sede de la Estación Hidrobiológica de Puerto Quequén puede en la actualidad contemplarse aleada a la base de la escollera este del puerto, donde lleva más de 40 años deteriorándose.

o la iniciativa. Hasta nuestra Asociación Cooperadora publicó un artículo en el diario local en el que dicen que el nuevo edificio fue un proyecto de algunos vecinos de Quequén que yo acepté. Cuando les pedí que me dijese quiénes eran esas personas no pudieron, naturalmente, dar nombre alguno y cada uno de los interrogados dijo que él no había sido quien escribió eso. En suma, nadie lo había escrito.

En verdad el primer proyecto (aunque sin ninguna relación con el actual) fue del mismo Doello-Jurado con Erramuspe, pero tuve que aguantarme 30 años de discusiones, refutaciones, de tratar de anular influencias políticas a las que estamos tan acostumbrados, de viajes a las capitales nacional y provincial, de gestiones y entrevistas, de dibujar proyectos, de convencer a arquitectos...

Quedé pensando que si esto es el botón de muestra de cómo se opera en nuestro país para conseguir una obra conveniente o necesaria, el descalabro nacional no puede asombrarnos.

VII

Dos direcciones infames

(Por J.J.P. y E.B.)

VII.1. La dirección de Riggi

Producido el triunfo electoral de Perón y con éste ya en la presidencia de la Nación, Riggi pasó a todopoderoso y fue designado nuevo director del Museo, cosa que él mismo anunció de acuerdo a su estilo. Abrió la puerta de la dirección de un puntapié, se sentó en el sillón de director, tocó el timbre para el secretario, Pucheta, y le dijo: *soy el nuevo director*. Corría el año 1946.

Cantidad de personas muy respetuosas del poder, sea quien sea el que lo representa, corrieron a felicitarlo para asegurar su buena voluntad para con ellos. Pero también fue inmediato el choque con algunos científicos. El primer desalojado fue Bordas (ver "El duelo Riggi-Bordas").

El nuevo director pronto se abocó a la tarea de reorganización que comenzó con la eliminación de todo el Departamento de Ciencias del Hombre porque, adujo, esas disciplinas no tenían nada que ver con las Ciencias Naturales (que continúe en muchos otros museos de Ciencias Naturales del mundo no significaba nada para él).

Con apoyo incondicional del presidente se lanzó a equipar la institución, tanto en gente como en instrumental. Este es el punto que enarbolan los que todavía hacen alguna defensa de él, sin parar mientes en un hecho fundamental: en las peculiares circunstancias que vivía el país cualquiera otra persona puesta en el cargo, hasta por interés personal, hubiese hecho lo mismo, pero con más probidad y cordura. La razón es que el país se había convertido, por algunos años, en uno de los de economía más fuerte y su moneda exhibía, con orgullo, el mayor respaldo oro y en divisas fuertes (en verdad el peso era, entonces una divisa fuerte, aceptada en cualquier país). La Argentina nadaba en la abundancia (ver "La Estación Hidrobiológica"). El Museo

compró entonces mucho instrumental, a veces sin destino prefijado. Extrañamente (o no tan extrañamente) no poco de lo que se compró desapareció pronto. En esas compras se hicieron cantidad de dolos.

El personal creció en forma casi explosiva pues en el primer año o poco más, de la dirección de Riggi, el Museo contaba, sin incluir una veintena de ordenanzas, además de personal de talleres, imprenta y otros, con 93 personas; el 60 % era recién ingresado. Los "viejos" se encontraban continuamente con cantidad de caras nuevas. Riggi tenía dos subdirectores: Del Ponte y Pérez Moreau. Debe subrayarse este aumento porque se produjo a pesar de la eliminación simultánea de muchos de los científicos más antiguos.

El Museo, que agregó a su nombre el de Instituto Nacional de Investigaciones de las Ciencias Naturales, se subdividió en tres departamentos científicos: el Departamento Geología, el de Botánica y el de Zoología.

Si se revisa la lista de científicos de entonces llama la atención el alto porcentaje de gente que, en definitiva, no publicó nada y muchos de ellos dejaron el Museo pocos años más tarde.

El Departamento de Geología tuvo como segundo jefe a J.R. Cuomo que, en los años que estuvo en el Museo, se especializó en investigaciones "top secret"; al parecer se trataba de los yacimientos de uranio, lo que estaba conectado con el colosal engaño de la fabricación de la bomba atómica argentina, dirigida por el físico Richter, en la isla Huemul¹⁴², en el sur de Neuquén, para lo que se hizo un edificio especial que incluso fue demolido y reconstruido por objeciones y caprichos de Richter.

Con Riggi entró al Museo una cantidad de científicos extranjeros; algunos fueron excelentes aportes a la ciencia argentina. Anotamos entre ellos a dos rusos: el físico-químico M. Tschapek, quien aún vive en Buenos Aires, ya cerca de los 90 años, con plena lucidez, y el planctólogo E. Boltovskoy.

A Tschapek se le deben no sólo algunos importantísimos estudios de física del suelo, especialmente de sus coloides, sino la orientación y formación de algunos jóvenes argentinos. De sus discípulos quedó en el Museo el Dr. R. Ruhstaller, inteligente y capaz pero que, lamentablemente, dejó muy poco hecho para la institución, salvo algún trabajo con su maestro; en verdad dedicó la mayor parte de sus energías a trabajos particulares, fabricando y vendiendo "bolitas" de arcilla expandida y dando asesoramientos privados. Hizo alguna labor de química relacionada con oceanografía (encabezó el grupito de químicos que trabajaron en el verdadero primer crucero oceanográfico argentino,

¹⁴² Isla del lago Nahuel Huapi, a poca distancia de San Carlos de Bariloche.

la campaña "Merluza I") y también trabajó en los estudios del proyecto Chocón¹⁴³, del que salió por desavenencias con R. López.

Riggi, que tampoco había hecho nunca gran trabajo geológico para la institución, aprovechó para firmar un estudio con Tschapek, sobre las arcillas como bases impermeables, para el que sólo aportó su nombre, con su característico desparpajo.

Esteban Boltovskoy llegó al país en 1948, desde Austria, adonde había huido hacia el final de la guerra. Su llegada aquí, con su esposa y sus dos hijos, de 4 y de 2 años, no fue una elección sino que respondía a una circunstancia casual: La Argentina fue el primer país (de los varios a los que había hecho la petición) que le dio visa. Inmediatamente intentó conseguir trabajo en el Museo de La Plata, pero fue rechazado por MacDonagh. Para éste, que era católico y anticomunista fanático, todos los rusos eran comunistas, sin considerar que Boltovskoy venía huyendo del régimen stalinista y era cristiano practicante. Sólo en 1950 fue contratado por nuestro Museo que tardó 7 meses en empezar a pagarle. Todo ese tiempo, desde su llegada, se mantuvo como fabricante de caretas.

Por cierto que la incorporación de Boltovskoy fue de gran importancia: creó el laboratorio de foraminíferos, formó ayudantes científicos y técnicos, contribuyó a la formación de jóvenes científicos de otras instituciones, incluso de otros países (de donde recibió becarios, hasta de EE.UU.) o adonde fue invitado. Formó la colección de foraminíferos más importante de Sudamérica¹⁴⁴ (13.000 preparados con alrededor de medio millón de especímenes) etc. Es interesante recordar que su venida significó además la incorporación al país de sus hijos¹⁴⁵, que también resultaron serios planctólogos. Boltovskoy aún continúa firme en su trabajo.

El parasitólogo alemán L. Szidat ingresó al Museo algo antes que Boltovskoy. Era muy serio y su castellano nunca alcanzó un nivel superior al rudimentario, pero ya era un profesional prestigioso cuando llegó a La Argentina. Además de dejar buena producción propia tuvo influencia decisiva en la formación de otros parasitólogos argentinos. De sus trabajos quisiéramos destacar como muy originales sus ideas y estudios de relaciones filogenéticas y biogeográficas de peces marinos, deducidas de sus parásitos. Hombre de fina sensibilidad artística, muchas veces le oímos silbar (muy bien), trozos de buena música. Pintaba bien y cuando iba a la E.H. (lo que hacía a menudo) le gustaba caminar

143 El Chocón - Cerros Colorados es el complejo hidroeléctrico más grande totalmente argentino, entre las provincias de Neuquén y Río Negro. Embalsa las aguas del río Limay a pocos kilómetros río arriba de su confluencia con el río Neuquén, que da origen al río Negro.

144 Esta colección fue la base de la actual Colección Nacional de Foraminíferos del MACN.

145 Demetrio Boltovskoy se especializó en plancton marino y su hermano Andrés en plancton de aguas continentales.

con Frau Szidat, por la playa, llevando su equipo de pintor. La señora tenía que sostenerle, con mucha paciencia y durante largas jornadas, el jarrito con agua para sus acuarelas.

Tuvo choques con Ringuelet. Los dos se calificaban mutuamente de locos. Ringuelet hablaba del alemán loco y Szidat decía: Ringuelet es loco.

Nos referiremos ahora a los rumanos: Z. Popovici y V. Angelescu. Ambos eran biólogos pesqueros de excelente preparación y de gran capacidad de trabajo, pero aquí se detienen las similitudes, pues eran de temperamentos opuestos.

Popovici, calvo y más robusto, era diplomático, habilísimo, calculador, "entrador", con irrefrenable vocación de don Juan. De estupenda memoria, su cabeza era un fichero. Le gustaban los idiomas y se manejaba bien en varios (su castellano era excelente). Aunque no tenemos datos precisos de su vida, antes de venir a La Argentina se instaló en Brasil donde trabajó por corto tiempo en el Zoológico de Río de Janeiro. En el 47 vino a la Argentina para incorporarse al MACN. Riggi no desaprovechó la oportunidad y también publicó "en colaboración" con él, un trabajo de Hidrobiología, aunque no conocía ni los rudimentos de esta materia.

Popovici era un hombre habilísimo para las relaciones públicas, con mentalidad y tácticas que parecían mezcla de diplomático y de espía internacional. Una vez, en un crucero oceanográfico en un barco de la armada, varios oficiales que estaban intrigados por lo poco que en realidad sabían de la vida de este hombre (ni se sabía si fue nazi o antinazi) se confabularon para emborracharlo y hacerle "largar el rollo". Él, ya bastante en copas, se dio cuenta, sin embargo, de la situación y así se los dijo, agregando: *"No pierdan tiempo que no me van a sacar más de lo que yo quiero; ni la Gestapo pudo hacerme decir más de lo que yo quería"*.

Cuando dejó el Museo trabajó en Hidrografía Naval. Luego se fue del país y trabajó algunos años en Perú. Siempre inquieto, fue por unos años a la India (otro idioma aprendido) para volver más tarde a Perú donde murió, según noticias no confirmadas.

Angelescu es en cambio introvertido, silencioso; es el tipo de científico que está mucho más interesado por la producción científica que por su presentación en los altos niveles. Trabajador incansable es también excelente profesor. Cuando terminó la guerra pensaba ir a Canadá, pero Popovici, ya en la Argentina, lo convenció de venir aquí. Llegó en 1948, contratado por la dirección de Inmigración e inmediatamente empezó a trabajar en el Museo, en 1948 y permaneció en él hasta 1955. Actuó más tarde en varias otras instituciones del país; en esa larga actuación en el país hubo sin embargo un paréntesis (del 67 al 74) durante el cual trabajó en Roma para FAO. Volvió y aún sigue trabajando para el INIDEP.

Para resumir lo relacionado con estos dos rumanos diremos que consiguieron cambiar la actividad y la investigación pesquera nacional; fueron en verdad los creadores de la biología pesquera argentina. Como sucede con Boltovskoy, la historia de Angelescu aún está por completarse. Probablemente el aporte mayor de Popovici es el haber sabido llegar a los altos funcionarios y, desde esas alturas, haber impulsado la investigación y creado interés. Tenía condiciones para eso; psicólogo nato, político sagaz de verba convincente, no excluía algunos gestos un tanto teatrales.

Agregamos que esos valiosos colaboradores fueron dejados un poco librados a sí mismos durante un tiempo. Probablemente por el único por quien Riggi se interesó verdaderamente fue por Tschapek, por sus contribuciones a las ciencias geológicas. Ya dijimos como Boltovskoy afrontó esa situación angustiante gracias a sus caretas. Szidat, Popovici y Angelescu fueron ayudados por un tiempo, por sus colegas de ictiología.

De cualquier manera este reconocimiento de esos aportes de inmigrantes contrastan con la inflamada declaración de Riggi (en prólogo a publicaciones del Museo de esa época) de que "El Museo contribuye a la formación de una auténtica ciencia argentina por los temas, por el espíritu que la anima y por la nacionalidad de sus cultores". En realidad Riggi era un xenófobo.

Hubiese sido demasiado afortunado que todos los científicos europeos que vinieron en esa época hubiesen sido de calidad, si no igual, no muy inferior a la de los cinco que mencionamos. Pero no fue así; hubo varios que no aportaron nada o que fueron descarados simuladores. Entre los elementos negativos hubo un húngaro que, mientras estuvo en el Museo, sólo escribió algunos artículos políticos. Un austriaco que apareció en estas tierras como biólogo, aunque no se sabe que en las suyas hubiese dejado investigación alguna, tampoco dejó nada positivo en el Museo.

En compensación por las numerosas incorporaciones Riggi eliminó a una cantidad de veteranos: Doello-Jurado, jefe de Malacología e Invertebrados Marinos; el jefe de paleontología, Bordas; el jefe de Entomología, E. Gemignani y su hermano Ubaldo, jefe de Biblioteca; el jefe de Ictiología, A. Pozzi; el de Ornitología, A. Zotta; todos los antropólogos, arqueólogos, etnógrafos y a los dos que escribimos esto.

El destino de toda esa gente fue variado. Bordas se dedicó a perforar pozos de agua con excelentes resultados económicos. Zotta se dedicó a negocios inmobiliarios. Parodiz se fue a Estados Unidos como malacólogo y jefe de invertebrados del Museo Carnegie en Pittsburgh. Balech se refugió en la enseñanza secundaria, continuando la investigación planctológica como aficionado, por 13 años. Pozzi quedó aplastado y no tuvo poder de recuperación.

Riggi, a pesar de tener en su mano la gran carta de triunfo, tenía el temor de la vuelta de Doello. No olvidaba que éste era un profesor universitario con predicamento, académico y que tenía amistad con jueces y muchos políticos, incluso peronistas. Por eso dedicó parte de sus energías y conexiones para socavar al máximo el prestigio de su antecesor en la dirección, creando y alimentando la historia de su homosexualidad; tenía que destruirlo total y permanentemente, sin saber que Doello ya estaba destruido, muy amargado; poco tiempo después murió de un ataque cardíaco. Riggi hizo correr la voz de que se había suicidado acosado por sus remordimientos, con lo que intentó hacer de su golpe de mano un acto moralizador!!

Volvamos al Museo. Riggi introdujo rápidamente otros cambios. Aunque Carcelles siguió en Malacología fue desplazado de su virtual jefatura por la Dra. Williamson, una buena persona ajena a esos manejos, pero con mucho menos experiencia que Carcelles. En Entomología ubicó de "secretario" a R. Orfila. De jefe de Ictiología entró otro principiante, R. López, saltando sobre los veteranos Nani, Siccardi y Gneri. Trajo, no sabemos de dónde, a Andrés Giai de naturalista viajero y, finalmente, ascendió a jefe de compras al ordenanza Libré.

Nos detendremos un poco en algunos de estos personajes. Giai no sólo gozaba de la confianza del director sino también parecía tener sobre éste un misterioso ascendiente pues no se privaba de hacer ante cualquiera comentarios improcedentes y de tomar con sorna sus órdenes. Al parecer era bueno, demasiado, para manejarse en el interior del país y en campaña. Se le atribuyen hechos delictivos, como venta de material de la institución (por ejemplo, de una lancha) y de ser persistente jugador fullero¹⁴⁶; una vez habría provocado una reclamación diplomática por haber "desplumado" a unos carabineros chilenos.

Antes de la dirección de Riggi, Libré parecía un buen ordenanza joven. Delgado, bastante alto, tenía buenos modales. Trataba de elevarse y cursaba el secundario nocturno; algunos tratamos de alentarlos en esos buenos propósitos y le regalamos cuadernos y libros, o lo ayudamos en sus estudios. Pero ya entonces (hablamos de principios de la década del 40) se había hecho adúlador de Riggi; fue el preferido de los acompañantes del geólogo a los cabarets o a compras.

Apenas Riggi tomó la Dirección, Libré se declaró incondicional del nuevo director y hasta aceptó hacer de matón de éste (ver "El duelo Riggi-Bordas"). Riggi premió tanta devoción nombrándolo jefe de compras, cargo en el que Libré se encontró a sus anchas y desplegó un amplísimo muestrario de deshonestidades. No es concebible que Riggi las ignorase; su intervención decidida para sacar a Libré de situaciones hartamente comprometedoras

¹⁴⁶ Tramposo en la jerga popular de Buenos Aires o "lunfardo".

demuestran lo contrario y hacen suponer que participó en los beneficios.

Cuando A. Pozzi fue separado del Museo estuvo, como se dijo, muy deprimido y a veces se reunía con su ex ayudante Siccardi; a veces la esperaba cerca del Museo, para conversar sobre la institución. Al parecer Riggi mantuvo cierto espionaje porque una vez llamó a Siccardi para preguntarle por qué seguía reuniéndose con Pozzi. Ella le replicó *"porque es una buena persona que está pasando un momento muy triste y porque fue un buen jefe mío"*. Riggi no insistió.

Riggi se complacía en aparatosas creaciones de cantidad de laboratorios y secciones, muchas totalmente ficticias y en las publicaciones del Museo se podía leer la lista de las especialidades que se estudiaban en la institución. Era un catálogo de todas las conocidas y no pocas de ellas no pasaron, en el Museo, de la imaginación de Riggi; fue otro golpe de propaganda.

Riggi cambió, entre otras muchas cosas, la imagen del director de una institución. En algunos veranos no tuvo reparo en colgar el pantalón en el perchero y atender en calzoncillos, detrás de su escritorio, porque *"tenía calor"*. Y hubo mañanas en las que se encontraron evidencias de que, en la noche anterior, en el agosto despacho se habían desarrollado sesiones no precisamente académicas.

Es triste comprobar cuántas personas decentes, por temor, se dieron a la tarea de alimentar la vanidad de Riggi y a halagarlo. Durante su dirección aparecieron taxones nuevos dedicados a él y no pocos festejaron como gracias sus groserías, a veces hirientes para ellos mismos.

Mi renuncia (E.B.)

Cuando Riggi ocupó la dirección no le envié felicitaciones. Esto agravó mis relaciones con él que habían quedado ligeramente afectadas tras el episodio del Colegio Militar, cuando tuve que exigirle, sin más demora, el pago de su deuda conmigo.

El mismo año en que él trepó a la dirección, la Academia Nacional de Buenos Aires me otorgó el premio E.L. Holmberg correspondiente a 1944. La entrega de los premios se hizo en agosto de 1946. Solicité el correspondiente permiso para viajar a la capital para recibirlo. La contestación fue negativa. Algo inusitado, pues se supone que cualquier institución se siente halagada si a uno de sus científicos se lo distingue. Comunicqué que iría lo mismo haciendo uso de la licencia anual que aún no había tomado (en verdad se me adeudaba también la del año anterior). Naturalmente pasé por el Museo donde Riggi me recibió como si nada hubiese pasado, pero esa absurda negativa fue un preaviso.

En enero de 1947 recibí la orden más sorprendente que haya recibido empleado alguno. Se me ordenó, por intermedio del jefe de la Estación Hidrobiológica, Carcelles, ocuparme del traslado del museo de esa Estación a su propio local, sacándolo del Colegio Nacional, donde había sido ubicado en 1941 por resolución ministerial y se me hacía saber que esa mudanza debía resultar completamente gratis para el Museo, es decir, que debía conseguir camiones y changadores gratis. Contesté inmediatamente que esa era una orden imposible de cumplir y que, además, la mudanza no podía hacerse ese mes, aun si me remitían el dinero necesario para los gastos, porque las autoridades del colegio estaban ausentes y que, además, debían enviarme las vitrinas que Carcelles se había hecho mandar a Buenos Aires, y mandar de Buenos Aires o contratarlo en Quequén, un ordenanza para atender la puerta, vigilar las salas los días de visita, y para la limpieza. Pasó un mes en engañosa calma antes de que me llegase el mazazo: suspensión por tres días por antipatriota, por no cooperar para recuperar para el estado (!!!) los bienes de los que había sido despojado!!, etc. Poco después una seca orden me comunicaba que debía trasladarme inmediatamente a la capital por ser necesario concentrar allí todo el personal de la institución. Violando las normas legales no se me daba la orden de carga para mi mudanza.

Algunas de esas órdenes, sin ni introducción formal, venían firmadas por Carcelles y me resultaron sorprendentes porque hasta entonces nuestras relaciones habían sido amistosas. Fue una felonía que nunca perdoné.

Según esa orden yo debía dejar el colegio del que recibía un sueldo algo superior al del museo, o conseguir enseguida el traslado de mis horas de cátedra, hazaña imposible sin fuerte influencia política; afrontar un gasto de mudanza superior a mis recursos; conseguir vivienda en Buenos Aires donde por causa de la ley de alquileres no se alquilaba más que a los que podían pagar una fortunita como "derecho de llave". Por último, era evidente que la intención de Riggi era eliminarme. Seguí entonces el único camino posible: envié mi renuncia y exigí que antes de entregar la Estación Hidrobiológica, se enviara a una persona para que tomase todo bajo inventario, dentro del mes que establecía la ley, como obligación del renunciante, antes de abandonar el cargo.

Interín mi ex discípulo, ex ayudante, ex protegido y ex amigo Motti, había estado concurriendo al Museo para presentar su "contribución al plan quinquenal¹⁴⁷" y para ofrecer su patriótico esfuerzo en pro de la grandeza del país. Le dijo a Riggi que *"Balech es un buen teórico y laboratorista pero lo*

147 El Primer Plan Quinquenal argentino fue un procedimiento de planificación estatal argentino, del primer gobierno del general Juan Domingo Perón, fue anunciado en el mensaje presidencial del 19 de octubre de 1947.

que se precisaba en Quequén era una persona práctica que fuese a cosas más concretas que ciencia básica". Motti elevó entonces proyectos de construcción de acuarios y de estudios de biología de peces, tareas para las que se ofrecía. Todo eso a mis espaldas y cuando aún era amigo mío y concurría asiduamente a mi casa. La amistad terminó cuando me enteré de esas gestiones, en forma casual.

Pasado el mes de mi renuncia y no habiendo recibido contestación de Riggi, dejé de ir diariamente a la E.H. En una de mis visitas al establecimiento descubrí que Motti había forzado cierres de los armarios para sacar cosas que precisaba.

Cuando Carcelles, previo aviso, llegó dos meses más tarde, con propuesta de "arreglo" porque mi renuncia aún no se había elevado al ministerio, como correspondía, tuvimos una conversación muy áspera, lo mandé de paseo, le entregué las llaves y le hice firmar una constancia de mi rechazo de cualquier tardío inventario después de la violación de cierres y me fui.

Contrariando el argumento de necesidad de concentrar todo el personal en Buenos Aires, Riggi nombró a Motti en la E.H. con sueldo inicial que casi duplicaba el mío.

Fueron momentos durísimos. Mi mujer y yo tuvimos que apretarnos el cinturón. Yo no sólo había perdido un sueldo sino también biblioteca, instrumental, institución donde publicar y no tenía máquina de escribir.

Cuando intenté consultar las colecciones y preparaciones depositadas en el Museo y que yo había hecho, se me negó el permiso y cuando quise consultar la biblioteca me dijeron que, a pesar de ser pública, debía solicitar permiso especial. Se me concedió el permiso, firmado por el subdirector Pérez Moreau, tres días después de pedido. Pero nunca pude consultar ninguna publicación importante por "no estar en el Museo" (aunque hubiese estado en mis manos cuando yo trabajaba allí) o por estar prestada.

Mi mujer me instó a comprar una máquina de escribir portátil y, más tarde, a gestionar y aceptar una beca de Francia (1952). De ese país volví con un viejo microscopio monocular de tubo recto con el que trabajé hasta 1975. Me fabriqué una cámara clara casera (que todavía utilizo) y, por canje, compra y obsequios fui formando una buena biblioteca privada que, creo, es la más importante del país en dinoflagelados y tintinnidos. Me dedicaba al plancton en todos los momentos que me dejaban las clases en el secundario, que me ocupaban casi todo el día.

Pero el trago amargo quedó atrás y tuve la satisfacción de poder decir que Riggi no había podido anularme, aunque mi regreso debió esperar unos 15 años más, cuando me llamó Birabén.

Para terminar con Riggi diré que, con la Revolución Libertadora, fue expulsado de la Sociedad de Geología. Pero cuando murió, los diarios publicaron notas necrológicas muy encomiásticas y la adhesión de esa Sociedad!

Riggi, la Asociación Argentina de Ciencias Naturales y YO (J.J.P.)

I. Riggi y la Asociación Argentina de Ciencias Naturales

Desde 1944 hasta 1952, cuando salí del país, fui Secretario de Actas (en realidad actué como Secretario General, a falta de otro) de la Asociación Argentina de Ciencias Naturales (para abreviar usaré el nombre de su revista, *Physis*, para designarla, como suele hacerse). Su sede estaba en el Museo donde yo tenía custodia de todo el stock de *Physis* y demás pertenencias de la Asociación.

Las reuniones de la C.D. y las de comunicaciones de *Physis* se hacían en el Museo hasta que Riggi tomó la dirección. Entonces fueron prohibidas en esta institución, tanto más cuanto varios miembros de *Physis* habían sido cesanteados por Riggi. Se aceptó entonces el ofrecimiento del presidente de *Physis*, Ing. Arturo Burkart, director del Instituto de Botánica Darwinion, de utilizar esta institución para las reuniones, las que, entonces, se continuaron allí. Durante todo ese tiempo yo, el secretario, tenía que pedir permiso a la policía para asistir a las reuniones porque, como varios de sus miembros habían sido exonerados de sus cargos oficiales, la Asociación estaba en el "index"¹⁴⁸.

Riggi, una vez en la dirección del Museo, no tardó mucho en darme el ultimátum: en el término de 24 horas debía retirar del Museo todo lo que pertenecía a *Physis* (esas pertenencias ocupaban un cuartito). Previa comunicación telefónica con Burkart, alquilé un camión para llevar todo al Darwinion, en La Lucila¹⁴⁹.

Aunque las reuniones continuaron con la debida frecuencia, los socios presentes mermaron muy ostensiblemente. Desde luego, el viaje a la provincia resultaba muy inconveniente para muchos, pero también algunos, que aportaban antes sus "importantes presencias", temían ser individualizados y fichados como miembros de esa "célula subversiva". Los concurrentes más constantes eran siempre los mismos: Bordas, Martínez Fontes, Cattoi, Schiapelli, los Birabén, Fernández y Bachmann. De vez en cuando aparecían algunos otros pero rara vez los asistentes pasábamos la docena. Ese grupito es el que mantuvo con vida la asociación.

148 Se refieren a listados, nunca oficiales pero que existieron y circularon por los despachos del gobierno, de personas físicas o jurídicas que, abiertamente o no, estaban en desacuerdo con las políticas de estado que imponía el peronismo. Estar en esas listas implicaba inconvenientes e impedimentos de todo tipo, hasta una persecución directa que podía llevar a la detención o, en el mejor de los casos, la "invitación" a irse del país.

149 Localidad del partido de San Isidro en la zona norte del Gran Buenos Aires.

Riggi se convirtió en enemigo de *Physis* no sólo porque varios de los miembros de su C.D. habían sido cesanteados por él, sino también porque su cuñado, el geólogo Juan José Nájera, le calentó la cabeza con una insidiosa campaña contra la gente de la Asociación. Nájera tenía muy fuerte influencia sobre Riggi; no sólo había sido su mentor en geología, incorporando a su cuñado, cuando éste aún era un chico, a sus exploraciones geológicas, sino que también lo apadrinó para sus diversos cargos y fue el que lo hizo ingresar como profesor en el Colegio Militar.

No conocemos las razones de esta actitud de Nájera (probablemente era por ojeriza a algunos miembros de la C.D.) pero lo cierto es que lo convenció a Riggi de que *Physis* era una bolsa de conspiradores que debía ser destruida. Lo más curioso es que Nájera fue uno de los miembros fundadores de la Asociación (aunque su alma matter fue Doello-Jurado). Como adherente al régimen que se implantó en 1945, y para demostrar su incondicionalidad, Nájera quiso hacer con *Physis* lo que su cuñado Agustín Eduardo hizo en el Museo: tratar de extirpar la obra y la memoria de Doello-Jurado.

Años después, para coronar esta colección de absurdos, cuando se celebró el cincuentenario de la Asociación, en 1961, reaparecieron los que habían estado callados durante los tiempos duros y se le otorgó a Nájera (con discursos de Ringuet y otros) una distinción como miembro fundador: al mismo hombre que trató de destruir la Asociación!

II. Riggi y yo

Durante el régimen de Riggi tuvo lugar en el Museo, como en todas las reparticiones oficiales, la jura de la nueva constitución nacional peronista¹⁵⁰. Todo el personal tuvo que jurar en un acto presidido por el ministro de Educación. Después de jurar todos se dirigían al proscenio para estrechar la mano de Riggi. Yo pasé por delante sin mirarlo. La venganza de Riggi fue inmediata: me suspendió por un mes por haber "jurado con displicencia".

En realidad ya me odiaba por ser de la C.D. de *Physis* y, sobre todo, por haberme negado a firmar una abominable acusación contra Doello. Si no me dejó cesante fue porque le hice creer que yo tenía cuñas, además de documentos contra él; era puro cuento, pero él, que tenía cola de paja y miedo de que diera a publicidad esas "pruebas", se abstuvo de hacerlo. Fue una guerra de nervios de más de seis años y durante ella él trató de acumular cargos contra mí y en una ocasión me denunció secretamente a la

150 En 1949 se aprobó la cuarta reforma de la Constitución de la Nación Argentina. El Congreso Constituyente tenía amplia mayoría del partido en el gobierno, presidido por Juan Domingo Perón. Incorporó nuevos y hoy indiscutibles derechos sociales y funciones del Estado, pero también establecía que el Presidente podía ser reelecto en forma indefinida.

jefatura de Policía, como un saboteador que tramaba la destrucción de los acuarios (que habíamos construido Joaquín Fonseca y yo). Cuando comparecí a "Orden Social" del Dpto. de Policía, le demostré al jefe lo absurdo de la denuncia (hasta el punto de que todos se rieron) y le dije que sería mejor que vigilaran la conducta de Riggi, que era una vergüenza para el país.

El jefe me trató muy decentemente y algo de nuestra conversación debió filtrarse porque, por un tiempo, Riggi se quedó calladito. En 1949, obtuve la beca de la fundación Guggenheim para estudiar en la universidad de Harvard, la Smithsonian Institution, etc. por un año. Como Riggi me negó el permiso, pedí la licencia sin goce de sueldo, a la que, según la ley, tenía derecho con mis años de servicio y reduje el viaje a ocho meses. Al regreso, por desperfectos del avión, nos demoramos varios días en Belén (bocas del Amazonas). Cuando llegué a Buenos Aires, había excedido en 10 días la licencia establecida y Riggi se dio el gusto de descontármelos de mi sueldo.

'Parodiz trabajó intensa y muy eficazmente en EE.UU. No sólo hizo su investigación con entrega total, sino que reclasificó colecciones de la Smithsonian, dejando óptima impresión, lo que ciertamente influyó en su porvenir. A pesar de esto, Riggi, además de descontarle del sueldo, le encargó una cantidad de menesteres inferiores, intentando humillarlo'. (E.B.)

Un año y medio más tarde, me ofrecieron el puesto de "curator" de invertebrados en el Museo Carnegie (el Dr. Waldo Smith, jefe de Zoología del Museo de Washington, me había recomendado para el cargo). A fines de 1951 hice a hurtadillas los trámites para emigrar. Muy pocos estaban en el secreto pues traté de que Riggi no lo supiese para que no me causara dificultades. No sé cómo Popovici se enteró. Fui inmediatamente a pedirle que no lo divulgara... y Popovici (que por experiencia personal sabía, de cuando abandonó Rumania, lo que eran esas angustias) cumplió con mi pedido.

En enero del 52 tomé mis vacaciones (a propósito había dejado de tomar las del 51) y partí el mismo día en que terminaban. Riggi, que seguramente estaba gozando de la sanción que me impondría por la demora en mi reincorporación, recibió mi renuncia por correo aéreo. Furioso porque yo había escapado de sus manos, convocó enseguida a una reunión de vicedirectores (Del Ponte y Pérez Moreau) y de jefes de Sección y les pidió el acuerdo para rechazar mi renuncia y reemplazarla por exoneración. López apoyó esa moción pero Pérez, con quien nunca había tenido trato amistoso, le dijo: "*Sr. Director, ¿no quería usted que se fuera? Ya se fue, demos el asunto por terminado*". Así quedó.

Todo esto hubiese sido abominable si no fuese tan risible (o hubiese sido risible si no fuese tan oprobioso) pues Riggi, aparte de sus canalladas, fue el hazmerreír más ridículo de todos los funcionarios de la década de 1945 a 1955. El corto

tiempo que estuvo detenido después de la Revolución Libertadora, fue precio muy barato que pagó.

Agrego que la primera felicitación que recibí cuando me incorporé al museo Carnegie fue la del Dr. Joaquín Frenguelli.

En Norteamérica, como uno de los fundadores de la revista Neotrópica, me encargué de su difusión y distribución en ese país.

El "duelo" Riggi-Bordas (E.B.)

Alejandro Bordas, jefe de paleontología hasta 1946, era un morocho de tez un tanto oscura, de baja estatura y ojos ligeramente saltones en continuo movimiento; daba la impresión de que, mientras hablaba, vigilaba constantemente el entorno. Su ayudante, Noemí Cattoi, a quien recuerdo con simpatía, era también bajita. Las hermanas Cattoi eran todas buenas cultoras de la música y Noemí era una buena violinista -o violonchelista- no recuerdo bien.

Durante un tiempo, también actuó en paleontología, como técnico, el menor de los Fonseca.

Cuando las críticas contra Doello arreciaban en el Museo y la mayor parte de los científicos opinaba (hoy no me siento capaz de decir con cuánta razón, sobre todo a la luz de todo lo sucedido después) que no se movía bastante para la institución y que en los últimos años había traído un inmovilismo perjudicial, hubo reuniones de algunos científicos para discutir la situación y forzar cambios. Los más moderados propiciábamos la designación de un subdirector que tomase las responsabilidades administrativas, dejando a Doello la dirección científica ya que no se cuestionaba su idoneidad para ella.

Uno de los más activos en esos conciliábulos era Bordas quien sostenía que teníamos que tener, para la eventualidad, designado un candidato, una personalidad de prestigio y energía, para luego apoyarlo con firmeza.

De la gente del Museo, el que parecía preferible a la mayoría, y a quien Bordas sostenía con entusiasmo, era el arqueólogo Dr. Eduardo Casanova. Era un hombre un poco cargado de hombros, de cara que recordaba algo a la de Churchill, de voz grave, sobrio y, al parecer prudente en sus palabras, enérgico, profesor universitario y de bastante prestigio dentro y (lo que era más importante) fuera del Museo. Era además uno de los poquísimos que ocupaba una jefatura de departamentos; no recuerdo si esa era la designación exacta pero sí que era la categoría más alta, sólo superada por la de director y de sueldo superior (\$500).

De más está decir que esas reuniones fueron inútiles porque el que copó la dirección fue el candidato de nadie: Riggi.

Cuando éste se hizo cargo Bordas se enfrentó con él y le dijo que, en su opinión, no tenía la menor aptitud para el cargo y que, como no lo podía aceptar como director, él renunciaba.

Riggi, encolerizado, le gritó: "*Te dejo cesante*". Bordas, en el mismo tono, le replicó: "*No me dejás cesante porque ya he renunciado*". Y por un rato continuó la bizantina y gritada discusión de si Bordas se alejaba por renuncia o por cesantía. Desde luego, no hubo acuerdo pero lo cierto es que Bordas se apresuró a retirar sus pertenencias y se alejó del Museo.

Esa fue una declaración de guerra sorda entre los dos, que duró varios años. Durante todo ese tiempo, Bordas trató de crearle dificultades legales a Riggi (al parecer tenía un excelente espionaje dentro del Museo y, quizás, en el Ministerio). Pero la primera ofensiva concreta fue de Riggi y del mejor estilo mafioso.

Bordas vivía cerca del Museo, en una calle muy arbolada y bastante oscura. Una noche, al regresar a su casa, de entre las sombras, surgió el ordenanza del Museo, Libré (adulador incondicional de Riggi), y le asestó un feroz golpe con un puño de hierro ocasionándole no sólo una lesión facial, sino también una ocular, que le produjo diplopia¹⁵¹ por más de un mes. La investigación policial encontró que no había pruebas!

El incondicionalismo de Libré fue premiado con el cargo ideal para un inescrupuloso: el de jefe de compras.

Cuando un ordenanza menor de edad que había sido utilizado para formular una declaración contra Doello de amoralidad y de corrupción de menores (en el despacho de Mendilaharsu¹⁵² fue amenazado y obligado a firmar una declaración en tal sentido) le contó a su padre lo ocurrido, su progenitor, cuando lo pudo sacar del Museo, hizo una presentación ante juez para aclarar este bochornoso suceso. Creo que Bordas, siempre alerta, lo patrocinó y posiblemente le consiguió nuevo trabajo. No sé cómo hacía, pero fue un constante seguidor de las irregularidades de Riggi, un perro de presa que le ocasionó no pocas inquietudes y molestias.

Un verano Libré fue a pasar vacaciones a la Estación Hidrobiológica de Quequén y envalentonado con la facilidad con que hacía plata en el Museo con coimas, boletas falsas, etc., pensó que podía aprovechar sus vacaciones para aumentar su cosecha y, munido de una credencial de inspector de la campaña contra el agio¹⁵³ -por entonces en su apogeo-, en Necochea coimeó a medio mundo. Sus hazañas necochenses terminaron una noche cuando se fue a proseguir la juerga-negocio en la confitería de la rambla (hoy desaparecida).

151 Visión doble.

152 No se ha podido identificar a qué funcionario hacen referencia. Lo más probable es que se trate de un juez o un fiscal.

153 Beneficio que se obtiene en negocios financieros por diferencia entre el valor nominal y real, presente y futuro. Durante la segunda presidencia (1951-1955) de Juan Domingo Perón se establecieron programas de gobierno específicos contra el agio y la especulación que surgieron como consecuencia de la política económica que se estaba llevando a cabo.

Omito los detalles que conocí muy bien. Sólo diré que Libré se hacía servir whisky y hasta ostentosamente convidaba (gratis). Pero todo terminó cuando tuvo un altercado con dos funcionarios locales. Trompeado, ebrio y con heridas cortantes en el rostro producidas por el choque contra un vidrio, tuvo que salir disparando. Así llegó a medianoche a la Estación Hidrobiológica.

Carcelles, consternado, se dio cuenta de inmediato de lo que se podía venir y lo metió en el primer ómnibus a Buenos Aires, antes de finalizar la noche. De nuevo enterado, Bordas hizo una denuncia e inició juicio. Pero todas sus tentativas sólo consiguieron obligar a Riggi a moverse con frecuencia en la defensiva, aunque siempre conservó en la mano el as del triunfo.

Un ejemplo fue ese juicio. Bordas me mostró las increíbles conclusiones del juez que establecían la inculpabilidad de Libré. En suma no había prueba de usurpación de cargo ni de coima y, en cuanto al incidente ocurrido concluía que el acusado había actuado bajo los efectos de una fuerte intoxicación por una bebida que había tomado, pero ni siquiera podía ser condenado por ebriedad porque sólo había tomado con moderación aunque, por alguna razón, la bebida le resultó tóxica. Poco faltó para que el fallo terminara penando a los de la confitería por expendio de bebidas venenosas!

Haciendo un balance económico Bordas, que siempre fue un hábil hombre de negocios, debía agradecerle a Riggi una holgada posición económica, pues al dejar el Museo, se dedicó a actividades particulares con excelente éxito. Entre otras cosas constituyó una compañía perforadora de pozos de agua en el oeste y ganó mucho dinero. Sé que tuvo bastante relación con Pérez Companc aunque ignoro su índole.

No sé cuán buen paleontólogo fue Bordas, pero no se le podía negar gran dinamismo y fuerte voluntad. Esas cualidades, cuando se unieron a una situación económica que le daba libertad de acción, y se sumaron a lazos que fue adquiriendo con personas de influencia, le permitieron ese continuo acoso a Riggi.

VII.2. La dirección-intervención de A.D. Holmberg (E.B.)

En "La Dinastía Holmberg" ya se habló de este personaje, uno de los mayores casos de simulación y engaño de la ciencia argentina. Nos toca ahora decir cómo fue como director o interventor del MACN.

Conforme a lo que él me había dicho en Necochea, la Revolución Libertadora se produjo, triunfó y Adolfo Dago Holmberg obtuvo el cargo prometido: el de interventor de nuestra institución, con poderes prácticamente absolutos.

Adolfo Dago pronunció un discurso, invocando a Dios, rogándole que no le dejara equivocarse para llevar la democracia y la jus-

ticia a la vieja institución y para que nadie de valor para la patria quedase marginado, etc. Pero el interventor del Museo tuvo siempre muy curioso concepto de la democracia y justicia; él mismo se consideraba el continuador natural de la obra libertadora y democratizante del primer Kailitz.

A ese primer Kailitz, barón de Holmberg, en realidad la masa humilde le molestaba y el soldado gaucho, sufrido y heroico, pero desaliñado, ignorante de protocolos y un tanto anárquico, no fue para él digno de la menor consideración. Don Adolfo Dago tenía el mismo concepto. Su ámbito natural era el de los salones y el de los altos niveles sociales, no el lugar de trabajo, no el laboratorio ni las tareas de los cruceros oceanográficos. Su democracia era simplemente antiperonismo sin más contenido, era él y los suyos ubicados arriba, en el mando sin restricciones. Era la subordinación absoluta.

Una vez pronunciado ese emocionante discurso, Holmberg se puso rápidamente en acción para limpiar el Museo de "indeseables". Eso era mucho más importante que el pequeño detalle de organizar la investigación, de reorganizar una institución desquiciada por su antecesor y de traer tranquilidad y seriedad a un instituto científico altamente politizado.

Su tarea "reorganizadora" fue cumplida con celeridad y energía. Una de sus primeras medidas fue correr al primer piso, a Entomología, donde entró como una tromba y encontró a su enemigo Orfila sentado a su mesa de trabajo. El entomólogo apenas pudo levantar la vista al oír esa irrupción, antes de ver que un bastón se estrellaba en la mesa delante de su cara, al mismo tiempo que un grito rabioso restallaba: "*¿¿Qué hace usted todavía aquí?? ¡Mándese mudar, inmediatamente, sinvergüenza!*". Orfila, demudado, recogió, con rapidez y como pudo sus cosas, sin atreverse a abrir la boca, urgido por el desaforado interventor, quien gritaba: "*Vamos, vamos, ni un minuto más*". Cuando Orfila pudo salir, tembloroso, Holmberg le dio unos empujones y se fue detrás de él revoileando su bastón y tirando bastonazos que rozaban la cabeza del fugitivo que sólo atinaba a agacharse y a levantar un brazo protector. Así desapareció del Museo el secretario de Entomología.

Ya que estaba, el interventor prosiguió la tarea de limpieza en Entomología y acusó a la jefa de Aracnología de peronista (total mentira) y de confabuladora contra el nuevo gobierno y la democracia y terminó dejándola cesante. En verdad esta cesantía no llegó a cumplirse, como varias otras, porque Holmberg, sin ningún argumento válido para tanta arbitrariedad, no se animó a ir al Ministerio a concretar la iniciación de los sumarios. Pero hizo el intento y le dio resultado con algunos que no se animaron o quisieron luchar. Schiapelli resistió y quedó.

Uno de los principios directivos de limpieza de A.D.H. fue emprenderla contra los que tuvieron relación más directa con Dello-Jurado, su gran rival, reconocido justamente como el pionero

de la biología marina argentina y que, por eso, no le permitió brillar como máxima o única autoridad del país en oceanografía y biología marina. Schiapelli era del tiempo de Doello y había gozado de su consideración y eso era suficiente para entrar en la lista de los enemigos de don Dago.

En Malacología, su víctima principal fue la Prof. Elena Martínez Fontes, sobrina de Doello (¡nada menos!). Acusada de complotar la hizo detener por la policía; también en este caso, Holmberg se encontró con que no podía justificar tamaña arbitrariedad y la acusada salió pronto libre y se aferró a su puesto, resistiendo las intimidaciones y terminando por sobrevivir en la institución al enérgico interventor.

Otra Doellista echada por el iracundo purificador fue la doctora Cattoi, a la sazón jefa de paleontología. Cattoi no se atrevió o no quiso resistir y tenía ya su salud deteriorada.

¡Lo más absurdo de todo esto es que las mismas personas que Riggi acusó de antiperonistas fueron perseguidas por el interventor de la Revolución Libertadora por antidemocráticas y peronistas! En verdad ambos se movieron por los más ruines motivos e intereses personales.

Yo, recordando su visita y sus promesas, esperé un tiempo prudencial su cumplimiento, pero como al parecer don Dago se había olvidado de mí y de su invocación a Dios, muy ocupado con su original reorganización, le envié una carta certificada, pidiendo mi reincorporación honoraria y la revisión de mi legajo para que, si correspondía, fuese eliminada del mismo la calificación de anti-patriota que Riggi agregó a la suspensión que me impuso. Holmberg no contestó.

Pasado el tiempo que juzgué suficiente para que se ocupase de mi caso, le envié un telegrama colacionado pidiendo respuesta a mi carta. Su respuesta fue furibunda. Me hizo saber que no contestaría más notas ni telegramas que no guardasen el estilo y el respeto debido a esa intervención (mi telegrama decía: "solicito contestación a mi presentación por carta certificada de tal fecha") y que no se había recibido ninguna certificada mía (aún guardo el comprobante del correo que prueba lo contrario).

En uno de sus inesperados arranques democratizantes Holmberg liquidó la flotilla de vehículos del Museo dejándolo casi desprovisto de vehículos.

Afortunadamente el gobierno electo que sucedió al de la Revolución enseguida reemplazó al singular interventor por un director: el Dr. Maximiliano Birabén. Como todos los directores, Birabén fue criticado y, seguramente, no pudo evitar cometer algunos errores, pero con él volvió la ciencia y la decencia al Museo, después de la larga noche negra representada por la dupla (teóricamente opuestos entre sí, pero igualmente arbitrarios y siniestros) Riggi-Holmberg.

Anexo I

Reseña breve de los personajes nombrados por los autores

Allende Goznes, Salvador Guillermo (Santiago de Chile, 26 de junio de 1908 - 11 de septiembre de 1973): Médico cirujano y político socialista chileno, presidente de Chile (1970-1973) derrocado tras un golpe armado (durante el cual se suicidó en su despacho) encabezado por Augusto Pinochet (ver nota siguiente).

Alvear, Carlos María de (Santo Ángel Guardián, Misiones Orientales, Virreinato del Río de la Plata, 25 de octubre de 1789 - Nueva York, USA, 3 de noviembre de 1852): Militar, político y diplomático de larga trayectoria que ejerció el Directorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata durante tres meses en 1815.

Ambrosetti, Juan Bautista (Guaileguay, Entre Ríos, 22 de agosto de 1865 - Buenos Aires, 28 de mayo de 1917): Etnógrafo y naturalista es el iniciador de las ciencias Arqueológicas y Etnográficas en la Argentina. Estuvo a cargo de la Sección de Arqueología del Museo durante la gestión de Florentino Ameghino. Creó el Museo Etnográfico la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires del cual fue primer Director.

Ameghino, Florentino (Luján, 18 de septiembre de 1854 - La Plata, 6 de agosto de 1911): Científico y naturalista autodidacta que se desempeñó como paleontólogo, geólogo, zoólogo, antropólogo y docente universitario. En 1886 fue nombrado vicedirector y secretario del Museo de Las Plata a cargo de la Sección Paleontología. Director del Museo Nacional de Buenos Aires en el periodo 1902-1911.

Angelescu, Víctor (Jassy, Rumania, 20 de septiembre de 1912 - Mar del Plata, 12 de junio de 2002): ictiólogo y biólogo pesquero nacionalizado argentino en 1950. Trabajó en el MACN entre 1948 y 1955.

Aristóteles (Estagira, Macedonia, 384 a.C.- Calcis, Grecia, 322 a.C.): Filósofo y científico de la Antigua Grecia, es considerado junto con Platón el fundador de la filosofía occidental. Escribió sobre una enorme variedad de temas, entre ellos: lógica, metafísica, filosofía de la ciencia, ética, filosofía política, estética, retórica, física, astronomía y biología.

Astarloa, Ismael Eduardo (Dolores, Buenos Aires, 26 de enero de 1891 - Buenos Aires, 1957): Cursó estudios en la Academia Nacional de Bellas Artes, egresando con el título de Profesor de Dibujo en 1915 y Profesor de Pintura en 1917.

Atila (395-453): Último y más poderoso caudillo de los hunos (tribu procedente probablemente de Asia). Gobernó el más amplio imperio de la época (434-453) desde la Europa Central hasta el mar Negro, y desde el río Danubio hasta el mar Báltico. Su principal enemigo, el Imperio Romano ya se hallaba dividido y en decadencia.

Azara y Perera, Félix Francisco José Pedro de (Barbuñales, Huesca, España, 18 de mayo de 1742 - 20 de octubre de 1821): Militar, ingeniero, explorador, cartógrafo, antropólogo y naturalista español. Viajó a América del Sur en 1781 por unos meses, como comisionado por España para establecer los límites con Portugal luego del tratado de San Ildefonso (1777), pero se quedó 20 años durante los cuales y sin formación científica, realizó numerosas y valiosas observaciones de la flora, la fauna y la geografía principalmente del Paraguay y del noreste argentino.

Bachmann, Axel Oscar (Buenos Aires, 7 de marzo de 1927 - Buenos Aires, 10 de febrero 2017): Licenciado en Química y Doctor en Ciencias Biológicas de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (UBA), docente universitario, taxónomo, entomólogo especialista en heterópteros (chinchas de agua). Investigador del CONICET, del Instituto Nacional de Microbiología «Dr. Carlos G. Malbrán» y del MACN.

Bacigalupo, Juan. Médico, profesor universitario y Jefe del Laboratorio del Hospital Militar Central.

Barros, Manuel (Buenos Aires, 13 de febrero de 1880 - 8 de abril de 1973): Médico de profesión que también realizó importantes aportes en Botánica al estudiar Cypéraceas y Juncáceas.

Berg, Carlos (Tuckum, Curlandia (hoy Letonia), 2 de abril de 1843 - Buenos Aires, 19 de enero de 1902): Naturalista, docente y Zoólogo autodidacta especializado en entomología. Fue convocado por Burmeister en 1873 para trabajar en el Museo Público y lo sucedió en la Dirección (1892-1902).

Bernasconi, Irene (Buenos Aires, 29 de septiembre de 1896 - 7 de julio de 1989): Profesora de Ciencias Naturales, docente e investigadora científica especializada en Equinodermos. Siempre trabajó *ad honorem* en el Museo, salvo cuando ingresó a la recién creada Carrera del Investigador Científico del CONICET.

Birabén, Maximiliano Pedro León (Buenos Aires, 1893 - La Plata, 1977): Zoólogo y docente universitario especialista en arácnidos. Jefe del Departamento de Zoología de Invertebrados del Museo de La Plata desde 1933 y Director del MACN (1959-1972).

Boltovskoy, Esteban (Rusia, 26 de enero de 1912 - 4 de septiembre de 1992): Planctólogo, investigador científico del MACN y del CONICET, especialista en foraminíferos actuales y fósiles.

Boman, Eric (Falun, Suecia, 5 de junio de 1867 - 29 de noviembre de 1924): Arqueólogo autodidacta que investigó las culturas precolombinas del noroeste argentino. Fue nombrado Jefe del Departamento de Arqueología del Museo en 1917.

Bordalé, Luis F.: Ictiólogo autodidacta, adscripto honorario en el MACN.

Bordas, Alejandro Federico: Paleontólogo de mamíferos, queda a cargo de la División Paleontología en la década del 30 hasta fines de los 40. Se ocupó de la mudanza y reorganización de la colección en el nuevo emplazamiento del Museo en Parque Centenario.

Bourquin, Fernando (Saint Imier, Suiza, 1 de marzo de 1884 - Buenos Aires, 2 de junio de 1976): Ingeniero relojero y entomólogo autodidacta especializado en la biología de las mariposas. En 1928 se asoció a la Sociedad Entomológica Argentina de la que llegó a ser vicepresidente.

Brèthes, Juan (Saint Sever, Francia, 24 de febrero de 1871 - Buenos Aires, 2 de julio de 1928): Perteneciente a los Hermanos de La Salle fue científico autodidacta, naturalista, entomólogo, ornitólogo, y geólogo, también conocido como Frère Judulien Marie. En 1902 Florentino Ameghino lo nombra a cargo de la Sección Entomología del Museo, cargo que ocupa hasta su muerte.

Breyer, Alberto (Buenos Aires, 24 de marzo de 1890 - 12 de febrero de 1963): Entomólogo autodidacta especialista en mariposas. Miembro de la Sociedad Entomológica Argentina desde su creación y fue varias veces su presidente. Desde 1905 también formó parte de la empresa familiar de venta de instrumentos musicales Breyer Hnos. y fue socio fundador y varias veces presidente de la Cámara Argentina de Comerciantes de Música.

Bülow, Bernhard von (Klein Flottbek, Alemania, 3 de mayo de 1849 - Roma, 28 de octubre de 1929): Estadista y canciller del Imperio alemán, designado por el emperador Guillermo II, desde 1900 hasta 1909.

Bülow, Hans von (Dresde, Alemania, 8 de enero de 1830 - El Cairo, Egipto, 12 de febrero de 1894): Director de orquesta, pianista y compositor.

Burkart, Arturo Eduardo (Buenos Aires, 25 de septiembre de 1906 - 25 de abril de 1975): Ingeniero agrónomo, docente universitario y dedicado a la Botánica, especializado en Leguminosas.

Burmeister, Carlos Germán Conrado o Karl Hermann Konrad (Stralsund, Alemania, 5 de enero de 1807 - Buenos Aires 2 de mayo de 1892): naturalista, paleontólogo y zoólogo alemán nacionalizado argentino, que desempeñó la mayor parte de su carrera en Argentina. Director del Museo desde febrero 1862 hasta su fallecimiento.

Cabrera Latorre, Ángel (Madrid, España, 19 de febrero de 1979 - La Plata, Buenos Aires, 8 de julio de 1960): Zoólogo y paleontólogo que trabajó hasta 1925 en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid dedicado a los mamíferos en general y a la fauna ibérica en particular. Luego emigra a la Argentina para ser jefe del departamento de Paleontología del Museo de La Plata y profesor universitario.

Carcelles, Alberto R. (Córdoba, 1897 - Buenos Aires, 1977): Malacólogo. Colaborador de Doello-Jurado, quien lo deja a cargo de la División Malacología e Invertebrados cuando asume la Dirección del Museo.

Casamiquela, Rodolfo (Ingeniero Jacobacci, Río Negro, 11 de diciembre de 1932 - Puerto Madryn, Chubut, 5 de diciembre de 2008): paleontólogo y antropólogo argentino, investigador del CONICET y docente universitario.

Casanova, Eduardo (Madrid, España, 21 de enero de 1902 - Tilcara, Jujuy, 1977): Arqueólogo y docente universitario. Trabajó principalmente en la provincia de Jujuy y fue director del Museo de sitio del Pucará de Tilcara desde 1960 hasta su muerte.

Castellanos, Alberto (Córdoba, 1896 - Río de Janeiro, 1968): Botánico especialista en cactus. La Revolución Libertadora de 1955 lo obligó a exiliarse en Río de Janeiro donde obtuvo un puesto de profesor en el Museo Nacional desde 1958.

Castillo, Ramón Antonio (Ancasti, Catamarca, 20 de noviembre de 1873 - Buenos Aires, 12 de octubre de 1944): Abogado, juez, docente, político argentino, conservador, Vicepresidente de la Nación Argentina durante la Presidencia de Roberto M. Ortiz (1938-1942) y luego Presidente (27 de junio de 1942-4 de junio de 1943). Fue derrocado por la Revolución del 43.

Cattoi, Noemí Violeta (1911-1965): Paleontóloga y docente universitaria. Ingresó al Museo en la década del 30 y en 1950 sucedió a Bordas en la jefatura de la División Paleozoología (Vertebrados).

Cordero, Ergasto Héctor (Montevideo, Uruguay, 1890-1951): Zoólogo uruguayo. Director del Museo de Historia Natural y Antropología de Uruguay (1942-1951).

Cranwell, Jorge Andrés Noel (13 de agosto de 1916 - Buenos Aires, 26 de febrero de 2002): Herpetólogo autodidacta, Jefe de la División de Herpetología del MACN (1970-1995).

Croce, Romeo: Químico dedicado a la Mineralogía, encargado de dicha Sección del Museo durante la gestión de Doello-Jurado.

Dabbene, Roberto Raúl (Turín, Italia, 17 de enero de 1864 - La Plata, Buenos Aires, 20 de octubre de 1938): Doctorado en la universidad de Génova (Italia), trabajó en el Zoológico de Buenos Aires y estudió las aves argentinas durante más de 40 años. En mayo de 1900 el Director, Carlos Berg, lo incorpora al Museo en calidad de Naturalista Viajero.

de Carles, Enrique (España, ¿1861? - Argentina, 1934): Geólogo y explorador. Como naturalista viajero del Museo su función era recorrer el país recolectando muestras para acrecentar sus colecciones.

De Carlo, José (1896 - Buenos Aires, 19 de junio de 1983): Profesor, entomólogo especialista en chinches acuáticas americanas e investigador del MACN. Formó parte de la Sociedad Entomológica Argentina desde su fundación.

De la Torre, Lisandro (Rosario, Santa Fe, 6 de diciembre de 1868 - Buenos Aires, 5 de enero de 1939): Abogado, escritor y político. Diputado nacional por la provincia de Santa Fe entre 1912 y 1916 y de 1922 a 1926. Senador nacional por la provincia de Santa Fe entre 1932 y 1937.

del Ponte, Eduardo Francisco (Buenos Aires, 4 de junio de 1897 - 18 de diciembre de 1969): Doctor en Ciencias Naturales por la Universidad de Buenos Aires en 1920, en Medicina en 1941 y docente universitario. Trabajó sobre enfermedades producidas o transmitidas por artrópodos tanto desde la medicina como desde la de la biología. Vicedirector del MACN en 1949.

Deletang, Luis Francisco: Explorador e historiador que, junto con Carlos Lizer, recolectaron para el MACN una gran variedad de ejemplares en el norte argentino, Bolivia y Paraguay.

Doello-Jurado, Martín (Gualeguaychú, Entre Ríos, 4 de julio de 1884 - Buenos Aires, 9 de octubre de 1948): Biólogo, paleontólogo y oceanógrafo argentino. Director del MACN entre 1923 y 1946. Durante su gestión se construyó el edificio que hoy alberga al Museo en Parque Centenario.

Donterberg, Carlota C. Carl de: Botánica, investigadora del MACN, que se especializó en carofitas, grupo de algas verdes que incluye a los parientes más próximos de las plantas terrestres.

Döring, Adolf Wilhem August (Neuwaake, Hannover, 22 de enero de 1848 - Capi-lla del Monte, Córdoba, 19 de febrero de 1925): Químico, geólogo, zoólogo y docente universitario que llegó a la Argentina, a instancias de Burmeister en 1872, se radicó en Córdoba y fue un investigador relevante de los moluscos terrestres de Argentina.

Dragesco, Jean (Cluj-Napoca, Rumania, 26 de abril de 1920 - Saint-Clement-de-Ri- viere, Francia?): Autodidacta, Doctor en Biología de la Sorbona (Francia) en 1956, autor de más de 160 artículos sobre biología, y más de 100 sobre astronomía. Inven- tor del “fusil fotográfico”.

Feruglio, Egidio (Udine, Italia, 1 de septiembre de 1897 - 14 de julio de 1954): Geólogo, naturalista y docente, se graduó en 1920 en Florencia, Italia, como Doctor en Ciencias Naturales. En 1925 viaja a la Argentina por primera vez (regresa a Italia dos veces) y se incorpora a Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). A partir de 1940, organiza y dirige el Instituto del Petróleo en la Universidad Nacional de Cuyo.

Fesquet, Alberto: Profesor de Ciencias Físico-Químicas y Naturales autor de ma- nuales para uso en la escuela secundarias.

Filiberto, Juan de Dios (Buenos Aires, 8 de marzo de 1885 - 11 de noviembre de 1964): Compositor y músico de gran importancia para la consolidación del tango como género musical de fama mundial y autor de canciones clásicas como Caminito (1926) y Quejas de bandoneón (1920) entre muchas otras.

Fistolera Mallié, Augusto Liborio (Buenos Aires, 23 junio 1899 - 24 enero 1981): Biólogo especialista en ciliados. Adscripto al Laboratorio de Protistología del MACN.

Frenguelli, Joaquín (Roma, el 19 de agosto de 1883 - Santa Fe, 23 de junio de 1958): Médico graduado en Roma, ejerció como tal en Santa Fe y en Córdoba. En 1920, fue nombrado profesor de Geología y Paleontología en la Universidad Nacional del Litoral y, desde entonces, dedicó su vida a la geología y la paleontología. Director del Museo de La Plata en el período 1935-1946.

Frizzell, Donald Leslie (Bellingham, USA, 1906-1972): Geólogo y paleontólogo norteamericano que trabajó en moluscos bivalvos de la familia Veneridae al iniciar su carrera en los años 30.

Fronidizi, Rissieri (Posadas, Misiones, 20 de noviembre de 1910-1985): Filósofo y antropólogo. Rector de la Universidad de Buenos Aires (1957-1962).

Galiano, María Elena (1928 - Buenos Aires, 30 de octubre de 2000): Profesora de Ciencias Naturales, fue jefe de la División Aracnología del MACN y se especializó en la taxonomía de arañas saltadoras (familia Salticidae).

Gallardo, Ángel (Buenos Aires, 19 de noviembre de 1867 - 13 de mayo de 1934): Ingeniero Civil, doctor en Ciencias Naturales dedicado a la Entomología y político. Director del Museo Nacional (1911-1916). Presidente del Consejo Nacional de Educación durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen y Ministro de Relaciones Exteriores y Culto entre 1922 y 1928, durante la presidencia de Marcelo Torcuato de Alvear.

Gandía, Enrique de (Buenos Aires, 1 de febrero de 1906 - 18 de julio de 2000): Historiador, sociólogo y docente universitario. Estudió en la Universidad La Sorbona (París) y en la Complutense (Madrid). Miembro de número de cuatro Academias Nacionales: Historia (1930), Ciencias Morales y Políticas (1938), Geografía (1985) y Ciencias (1987).

Gemignani, Emilio Victorio (1897-1949): Entomólogo especialista en Lepidoptera (mariposas y polillas). Sus pocos trabajos se enfocaron en el género de himenópteros Trypoxylon.

Gerschman de Pikelin, Berta Sofía (Carlos Casares, Buenos Aires, 26 de junio de 1905 - 1977): Profesora de Ciencias Naturales, taxónoma de arañas. Ingresó al MACN *ad honorem* en 1929 y trabajó siempre en co-autoría con Rita Schiapelli.

Giambiagi, Deidamia (Uruguay? - Buenos Aires?, 1947): Zoóloga especializada en crustáceos.

Gneri, Francisco (Buenos Aires, 3 de julio de 1914 - sin datos). Profesor en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario - hoy Instituto Superior del Profesorado "Dr. Joaquín V. González-", docente e ictiólogo del Museo entre 1938-1959.

Greslebin, Héctor (Buenos Aires, 15 de abril de 1893 - 9 de septiembre de 1971): Arquitecto dedicado a la Arqueología. En 1923 sucede a Eric Boman como Jefe de la Sección de Arqueología del Museo, pero renuncia en 1930.

Hauman Merck, Lucien (Bélgica, 1880 - 1965): Fue contratado por el gobierno nacional en 1904 como docente universitario. Regresó a Europa en 1925 para ser docente en la Universidad Libre de Bruselas.

Hicken, Cristóbal María (Buenos Aires, 1 de enero de 1875 - Mar del Plata, 11 de marzo de 1933): Docente y botánico especialista en helechos. Creó y donó al Estado el Instituto de Botánica Darwinion (IBODA), con un importante herbario y biblioteca, situado en San Isidro, Buenos Aires.

Holmberg, Adolfo Dago: Estudió medicina pero se dedicó a la oceanografía y fue Director del Zoológico de Buenos Aires (1924-1944). Director interventor del Museo de noviembre de 1955 a junio de 1958.

Holmberg, Eduardo Ladislao (Buenos Aires, 27 de junio de 1852 - 4 de noviembre de 1937): Médico (profesión que no ejerció), naturalista, docente y escritor. Director del Zoológico de Buenos Aires en el periodo 1888-1904.

Ihering, Hermann von (Kiel, Alemania, 1850 - Giessen, Alemania, 1930): Zoólogo, y paleontólogo alemán nacionalizado brasileño. Fundador y primer director del Museo Paulista (São Paulo, Brasil).

Imbelloni, José (Lauria, Italia, 1885 - Buenos Aires, 1967): Antropólogo y etnólogo. Doctorado en Ciencias en la Universidad de Padua, Italia, ganó en 1921 el puesto de Profesor Suplente de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y en 1933 fue Profesor Titular.

Irigoyen, Hipólito (Buenos Aires, 13 de julio de 1852 - Buenos Aires, 3 de julio de 1933): Político argentino, figura relevante de la Unión Cívica Radical, dos veces elegido como presidente de la Nación Argentina (1916-1922 y 1928-1930). El 6 de septiembre de 1930 fue derrocado por un golpe de Estado liderado por el general José Félix Uriburu.

Jörg, Miguel Eduardo: Médico parasitólogo que colaboró con Salvador Maza en el estudio de Chagas en la Argentina.

Justo, Agustín Pedro (Concepción del Uruguay, 26 de febrero de 1876 - Buenos Aires, 11 de enero de 1943): Ingeniero, militar, diplomático, político y Presidente de la Argentina (1932-1938).

Kailitz, Eduardo, Barón de Holmberg (Austria, 1778 - Buenos Aires, 24 de octubre de 1853): Cursó estudios militares en Alemania y llegó a Buenos Aires junto a José de San Martín. El Coronel Holmberg, tuvo destacada actuación en la guerra de la independencia argentina.

Keen, Angeline Myra (Colorado Springs, USA, 23 de mayo de 1905-1986): Estudió psicología pero no ejerció esta profesión. Dedicó su vida a la paleontología y zoología de moluscos bivalvos, llegó a ser curadora de la colección de Moluscos de la Universidad de Stanford y docente universitaria.

Keidel, Juan (Gross Stoeckheim, Alemania, 9 de octubre de 1877 - Córdoba, 29 de agosto de 1954): Geólogo y docente universitario, llegó a la Argentina en 1906 para hacerse cargo de la Sección Geología de la División de Minas, Geología e Hidrogeología. Dirigió el grupo de trabajo del primer pozo de petróleo en Plaza Huincul, Neuquén el 29 de octubre de 1918.

Kraglievich, Lucas (Balcarce, 3 de agosto de 1886 - Buenos Aires, 13 de marzo de 1932): Estudió ingeniería pero se dedicó a la Paleontología, especializándose en mamíferos fósiles, describió centenas de especies nuevas y decenas de familias y géneros nuevos para la ciencia. En 1916 ingresó a al Museo de Buenos Aires como Adscripto-honorario y fue discípulo del entonces Director, Carlos Ameghino (hermano de Florentino Ameghino). Pocos años después obtuvo el modesto cargo de Ayudante Técnico de Paleontología. Ver Capítulo II.

Kühnemann, Oscar (Buenos Aires, 22 de diciembre de 1911 - 24 de diciembre de 1999): Botánico que estudió Briofitas y algas patagónicas. En 1960 gestionó la creación en el CONICET del Centro de Investigaciones en Biología Marina (CIBIMA).

Lagos, Julio Héctor (Buenos Aires, 3 de enero de 1945): Periodista y conductor de radio y televisión que trabajó en diversos medios periodísticos en Buenos Aires.

Lahille, Fernando (Rouan, Francia, 18 de agosto de 1861- Buenos Aires, 13 de julio de 1940): Doctor en Ciencias Naturales en la Universidad de París (Francia). Llegó al país en 1893 contratado por el Museo de La Plata donde organizó y dirigió la sección de Zoología. Jefe de Caza y Pesca en el Ministerio de Agricultura de la Nación y docente universitario. Ver capítulo V.5.

Lanusse, Alejandro Agustín (Buenos Aires, Argentina, 28 de agosto de 1918 - 26 de agosto de 1996): Oficial del Ejército Argentino que alcanzó el grado de teniente general. Presidente de facto de Argentina (1971-1973) durante la dictadura cívico-militar autodenominada Revolución Argentina que derrocó al presidente constitucional Arturo Illia el 28 de junio de 1966.

Liebermann, José (Villaguay, Entre Ríos, 26 de diciembre de 1897 - Buenos Aires, 22 de octubre de 1980): Doctor en Ciencias Naturales, docente, entomólogo especialista en ortópteros (langostas y grillos entre otros) y control biológico de plagas. Su trabajo contribuyó al control de la langosta como plaga agrícola.

Lizer y Trelles, Carlos Alfonso (Buenos Aires, 5 de agosto de 1887 - 18 de agosto de 1959): Ingeniero agrónomo especializado en entomología agrícola, docente universitario, jefe de la División Zoología Agrícola y luego Subdirector de Sanidad Vegetal del Ministerio de Agricultura de la Nación.

López, Rogelio Bartolomé (Iriondo, Santa Fe, 24 de agosto de 1915 - Buenos Aires, 11 de julio de 1981): Profesor en Ciencias Naturales, docente del Colegio Nacional de Buenos Aires y Jefe de la Sección Ictiología del MACN.

Lugones, Leopoldo Antonio (Villa de María del Río Seco, Córdoba, 13 de junio de 1874-San Fernando, Buenos Aires, 18 de febrero de 1938): escritor, docente, diplomático y político.

MacDonagh, Emiliano José (Capilla del Señor, Buenos Aires, 11 de septiembre de 1896 - La Plata, Buenos Aires, 1 de agosto de 1961): Ictiólogo, Doctor en Zoología por la Universidad Nacional de La Plata y docente universitario. Director del Museo de La Plata.

Maniglia, Romualdo J?: Ingeniero Agrónomo. Coleccionó insectos que se encuentran depositados en la Colección Nacional de Entomología del MACN y fue socio de la Asociación Ornitológica del Plata.

Marelli, Carlos: Zoólogo y naturalista que, como Director del Zoológico de la Plata (1918-1940), remodeló el parque y convirtió al Zoológico en una institución científica

Margalef, Ramón (Barcelona, 16 de mayo de 1919 - 13 de mayo de 2004): Limnólogo, oceanógrafo y ecólogo español. Fue el primer catedrático de Ecología en España. Entre sus trabajos, destacan la aplicación de la teoría de la información a los estudios ecológicos y la creación de modelos matemáticos para el estudio de las poblaciones.

Martínez Fontes, Elena Dolores: Profesora de Ciencias Naturales y zoóloga dedicada al estudio de moluscos marinos. Jefa de la División Invertebrados del MACN durante los 70, promovió la creación del equipo de docentes guías del Museo.

Martínez, Antonio (Buenos Aires, 18 de abril de 1922 - La Marmora, Bolivia, noviembre de 1993): Entomólogo especialista en coleópteros (escarabajos), trabajó también con dípteros y hemípteros. Investigador del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, de la Universidad de Buenos Aires y del CONICET.

Mazarini, Giulio (Pescina, Abruzzos, Italia, 14 de julio de 1602 - Vincennes, Francia, 9 de marzo de 1661): Conocido como el cardenal Mazarino, fue un hábil diplomático, cardenal y político italiano, primero al servicio del Papa y más tarde al servicio del reino de Francia. Fue el sucesor del cardenal Richelieu como primer ministro. No era sacerdote, obtuvo el nombramiento de cardenal a propuesta del rey Luis XIII, por los servicios prestados a la monarquía.

Moreno, Francisco Pascasio: (Buenos Aires, 31 de mayo de 1852 - 22 de noviembre de 1919): Científico, naturalista, conservacionista, político, botánico, explorador y geógrafo. Director Vitalicio del Museo de La Plata desde su creación. Designado “Perito” y Jefe de la Comisión argentina de límites, para el diferendo limítrofe con Chile.

Motti, Félix Augusto: Profesor de Ciencias Naturales, Rector del Colegio Nacional de Necochea (Buenos Aires).

Mussolini, Benito Amilcare Andrea (Predappio, 29 de julio de 1883 - Giulino, 28 de abril de 1945): Político, militar italiano, Presidente del Consejo de Ministros Reales de Italia desde 1922 hasta 1943 y Duce -guía- de la República Social Italiana desde 1943 hasta 1945. Llevó al poder al Partido Nacional Fascista. Estableció un régimen totalitario durante el período conocido como fascismo italiano del Reino de Italia, bajo el beneplácito de Víctor Manuel III, hasta su colapso en la Segunda Guerra Mundial.

Nágera Ezcurra, Juan José (Gualectuaychú, Entre Ríos, 22 de mayo de 1887 - Buenos Aires, 9 de octubre de 1966): Geólogo (el segundo en recibirse en el país) y docente universitario en La Plata y Buenos Aires. Creador en 1927 de la “Doctrina del Mar Libre” que extendía la soberanía de los países hasta las 200 millas de la línea de costa.

Nani, Alberto (Buenos Aires, 15 de mayo de 1913 - 23 de junio de 1989): Ictiólogo y biólogo pesquero. Colaboró con el Museo desde 1931 pero recién es nombrado en 1937 y trabaja allí hasta su renuncia en 1966.

Onelli, Clemente (Roma, Italia, 22 de agosto de 1864 - Buenos Aires, 20 de octubre de 1924): Biólogo, naturalista, conservacionista, geógrafo, arqueólogo, paleontólogo, explorador y escritor. Director del Jardín Zoológico de Buenos Aires (1904-1924).

Onganía, Juan Carlos (Marcos Paz, Argentina, 17 de marzo de 1914 - Buenos Aires, 8 de junio de 1995): Militar y dictador argentino, presidente de facto de la Argentina (1966-1970).

Orfila, Ricardo Néstor (Buenos Aires, 7 de noviembre de 1909 - 29 de octubre de 1967): Entomólogo especialista en mariposas. Adscripto a la Sección Entomología del MACN desde 1935. Investigador del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) desde 1958.

Palavecino, Enrique (Buenos Aires, 15 de julio de 1900 - 13 de julio de 1966): Etnógrafo y docente universitario. En 1927 es nombrado Auxiliar Técnico de Etnografía y Arqueología en el Museo y en 1930 ascendido a Encargado de Etnografía. Director del Museo Etnográfico desde 1958 hasta su fallecimiento.

Parodi, Lorenzo Raimundo (Pergamino, 23 de enero de 1895 - Buenos Aires, 21 de abril de 1966): Ingeniero agrónomo, docente universitario y dedicado a la Botánica, especializado en Gramíneas.

Pastrana, José Antonio (19 de marzo de 1907 - 13 de julio de 1994): Ingeniero Agrónomo dedicado a la entomología, principalmente lepidópteros (mariposas). En 1972 fue designado “adscripto honorario” del MACN.

Péndola, Agustín J. (1841-1936): Ingresó al Museo como Inspector y Bibliotecario en 1882, luego fue también Secretario y Habilitado (contador). Director interino del MACN entre 1916 y 1919.

Peralta Ramos, Patricio (Buenos Aires, 17 de mayo de 1814 - Mar del Plata, Buenos Aires, 25 de abril de 1887): Comerciante y estanciero argentino, fundador de la ciudad de Mar del Plata sobre terrenos que donó a la Provincia de Buenos Aires.

Pérez Companc, Jorge Gregorio (Buenos Aires, 23 de agosto de 1934): Empresario argentino. La empresa insignia de su grupo es Molinos Ríos de la Plata.

Pérez Moreau, Román A. (Buenos Aires, 7 de octubre de 1905 - Wilde, Buenos Aires, 17 de noviembre de 1975): Doctorado en Ciencias Naturales en la Universidad de Buenos Aires, botánico especialista en Umbelíferas, Jefe del Departamento de Botánica y Subdirector del MACN.

Pergolani, María Juana I.: Zoológa especialista en sistemática de aves. Adscripta al Museo.

Perón, Juan Domingo (Lobos, Buenos Aires, 8 de octubre de 1895 - Vicente López, Buenos Aires, 1 de julio de 1974): Militar y político que participó en el derrocamiento del presidente conservador Ramón Castillo en 1943. Poco después de que el Gral. Pedro Pablo Ramírez ocupase de facto la presidencia de la Nación nombró a Perón en su primer cargo político: Jefe del Departamento Nacional de Trabajo. Vicepresidente de Edelmiro Farrell (presidente de facto) entre 1944 y 1945. Posteriormente se presenta y gana las elecciones de 1946 para Presidente de la Nación (1946-1952, 1952-1955 y 1973-1974).

Pinochet, Augusto José Ramón Ugarte (Valparaíso, Chile, 25 de noviembre de 1915 - Santiago de Chile, 10 de diciembre de 2006): Militar y político chileno, dictador y presidente de facto de su país (1973-1990).

Popovici, Zaharia (1907-?): Ictiólogo especialista en biología pesquera autor de “La economía del mar y su relación con la alimentación de la humanidad” (1954).

Pozzi, Aurelio (h): Hijo del ictiólogo autodidacta Aurelio Juan Santiago Pozzi, que ingresó al Museo como “Ayudante de preparador” en 1924 y se jubiló en 1945 estando como Jefe Interino de Vertebrados.

Pozzi, Aurelio Juan Santiago (12 de septiembre de 1894 - 31 de julio de 1959): Ictiólogo autodidacta, ingresó como preparador en las colecciones del MACN y llegó a ser jefe de la Sección Ictiología.

Pujals, Carmen (Buenos Aires, 13 de enero de 1916 - Adrogué, Buenos Aires, 24 de octubre de 2003): Licenciada en Ciencias Biológicas de la Universidad de Buenos Aires, docente universitaria, botánica y algóloga especializada en Rhodophyta (algas rojas).

Ramírez, Pedro Pablo (La Paz, Entre Ríos, 30 de enero de 1884 - Buenos Aires, 11 de junio de 1962): Militar, Presidente de facto de la Argentina (7 de junio de 1943 - 9 de marzo de 1944).

Richter, Ronald (Falkenau an der Eger, Austria-Hungría, 11 de octubre de 1909 - Viedma, Argentina, 29 de diciembre de 1991): Científico, nacionalizado argentino, que desarrolló y dirigió, durante la presidencia de Juan Domingo Perón en la década de 1950, el Proyecto Huemul: un intento fallido para generar energía mediante la fusión nuclear. Los reactores nucleares se basan en la fisión de átomos pesados (uranio), la ciencia no ha conseguido aún controlar la fusión nuclear.

Riggi, Agustín Eduardo (Buenos Aires, 1904 - sin datos): Geólogo mineralogista. Director del MACN desde 1946 hasta 1955.

Ringuelet, Raúl Adolfo (La Plata, 10 de septiembre de 1914 - 29 de abril de 1982): Doctor en Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata, limnólogo, zoólogo y docente universitario. Ocupó distintos cargos en el Ministerio de Asuntos Agrarios de la provincia de Buenos Aires, llegando a ser Director de Recursos Pesqueros y de Recursos Naturales.

Rusconi, Carlos (Buenos Aires, 2 de noviembre de 1898 - Mendoza, 1968): Paleontólogo y geólogo autodidacta discípulo de Carlos Ameghino y Lucas Kraglievich. Adscrito *ad honorem* a la Sección Paleontología del Museo desde 1919 a 1930. Director del Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas “Juan Cornelio Moyano” de Mendoza (1937-1968).

Rusthaler, Roberto E.: Geólogo especialista en arcillas. Jefe de la División Geología del MACN. Ver el Capítulo VII.1

Sagarna Antonio: (Nogoyá, Entre Ríos, 11 de octubre de 1874 - Buenos Aires, 28 de julio de 1949): Jurista y político argentino que ejerció como Ministro de Justicia e Instrucción Pública y ministro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación Argentina.

Sarmiento, Domingo Faustino (San Juan, 15 de febrero de 1811 - Asunción, Paraguay, 11 de septiembre de 1888): Docente, periodista, escritor y político. Presidente de la Argentina de 1868 a 1874 y fue quien contrató a Burmeister para hacerse cargo del Museo Nacional.

Scalabrini Ortiz, Raúl: Es más probable que se refieran a su padre, Pedro Scalabrini (Como, Italia, 21 de diciembre de 1848 - Buenos Aires, Argentina, 24 de abril de 1916), quien se desempeñó como docente y naturalista en Paraná, Entre Ríos, y Corrientes. A principios del siglo XX se trasladó a Buenos Aires y reorganizó el Museo Escolar Sarmiento.

Schiapelli, Rita Delia Esther (1906 - 1976): Profesora de Ciencias Naturales, taxónoma de arañas. Ingresó al MACN *ad honorem* en 1929 y en 1952 fue la primera jefa de la Sección Aracnología.

Seckt, Hans (Berlín, Alemania, 25/01/1879 - Córdoba, 25/11/1953): Botánico y docente que estudió en la Universidad de Berlín y desarrolló su tarea profesional en la Argentina desde 1906.

Serié, Pedro (Charante, Francia, 4 de enero de 1875 - Buenos Aires, 23 de diciembre de 1951): Médico, zoólogo y docente. Encargado Honorario de la Sección de Herpetología en 1920 y Secretario del Museo en 1925, bajo la dirección de Doollo-Jurado.

Siccardi, Elvira Mariana (Lomas de Zamora, Buenos Aires, 26 de marzo de 1910 - 1995). Profesora en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, docente e ictióloga. Adscripta a la Sección Ictiología del Museo desde 1934, obtuvo un cargo en 1937 hasta su renuncia en 1966.

Simpson, George Gaylord (Chicago, USA - 16 de junio de 1902 - Tucson, USA, 6 de octubre de 1984): Paleontólogo y geólogo estadounidense. Doctor en Geología por la Universidad de Yale en 1926.

Stadler, Teodoro: Doctor en Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires, parasitólogo e investigador del CONICET, actualmente dedicado al control de plagas en el Instituto de Medicina y Biología experimental de Cuyo (Mendoza).

Szidat, Lothar (Illowo, Prusia, 31 de diciembre de 1892 - Buenos Aires, 1973): Parasitólogo, doctorado en Ciencias Naturales en Europa en 1920, llegó a Buenos Aires en 1947. Su colección personal de parásitos fue la base de la actual Colección Nacional de Parasitología del MACN.

Uriburu, José Félix (Salta, 20 de julio de 1868 - París, 29 de abril de 1932): Militar argentino que desalojó por la fuerza de las armas al presidente Hipólito Yrigoyen y se autodesignó presidente, desde el 8 de septiembre de 1930 hasta el 20 de febrero de 1932

Viana, Manuel José (1916 - 11 de febrero de 1997): Entomólogo especialista en coleópteros. Investigador del MACN y del CONICET, jefe de la Sección Entomología del MACN.

Vignati, Milcíades Alejo (Buenos Aires, 1895-1978): Antropólogo y docente universitario que desarrolló toda su carrera profesional en el ámbito del Museo de la Universidad Nacional de la Plata.

Voronoff, Serge Abrahamovitch (10 de julio de 1866 - 3 de septiembre de 1951) fue un cirujano francés de raíces rusas que ganó fama por su técnica de trasplantar tejido de testículo de mono y colocarlo en los testículos de hombres con finalidades supuestamente terapéuticas.

Yepes, José (Valladolid, España, 1897 - Buenos Aires, 1976): Doctor en Ciencias Biológicas de la Universidad de Buenos Aires, especializado en mamíferos edentados (mulitas, peludos, etc.), fue también un activo colaborador de Salvador Mazza en la Misión de Estudios de Patología Regional Argentina (MEPRA).

AZARA

FUNDACIÓN DE HISTORIA NATURAL

La Fundación Azara, creada el 13 de noviembre del año 2000, es una institución no gubernamental y sin fines de lucro dedicada a las ciencias naturales y antropológicas. Tiene por misión contribuir al estudio y la conservación del patrimonio natural y cultural del país, y también desarrolla actividades en otros países como Paraguay, Bolivia, Chile, Brasil, Colombia, Cuba y España.

Desde el ámbito de la Fundación Azara un grupo de investigadores y naturalistas sigue aún hoy en el siglo XXI descubriendo especies –tanto fósiles como vivientes– nuevas para la ciencia, y en otros casos especies cuya existencia se desconocía para nuestro país.

Desde su creación la Fundación Azara contribuyó con más de cien proyectos de investigación y conservación; participó como editora o auspiciante en más de doscientos libros sobre ciencia y naturaleza; produjo ciclos documentales; promovió la creación de reservas naturales y la implementación de otras; trabajó en el rescate y manejo de la vida silvestre; promovió la investigación y la divulgación de la ciencia en el marco de las universidades argentinas de gestión privada; asesoró en la confección de distintas normativas ambientales; organizó congresos, cursos y casi un centenar de conferencias.

En el año 2004 creó los Congresos Nacionales de Conservación de la Biodiversidad, que desde entonces se realizan cada dos años. Desde el año 2005 comaneja el Centro de Rescate, Rehabilitación y Recría de Fauna Silvestre “Güirá Oga”, vecino al Parque Nacional Iguazú, en la provincia de Misiones. En sus colecciones científicas –abiertas a la consulta de investigadores nacionales y extranjeros que lo deseen– se atesoran más de 200.000 piezas. Actualmente tiene actividad en varias provincias argentinas: Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Chaco, Catamarca, San Juan, La Pampa, Buenos Aires, Río Negro, Neuquén y Santa Cruz. La importante producción científica de la institución es el reflejo del trabajo de más de setenta científicos y naturalistas de campo nucleados en ella, algunos de los cuales son referentes de su especialidad.

La Fundación recibió apoyo y distinciones de instituciones tales como: Field Museum de Chicago, National Geographic Society, Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, Fundación Atapuerca, Museo de la Evolución de Burgos, The Rufford Foundation, entre muchas otras.

www.fundacionazara.org.ar
www.facebook.com/fundacionazara
www.instagram.com/fundacionazara/



DELIVERY de LIBROS:

Ingresá a **www.vmeditores.com.ar**

Comprá online el libro que quieras y recibilo cómodamente en tu domicilio. Envíos a todo el mundo.

www.facebook.com/vmeditores
www.instagram.com/vmeditores

Hace 30 años, dos biólogos argentinos decidieron que valía la pena contar sus experiencias como investigadores del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, entre 1930 y 1960.

Juan José Parodiz fue un destacado científico dedicado a los caracoles terrestres argentinos toda su vida. **Enrique Balech** estudió el plancton marino y fue un especialista en dinoflagelados reconocido mundialmente.

Ambos encararon esta monografía, mitad autobiografía y mitad historia de la ciencia argentina, con un espíritu abierto y sin pudores de sus recuerdos. Cuentan la historia del museo, de sus personajes y la propia mediante anécdotas, vivencias en primera persona y pocas veces hacen referencia a relatos de terceros. No es un relato objetivo, son momentos de la vida cotidiana de una institución entrañable para los autores.